

Las paradojas de la democracia.

Igualdades y asimetrías en la Atenas clásica.

Autor:

Paiaro, Diego Gonzalo

Tutor:

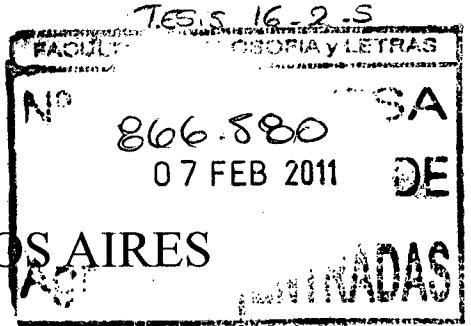
Gallego, Julián

2011

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Historia.

Posgrado

Tesis
16.2.5



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

TESIS DE DOCTORADO

**LAS «PARADOJAS» DE LA DEMOCRACIA.
IGUALDADES Y ASIMETRÍAS EN LA
ATENAS CLÁSICA.**

Doctorando:
DIEGO GONZALO PAIARO

Director:
DR. JULIÁN GALLEGO

Consejero de Estudios:
DR. PABLO POZZI

2011

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

LAS «PARADOJAS» DE LA DEMOCRACIA

Igualdades y asimetrías en la Atenas clásica

DIEGO PAIARO

ÍNDICE

Agradecimientos	7
INTRODUCCIÓN	10
CAPÍTULO I	14
PROBLEMAS Y METODOLOGÍA	
I. Objeto de investigación	
II. Fuentes	
III. Contexto historiográfico: igualdades y asimetrías en la democracia	
IV. Análisis a desarrollar	
PRIMERA PARTE	31
UN MARCO PARA PENSAR LAS IGUALDADES Y LAS ASIMETRÍAS	
CAPÍTULO II	34
LA DEMOCRACIA ATENIENSE Y LAS SOCIEDADES PRECAPITALISTAS	
I. Acerca del lugar de las “superestructuras” en las sociedades precapitalistas	
II. La democracia ateniense y la problemática de las sociedades precapitalistas	
III. La excepcionalidad del campesinado ateniense	
CAPÍTULO III	68
LA ANTIGÜEDAD ESCLAVISTA: AUGE Y OCASO DE UN PARADIGMA HISTORIOGRÁFICO	
I. El modo de producción esclavista	
II. El modo de producción antiguo	

- III. Sociedad campesina
- IV. Consideraciones finales

SEGUNDA PARTE 89
LAS ASIMETRÍAS, LAS IGUALDADES Y LA DEMOCRACIA

CAPÍTULO IV

LA ECONOMÍA, LA TIERRA Y LA DEMOCRACIA 92

- I. La “economía” en el mundo griego antiguo
- II. *Polítai* y propietarios

CAPÍTULO V

LA DIFERENCIACIÓN SOCIAL ENTRE LOS CIUDADANOS 117

- I. La tierra
- II. Los hombres
- III. La distribución de la tierra

CAPÍTULO VI

LA IGUALDAD POLÍTICA Y SUS CONSECUENCIAS 177

- I. El ascenso político del campesinado ático y su participación en las instituciones de la *pólis* democrática
 - I.1 *La liberación del campesinado*
 - I.2 *La participación política igualitaria y los límites a la elite*
- II. Los mecanismos de redistribución contra la polarización social
 - II.1 *Mistoforía*
 - II.2 *Cleruquías*
 - II.3 *La eisphorá y las liturgias*

CAPÍTULO VII

LOS LÍMITES A LAS RELACIONES DE DEPENDENCIA 222

- I. Arrendamientos

II. Patronazgo

CONCLUSIONES 251

BIBLIOGRAFÍA 259

I. Textos antiguos: ediciones y traducciones

II. Artículos y libros

ÍNDICE DE MAPAS Y TABLAS

Mapa N° 1. El Ática en el contexto del Mediterráneo	130
Mapa N° 2. Ática. Elevación del terreno	134
Mapa N° 3. Atenas y el Ática. Planicies y distribución de la población	137
Mapa N° 4. Tamaño de los demos del Ática y elevación del terreno	138
Mapa N° 5. Consejeros aportados a la <i>boulé</i> por cada uno de los demos del Ática	139
Tabla N° 1. Tierras cultivables en Atenas según Jardé, Gransey, Osborne y Sallares	147
Tabla N° 2. Distribución de los ciudadanos atenienses de acuerdo a su riqueza	166
Tabla N° 3. Distribución de la tierra entre los ciudadanos	175

Agradecimientos

A lo largo del recorrido que supuso la elaboración de esta tesis doctoral he contraído deudas de diverso tipo con familiares, amigos, colegas e instituciones. Es ahora el momento de expresar mi gratitud para con ellos.

En primer lugar deseo agradecer a mi director, el Dr. Julián Gallego, que desde el momento en el que me encontraba realizando mis estudios de grado me alentó a especializarme en el estudio de la antigüedad clásica. A partir de ese instante iniciamos una relación en la que Julián no ha dejado de estimular mis estudios y mostrar su generosidad abriéndome una innumerable cantidad de puertas. A la vez, quiero reconocer su constante disponibilidad a mis requerimientos así como el profundo compromiso con el que llevó adelante su rol de director. Sin embargo, quizás lo que más debo reconocerle es que, a través de sus trabajos, pude entender que se puede producir desde Argentina Historia Antigua de calidad.

En segundo lugar quiero reconocer a Mariano Requena. Compañero de estudios y colega en la actualidad, Mariano ha soportado, al igual que Julián, la pesada tarea de leer versiones previas de la tesis mostrándose siempre atento a corregir mis errores, sugerirme lecturas y proponer nuevas perspectivas cuando los caminos que llevan a la resolución de las problemáticas parecían cerrárseme. A la vez, muchas de las ideas que aparecen en este trabajo surgieron de discusiones que mantuvimos a lo largo de los años a tal punto que no podría, en la actualidad, distinguir claramente sus ideas de las mías. En especial, los desarrollos que presento en el Cap. III surgen de un trabajo conjunto que realizamos en el año 2005 para las Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia desarrolladas en la ciudad de Rosario.

En tercer lugar va mi agradecimiento a la Dra. Elsa Rodríguez Cidré que tomó a su cargo la difícil tarea de guiar mis estudios sobre la lengua griega antigua y la desarrolló de una manera extremadamente paciente adecuando su erudición a mis modestas necesidades. Asimismo, una larga lista de amigos y colegas influyeron en mi trabajo de diferentes maneras compartiendo ideas, lecturas y sugerencias: Carlos García Mac Gaw, Marcelo Campagno, Emiliano Buis, Pablo Sarachu, Marina Méndez, Paola Miceli, Eleonora Dell'Elicine y Héctor Francisco. A su vez quiero agradecer al Dr. Pablo Pozzi quien aceptó ser mi Consejero de Estudios en el momento de mi inscripción al doctorado.

Me siento privilegiado y agradecido por haber podido contar con dos becas doctorales otorgadas por el CONICET que me permitieron dedicarme de manera casi exclusiva a los temas tratados en esta tesis doctoral. Asimismo siento una profunda gratitud hacia la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA que me permitió cursar estudios de grado y posgrado de calidad de forma no arancelada. En el ámbito institucional también deseo reconocer al Instituto de Historia Antigua y Medieval “Prof. José Luis Romero” de la UBA y a sus miembros. En particular quiero agradecer a los directores, los Dres. Carlos Astarita y Hugo Zurutuza, que dieron su conformidad para que pueda desempeñar allí mis tareas de investigación como becario y me integraron a las diferentes actividades del Instituto.

La participación en diferentes proyectos de investigación financiados por la UBA, la ANPCyT y el CONICET me permitió desarrollar algunas de las ideas que aquí

presento así como también acceder a material bibliográfico actualizado. En especial deseo agradecer a los directores y codirectores (Julián Gallego, Carlos García Mac Gaw, Marcelo Campagno y Claudia Fernández) por haber pensado en mí para integrarme en ellos así como también al resto de los miembros con quienes he compartido intercambios que enriquecieron mis perspectivas. Especial reconocimiento quiero hacer a los miembros del Programa de Estudios Sobre las Formas de Sociedad y las Configuraciones Estatales de la Antigüedad por generar un ámbito de trabajo y discusión que ha resultado muy fructífero.

Una estancia de investigación financiada parcialmente por la ANPCyT en el Departamento de Historia Antigua de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid me permitió en el año 2010 completar el material bibliográfico necesario para la redacción de este trabajo. Al respecto quiero agradecer a Domingo Plácido, Miriam Valdés Guía y María Cruz Cardete del Olmo que se encargaron de todo lo necesario para que pueda acceder a las bibliotecas de la UCM.

En el ámbito laboral, quiero expresar mi agradecimiento a los compañeros de la cátedra de Historia Antigua II (Clásica) de la UBA y a los miembros del equipo de trabajo en la UNGS que se han mostrado siempre dispuestos a darme una mano para alivianar mis tareas y poder dedicar más tiempo a la investigación: Hugo Zurutuza, Julián Gallego, Carlos García Mac Gaw, Esteban Noce, Rodrigo Laham Cohen, Mariano Requena, Eleonora Dell'Elicine, Héctor Francisco, Paola Miceli, Sergio Barrionuevo, Marta Madero, Carolina Zapiola, María Alejandra Fernández, Bárbara Raiter y Mónica Alabart.

El ámbito familiar, quiero expresar mi agradecimiento a Marta y Alberto, mis padres, por haberme brindado la posibilidad de estudiar una carrera universitaria y alentarme en todo momento desde que tengo memoria.

Por último, un reconocimiento especial merece Paula que supo acompañarme con ternura a lo largo de todo el proceso y pudo crear las condiciones para que pueda trabajar de la mejor manera.

INTRODUCCIÓN

En un artículo recientemente publicado en un volumen colectivo sobre el dinero, el trabajo y la tierra en la Grecia Antigua, Lin Foxhall afirmaba “I have never been able to resolve in my own mind the paradox of substantial inequalities in landholding juxtaposed to the notion of political equality in poleis where landholding and citizenship were linked in several ways”¹. El tema general de la *Las «paradojas» de la democracia...* hace justamente referencia al desarrollo conjunto de la igualdad política y el desigual acceso a la riqueza, especialmente en relación a la distribución de la tierra, entre los ciudadanos. Por consiguiente, el objeto de nuestro trabajo consiste en tratar de resolver satisfactoriamente esta tensión entre igualdades y asimetrías que fueron constitutivas de la *demokratía* ateniense durante el siglo V a. C.

El hecho de que los pequeños y medianos labradores², al ser incluidos plenamente en la ciudadanía, hayan gozado durante la democracia ateniense de los mismos derechos políticos que la aristocracia terrateniente no puede tomarse como un dato dado; por el contrario, constituye un problema histórico y teórico que amerita una

¹ Foxhall (2002: 218).

² Es necesario hacer una aclaración terminológica desde el comienzo. A lo largo de todo el trabajo utilizaremos una pluralidad de conceptos para referirnos al mismo objeto: (pequeños y medianos) labradores, agricultores, propietarios, campesinos, granjeros, etc. Si bien la situación de este sector social va a modificarse a lo largo de la historia ateniense (como veremos en el caso concreto de los momentos previos y posteriores a la actuación de Solón), todos los términos aludidos hacen referencia a los productores directos del mundo rural que trabajan la tierra de forma autónoma a partir de unidades domésticas basadas en los lazos familiares (*oikoi*). Si bien es cierto que de cada uno de los conceptos se desprenden una serie de características y elementos que les están añadidos desde su origen, hemos optado por utilizarlos como sinónimos para evitar circunloquios que entorpezcan la lectura. En relación a esta problemática, ver el Cap. II.iii donde se aclaran las características especiales del campesinado ateniense.

explicación específica. En relación a esto, las preguntas que guían nuestra indagación son: ¿qué incidencia tiene la igualdad política en la estructura social ateniense? y ¿qué implicancias tuvo para el desenvolvimiento de la sociedad que una parte importante de los productores directos del mundo rural hayan sido incorporados a la *pólis* en un plano de igualdad jurídica y política con respecto a los *áristoi* durante la democracia? El problema que nuestra investigación intenta abordar es el de saber, efectivamente, qué consecuencias concretas tuvo la igualdad política entre los ciudadanos (*isonomía*) en relación a la estructura y la dinámica social de la Atenas clásica. La cuestión resulta de especial importancia ya que su resolución permitirá entender de un modo más completo cuál es el papel que les cabe, en las sociedades precapitalistas, a los llamados elementos “superestructurales”.

Nuestro trabajo tiene su origen en la insatisfacción producida por los modelos interpretativos pensados por los historiadores de la antigüedad para aprehender a las sociedades políadas y, en especial, a la democracia ateniense. Por un lado, la historiografía de los años '60s y '70s, influenciada en buena medida por el marxismo o, en algunos casos, situándose explícitamente dentro de tal corriente teórica, proponía explicaciones en donde mayoritariamente el esclavismo era el dispositivo hermenéutico central a partir del cual entender las formas políticas, económicas, sociales y mentales de la antigüedad grecorromana y, dentro de ésta, a la Atenas democrática que frecuentemente era llamada la “democracia esclavista”. Para este tipo de perspectivas, las diferencias sociales entre los ciudadanos eran, en cierto sentido, secundarias en el orden de importancia ya que no formaban parte de la “contradicción fundamental” de unas sociedades que se suponían estructuradas a partir de la oposición entre los libres y sus esclavos.

Por otro lado, a partir de la década de los '80s y hasta la actualidad, el paradigma esclavista comienza a agrietarse abriendo paso a interpretaciones en las que los pequeños y medianos agricultores constituyen el nuevo foco de interés. A partir de esta renovación se comenzó a pensar, incluso, la peculiaridad de la democracia ateniense en tanto que organización política basada en el trabajo libre, independiente y orientado a la subsistencia de los ciudadanos campesinos. Sin lugar a dudas este tipo de abordajes ha permitido avanzar en nuestra comprensión de diversos problemas históricos de las sociedades de la antigüedad clásica. Sin embargo, también se debe reconocer que esta

tendencia historiográfica, heterogénea en cuanto a sus supuestos teóricos y opciones metodológicas, a pesar de haber producido una buena cantidad de estudios parciales y específicos muy valiosos, no ha producido aún una obra de síntesis ni un intento sistemático por generar un modelo explicativo más general de las sociedades antiguas en su conjunto.

Es sin lugar a dudas este giro historiográfico el que permite una perspectiva como la que intentaremos desarrollar. Nuestra investigación no habría sido posible de continuar vigente el paradigma esclavista que, a pesar de producir trabajos muy meritorios, se fue convirtiendo en un verdadero obstáculo epistemológico en tanto impedía visualizar determinadas características de las sociedades grecorromanas así como también obturaba el planteo de ciertas problemáticas que resultan imposibles de ser pensadas bajo dicho esquema explicativo. En tanto está estructurado en torno a determinados aspectos del mundo rural ateniense, nuestro estudio sobre las relaciones entre las igualdades y las asimetrías de los ciudadanos de la democracia se ha visto claramente beneficiado por aquellas nuevas perspectivas historiográficas interesadas por los pequeños y medianos labradores.

Sin embargo, lo cierto es que tanto uno como otro paradigma historiográfico encontraron ciertos límites a la hora de pensar la trama social y política que se instituye entre sujetos que eran jurídica y políticamente iguales a la vez que participaban de un modo inequitativo en el reparto de los medios de producción, principalmente de la tierra, y de la riqueza social. Nuestra propuesta busca, entonces, hacer frente a éstas deficiencias para repensar la lógica de funcionamiento de la sociedad democrática ateniense durante el siglo V a.C. Específicamente, el interés del estudio que presentamos a continuación estará centrado en analizar de qué manera la igualdad y la participación política de los ciudadanos afectaron el desarrollo de la diferenciación social y las relaciones de dependencia, en especial, de las diferentes clases sociales del mundo rural.

Capítulo I

PROBLEMAS Y METODOLOGÍA

...cualquier hipótesis puede modificarse, ajustarse o rechazarse cuando sea necesario. Si no se tiene ninguna, sin embargo, no hay explicación posible; sólo puede haber reportaje y cruda taxonomía, anticuarismo en el sentido más estricto.

Moses Finley (1986c: 103)

I. OBJETO DE INVESTIGACIÓN

Quizás para el habitante de las democracias modernas la coexistencia entre igualdad política y desigualdad económica no resulte paradójica en absoluto. Nuestra contemporaneidad, que se inicia con el desenlace de la Guerra Fría, se encuentra caracterizada por el avance conjunto de dos procesos íntimamente ligados entre sí: por un lado, la hegemonía planetaria del sistema capitalista de producción; por otro lado, la extensión y estabilización de regímenes políticos representativos de tipo democrático a una escala nunca alcanzada previamente. Si bien la cuestión de las diferencias sociales ha sido una preocupación desde el propio nacimiento de las democracias burguesas en la Europa Moderna; sin embargo, en la situación actual, la existencia de la igualdad política conjuntamente con un desigual acceso a los recursos económicos en las

sociedades contemporáneas se nos presenta como un elemento de la realidad casi naturalizado que no pareciera presentar un problema para la reflexión intelectual.

Desde nuestra perspectiva, creemos que tal naturalización proviene, en última instancia, de una cualidad específica y definitoria del capitalismo: éste es el primer y único régimen de organización de las sociedades que permitió una clara separación entre las esferas de la política y la economía; y podríamos agregar la religión, el derecho, la moral, etc. Éstas se presentan al observador como instancias autorreguladas que funcionan de modo autónomo determinadas por un conjunto de leyes que le es propio. Al respecto, repasando los esfuerzos desarrollados por Karl Marx para entender la especificidad del sistema capitalista y tratando de determinar cuáles son las características de lo “económico” y lo “político” en dicho modo de producción, Ellen Meiksins Wood ha propuesto que:

“La diferenciación de la esfera económica en el capitalismo, puede resumirse de la siguiente manera: las funciones sociales de producción y distribución, la extracción de excedentes y la apropiación, y la asignación de la fuerza de trabajo están, por así decirlo, privatizadas, y se logran por medios no autoritarios y no políticos. En otras palabras, la asignación social de recursos y fuerza de trabajo no tiene lugar, en su conjunto, por medio de dirección política, deliberación comunal, deber hereditario, costumbre u obligaciones religiosas, sino más bien a través de los mecanismos de intercambios de mercancías. Los poderes de la apropiación de excedentes y la explotación no descansan directamente en las relaciones de dependencia jurídica o política, sino que se basan en una relación contractual entre los productores «libres» -jurídicamente libres, y libres de los medios de producción- y un apropiador que tenga propiedad privada absoluta sobre los medios de producción”¹.

¹ Wood (2000: 36-7).

Pero, a diferencia de lo que ocurre en las sociedades estructuradas a partir del modo de producción capitalista, las formaciones sociales precapitalistas suelen organizar la producción y la extracción de excedentes a partir de diversos modos de “coacción extraeconómica” (política, legal, militar, espiritual, etc.) que permiten garantizar, por un lado, la reproducción material de la clase dominante y, por otro lado, la explotación de los productores directos. En este sentido, la existencia de igualdad política entre los ciudadanos de la democracia en un contexto social inequitativo no puede tomarse como un dato dado, sino que constituye un problema histórico y teórico que amerita una explicación específica. De este modo, el problema principal del presente estudio consiste en indagar lo que ha sido denominado como la “paradoja” de la democracia ateniense, según la cual la vigencia de una profunda igualdad jurídico-política, hasta grados previamente no conocidos por otras sociedades antiguas, fue un hecho simultáneo a la presencia de desigualdad en el acceso a los recursos económicos entre los miembros del cuerpo de ciudadanos y al uso de métodos coactivos de extracción de excedentes sobre la parte de los productores directos no ciudadanos, esto es, fundamentalmente, los esclavos. En síntesis, en base a una serie de desarrollos teóricos que presentaremos más adelante (Cap. II), creemos que, en contextos precapitalistas como es el caso de la sociedad ateniense durante el clasicismo, tal convivencia merece ser abordada como un verdadero problema histórico y teórico de relevancia.

Las interpretaciones históricas, por más lejano en el tiempo y/o en el espacio que se sitúe el objeto de estudio, nunca han sido ni son neutrales. De este modo, el pensamiento antidemocrático desde fines del siglo XVIII ha planteado como el problema principal de la democracia antigua el hecho de que no hayan existido allí fuertes lazos que unan o subordinen a las masas populares, por ejemplo al *dêmos* para el caso ateniense, con las aristocracias de la época. De tal situación partían una serie de derivados y un conjunto de conclusiones entre las que se destacan la inexorable evolución hacia la corrupción del régimen democrático signado por el desarrollo de una “masa ociosa” que encuentra su sustento más en el usufructo de los recursos que la ciudad le destina que en el desarrollo de alguna actividad productiva. Sin embargo, los recursos que las ciudades redistribuían encontraban su origen en la riqueza de las

aristocracias y, por carácter transitivo, en la explotación de la mano de obra esclava. Pero más allá del contexto ideológico y político en que surgen este tipo de explicaciones, hay un problema planteado por algunos de los autores responsables del denominado “mito de la masa ociosa” que, desde nuestra perspectiva, continúa resultando central para el entendimiento de la democracia ateniense. Nos referimos al hecho de que la incorporación del *dêmos* ateniense a la política de la ciudad en condiciones de igualdad con respecto a la aristocracia, suponía el establecimiento de un estricto límite a la capacidad de dicha clase para ejercer el dominio político y la explotación económica de los ciudadanos más pobres².

Sin embargo, como veremos más adelante en el Cap. III, el excesivo interés en la esclavitud, o mejor debiéramos decir, la tradicional insistencia de la historiografía de la antigüedad clásica en desprender conclusiones del importante número de esclavos presentes en las sociedades grecolatinas o su omnipresencia en las fuentes, ha eclipsado este hecho históricamente excepcional de la ciudad clásica³: la inclusión jurídica y política en un plano de igualdad de una importante masa de productores directos. Entender esa excepcionalidad constituye uno de los objetivos centrales de este trabajo. Es a partir de este marco que intentaremos pensar en las igualdades y las asimetrías de la ciudad democrática, en los vínculos entre la igualdad política y las desigualdades sociales entre los *politai* y las relaciones que se tejen entre ellos a partir de esa excepcionalidad histórica que constituyó la democracia ateniense del siglo V a.C. Al respecto, Jacques Rancière, partiendo de un análisis preocupado por la filosofía política, ha sintetizado de una manera que consideramos correcta el núcleo de la problemática:

“En primer lugar, la libertad del *demos* no es ninguna propiedad determinable sino una pura facticidad: detrás de la «autoctonía»,

² Cf. Finley (1982) sobre el momento histórico en el cual surgen las diferentes interpretaciones acerca de la esclavitud antigua. Con respecto al llamado “mito de la masa ociosa” y el contexto en el cual se elabora esta aprehensión de la democracia antigua, ver el trabajo de Wood (1988: 5-41) en donde se analizan las posturas de, entre otros, William Mitford, George Grote, August Boeckh, Jacob Burckhardt y Numa Denis Fustel de Coulanges así como también la “inversión marxista” del mito, el “modo de producción esclavista”.

³ Como afirma Wood (2000: 227-8), “no se trata de que los historiadores no reconociesen que el conjunto ciudadano de la Atenas democrática consistía en personas que trabajaban para vivir. Es más bien que este reconocimiento no fue acompañado por el esfuerzo adecuado para explorar la significación histórica de un hecho tan notable”.

mito de origen reivindicado por el *demos* ateniense, se impone el hecho en bruto que hace de la democracia un objeto escandaloso para el pensamiento: por el mero hecho de haber nacido en tal ciudad, y muy en especial en la ciudad ateniense después de que en ésta hubiera sido abolida la esclavitud por deudas, cualquiera de esos cuerpos parlantes condenados al anonimato del trabajo y la reproducción, de esos cuerpos parlantes que no tienen más valor que los esclavos -y aun menos, puesto que, dice Aristóteles, el esclavo recibe su virtud de la virtud de su amo-, cualquier artesano ~ tendero se cuenta en esa parte de la ciudad que se denomina pueblo, como participante en los asuntos comunes en tanto tales. La mera imposibilidad de que los *oligoi* redujeran a la esclavitud a sus deudores se transformó en la apariencia de una libertad que sería la propiedad positiva del pueblo como parte de la comunidad”⁴.

Si bien una indagación teórica se sitúa en el origen de nuestras preocupaciones, ello no implica que procedamos de un modo abstracto o general. A lo largo de nuestro estudio analizaremos las interpretaciones teóricas planteadas por diferentes investigadores pero sin dejar de preocuparnos por la evidencia empírica que sobrevivió hasta nuestros días acerca de las condiciones sociales, económicas y políticas del mundo rural ateniense. Nuestro recorrido será, entonces, un constante tránsito entre las interpretaciones historiográficas, el análisis empírico y la formalización conceptual. Las interpretaciones de los diferentes autores y las discusiones historiográficas estarán presentes en el análisis de cada una de las cuestiones históricas específicas que abordaremos a lo largo de los sucesivos capítulos ya que constituirán una parte importante de nuestro método de trabajo.

En relación al marco espacio-temporal en torno del cual se desarrolla nuestro trabajo, resulta útil retomar una pregunta planteada por Claude Mossé hace ya algunos años en un estudio sobre la política y la sociedad ateniense de la época clásica: “porquoi

⁴ Rancière (1996: 20-1).

Athènes?”. Creemos que es posible hacer nuestra su respuesta: en primer lugar, las fuentes atenienses (y sobre Atenas) tanto literarias como epigráficas son garrafalmente más numerosas e importantes que lo que el mundo griego nos ha legado para el resto de las *póleis* (y aquí se encuentra uno de los principales motivos del “atenocentrismo”); la segunda razón tiene un fuerte vínculo con la primera y consiste en el hecho de que Atenas haya desarrollado una fuerte hegemonía política y militar en el mundo heleno desde el enfrentamiento contra Persia y hasta el fin de la Guerra del Peloponeso; por último, es en Atenas donde se produce una novedad radical en el ordenamiento político: la invención de la democracia⁵.

Durante el siglo V a.C. es cuando se producen los acontecimientos que jalonan el desarrollo de la igualdad democrática. Hacia el 508/7 a.C., las reformas de Clístenes sientan las bases de la *pólis* ateniense sobre el principio de la *isonomía* o igualdad de los ciudadanos en la participación política. Hacia 462/1 a.C., y hasta el 404 a.C. con la derrota ateniense en la Guerra del Peloponeso y el golpe oligárquico subsiguiente, las reformas de Efiltes resignifican los principios igualitarios habilitando el desarrollo de la así llamada “democracia radical” (*demokratía eskháte*)⁶, momento en que la igualdad política y la participación popular en las instituciones de la *pólis* encuentran su mayor desarrollo.

Las reformas políticas impulsadas por Efiltes implicaron una profundización del papel ejercido por el *dêmos* ateniense en la *politeía* a la vez que redujeron de forma significativa las competencias del Consejo del Areópago controlado tradicionalmente por la aristocracia. Si bien las fuentes son algo oscuras en torno de los sucesos atenienses de principios del siglo V a.C., todo parece indicar que el Areópago habría incrementado sus atribuciones en el período que media entre las reformas de Clístenes y los enfrentamientos con Persia⁷. La actuación de Efiltes supuso el recorte de ciertas facultades del aristocrático Consejo, especialmente la de ser “el guardián de la

⁵ Mossé (1995: 9-11). Cf. Finley, Winton & Garnsey (1983; 1986b; 1990); Rahe (1994: 14-40); Vernant (2008: 140-5).

⁶ Cf. Hignett (1952: 214-51); Jones (1987); Davies (1981b: 57-67); Musti (2000: 189-248).

⁷ Algunos autores han propuesto que, en verdad, Efiltes estaría retomando el camino trazado previamente por Clístenes; Loraux (1979; 1993: 84-5, 211-6). La historiografía ha debatido acerca de si Clístenes o Efiltes son los responsables del surgimiento de la democracia; al respecto, ver Mossé (1987: 28); Finley (1983: 144; 1990: 79-80); Ober (1996: 32-52); cf. Rhodes (2003: 18-26) y Gallego (2003c: 67-8).

constitución [*he tês politeias phylakê*]⁸, impulsando de ese modo el desarrollo político del *dêmos*. A partir de ese entonces, el pueblo ateniense ejercerá la soberanía, principalmente, a través de la intervención en la Asamblea⁹ así como también nutriendo las diferentes instancias de participación colectiva como son las diferentes magistraturas, el Consejo de los 500 y los Tribunales Populares¹⁰.

Este ascenso político del pueblo supuso el inicio de la denominada “democracia radical” ateniense. Ésta se extenderá hasta el año 404 a.C. cuando los llamados Treinta Tiranos impongan en Atenas un régimen oligárquico¹¹. Oligarquía que buscará, desde un primer momento, revertir las modificaciones introducidas por Efiltes aboliendo sus leyes sobre el Areópago¹². Si bien el período oligárquico fue breve, la restauración de la democracia en el 403 a.C. implicó, sin embargo, un tipo de democracia más moderada. El decreto de Tisámeno implicó nuevos límites al poder popular al conceder a los *nomothétai* ciertas funciones legislativas que previamente se incluían en la órbita de la *ekklesia*¹³. Junto a lo anterior, el papel otorgado al Areópago en la nueva situación¹⁴ supone, según el parecer de Domingo Plácido, “una democracia cuya reglamentación le impedía ser conducida a extremos peligrosos”¹⁵. La democracia restaurada derivó, entonces, en un ordenamiento político diferente al de la “democracia radical” y supuso el fin de la radicalización política algo que, para algunos autores, puede

⁸ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 25.1-2.

⁹ En términos generales, Starr (1990: 13-31). La Asamblea incluso operará, en última instancia, como la manifestación concreta de la *pólis* a tal punto que, frecuentemente, el término *dêmos* (que entre otros significados designaba a los ciudadanos) es asimilado directamente a la Asamblea: Lonis (1983: 105 n.83); Ruzé (2003: 37-53, especialmente en 50-1); Plácido (1997: 215); Hansen (1983: 139-60; 1989b: 213-8; 1991: 94-124); cf. las posturas de Ostwald (1986: 130-1); Ober (1989).

¹⁰ Cf. Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 138-40); Sinclair (1999: 44-7); Finley (1986b: 135-6); Rhill (1995); Gallego (2003c: 69)

¹¹ Esta es, por ejemplo, la opinión de Mossé (1995: 121-3).

¹² [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 35.2; Cf. Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 140).

¹³ Al respecto, ver: Harrison (1955); MacDowell (1975; 1986: 48-50); Hansen (1983: 161-76, 179-205; 1991: 150-60); Rhodes (1985); Ostwald (1986: 509-24); Musti (2000: 204-14); cf. Finley (1986b: 96-7 y n. 4); Ober (1989: 95-103).

¹⁴ Andócides, *Sobre los misterios*, 83-4. Cf. Hall (1990); Hansen (1991: 288-95).

¹⁵ Plácido (1997: 214). Pero no solamente los límites legales determinaron la clausura del período radical; la amnistía decretada con la reintroducción de la *demokratía* supuso la obligación de “no recordar los males del pasado” haciendo con ello referencia a la actuación de los oligarcas. Ver al respecto los trabajos de Loraux (2008b: 15-42, 145-69, 171-90, 251-72) sobre las implicancias de este proceso.

conceptualizarse como el paso de la “soberanía popular” a la “soberanía de la ley”¹⁶. Es, entonces, la “democracia radical” del período 462-404 a.C. el foco central de nuestra reflexión lo que, sin embargo, no nos impedirá salirnos de sus márgenes cuando las problemáticas lo exijan o las fuentes lo impongan.

En relación al planteo propuesto, debemos decir que el trabajo que aquí desarrollamos parte de la hipótesis inicial de que la igualdad y la participación políticas tuvieron efectos concretos en el desarrollo de la diferenciación social al interior del cuerpo de ciudadanos. En función de esto se sostendrá que: a) las desigualdades sociales derivadas de un acceso no equitativo a la propiedad de la tierra no resultaron determinantes para la inserción con plenos derechos políticos de los distintos sectores del cuerpo cívico; b) la participación de los grupos subalternos de la ciudadanía se dio en términos reales y no meramente formales, en un marco en el que la lucha política quedó restringida únicamente al estamento de los ciudadanos; c) esta integración de ricos y pobres en un mismo plano institucional determinó la lógica y la dinámica de la *pólis* ateniense durante el siglo V a.C., impidiendo la caída en dependencia de los ciudadanos pobres respecto de los terratenientes e incidiendo en ciertas circunstancias en la distribución o asignación de los recursos económicos.

II. FUENTES

Las hipótesis y los objetivos planteados en nuestra investigación han determinado que no nos enfoquemos ni partamos de un *corpus* documental específico (historia, tragedia, comedia, etc.) sino que, más bien, hayamos encarado el estudio de las fuentes de acuerdo a las necesidades planteadas por las problemáticas abordadas a lo largo del trabajo.

Algunas fuentes producidas en un contexto previo al que constituye el centro de nuestra indagación han resultado de cierta importancia. Nos referimos a la lírica arcaica que permite el acercamiento a diversas problemáticas tan diversas como, por ejemplo,

¹⁶ Ostwald (1986); Musti (2000:189-248); Mossé (1995: 173-8); Cf. la interpretación contraria de Sancho Rocher (1997: 40-95); Sealey (1987: 146-8).

las prácticas agrícolas de los pequeños labradores a partir de la obra de Hesíodo, los valores aristocráticos a través de Homero, o la *stásis* ateniense de comienzos del siglo VI a.C. y su resolución según la poesía fragmentaria de Solón. El siglo V a.C. se ha destacado por haber legado una documentación literaria de gran interés compuesta por fuentes de distinto tipo que corresponden a diversos contextos de producción y están orientadas a un público variado. En primer lugar, merece ser destacado el papel de la Historia que, a través de las obras de Heródoto y Tucídides (pero también las de historiadores de los que solamente nos han llegado fragmentos de sus escritos) permiten descubrir ciertos aspectos de la historia ateniense tanto en sus relaciones exteriores como en su organización política interna. Por otro lado, la Tragedia y, especialmente, la Comedia, permiten un acercamiento no solamente a la vida política de la ciudad sino también a una variada serie de prácticas sociales, culturales, familiares que resultan de especial utilidad. Un lugar destacado debe asignársele al panfleto producido en la segunda mitad del siglo y atribuido erróneamente a Jenofonte sobre la *politeía* de los atenienses; este corto texto permite acceder de una manera muy directa a determinados aspectos de la organización democrática a través de la perspectiva de un opositor al poder del *démos*. Por último, también el siglo V a.C. es responsable de la producción de una serie de fuentes epigráficas que resultan primordiales para analizar tanto aspectos económicos como políticos, religiosos y culturales.

Pero también hablan sobre el período analizado una serie de fuentes cuyo contexto de producción corresponde a los siglos IV a.C. y posteriores. Al respecto, la historia seguirá siendo importante, como por ejemplo las *Helénicas* de Jenofonte, pero también debemos sumar documentación de nuevo tipo como ser los discursos conservados en el canon de los oradores áticos. Éstos, nos permiten un acercamiento a diferentes aspectos de la legislación, de las prácticas sociales y familiares, de las disputas políticas, etc. La filosofía, en especial a partir de las obras de Platón y Aristóteles, también cobra relevancia para el estudio de la política, las relaciones sociales y comunitarias, la organización de la sociedad, etc. También el siglo IV a.C. cuenta con su propio estudio de la *politeía* ateniense que permite entender no solamente las características de la organización institucional de la democracia sino también, determinados aspectos de la historia ateniense sobre los cuales carecemos de otros datos.

La época helenística, aparte de legar una serie importante de fragmentos de historiadores (que recogen muchas veces informaciones de historiadores previos sobre los que no se ha conservado nada), proporciona una serie de textos de lexicógrafos que permiten precisar el significado de varios términos que resultan relevantes; en el mismo sentido operará la enorme enciclopedia bizantina del siglo X d.C. conocida como *Suda*. Por último, la época romana proporciona una variada cantidad de historiadores -de entre los cuales Plutarco sea quizás el más relevante para nuestro estudio- que en tanto se basan en fuentes previas resultan de cierto interés para el análisis de determinadas coyunturas políticas y evoluciones históricas.

En síntesis, la Atenas clásica permite un acercamiento a partir de múltiples fuentes literarias y epigráficas a las que debemos sumar los datos arqueológicos que en los últimos años se han destacado en los avances generados a la hora de entender las prácticas agrícolas, las formas de ocupación y uso del terreno y varios aspectos del mundo rural en general. En efecto, el estudio de la democracia ateniense ha recibido recientemente un impulso que ha permitido replantear diversos aspectos de su dinámica histórica. Nuestra perspectiva sobre esta cuestión jamás podría ser la misma de no contar con la aportación fundamental de la prospección arqueológica, lo cual ha posibilitado a su vez una reconsideración de las fuentes literarias y epigráficas de acuerdo con los problemas suscitados por la arqueología. Por otra parte, el análisis de las fuentes epigráficas (en constante proceso de crecimiento) resulta un elemento de gran importancia porque permite acceder en muchos casos a las decisiones que los ciudadanos atenienses producían a partir de los mecanismos institucionales en los que desempeñaban las funciones públicas. Ambos tipos de documentación resultan, pues, fundamentales para desarrollar una comprensión más acabada del problema propuesto.

Con respecto a los pasajes citados de textos antiguos nos hemos basado en las traducciones y ediciones listadas en el apartado “Bibliografía”, a pesar de que frecuentemente debimos corregir o cambiar partes cuando lo consideramos conveniente. Cuando resultó importante para el argumento propuesto, hemos destacado algún término o frase en griego en la traducción transcrita; en esos casos optamos por transliterar entre corchetes “[]”.

III. CONTEXTO HISTORIOGRÁFICO: IGUALDADES Y ASIMETRÍAS EN LA DEMOCRACIA

Muy pocas son las investigaciones específicas (si es que se puede encontrar alguna) que buscan comprender cómo funcionaba a nivel estructural la relación entre la igualdad política y el desigual acceso a la riqueza entre los ciudadanos de la Atenas del siglo V a.C. Podríamos afirmar que constituye casi un lugar común enunciar que el desarrollo de la igualdad política durante la *demokratía* coexistió con cierto grado de desigualdad económica o social entre los ciudadanos¹⁷. La mayor parte de los estudios tienden a girar en torno a dos ejes problemáticos conexos: por un lado, se intenta analizar por qué la *isonomía* no implicó una evolución hacia la *isomoiría* (“participación igual”, lo que implicaría la igualación económica) entre los ciudadanos. En esta línea de pensamiento surgen interrogantes como el que ha planteado Fritz Gschnitzer acerca de “hasta qué punto la democracia se esmeró en modificar las circunstancias sociales existentes para adaptarlas a su ideal de igualdad, es decir, en conseguir que la equiparación política de todos los ciudadanos en el marco de lo potencial sucediera asimismo la igualación social”¹⁸. En el mismo sentido, Claude Mossé ha afirmado:

“L'égalité politique est donc devenue une réalité dans l'Athènes du milieu du V^e siècle. C'est sur elle que se fonde le principe majoritaire, qui suppose que toute voix qui s'exprime au sein de l'Assemblée ou du Tribunal a valeur égale. Et cependant elle n'a pas fait disparaître les inégalités sociales puisqu'il n'a été porté atteinte ni à la propriété privée de la terre, ni à la possibilité de s'enrichir librement à la faveur du développement des échanges.

¹⁷ Al ser un lugar común, sería interminable un análisis de la cuestión. Solamente a modo de ejemplo ver los postulados clásicos de Austin & Vidal-Naquet (1986: 104) y Finley (2000: 114) así como también las contribuciones de Raaflaub (1996) y Cartledge (1996) a un volumen colectivo sobre la *demokratía* antigua y la democracia moderna.

¹⁸ Gschnitzer (1987: 190). En el mismo sentido, Mossé (2007: 77) enuncia que “se nos plantea ahora un doble problema: el de las bases jurídicas de esta igualdad [entre los ciudadanos] y el de la contradicción entre estas bases jurídicas y la realidad de una sociedad no igualitaria”. Ésta parecería ser también la preocupación de de Ste. Croix (1988: 333-52) al reconocer (en p. 335) que “Puesto que en una democracia todo ciudadano tenía un voto igualitario, la igualdad (*isotes*) política constituía, por así decir, un rasgo incorporado de la *demokratía* griega. [...] No había ninguna pretensión, sin embargo, de igualdad económica”.

C'est seulement dans les constructions utopiques des philosophes ou dans la Sparte imaginaire de Lycurgue que les inégalités sociales n'existent pas. Comment se manifestent-elles à Athènes, et comment l'égalité politique parvient-elle à les atténuer?"¹⁹.

Por otro lado, algunos estudios buscan explicar de qué manera y a través de qué mecanismos coexistió esta doble característica de la democracia que se supone contradictoria²⁰ habiendo generado menos controversia de la que se conjeturaba esperable. Al respecto, resulta pertinente referirnos a la clasificación propuesta por Josiah Ober sobre las diferentes explicaciones que, centrándose en una variada gama de aspectos económicos, la historiografía dio para dar cuenta de la estabilidad sociopolítica de la democracia ateniense a pesar del desigual acceso a la riqueza²¹. Entre ellas se encuentran las que otorgan especial importancia al desarrollo de la *arkhé* ateniense, esto es, el llamado "imperio" que Atenas, a través de la Liga Délica, ejercía sobre diferentes *póleis*. El imperio y los beneficios económicos que brindaba a la ciudad habrían permitido a la ciudad democrática por un lado, financiar la participación política de los ciudadanos más pobres a través del pago del llamado *misthós* político a los jurados, los miembros del Consejo de los 500, etc. y, por otro lado, ofrecer a los sectores ricos de la ciudadanía la posibilidad de enriquecerse de distintas maneras gracias a la política imperialista²².

En el mismo sentido se deberían entender los tributos que los ciudadanos ricos pagaban a la *pólis*. La ciudad imponía al estrato más acaudalado de la ciudadanía, aunque algunas veces las contribuciones eran voluntarias, el pago de diferentes liturgias (*gymnasiarkhía*, *khoregía*, *trierakhía*, etc.), de tributos excepcionales durante los conflictos bélicos (*eisphorá*) y de distintas multas. El mecanismo resultaba útil, por un

¹⁹ Mossé (1995: 85-6).

²⁰ Cf. Ober (1989: 202): "...the dissonance between egalitarian political ideology and obvious inequalities in property-holding".

²¹ Ober (1989: 17-35).

²² Finley (2000: 60-84, 103-23; 1986a: 29-31); de Ste. Croix (1954/5; 1988: 341-2) Cf. Ober (1989: 23-4); Plácido (1995b; 1997: 11-26).

lado, para financiar diferentes necesidades de la ciudad pero también, por otro lado, para evitar la acumulación de riqueza excesiva en determinados ciudadanos²³. Por ello, la respuesta a la pregunta formulada por Mossé en el pasaje citado más arriba, tendió generalmente a estructurarse en torno al análisis de los diferentes mecanismos de distribución de bienes materiales a través de los cuales la democracia intentaba atenuar las diferencias sociales²⁴.

Para otros autores, por último, lo que resulta central es la esclavitud-mercancía en tanto permitiría liberar a los ciudadanos de las tareas productivas necesarias para la subsistencia dándoles la posibilidad de gozar del ocio indispensable para participar de la política (y la guerra)²⁵; pero sobre este tema volveremos más adelante (Cap. III).

Sin embargo, si bien importantes, los factores económicos y los mecanismos de redistribución no resultan suficientes para explicar la estabilidad sociopolítica. Es por ello que otro grupo de autores destacarán la relevancia que tienen durante la democracia ateniense los aspectos ideológicos. Tal es el caso, por ejemplo, de Christian Meier para quien con la democracia habría:

“aparecido una fractura entre el orden político y el orden social. Los ciudadanos, en su mayoría, han creado entre ellos relaciones fundadas en la igualdad y que, por consecuencia, difieren radicalmente del orden social en el que continuaba prevaleciendo la nobleza [...].la democracia creció borrando las diferencias sociales: todas las diferencias que existían en el interior de la vasta comunidad de ciudadanos perdieron mucha importancia respecto a esa comuna ciudadanizada. Solamente se

²³ Finley (1986b: 183-6); Cf. Ober (1989: 30-1, 199-202).

²⁴ Cf. Gschnitzer (1987: 190-8); Ober (1989: 199-202, 240-7); Mossé (1962: 305-9; 1995: 85-120; 2007: 78-83); Sancho Rocher (1997: 200-8); de Ste. Croix (1953); Osborne (1985c: 52-53); MacDowell (1986: 161-4); Fuks (1979/80); Plácido (2006).

²⁵ Jameson (1977/8; 1994; 2003); de Ste. Croix (1988: 169-77); Plácido (1997: 151-2); Cf. Wood (1983; 1988; 2000: 211-37); Ober (1989: 24-7; 1996: 107-22).

acentuaban las diferencias con los grupos que permanecían fuera de ella: los no-ciudadanos, las mujeres, los esclavos”²⁶.

Es en última instancia esta “identidad política”²⁷ ente los atenienses lo que permite que “a pesar de las desigualdades sociales, los ciudadanos” tengan “una viva conciencia de su igualdad política” que culminará por ser “de una significación mucho más grande”²⁸.

También la ideología ocupa un papel central en *Mass and elite in democratic Athens* de Josiah Ober. Dicho estudio posiblemente constituya el más importante intento, llevado a cabo durante el último tiempo, de pensar el funcionamiento de la igualdad política y las desigualdades sociales en la democracia ateniense. Centrándose en el análisis de la retórica tanto política como judicial, este autor propone que “the tensions generated by simultaneously maintaining social inequality and political equality therefore had to be resolved on the ideological plane”²⁹. La “paradoja” de una sociedad estructurada a partir de un reparto desigual de la riqueza pero que a la vez se encuentra gobernada por principios políticos igualitaristas encuentra su resolución en nivel de la ideología en donde los oradores de la elite se destacan por su rol mediador³⁰.

A pesar de estas puntualizaciones, lo cierto es que la moderna diferenciación entre “política” y “economía” a la que nos referíamos al comienzo del capítulo ha hecho mella en los estudios sobre la democracia ateniense. Es por esta razón que, como hemos puntualizado más arriba, son escasos los estudios específicos acerca de la funcionalidad estructural de la relación entre la igualdad política y las desigualdades sociales. Si bien, como buscamos demostrar en el Cap. II, la “política” y la “economía” se presentan para el pensamiento moderno como dos “instancias” claramente delimitadas, y en cierta medida independientes, en términos concretos dichas “instancias” aparecen

²⁶ Meier (1985: 23, 26); Cf. (1990: 157-85).

²⁷ Cf. Meier (1990: 140-54).

²⁸ Meier (1985: 26).

²⁹ Ober (1989: 304).

³⁰ Ober (1989: 205, 240-1, 304-39) Cf. (1991).

inexorablemente entrelazadas en contextos precapitalistas por lo que se hace necesaria una aprehensión conjunta.

Sin embargo, esta carencia de estudios específicos, no implica que la cuestión no fuera tratada en absoluto por los historiadores ya que, buscando dar respuesta a variadas problemáticas, algunos investigadores abordaron el tema de modo colateral y es sobre estos trabajos que hemos podido elaborar los diferentes núcleos problemáticos que guían nuestra indagación.

IV. ANÁLISIS A DESARROLLAR

Ahora bien, una vez presentada la problemática general del tema a tratar, las fuentes que serán tomadas en cuenta y el contexto historiográfico en el que nuestro trabajo se inscribe, es el momento ahora de explicitar el recorrido de lo que sigue en adelante. Uno de los nudos problemáticos a los que nos hemos referido algunas líneas más arriba se relaciona con una problemática teórica que estructura en gran medida toda nuestra indagación. Ésta se encuentra desarrollada en el Cap. II que se estructura en torno a los debates acerca de qué importancia debiera asignársele a la organización política, al aparato jurídico, a la ideología, etc., esto es, a los elementos comúnmente llamados “superestructurales”, al momento de considerar las formaciones sociales preindustriales. La relevancia de esta cuestión radica en el hecho de que los integrantes del cuerpo de ciudadanos de la democracia ateniense del siglo V a.C. mantenían entre ellos relaciones igualitarias a nivel jurídico y político que impedirían la organización de un sistema de explotación basado en lo que se ha denominado “coacción extraeconómica”. También corresponde a este capítulo el repaso sobre las características excepcionales que distinguen al campesinado ateniense de las definiciones sociológicas elaboradas para aprehender a este sector social.

En el Cap. III se analizan las corrientes historiográficas que han propuesto al esclavismo como la clave explicativa de las sociedades de la antigüedad clásica. Si el *modo de producción esclavista* (MPE) hubiera estructurado a la sociedad ateniense del siglo V a.C., el problema teórico propuesto sería de solución relativamente simple: los

elementos “superestructurales” jurídicos y políticos que asegurarían la transferencia de excedentes desde el productor directo (esclavo) hacia el no productor (amo) estarían relacionados con la definición jurídica del primero como objeto de propiedad y del segundo como sujeto propietario y ciudadano. Sin embargo, a lo largo del capítulo se analizan las caracterizaciones que de la estructura económico-social ateniense hizo la historiografía así como también sus límites explicativos tanto teóricos y metodológicos como empíricos. Específicamente, nos referimos al intento de syndicar a la sociedad antigua en general y a la democracia ateniense en particular como una basada en la explotación del trabajo de los esclavos. Asimismo, se recorren los intentos realizados por distintos investigadores para encontrar una explicación que supere estas falencias postulando categorías alternativas. La pesquisa sobre esta serie de trabajos se justifica ya que a partir de ellos se hace patente la necesidad de realizar un estudio específico acerca de la relación entre el desigual acceso a los recursos económicos y la igualdad de derechos políticos al interior del cuerpo de ciudadanos de la democracia ateniense. Nuestro trabajo se puede entender, en parte, como una continuidad de esos intentos por superar las falencias explicativas e interpretativas que el modelo esclavista planteó a la historiografía de la Atenas clásica.

En el Cap. IV se analizan las características de la “economía” antigua y la imposibilidad de pensar a ésta aislada del contexto social, político, jurídico e ideológico en el cual opera. En tal sentido, se retoman los debates existentes en la historiografía sobre la economía de la antigüedad, fundamentalmente aquellos que se dan entre *modernistas* y *primitivistas* desde fines del siglo XIX. De gran importancia para nuestro estudio resultan los postulados de Karl Polanyi acerca de la diferencia entre las sociedades modernas en las que la economía funciona como una esfera autónoma y las sociedades primitivas o arcaicas en las que la economía se encuentra integrada (*embedded*) en la sociedad y en sus instituciones. Esta propuesta se vincula de un modo más o menos directo con los análisis de Weber y Hasebroek quienes postulaban estudiar a la economía griega teniendo en cuenta el marco social e institucional de la ciudad antigua. Esta forma de pensar la cuestión resulta fecunda al momento de profundizar la reflexión acerca de la naturaleza de la “economía” en la Grecia antigua de acuerdo a nuestra propuesta sobre la imposibilidad de entender separadamente los aspectos socio-económicos y políticos de la democracia. Por otro lado, en este capítulo también se

tomarán en cuenta las múltiples relaciones entre la capacidad de poseer la tierra cívica y los derechos de ciudadanía en tanto ejemplificación de cómo los aspectos “económicos” y “políticos” son inseparables en el contexto de la democracia ateniense.

En el Cap. V analizamos tres cuestiones conexas. En primer lugar, se avanza sobre las características de la tierra ática en relación a sus capacidades agrícolas; en especial se busca saber con qué cantidad de tierra contaba Atenas y qué parte de ella era aprovechable en términos agrícolas. En segundo lugar se analizan las características demográficas de la población ciudadana tratando de estimar el tamaño del cuerpo cívico ateniense así como también la distribución de sus miembros en las cuatro clases timocráticas de acuerdo a su riqueza. En tercer lugar, se busca entender cómo se encontraba distribuida la tierra agrícola entre los ciudadanos.

Más adelante, en el Cap. VI, se analiza el proceso de desarrollo de la igualdad política a lo largo de la historia del surgimiento de la democracia. Especial énfasis se hará en las reformas de Solón en tanto éstas, al comenzar a incluir en la ciudad a los campesinos que se veían sometidos hasta ese momento a diferentes mecanismos de explotación, limitarán la capacidad de la aristocracia ateniense de mantener relaciones de dependencia con los productores directos del mundo rural. A su vez, se analizan las consecuencias de estas transformaciones a la hora de la participación política concreta de los ciudadanos en las diferentes instituciones de la *pólis*. En este capítulo se examinan a su vez, los diferentes mecanismos practicados por la democracia en relación a la distribución de recursos materiales como práctica tendiente a limitar la polarización social.

Finalmente, en el Cap. VII, se busca demostrar cómo la igualdad política supuso un límite al desarrollo de relaciones de explotación estables y sistemáticas entre ciudadanos a través de las características que adquirieron diferentes mecanismos como ser el arrendamiento de tierras privadas y las relaciones de patronazgo.

Por último, en las Conclusiones se intenta realizar un balance de la totalidad de la investigación realizada en relación a las hipótesis propuestas inicialmente así como la explicitación de las posibles futuras líneas de investigación que se desprenden de este trabajo.

Primera Parte

**UN MARCO PARA PENSAR LAS
IGUALDADES Y LAS ASIMETRÍAS**

En esta parte propondremos un marco teórico general acerca de cómo postulamos que es posible pensar la igualdad cívica y la desigualdad social en el marco de la democracia ateniense del siglo V a.C. Para ello, situaremos en primer término a la democracia ateniense en el contexto general de las sociedades precapitalistas y, fundamentalmente, de las problemáticas asociadas a su estudio empírico. Principalmente nos ocuparemos del lugar que debe asignarse a los elementos que tradicionalmente se sitúan en lo que algunos autores llaman la “superestructura” de la sociedad. Nuestra propuesta se ubica en un intento de entender a las “superestructuras” como algo más que un mero reflejo de las “estructuras” económicas en tanto aquéllas suelen organizar, en las sociedades premodernas, las formas que adquieren las distintas relaciones de explotación que se dan entre las clases.

Por otro lado, abordamos una problemática historiográfica que resulta central y que tiene que ver con el análisis de lo que se denominó el *modo de producción esclavista*. Al respecto, nos centraremos, fundamentalmente, en los intentos realizados

por diversos investigadores de presentar a dicho modo de producción como el marco general para pensar a las sociedades de la antigüedad grecolatina y, más específicamente, a la democracia ateniense clásica. Nuestra propuesta intenta mostrar que aplicar dicha caracterización a la ciudad democrática, si bien pudo haber resultado operativo y haber impulsado una importante y valiosa serie de estudios, sin embargo, en la actualidad plantea significativos problemas en tanto impide visualizar una serie de cuestiones que, desde nuestra perspectiva, resultarán centrales, especialmente el rol que los productores rurales directos adquieren en dicha sociedad.

Capítulo II

LA DEMOCRACIA ATENIENSE Y LAS SOCIEDADES PRECAPITALISTAS

El fracaso de la ciudadanía en el cumplimiento de la humanidad verdadera del hombre se convierte en su capacidad de servir, enmascarándolos, los intereses del hombre propietario. La «participación» política es entonces la mera máscara de la repartición de las partes. La política es la mentira sobre algo que se denomina sociedad.

Jacques Rancière (1996: 108-9)

Antes de analizar concretamente como se desarrollaron las igualdades y las asimetrías en la Atenas clásica, estimamos necesario que primeramente abordemos algunas cuestiones teóricas que constituyen el punto de partida de nuestra indagación. Ellas se encuentran vinculadas a los problemas y debates en torno de los modos de producción precapitalistas; más específicamente, a la importancia que debiera asignársele (o no) a la organización política, al aparato jurídico, a la ideología, etc., esto es, a los elementos comúnmente llamados “superestructurales”, al momento de

considerar las formaciones sociales preindustriales. La relevancia de esta cuestión radica en el hecho, que buscaremos constatar empíricamente más adelante, de que los integrantes del cuerpo de ciudadanos de la democracia ateniense del siglo V a.C. mantendrían entre si relaciones igualitarias a nivel político que impedirían organizar un sistema de explotación estable entre los *polítai*.

Para exponer correctamente la cuestión es preciso que abandonemos por un momento el campo específico de la Historia Antigua; creemos que tal distanciamiento se encuentra plenamente justificado en tanto constituye uno de los pilares sobre los que se apoya nuestra indagación. Empezaremos examinando brevemente ciertas características del *modo de producción capitalista* (MPC) que, por contraste, nos permitirán comprender la importancia que adquieren las aludidas instancias “superestructurales” y la llamada “coacción extraeconómica” a ellas vinculada, en los modos precapitalistas. Posteriormente, nos ocuparemos de algunos aportes que recorren la problemática acerca de cómo deberían ser estudiados dichos modos de producción. Especialmente, nos referiremos a los planteos desarrollados por Perry Anderson quien, en su estudio sobre el Estado absolutista, remarca la necesidad de considerar las estructuras jurídicas, políticas e ideológicas como definitorias para explicar la especificidad del *modo de producción feudal* (MPF) en el occidente europeo y su evolución hacia el capitalismo. En relación a esta problemática, retomaremos los recientes debates sostenidos entre investigadores de sociedades tardoantiguas y medievales (tanto orientales como occidentales) que suscitó la idea de que bastas zonas geográficas a lo largo de amplios períodos de tiempo estuvieron dominadas por el denominado *modo de producción tributario* (MPT).

Nuestro objetivo no es desarrollar un análisis exhaustivo y completo de las diferentes posiciones de los autores que intervienen en los sucesivos debates sino más bien, valiéndonos de los trabajos de algunos investigadores del mundo preindustrial, entender la importancia que adquieren las denominadas “superestructuras” en las sociedades precapitalistas en tanto permiten organizar la extracción de excedentes sobre una base estable. A la luz de dicha constatación podremos, por fin, retomar los problemas de interpretación que la democracia ateniense del siglo V a.C. nos plantea.

I. ACERCA DEL LUGAR DE LAS “SUPERESTRUCTURAS” EN LAS SOCIEDADES PRECAPITALISTAS

La crítica a la economía política desarrollada por Karl Marx y Friedrich Engels desde mediados del siglo XIX tenía entre uno de sus objetivos demostrar de qué manera los economistas de la época tomaban por universal y ahistórico algo que era específico e históricamente determinado, el MPC. A su vez intentaba explicar cómo aquello que para los economistas clásicos discurría por carriles separados, lo “económico” y lo “político”, se encontraba unido desde la propia génesis del capitalismo: a través de la coerción estatal legitimada jurídica y políticamente, durante la denominada “acumulación originaria”, se desarrolla el proceso de separación de los productores directos de la propiedad y, en algunos casos, del control efectivo de la tierra, es decir, del medio de producción primordial para la época¹.

Sin embargo, si bien es cierto que frecuentemente padeció un uso abusivo, la separación conceptual entre las “instancias” económica y política en el sistema capitalista posee cierto anclaje empírico en tanto en ese tipo de sociedades la apropiación del excedente tiene lugar en la “esfera” económica y se realiza por medios puramente económicos². La propiedad privada absoluta del apropiador de los excedentes junto con la no-propiedad de medios de producción del productor directo, resultados de la “acumulación originaria”³, hacen por primera vez en la historia innecesario el recurso a la denominada “coacción extraeconómica” para la transferencia

¹ Marx (1975: 891-967).

² Esta diferenciación conceptual fue extremada por el marxismo vulgar que hace un uso abusivo de la metáfora marxiana sobre la base (económica) y las superestructuras (jurídica, política e ideológica) que la “reflejan” o con las cuales se “corresponde”. La corriente estructuralista dentro del marxismo presenta a los modos de producción y/o a las “formaciones sociales” como una estructura dividida en “esferas”, “instancias”, “niveles”, etc. económicas, jurídicas, políticas e ideológicas que, si bien poseen una “autonomía relativa”, son determinadas “en última instancia” por la base económica aunque ésta no siempre cumpla el rol dominante de la totalidad social. Vale aclarar que, en el presente capítulo, nuestro uso de estos conceptos es meramente expositivo y no implica aceptación de los postulados que se encuentran operando por detrás de ellos. Los fundamentos de estos conceptos se encuentran en: Althusser (1999: 132-81); Balibar (1998); Poulantzas (1976: 4-30); Fioravanti (1983: 11-22); Hindess & Hirst (1979: 13-21). La idea de “determinación en última instancia” es originada por Engels en sus cartas a J. Bloch del 21 de septiembre de 1890 y a Mehring del 14 de Julio de 1893, Marx & Engels (1972: 394-5, 424). Para una crítica ver Wood (2000: 59-89).

³ “La llamada acumulación originaria no es, por consiguiente, más que *el proceso histórico de escisión entre el productor y los medios de producción*”, Marx (1975: 893).

de la producción excedentaria entre las clases y, aunque de ningún modo elimina la coacción, la separa del momento en que el plusvalor es apropiado por el no-trabajador. Bajo el sistema capitalista, entonces, la apropiación de trabajo excedente se lleva a cabo en la “instancia” económica a través de medios puramente económicos en su forma⁴. Como ha afirmado recientemente un destacado economista, “la especificidad histórica del capitalismo radica en el hecho de que sus relaciones de explotación están casi completamente ocultas detrás de la superficie de sus relaciones de intercambio”⁵. Esta situación es la que permitió a Marx desarrollar un refinado aparato conceptual con un alto grado de abstracción en *El Capital* ya que la apropiación de plusvalía puede cuantificarse matemáticamente en el proceso de producción de una unidad productiva.

Lograr tal nivel de abstracción es, para el estudioso de los modos de producción precapitalistas, imposible. Ello se debe a que en este tipo de sociedades, al no existir un mecanismo “económico” de apropiación del excedente, las clases dominantes deben recurrir a la “coacción extraeconómica” para asegurar su reproducción. Lo anterior implica que la percepción de los excedentes logrados por los productores directos en el proceso de trabajo deba necesariamente valerse de instrumentos jurídico-políticos, ideológicos y/o directamente militares, es decir, “superestructurales” y difícilmente cuantificables⁶. Al ser el productor directo “poseedor” de los medios de producción (la tierra) y los medios de trabajo necesarios para su reproducción, “la relación de propiedad debe manifestarse al mismo tiempo como relación directa de dominación y servidumbre, con lo que el productor directo aparecerá como carente de libertad”⁷. De este modo, el desarrollo de la igualdad jurídica y política aparece en los modos precapitalistas estructuralmente limitada en tanto es la desigualdad en estas “esferas” la encargada de asegurar los mecanismos de apropiación.

El capitalismo, en contraposición, “libera por completo la propiedad de la tierra (...) de las relaciones de dominación y servidumbre (...) [y] adquiere su forma puramente económica al despojarse de todas sus anteriores orladuras y amalgamas

⁴ Anderson (1994: 413).

⁵ Shaikh (2006: 44).

⁶ Acerca de los límites que imponen a la posibilidad de abstracción las sociedades precapitalistas, ver: García Mac Gaw (2003b), 219-21

⁷ Marx (1975: 1005-6).

políticas y sociales”⁸. Es por ello que la sociedad capitalista se encuentra habilitada para hacer lo que ninguna sociedad previa hizo: distribuir universalmente los bienes políticos sin que esto implique necesariamente hacer peligrar las relaciones sociales fundamentales que lo sustentan, sus coerciones y sus desigualdades sociales. Por su parte, la asignación social de recursos y fuerza de trabajo se desarrolla a través de las leyes de intercambio de mercancías y omite los mecanismos propios de las sociedades precapitalistas como ser la dependencia jurídica, la política, la deliberación comunal, el deber hereditario, la costumbre, las obligaciones religiosas, etc. Frente a esta mercantilización de los procedimientos de extracción del excedente, en las sociedades precapitalistas, la capacidad de apropiación, toda vez que descansa en poderes “extraeconómicos”, tiende a implicar la existencia de diverso tipo de derechos de propiedad, autoridad jurisdiccional y poderes de orden político porque “los intereses de clase no *puedan* nunca destacar con plena claridad (económica); la estructura de la sociedad en castas, estamentos, etc., acarrea una confusión *inextricable* de los elementos económicos con los políticos, religiosos, etc., en la estructura económica objetiva de la sociedad”⁹. Con el surgimiento del capitalismo, entonces, la “economía” se vuelve por vez primera dominante y determinante al mismo tiempo¹⁰ lo que significa que la producción y la distribución adoptan una forma puramente “económica”¹¹ y dejan de estar, en términos de Polanyi, “incrustadas” (*embedded*) en las relaciones sociales “extraeconómicas”¹².

⁸ Marx (1975: 795-6). Cf. Bobbio (1989: 80-1).

⁹ Lukács (2009: 154). Acerca de lo “económico” y lo “político” en el modo de producción capitalista y su radical diferencia respecto de los modos que lo preceden, ver: Wood (2000: 25-58).

¹⁰ Hindess & Hirst (1979: 18). Esta situación es posible por el hecho de que bajo el capitalismo la separación en la relación de propiedad coincide con la separación en la relación de posesión (a diferencia de los modos precapitalistas que desarrollan una relación de *no-homología* entre las dos relaciones), ver Poulantzas (1976: 22-4); Fioravanti (1983), 29.

¹¹ “En cambio, en las sociedades pre-capitalistas, las formas jurídicas tienen que penetrar *constitutivamente* en las relaciones económicas. En estas sociedades no hay categorías económicas puras...Sino que las categorías económicas y las categorías jurídicas están materialmente, *por su contenido, inseparablemente entrelazadas*”, Lukács (2009: 157-8). En el mismo sentido Guerreau (1998: 114) quien sostiene que, en los modos precapitalistas, al estar la sociedad en su conjunto “dominada por otras instituciones además del mercado”, la relación de producción no aparece nunca como tal sino que “se encuentra integrada en otras formas de organización social”.

¹² Polanyi (1994: 121-31). Cf. Guerreau (1998: 113) quien destaca el mérito de Polanyi (a pesar de calificar su trabajo como “una versión empobrecida del análisis del fetichismo de la mercancía ofrecido por Marx”) al indicar que el mercado solo con el capitalismo se transforma en una institución unificada y dominante.

Lo expuesto hasta aquí muestra la importancia que debe asignársele a la consideración de los llamados elementos “superestructurales” en el análisis de las sociedades precapitalistas. En este sentido, en un trabajo de 1967 que rompe con algunas de las concepciones que se encontraban presentes en la historiografía soviética (y marxista) desde los años '30s (sobre lo que hablaremos en el Cap. III), K. Zelin planteaba la necesidad de tomar en cuenta las categorías jurídicas para explicar y comprender en términos históricos las formas de dependencia y la lucha de clases en las sociedades preindustriales¹³. Del mismo modo, desde el campo de la antropología y luego de estudiar minuciosamente las obras de Marx y Engels sobre las sociedades preindustriales, Maurice Godelier postulaba que en ciertas condiciones precapitalistas, “el parentesco es la economía” y que la “religión puede funcionar directamente como relaciones de producción”¹⁴. Asimismo, hacia 1969, Emmanuel Terray situó, utilizando categorías propias del marxismo estructuralista, a las “superestructuras” jurídicas, políticas e ideológicas de los modos de producción precapitalistas, en un lugar de dominancia respecto a la totalidad social:

“Lo que caracteriza por el contrario a los modos de producción que preceden la producción capitalista es la presencia entre los

¹³ Zelin (1979: 67). Cf. Terray (1971: 142-6) para quien sólo bajo el capitalismo las clases aparecen “en estado puro” sin estar presentes en forma de castas, órdenes o condiciones. Asimismo, Kuchenbuch & Michael (1986: 39) hablan de “clase estamental” en el feudalismo en tanto los elementos económicos y los políticos se encuentran estructuralmente ligados por lo que no se puede concebir a la clase a un nivel puramente económico. Ver al respecto la diferenciación que hace Godelier (1989: 268) de los dos usos del término *clase* en Marx; uno *específico* (clase en el sentido “estricto”) relacionado a los grupos resultantes del desarrollo del MPC, otro *metafórico* que toma en cuenta sólo las semejanzas (la existencia de explotación) obviando las diferencias (inexistencia de igualdad jurídica) para dar cuenta de sociedades precapitalistas.

¹⁴ Godelier (1970a: 158.) Frente a la posible acusación de estar desviándose de lo que indicaría la ortodoxia marxiana respecto de este punto dirá posteriormente: “Marx no ha establecido una doctrina sobre lo que debe ser definitivamente infraestructura y superestructura. No ha asignado anticipadamente una forma, un contenido y un lugar invariables a lo que puede funcionar como relaciones de producción”, Godelier (2000: 4); Cf. Guerreau (1984: 186). Godelier abarcará esta problemática desde diferentes ángulos a lo largo de su extensa obra; en (2000: 223-55) presenta a las relaciones de parentesco funcionando como relaciones de producción, es decir, a la vez como “infraestructura y superestructura” por lo que es vano buscar allí una “racionalidad” de tipo capitalista, (1970b: 92-6). En su estudio sobre la sociedad incaica prehispánica (2000: 176-97), da cuenta de cómo el parentesco deja su lugar dominante en el modo de producción aldeano a las relaciones político-religiosas en el nuevo modo que surge gracias a las transformaciones que conlleva el desarrollo del Imperio Inca. Con respecto a la “superestructura” política, esta funcionaría como relación de producción en la antigua Grecia (1989: 240-59). Para una crítica a esta perspectiva, ver Baudrillard (2000: 74-8).

productores, los medios de producción y, llegado el caso, los no-productores, de vínculos *extra-económicos*, que no son solo la representación política e ideológica de las relaciones de producción, sino que entran en la misma constitución de esas relaciones. Esta presencia es la que nos permite afirmar la dominación, en esos modos de producción, de la superestructura política e ideológica.”¹⁵

Desde ese momento, la discusión entre los estudiosos que, influidos por el materialismo histórico, investigaron distintas sociedades precapitalistas ha sido realmente fructífera y de interés en relación al problema que guía nuestra indagación. Las reflexiones desarrolladas al respecto por Perry Anderson en su estudio acerca del Estado absolutista constituyen, sin lugar a dudas, un hito en tanto los debates posteriores giran en gran parte en torno a la aceptación o el rechazo de sus tesis principales.

La concepción evolucionista, que toma cuerpo a partir de los años '30s, según la cual toda sociedad humana debía transitar necesariamente por una sucesión unilineal de modos de producción (comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo) influyó fuertemente en los trabajos de los investigadores marxistas de las sociedades precapitalistas al momento que Anderson desarrollaba su estudio¹⁶. En este contexto interpretativo, el concepto de MPF fue utilizado para dar cuenta de una gran cantidad de formaciones sociales de distintas épocas y lugares. Toda sociedad que se

¹⁵ Terray (1971: 144). La posición estructuralista consiste en asignar a la “instancia” económica la determinación en último término. Este carácter determinante de la economía concede a otra “instancia” (“superestructural” en las sociedades precapitalistas) el papel dominante; para ello se basa en el propio Marx (1975: 100 n. 33): “Lo indiscutible es que ni la Edad Media pudo vivir del catolicismo ni el mundo antiguo de la política. Es, a la inversa, el modo y la manera en que la primera y el segundo se ganaban la vida, lo que explica porqué en un caso la política y en otro el catolicismo desempeñaron el papel protagónico. Por lo demás basta con conocer someramente la historia de la república romana, por ejemplo, para saber que la historia de la propiedad de la tierra constituye su historia secreta. Ya Don Quijote, por otra parte, hubo de expiar el error de imaginar que la caballería andante era igualmente compatible con todas las formas económicas de sociedad”. Sobre esta cuestión ver más arriba la nota 2.

¹⁶ Nos referimos a la teoría de los “cinco tipos fundamentales” que, elaborada por Stalin hacia 1938, se convirtió en un dogma que como tal obró de verdadero obstáculo epistemológico para la investigación marxista sobre los modos de producción precapitalistas, ver Stalin (1977: 878-90). Cf. Plácido (2008a: 339-41; 2009: 12-8) acerca del esquematismo del planteo stalinista y Mandel (1968: 133) quien reconoce que éste esquema forzó la adhesión de los investigadores que pretendían ser reconocidos como marxistas ortodoxos. Sobre las implicancias de esta concepción para el estudio de la antigüedad clásica, ver el Cap. III.

encontrara en algún punto entre el tribalismo y el capitalismo, y que no estuviera caracterizada por la esclavitud, recibía la denominación de feudal. Esta utilización del concepto de feudalismo requería que este fuera definido simplemente por una combinación de grandes propiedades de tierra con pequeña producción campesina en la cual la clase dominante obtiene el excedente del productor directo a través de formas consuetudinarias de “coerción extraeconómica” (*corvée*, rentas en especie o dinero, etc.). Esta simplicidad en la definición hace posible que el “núcleo económico del feudalismo” pueda existir bajo una amplia gama de armazones jurídico-políticos. Según esta concepción, entonces, la “infraestructura” económica, divorciada de las “superestructuras” políticas y legales, constituye por sí sola el modo de producción como tal. Para Anderson, que se preocupa por la especificidad evolutiva de la Europa occidental, tal concepción de feudalismo, así como también, su aplicación universal, carece de validez científica y lleva a una paradoja lógica en tanto es incapaz de explicar el peculiar dinamismo europeo. En este sentido afirma que si existió una base económica común desde el Atlántico al Pacífico cuya única diferenciación sólo puede realizarse por las formas políticas, jurídicas y constitucionales, y, sin embargo, sólo Europa occidental produjo la revolución industrial, es en esas superestructuras políticas y legales en donde debe buscarse el determinante del éxito del feudalismo europeo. La solución a la paradoja lógica que plantea tal concepción del feudalismo se debe buscar, según Anderson, en una atenta relectura de los trabajos que el propio Marx elaborara acerca de las formaciones sociales precapitalistas. En concordancia con los planteos que venimos desarrollando, para el autor inglés, es imposible interpretar las sanciones “extraeconómicas” (de parentesco, consuetudinarias, religiosas, legales o políticas) como algo separado de las relaciones económicas; por lo tanto, afirmará que las “superestructuras” son necesariamente elementos constitutivos de la estructura del modo de producción de las formaciones sociales precapitalistas ya que intervienen directamente en la relación de extracción de excedente. Es por ello que alegará que los modos de producción precapitalistas “no pueden definirse excepto por sus superestructuras políticas, legales e ideológicas, ya que son ellas las que determinan el tipo de coerción extraeconómica que los especifica”¹⁷. Esta “imbricación” de la explotación económica y las instituciones extraeconómicas abre la posibilidad a que sea

¹⁷ Anderson (1994: 414).

posible pensar en una pluralidad de modos de producción previos al capitalismo que excede al modelo evolucionista y unilineal de los “cinco tipos fundamentales”. Más aún, las “superestructuras” del feudalismo occidental, producto de su concatenación con el mundo antiguo, muestran su importancia al ser la llave que permite explicar la transición al MPC. En este sentido, se entendería claramente el porqué de que Marx dedicara gran parte de las *Formen* al estudio de las formas de propiedad agraria y su relación con los sistemas políticos en los diferentes modos de producción de Europa, Asia y América¹⁸.

Con respecto al problema que a nosotros nos concierne, vale destacar que hoy en día la propuesta de Anderson de asignar un lugar importante a los elementos “superestructurales” de las sociedades preindustriales continúa siendo profusamente debatida. La revalorización del concepto de MPT, originariamente desarrollado hacia 1973 por el economista egipcio Samir Amin¹⁹, reavivó, especialmente entre los medievalistas, las polémicas en torno a la forma de definir a las diferentes formaciones precapitalistas presentes en el ámbito asiático y europeo durante la Edad Media. Pasaremos ahora, entonces, a examinar más de cerca los recientes aportes a la discusión que nos permitirán entender en toda su dimensión la importancia que las estructuras jurídicas y políticas tienen en las sociedades precapitalistas.

Un buen modo de comenzar a repasar estos debates es a través de los trabajos del medievalista británico Chris Wickham ya que su posición fue modificándose sensiblemente a medida que la polémica se iba desarrollando. En un primer momento, Wickham consideraba que el modo de apropiación del excedente es determinante para la caracterización de los modos de producción ya que “...aparte del modo esclavista, todos los modos explotadores precapitalistas se basaban en la agricultura campesina: el proceso productivo del campesinado, e incluso sus fuerzas productivas, no están necesariamente afectadas por los cambios en la apropiación del excedente (y por tanto las relaciones sociales de producción), aunque el modo total de producción será

¹⁸ Anderson (1994: 415); cf. Marx (1971: 433-77). En su carta a Annenkov, Marx & Engels (1972: 18), Marx sitúa a la forma de propiedad como algo más que una mera ficción jurídica; al igualarla a las relaciones sociales la hace inseparable de la producción económica y del poder político. Por otro lado, es necesario destacar la trascendencia de las *Formen* en el conjunto de la obra de Marx puesto que se trata de un trabajo en el que el autor se encontraba en su plena madurez, Dussel (1998: 11-26); cf. Hobsbawm (1990: 9-10).

¹⁹ Amin (1986). El concepto fue rescatado posteriormente por Wolf (1993: 104-8).

diferente si se dan tales cambios”²⁰. Este modo de analizar las sociedades precapitalistas lo lleva a afirmar que en el mundo romano entre los años 300 y 700 de nuestra era coexistieron de forma antagónica el modo antiguo y el feudal (que pasa de un lugar subordinado en la formación social a uno dominante en la transición al feudalismo) representados por dos procesos diferenciados de extracción del excedente: el impuesto (destinado al poder público mediatizado a través de las ciudades) y la renta (destinada al señor individual)²¹. Aquí vemos como la postura Wickham se acerca en parte a los postulados de Anderson en tanto dos formas institucionales representadas por la renta (privatización de la extracción del excedente) y el impuesto (apropiación del excedente a través del aparato estatal) implican una diferencia modal. Sin embargo, hacia el final del artículo, Wickham plantea que el concepto de MPT (y los “subtipos” a él relacionados como el antiguo y el feudal) de Amin “tiene una considerable serie de posibilidades” en tanto permite, por un lado, desestimar la diferenciación exagerada entre las sociedades orientales y Roma que conlleva el concepto de *modo de producción asiático* (MPAs), y, por otro lado, oponiéndose a las consideraciones de Anderson respecto a la diferenciación de estructuras orientales y occidentales, tomar en cuenta la posibilidad de que haya existido un “denominador común” (la tributación) en las formaciones sociales que van desde la Roma antigua hasta la China²².

En este sentido, Wickham elaborará poco tiempo después otro artículo para dar una respuesta crítica a la restricción que hiciera Anderson (y tantos otros antes y después de él) del feudalismo al ámbito de la Europa occidental. Para ello, afirmará que los sistemas específicos de apropiación del excedente (contenidos en las relaciones sociales de producción a las cuales definen) se encuentran limitados a algunos pocos tipos básicos: la esclavitud, la apropiación de renta, tributo e impuesto²³, el trabajo asalariado, la manipulación del mercado de pequeñas mercancías. La diferencia en estos

²⁰ Wickham (1989: 15).

²¹ Wickham (1989: 23-4).

²² Wickham (1989), 34-5

²³ Merece ser destacado el hecho de que aquí Wickham define a la renta y el impuesto como una misma forma de apropiación del excedente y, por tanto, vinculadas a un mismo modo de producción. En este sentido, se retractará explícitamente de su afirmación anterior de que renta e impuesto implican dos modos de producción distintos: “He sido criticado por sostener que la diferencia entre impuesto y renta es una diferencia modal, una diferencia en la estructura económica básica, más que en la extracción del excedente; y he llegado a la conclusión de que esta crítica es justificada.”, Wickham (2003: 217).

métodos de apropiación del excedente es donde reside, para el autor, el elemento definitorio que permite distinguir entre los diversos modos de producción. En relación al feudalismo, Wickham sostiene que la definición brindada de tal modo de producción por Hindess y Hirst es esencialmente correcta en tanto su fundamento

“reside menos en los aspectos *jurídico políticos* de la servidumbre que en las relaciones de extracción de renta intrínsecas a todo señorío precapitalista. Tal relación se define y se sostiene por *coerción extra económica*, por supuesto, pero *no depende de la situación jurídica del campesinado*, puesto que los tenentes pueden perfectamente ser legalmente libres; es el pago de la renta (o servicio en trabajo) lo que define su mundo económico como feudal, *no su sujeción política*”²⁴.

De esta manera, Wickham llega a plantear la existencia de un “feudalismo mundial” pero no en el sentido de una teleología extrahistórica (como vimos que fue postulado por la teoría de los “cinco tipos fundamentales”) sino porque se puede constatar de modo empírico la existencia en gran cantidad de “formaciones sociales” en las que se daba “alguna forma de propiedad de la tierra y extracción coercitiva de la renta”²⁵. La existencia de diferentes sistemas políticos, que para Anderson constituían un elemento esencial en la definición del modo de producción, encuentra en la concepción de Wickham su explicación en el nivel de la “formación social” que articula diferentes modos de producción de los cuales uno es dominante. La especificidad del occidente medieval y post medieval estaría dada por ser una de las pocas “formaciones sociales” en las que el MPF, además de estar presente, cumplió un rol dominante. Para

²⁴ Wickham (2003: 188), el subrayado es nuestro. A pesar de tomar su definición de MPF, Wickham reconoce los problemas que el enfoque althusseriano de Hindess y Hirst plantea al análisis histórico. La definición aludida se encuentra en Hindess & Hirst (1979: 225-64).

²⁵ Wickham (2003: 188).

el medievalista inglés, entonces, el modo de producción es una categoría estrictamente económica que no requiere de especificaciones políticas o legales para su definición²⁶.

El bizantinista John Haldon, al igual Wickham²⁷, es tributario de la concepción según la cual la definición de los modos precapitalistas no requiere de la consideración de sus elementos “superestructurales”²⁸. Éstos, si bien “aparecen” como dominantes, sólo poseen en su esquema, una función reguladora de la reproducción de las relaciones socioproductivas esenciales²⁹. Retomando las planteos de Samir Amin, propone que la

²⁶ “De la misma manera [se refiere al modo asiático] que la versión justicia-privada-servidumbre-y-servicio-en-trabajo del modo feudal, tiene demasiadas instituciones arbitrariamente ligadas a él como para que sea útil como una *categoría económica*”, Wickham (2003: 1991), el subrayado es nuestro. En contraposición, creemos que, como se desprende de la exposición que venimos desarrollando, una definición estrictamente económica de un modo precapitalista es incompleta. Para el feudalismo, como sugiere Guerreau (1998; 110; 2002: 53-4), resultan absurdas las nociones de “economía política del feudalismo” (Boris Porshnev) y “teoría económica del sistema feudal” (Witold Kula) ya que el concepto de “economía (y con más razón de economía política) es estrictamente indisociable de la noción de mercado como institución dominante y unificada, noción de la que puede decirse como punto de arranque y sin que ninguna compleja discusión sea incluso oportuna, que es incompatible con una análisis realista (y *a fortiori* marxista) del sistema feudal.” En el mismo sentido, Kuchenbuch & Michael (1986), 39 opinan que no se puede entender las clases en el feudalismo a nivel puramente económico en tanto los elementos políticos y económicos se encuentran estructuralmente ligados, por ello hablarán de “clase estamental”. Ver nota 13 mas arriba.

²⁷ De hecho, Wickham (1998: 87) reconoce que debe principalmente a Haldon su cambio de parecer respecto que existiera una diferencia modal operando detrás de la renta y el impuesto. Al respecto, este último afirmará: “En el modo tributario, impuesto y renta son expresiones de las diferentes formas jurídico-políticas en las que se presenta la apropiación de excedente. Ambos, impuesto y renta, son formas de apropiación del excedente basadas en la existencia de una clase de productores campesinos que ocupa y explota sus posesiones –el que estos campesinos fueran arrendatarios dependientes que trabajaban sus tierras sencillamente como explotadores, no como propietarios legales, o propietarios libres agrupados en comunidades aldeanas independientes, o una mezcla de ambos (como en el mundo bajo-romano y bizantino a partir del siglo III en adelante) no tiene importancia, por tanto, en el contexto del modo fundamental de apropiación del excedente que hemos descrito aquí-. *Tampoco es importante el origen de su condición económica y jurídica*: lo que aquí importa es el proceso a través del cual los excedentes son extraídos por el estado o por un propietario particular.”, Haldon (1998: 80-1), el subrayado es nuestro; asimismo en, (1993: 67, 76-8). Previamente, en un artículo de respuesta al trabajo de Wickham sobre la “singularidad del este”, Berkta (1987), afirmaba que impuesto y renta eran dos variantes de la misma forma de apropiación del excedente basada en la coacción extraeconómica sobre poblaciones campesinas que en tanto productores, se encuentran vinculados directamente con los medios de producción y reproducción..

²⁸ Ver por ejemplo Haldon (1993: 63-4).

²⁹ A pesar de tomar en cuenta (desde una perspectiva algo simplista según nuestro parecer) los aportes de Godelier (2000: 223-55; 1978) y de proponer que el objetivo de la analítica marxista sobre las sociedades precapitalistas consiste en “to demonstrate how and why apparently non-economic relationship can be effective as relations of production”, para Haldon (1993: 48) las denominadas instancias superestructurales no deben ser tenidas en cuenta a la hora de definir un modo de producción. Esta tensión queda expuesta cuando, pocas líneas más adelante, se postula que la autonomía relativa de la estructura económica (que a pesar de ser determinante no por ello es menos autónoma que la política, la ideología, etc.) la que habilita que “the same basic system of economic relations” (es decir, el mismo modo de producción) den lugar al desarrollo de distintas formas de organización superestructural. Toda la

forma de apropiación del excedente y la relación entre los productores y los medios de producción es esencialmente la misma en los modos tributario y feudal³⁰ (este último un subtipo del primero) por lo que no es necesario ver entre ellos una diferencia modal. Lo que diferenciaría a uno del otro sería sólo la naturaleza de sus formas institucionales y el grado de control que la clase dominante o el Estado ejercen sobre la comunidad. El MPF representaría así, un caso evolucionado o periférico del MPT en el que la comunidad se encuentra degradada respecto a su control sobre la tierra y, por ende, sobre sus medios de subsistencia y reproducción. Sin embargo, tales elementos no afectarían al modo en que el excedente es apropiado ya que, en ambos casos, éste se encuentra basado en la “coacción extraeconómica”³¹. Como consecuencia de esta interpretación, Haldon propone reemplazar la noción de MPF por el más genérico MPT. “Feudalismo” quedaría así restringido a la variable empírica (esto es, a la *formación social*), con sus formas jurídicas y políticas, de las relaciones de producción tributaria que tomaron cuerpo en las sociedades europeas desde el siglo IX hasta el XVI³².

El análisis, por un lado, de las transformaciones sociales e institucionales que tuvieron lugar en la parte oriental del Imperio Romano tardío y, por otro lado, de las concesiones de *pronoia* en la sociedad bizantina desde fines del siglo XI en adelante le permite a Haldon someter sus postulados teóricos al análisis empírico. A pesar de la profundidad que tuvieron las mutaciones del Imperio Romano oriental entre los siglos V-VIII³³, para Haldon, éstas no deben ser entendidas en términos de una transición

cuestión se encuentra vinculada al modo en que Haldon conceptualiza el modo de producción, problema que abordamos más adelante en la nota 38.

³⁰ Haldon (1993: 9-10).

³¹ De hecho para Haldon (1993: 66), la distinción que hace Amin entre el MPF y el MPT es artificial en tanto se basa en los aspectos institucionales (el grado de control del Estado sobre la comuna campesina), es decir “superestructurales”, de las sociedades en cuestión.

³² Este procedimiento evitaría, a su vez, caer en el eurocentrismo que el concepto “feudal” lleva en sí mismo desde su origen, Haldon (1993: 67-8; 2003: 7-8). Sobre el “eurocentrismo” presente en el concepto de “feudalismo” y su reemplazo por la noción de MPT, ver Amin (1989: 148-66).

³³ Estos cambios son analizados en Haldon (1998: 71-8); entre los más importantes merecen ser destacados: el ocaso de las ciudades como centro de la fiscalidad imperial; el asentamiento del ejército en los ámbitos provinciales; la sustitución durante el siglo VII de la “aristocracia senatorial” del Imperio tardío por una elite de “hombres nuevos” dependientes en gran parte de y elegidos por el emperador según criterios meritocráticos; una reafirmación del poder central estatal en torno al control de los recursos desde el siglo VII que se contraponen a las tendencias descentralizadoras del Bajo imperio romano; en resumen, un reafianzamiento del control estatal sobre la apropiación del excedente a través del cobro de impuestos.

modal en tanto no transforman el modo básico de apropiación del excedente que continuó realizándose por “coerción no económica”. Por el contrario, se trataría de cambios en las *relaciones de distribución del excedente* (y de las estructuras políticas vinculadas a estas relaciones) al interior de un modo concreto de producción “que predomina en todas las formaciones sociales del bajo mundo antiguo y del medieval”, esto es, el MPT³⁴. En el mismo sentido, analiza a las concesiones de *pronoia* en el Bizancio de fines del siglo XI. Éstas inician un “proceso de alineación de derechos fiscales y jurídicos estatales” que lleva a “la privatización y parcelación de la apropiación del excedente por parte de la clase gobernante a expensas del estado”³⁵. Sin embargo, tales “desarrollos institucionales” no implicarían, la aparición de relaciones de producción distintas de aquellas que habían predominado hasta entonces. El principal fundamento para justificar esta afirmación se encuentra en el hecho de que el modo básico de apropiación del excedente no cambió en cuanto los productores directos continuaron en posesión de la tierra y entregando sus excedentes en base a la “coerción extraeconómica” ejercida sobre ellos; primero por el Estado, luego por aquellos que habían conseguido las concesiones de *pronoia*. Para Haldon entonces, al no cambiar el modo de apropiación del excedente, “en términos *económicos*, por consiguiente, no hubo cambio alguno”; lo que sí habría sufrido transformaciones es la “forma [institucional] de *distribución* del excedente, que está determinada en gran medida a nivel superestructural”. Dicha forma institucional de distribución fue pasando de una centrada la redistribución del excedente a través del aparato burocrático imperial a otra basada en la apropiación directa (a través de la *pronoia* en el contexto bizantino y de la *iqta'* en el mundo islámico) de aquellos que gozaban de la propiedad o el control individual de la tierra³⁶.

³⁴ Haldon (1998: 78).

³⁵ Haldon (2003: 47).

³⁶ Haldon (2003: 48-9, 54). Asimismo, en (1993: 72, 85), trata a la *pronoia* como un desarrollo institucional de segunda importancia que no forma parte de las relaciones sociales de producción y propone que impuesto y renta son dos modos de *distribución* del excedente. Más arriba hemos criticado esta concepción de lo “estrictamente económico” en las formaciones precapitalistas, ver especialmente la nota 26. Para explicar estos dos procesos de transformaciones sociales, que sin embargo no determina un cambio modal, Haldon podría perfectamente hacer suyas las palabras de Wickham (1998: 87) al comparar el Occidente y el Oriente romano posterior al siglo V ya que “la forma básica en la que los campesinos son explotados, es decir, la extracción de excedentes por parte de agentes externos mediante el uso —o la amenaza— de la fuerza no cambia, aún cuando el agente externo sea el estado en lugar de un propietario privado”.

Para Haldon, entonces, seguir a Anderson e intentar construir un “modelo” de modo de producción teniendo en cuenta los “matices” institucionales conlleva el problema de determinar qué aspectos de la “superestructura” legal/cultural deben ser considerados estructurales y cuáles no. En tanto la respuesta que propone Anderson a este problema no es válida por tratarse de un “determinismo teleológico y genético” que abandona la ortodoxia marxista y cae en el pensamiento idealista, para Haldon, entonces, se presenta la siguiente disyuntiva que resume, según su modo de ver, las posturas del debate que venimos analizando:

“...o reducimos el modo de producción a las relaciones económicas fundamentales, algo que al ser tan general y universal no proporciona elementos distintivos de muchas de las formaciones sociales precapitalistas; o tomamos en cuenta una variedad de elementos superestructurales, pero sin saber que elementos son de mayor importancia estructural en las sociedades que se comparan. Tenemos en cuenta la diversidad histórica pero nos arriesgamos a multiplicar *ad infinitum* el número de modos de producción bajo criterios puramente subjetivos. La primera aproximación aparentemente no proporciona forma de diferenciar las sociedades; la segunda aporta demasiadas”³⁷.

Su propuesta consiste en optar por la primera alternativa y utilizar el concepto de *formación social*, menos general que el de modo de producción, para dar cuenta de estas diversificaciones históricas y específicas de las formas institucionales, las estructuras ideológicas, la producción cultural, etc.³⁸.

³⁷ Haldon (2003: 58-9).

³⁸ Haldon (2003: 55-6). El autor propone que estudiar de esa manera a los modos de producción precapitalistas guarda estrecha relación con la forma en que son estudiadas las formaciones capitalistas particulares: “Así es como, precisamente, nos hemos propuesto analizar formaciones capitalistas específicas; las estructuras de los modos de las relaciones de producción capitalistas muestran, implícitamente o no, la línea general de la investigación y proporcionan cierta orientación acerca de qué clase de interpretación de los diversos tipos de praxis social humana tiende a ser más fructífera.”.

En un comentario crítico al libro de Haldon *The State and the tributary mode of production*, Carlos Astarita expone el carácter simplificador de la lectura de Anderson que hace Haldon al considerar que el autor de *El Estado absolutista* subvirtió la jerarquía de las relaciones socioproductivas en favor de los elementos “sobreestructurales”. Astarita distingue dos formas antagónicas de pensar la forma y el contenido entre Haldon y Anderson. Mientras que el primero ve a la forma como una exterioridad o accidente que sólo mantiene relaciones contingentes con el contenido, Anderson, por el contrario, concibe que la forma política trascendió al propio contenido por lo que las características que adquiere la propiedad son un elemento sustancial en la definición de los modos de producción. Situándose del lado de Anderson en la polémica, Astarita considera que la renta feudal y la tasa fiscal no sólo son dos modos diferentes de extracción del excedente sino que, además, expresan una diferencia profunda entre sociedades cualitativamente distintas en cuanto a sus estructuras de propiedad y su funcionamiento social. El proceso de feudalización de la etapa altomedieval carolingia no implicaría, de este modo, sólo un cambio en la elite dirigente sino una más profunda transformación en el ejercicio del poder que se privatiza (evitando su concentración en un centro) dando lugar a nuevas relaciones de propiedad privada y condicionada sobre la tierra³⁹.

El análisis de una forma institucional, el feudo, sirve entonces a Astarita para diferenciar al Occidente medieval de las sociedades orientales tanto árabes como bizantinas. Mientras que en el sistema oriental el “feudo” (la *iqta'* en los regímenes árabes y la *pronoia* en Bizancio) nunca fue más que un recurso de gestión estatal controlado plenamente por el vértice político; en el occidente medieval, el feudo se

Inmediatamente compara los casos de las economías de mercado de la Europa occidental y de los países soviéticos proponiendo que “el mismo conjunto básico de relaciones de producción da lugar a dos contextos políticos, culturales e históricos completamente diferentes.” En igual sentido en (1993: 65) plantea que un mismo modo da lugar a “superestructuras” diferenciadas. En lo que respecta al interés de nuestro trabajo, creemos que tal analogía es inexacta en tanto, como vimos, la *diferentia specifica* del capitalismo que lo separa de las sociedades precapitalistas, consiste en que en aquél la economía existe como una “esfera” (determinante y dominante a la vez) “separada” de la política, la ideología, el aparato jurídico, etc. por lo que las diferencias en tales “instancias” no implican necesariamente un modo de producción divergente (de hecho es por todos conocidos que las relaciones capitalista convivieron con un abanico amplio de sistemas políticos). En los modos precapitalistas, sin embargo, la situación es la inversa: en tanto ciertas “superestructuras” son parte constitutiva de la “infraestructura” ya que permiten la extracción de excedentes, es factible entonces que su mutación pueda implicar un cambio en el modo de producción.

³⁹ Astarita (1994: 193-8).

impuso sobre el vértice político generando un sistema particular y autónomo que alcanza a todas las esferas de la sociedad alterando las relaciones sociales de producción. Con la quiebra del Estado centralizado, Europa Occidental experimenta, a partir del siglo X, una transformación de su clase dirigente. Ésta va abandonando su carácter público en favor de uno señorial en tanto su facultad de mando deja de ser un derivado de su función y se constituye en un atributo personal que se transmite a través de la herencia. Este fenómeno implicó la constitución de un grupo de individuos con poder político como atributo personal independiente del monarca; de hecho, el que concedía (rey) quedó igualado cualitativamente con el beneficiario (vasallo) transformándose en un mero *primus inter pares* de los receptores particulares de excedentes. La indistinción entre la esfera pública y la esfera privada que el proceso conlleva determinó la fusión del impuesto territorial público (*tributum*) con la renta privada (*infurtione*). El feudo transforma de ese modo su carácter condicional y vinculado en una propiedad heredable. En tanto las relaciones de parentesco no pueden estudiarse sin ser vinculadas al modo de producción en el cual se desarrollan, es este modo de organización de la clase de poder lo que habilita el desarrollo de la exogamia y el predominio de la familia nuclear en el occidente medieval⁴⁰.

Mientras tanto, en las sociedades tributarias del Oriente, el señorío independiente fue inhibido y predominó el Estado imponiendo la fiscalidad en todos los órdenes. En este sentido, la sociedad de al-Andalus presenta un caso opuesto al régimen occidental en tanto los mecanismos de coerción estatal se perfeccionaron favoreciendo la tributación fiscal e inhibiendo la renta privada. Los excedentes percibidos por el centro político eran, en el sistema oriental, la negación de la propiedad particular en tanto era el califa o emir quien aparecía como el único y real propietario de la tierra. Este modo de organización determinó unas relaciones de parentesco centradas en el principio de clan, el agnatismo y la endogamia que subordinaban al individuo a la autoridad colectiva tribal. Astarita analiza algunas instituciones orientales que son muchas veces asimiladas por los investigadores modernos al feudo occidental pero que, desde su perspectiva, mantienen respecto de éste sustanciales diferencias. En este sentido, si bien el régimen de *pronoia* que se desarrolla lentamente en Bizancio entre los

⁴⁰ Astarita (2003: 136-49).

siglos XI y XIII mantiene ciertas características similares al feudo occidental en tanto implica la concesión de derechos jurisdiccionales a un particular, sin embargo, estas concesiones estuvieron siempre subordinadas al Estado central que no perdió el derecho a la reversión. Por su parte, el sistema de la *iqta'* en los regímenes árabes implicó también transferencia de soberanía política pero, a diferencia de la *pronoia* bizantina, el estado central perdió en determinado momento el control sobre sus concesiones. En este sentido la *iqta'* se asemeja más al feudo occidental pero el contexto en que se desarrolló estaba estructuralmente limitado por lo que nunca pudo igualar al feudo en el peso que este tuvo en el funcionamiento de la totalidad social⁴¹.

Finalmente, la particular forma de estructuración política del feudalismo, que permite el desarrollo relativamente autónomo de sus diferentes instancias de organización (autonomía relativa negada en los sistemas sociales donde predominó el Estado centralizado), determinó las condiciones de posibilidad para que ciertas fracciones de las comunidades campesinas acumulen e inviertan en la del compra de trabajo de los miembros pauperizados de la comuna; en palabras de Astarita, “sin esta constitución sociopolítica, este paso tan decisivo para la formación del primer capitalismo sería inconcebible”⁴². En conclusión, en oposición a las posturas de Wickham y Haldon, para Astarita, entonces, los elementos de la superestructura política inciden en la definición del MPF. Pero su relevancia no sólo se vincula a su pertinencia para explicar la estática de la explotación clasista sino, también, para dar cuenta de la dinámica del modo de producción en la transición al capitalismo. Desde esta concepción, entonces, la *forma* (es decir, la instancia política) no constituye una exterioridad o accidente que sólo mantiene relaciones contingentes con el *contenido* (las relaciones de extracción de excedentes) sino que lo realiza⁴³.

En su estudio de la crisis del siglo III en el Imperio Romano, Carlos García Mac Gaw se muestra partidario de considerar elementos a los elementos “sobreestructurales” en el estudio de los modos precapitalistas. Los cambios sufridos por el aparato estatal romano durante el siglo III hacen que éste se nos presente como absolutamente distinto del Estado de la época del Principado. Entre la dinastía de los Severos y la Tetrarquía, el

⁴¹ Astarita (2003: 154-66).

⁴² Astarita (2003: 168).

⁴³ Astarita (2003: 173).

Estado romano se organiza como un verdadero aparato burocrático compuesto mayoritariamente por una clase administrativa de burócratas de carrera independientes de las elites terratenientes. La nueva forma de organización significó el ocaso del Imperio construido sobre las estructuras municipales de la *pólis* que a partir de ese momento quedarán subsumidas al poder centralizado de la corte imperial. En este contexto, la aristocracia terrateniente pierde su papel dominante y, siendo igualado su status jurídico al resto de los súbditos (igualación que determina el fin de las exenciones fiscales y el sometimiento a la tributación), queda relegada a una situación periférica respecto de los burócratas de la administración y el ejército. De este modo, mientras que Wickham no ve más que una diferencia de grado entre el Estado del Alto y del Bajo Imperio (uno sería más autocrático que el otro), para García Mac Graw, que asigna una mayor importancia a los elementos “superestructurales”, la diferencia es más profunda en tanto la transición a un Estado dominado por una clase burocrática puede pensarse como un cambio de estructuras a favor de una “clase de Estado” propia del MPT; en palabras del propio autor, “las transformaciones de la estructura jurídica del Estado romano son...evidentemente parte de la misma estructura económica de la sociedad”⁴⁴.

Hasta aquí el debate⁴⁵; es preciso que extraigamos ahora nuestras conclusiones. La postura según la cual los elementos de la “superestructura” jurídica, política e ideológica son esenciales para entender tanto la estructura como la dinámica de las sociedades preindustriales es, desde nuestra perspectiva, la más fructífera a la hora de estudiar los modos precapitalistas en general y, según veremos en este trabajo, a la sociedad ateniense en particular. En los contextos preindustriales, algunas instancias “superestructurales” tienen una importancia fundamental por el hecho de que constituyen la llave para entender la forma que adquieren los mecanismos de dominación y explotación en cada sociedad concreta. Creemos que el principal problema que tienen interpretaciones como las de Wickham y Haldon (y por ende de Amin) consiste en concebir que el modo de apropiación del excedente de una amplia gama de formaciones histórico-sociales es similar en tanto este se encuentra basado en la “coacción extraeconómica”. El mismo concepto de “coacción extraeconómica” tiene

⁴⁴ García Mac Gaw (2003a: 115-7, el texto citado en 119).

⁴⁵ La cuestión no se agota en las posturas expuestas pero consideramos que son suficientes en relación al problema que buscamos plantear. Para una ampliación, ver los trabajos de Haldon (1989; 1998b; 1998c); Vincent García (1998); Manzano Moreno (1998); Ación Almansa (1998) y Campagno (2003).

en Marx el sentido que le da su oposición a la explotación puramente económica en el MPC; sin embargo, en el contexto analítico de sociedades precapitalistas, tal noción no es útil para diferenciar y explicar (es decir, no es útil como concepto específico) sino que, por el contrario, implica el más alto nivel de indeterminación en tanto concluye por igualar a la mayor parte de las sociedades precapitalistas. La forma concreta (jurídica, política, ideológica, militar, etc.) que dicha coacción adquiere es, entonces, fundamental para entender una sociedad concreta e históricamente determinada⁴⁶. En el mismo sentido, Moses Finley advirtió esta situación pero en relación a la tradicional división tripartita respecto de las formas que adquiere el trabajo en las sociedades de clase (esclavo-siervo-libre) y el irresistible magnetismo que esta ejercería sobre los estudiosos. En tanto el siervo es conceptuado como todo aquel que no es esclavo ni asalariado libre, el “feudalismo exótico” que irritaba a Marc Bloch proliferó hasta constituirse un “feudalismo cuasiuniversal” criticado por Anderson⁴⁷. Desde nuestra perspectiva, el único modo de superar este problema epistemológico consiste, entonces, en considerar a lo jurídico, lo político, lo ideológico, etc. como partes constitutivas y relevantes del modo de producción⁴⁸.

Pero lo anterior supone alejarnos de las concepciones que plantean la existencia de una dicotomía entre la “base económica” y la “superestructura” jurídica, política e ideológica, así como también de la teoría del reflejo según la cual las instituciones político-ideológicas son una mera expresión de las relaciones socioeconómicas

⁴⁶ De lo contrario se corre el riesgo de caer en una “abstracción generalizante” que al eliminar las especificidades se concentra sólo en los rasgos comunes. Cf. Astarita (1994: 196).

⁴⁷ Finley (1982: 88).

⁴⁸ De no ser así, tal concepto se vería vaciado de su potencialidad explicativa como sucede en Wickham (1995; 1998). De hecho, Finley (1986a: 221 n.19) en sus “reflexiones ulteriores” de 1984 a su gran obra sobre la economía de la antigüedad, caracteriza a la postura de Wickham (y nosotros agregaríamos a la de Haldon) como una “concepción excéntrica del modo de producción, que a mí me resulta incomprensible”. Por su parte, Haldon (1993: 53-8) entiende que existen tres modos de conceptuar el modo de producción; el primero consistiría en asimilarlo al proceso de trabajo dando lugar al modo doméstico, el campesino, el nómada, etc., esta “fetichización” de las formas organizativas carece, según el autor, de valor heurístico y analítico en tanto es incapaz de dar cuenta de las relaciones de causalidad. Una segunda postura confunde el concepto de modo de producción con una situación histórica concreta (esto es, una formación social); esta concepción, cuyo exponente más importante sería Anderson, aparece frecuentemente en los debates en torno al feudalismo (que acabamos de repasar) en tanto las formas institucionales, jurídicas, ideológicas y políticas son tenidas en cuenta para definir el modo en cuestión. Finalmente, una tercera posición, que según Haldon se desprende de Marx, postula que un modo de producción es un modelo típico-ideal que se abstrae de una serie de relaciones “económicas” fundamentales (las cuales no podrían ser más que las cinco postuladas por Marx en sus *Formen*).

fundamentales que quedan relegadas a un rol pasivo que no interfiere en las relaciones de producción⁴⁹. Incluso, creemos que es válida la pregunta acerca de cuán pertinente es, a nivel analítico, la diferenciación en “instancias” económicas, políticas e ideológicas en los contextos precapitalistas. A este respecto nos parece esclarecedora la postura de Maurice Godelier quien se encarga de desestimar la idea estructuralista de la existencia de distintas “instancias” en una totalidad social de la cual una de las cuales es dominante:

“No ignoramos que nuestra manera de entender el marxismo no la compartimos con los marxistas que, como Althusser, siguen representándose las relaciones de producción como algo separado del parentesco, de la religión, de la política y que *proyectan* de manera etnocéntrica *esta característica de la forma capitalista de producir y de organizar la sociedad sobre todas las sociedades*. Se han visto llevados a concebir la causalidad en última instancia como el juego a dos de la infraestructura sobre las superestructuras, como la selección de una de las superestructuras y su colocación en una posición dominante (Balibar, Terray). Pero esto es suponer...que *las relaciones de producción y las superestructuras son siempre instituciones distintas y tomar por regla la excepción que constituye nuestra sociedad*”⁵⁰.

En síntesis, creemos que pensar en instancias “económicas” e instancias “extraeconómicas” es proyectar al pasado precapitalista un problema propio de las sociedades estructuradas a partir del MPC. Si bien esta postura puede pensarse como heterodoxa, como indica García Mac Gaw, debe destacarse el hecho de que el propio

⁴⁹ Paradójicamente Haldon (1993: 1, 32-40) se ocupa de denunciar los problemas que conllevó, en gran parte como resultado de la hegemonía de la “teoría política stalinista” en el pensamiento marxista, el simple economicismo y el abuso de la concepción del Estado como un “reflejo” de las relaciones sociales dominantes. Ello no impide que el propio Haldon, en palabras de Astarita (1994: 196), haga “ostentación” de su “defensa de una dicotomía infranqueable entre la base y la superestructura social”.

⁵⁰ Godelier (1989: 178), el subrayado es nuestro.

Marx haya distinguido cuatro momentos en su definición del proceso productivo: producción en sentido estricto, distribución, circulación y consumo⁵¹. Con respecto al primer momento, el hecho de que “en las formaciones precapitalistas, las condiciones formales de producción son prácticamente iguales en la economía campesina”⁵² nos indica la necesidad, para aprehender la especificidad histórica, de enfocarnos en los demás momentos del proceso productivo, especialmente en los mecanismos de *distribución* tanto de los medios de producción como de los productos del proceso de producción. De este modo se explica el porqué de que Marx desarrolle en las *Formen*, su más completo estudio sobre las sociedades preburguesas, exhaustivas disquisiciones sobre las distintas formas históricas en que las comunidades campesinas se apropian de la tierra, esto es, del principal medio de producción en las sociedades precapitalistas⁵³.

La forma de pensar a las sociedades precapitalistas que aquí proponemos permite, asimismo, superar el esquema unilineal de evolución de las sociedades abriendo la posibilidad de considerar múltiples líneas de desarrollo en la historia humana. En relación a nuestro objeto de investigación, creemos que esta perspectiva nos da la posibilidad de esquivar la “necesidad” de definir al mundo antiguo en general, y a la sociedad ateniense en particular, como dominados por el *modo de producción esclavista* (MPE) en tanto se trata de sociedades que se encuentran ubicadas cronológicamente entre la comuna primitiva y el feudalismo (al respecto ver el Cap. III). En este sentido, creemos que el estudio de la democracia ateniense supone entender el papel de la política en tanto práctica estructurante de las relaciones sociales.

⁵¹ Cf. Marx (1997).

⁵² García Mac Gaw (2003a: 118; 2003b: 225) exceptuando las sociedades nómades y semi-nómades. En este sentido, para Wickham (2003: 217) “los *sistemas económicos* en los cuales los campesinos que producen para la subsistencia entregan excedentes a poderes externos, ya sean señores o funcionarios del estado, son básicamente de tipo similar, y tienen los mismos ritmos económicos”, el subrayado es nuestro. Esta situación permite que el concepto de *modo de producción tributario* corresponda a, en palabras de Haldon (2003: 7) “la forma más extendida de la sociedad precapitalista de clases, y, por regla general siempre sucede a lo que Amin denomina modo primitivo comunal”. Es evidente que tal nivel de generalización pierde poder explicativo al analizar bajo un mismo prisma sociedades tan disímiles que solamente se encuentran aunadas en el hecho de ser objetos de este tipo de especulaciones teóricas.

⁵³ Anderson (1994: 415) destaca, en este sentido, el énfasis puesto por Marx en las diferentes *formas de propiedad agraria* (oriental, antigua, germánica y eslava) en tanto los productores directos y los medios de producción se encuentran dominados por la clase explotadora a través de las relaciones de propiedad (que se articulan directamente con el orden político e ideológico). La misma observación en García Mac Gaw (2003b: 225, n. 11) quien critica a Haldon por no tener demasiado en cuenta “el proceso por el cual los productores y los medios de producción se combinan” a pesar de ser un elemento principal en su definición del concepto de modo de producción, sobre este ver Haldon (1993: 57; 2003: 8).

II. LA DEMOCRACIA ATENIENSE Y LA PROBLEMÁTICA DE LAS SOCIEDADES PRECAPITALISTAS

Creemos que la observación de Anderson acerca de que las “superestructuras” son parte constitutivas de las estructuras de los modos precapitalistas es fundamental; pero más que como conclusión sería preferible tomarla, como sugiere el medievalista francés Alain Guerreau, como punto de partida ya que “todo el problema está en saber cuál es exactamente la naturaleza de la relación social que se combina con la «puramente económica»”⁵⁴. En este sentido, creemos que el estudio de la democracia ateniense supone entender la relación entre las condiciones sociales de la agricultura que analizaremos en el Cap. V y las prácticas políticas sobre las cuales nos extenderemos en el Cap. VI. Decíamos más arriba que la consideración de elementos “superestructurales” permite entender, frente a la generalidad que plantea el concepto de “coacción extraeconómica”, de una manera mas concreta, específica y determinada cómo se da la extracción de excedentes en un modo de producción establecido. Sin embargo, como intentaremos demostrar, en el caso de la democracia ateniense, tal forma concreta se encuentra ausente al interior del cuerpo de ciudadanos compuesto por individuos que gozaban de derechos políticos igualitarios. Entendemos que, a causa de todo lo expuesto, es imposible realizar una justa caracterización de la democracia ateniense sin asignarle a esta ausencia el lugar preponderante que el estudio de otras sociedades precapitalistas nos sugiere. En síntesis, creemos que, a diferencia de lo que sucede con las sociedades modernas, no se podría aplicar a la democracia ateniense la frase de Jacques Rancière que se encuentra en el epígrafe de este capítulo: “la «participación» política es entonces la mera máscara de la repartición de las partes. La política es la mentira sobre algo que se denomina sociedad”.

Todo lo anterior junto a las dificultades generadas por la caracterización de Atenas como una sociedad dominada por el MPE, nos permite entender la necesidad de desarrollar un estudio específico del caso de la democracia ateniense en base a los supuestos aquí planteados. En esta formación social la igualdad jurídica y política entre

⁵⁴ Guerreau (1984: 114).

los ciudadanos se desarrolló notablemente hasta un grado desconocido por cualquier sociedad preindustrial compleja previa o posterior. Si bien hablamos de “igualdad política”, debemos decir, que en realidad, para los griegos *la igualdad era la condición de la política*⁵⁵. Según la percepción aristotélica “es deseable [*boúletai*] que la ciudad [*he pólis*] esté compuesta lo más posible de iguales [*ison*] y semejantes [*homoión*”⁵⁶ puesto que “la política [*he politikè*] es gobernar [*arkhé*] sobre libres e iguales [*eleuthéron kai ison*”⁵⁷. Es esta forma de entender la política lo que explica la incapacidad de pensar en ella como “la mentira sobre algo que se denomina sociedad”; en cierta medida, *la política es la sociedad* en la ciudad griega antigua en tanto opera a nivel material y mental organizando las relaciones sociales entre los sujetos lo que en términos prácticos implicó, como veremos en el Cap. VI, el desarrollo de diversos mecanismos orientados al mantenimiento de dicha igualdad.

En este sentido, la condición de ciudadano del poblador rural ático sería un importantísimo límite a la explotación por parte del Estado (del cual no era un sujeto subordinado sino un elemento constitutivo) y de los terratenientes (quienes no cuentan con una superioridad política o jurídica respecto de los campesinos que garantice su sometimiento). Esta doble libertad del ciudadano campesino ateniense lo sitúa en un plano excepcional con respecto al campesinado como clase social, habitualmente definida como un sector dominado políticamente y explotado económicamente a través de las rentas exigidas por los terratenientes y/o los tributos debidos al Estado. Pasemos, entonces, a ver en profundidad esta cuestión.

III. LA EXCEPCIONALIDAD DEL CAMPESINADO ATENIENSE

⁵⁵ Sobre esto, ver Rancière (1996).

⁵⁶ Aristóteles, *Política*, 1295b 25.

⁵⁷ Aristóteles, *Política*, 1255b 20. Quizás la traducción de *arkhé* como “gobernar sobre” no termine de expresar correctamente todo lo que el término implicaba. El término en cuestión designa al poder institucionalizado en la *pólis* y compartido de modo rotativo entre los ciudadanos y magistrados; es la *arkhé politiké* de la que habla Aristóteles (*Política*, 1277b 7-16, 1279a 8-10, 1295b 12-22) en tanto ejercicio de la autoridad por turnos; Cf. Heródoto (3.80.6); Tucídides (2.37.3). En oposición se encontraba el *krátos*, el poder despótico, no regulado (y de allí la crítica implícita al denominar al régimen ateniense como *demokratía*) ejercido por los vencedores sobre los vencidos en la guerra y por los amos sobre sus esclavos. En relación a estos términos, ver los trabajos de Loraux (2007: 253-4; 2008a: 54; 2008b: 112-4); Payen (1997: 192-203); Vernant (1982: 30).

En este apartado postularemos que el campesinado ateniense se encontraba en una situación de excepcionalidad si lo comparamos con el concepto de campesinado que ha sido elaborado a partir de los diferentes estudios sociológicos y antropológicos que analizan a este sector social. En lo que sigue, en un primer momento analizaremos brevemente la historia de los estudios campesinos para comprender de dónde proviene y qué implicancias tiene la definición de campesino mayoritariamente aceptada en el mundo académico. Posteriormente contrastaremos dicha construcción con los datos fácticos que nos proporciona la evolución histórica de Atenas en relación a la condición sociopolítica de los labradores, su inserción institucional y su participación en la toma de decisiones de la *pólis*. De nuestro especial interés será la cuestión de la dominación/explotación del campesino por un agente externo a la comunidad aldeana que, según la mayoría de los estudiosos, constituye un elemento fundamental del campesinado. Desde nuestra perspectiva, la ausencia en la Atenas clásica (y en otras partes de Grecia) de tal agente externo dominante y explotador de la comuna rural constituye una excepcionalidad que obliga al investigador del mundo antiguo a reformular los esquemas teóricos para comprender al campesinado ático. Esta ausencia dificulta la aplicación lisa y llana del concepto de *campesino* a los habitantes de los demos rurales del Ática. En relación a ello, hacia el final, nos referiremos los debates historiográficos que esta problemática generó entre los estudiosos del mundo rural griego sobre cómo deben ser caracterizados los labradores. Por último, postularemos una posible salida a la disyuntiva planteando que es fundamental para comprender y realizar una adecuada caracterización de los campesinos atenienses tener en cuenta no solo las condiciones materiales de la producción (posesión de la tierra, trabajo familiar, producción para la subsistencia o el mercado, etc.) sino también su relación con las otras clases sociales y su inclusión plena en el ámbito de la *pólis*; es decir, tener en cuenta la relación entre igualdad política y las desigualdades en el acceso a los recursos materiales.

Desde la primera mitad del siglo XIX, el avance de la homogenización cultural desatada desde la Revolución Francesa desencadenó una primera serie de estudios sobre el campesinado signados por preocupaciones nacionalistas, románticas y culturalistas que buscaban rescatar el folklore y la “cultura nacional” frente al expansionismo de la

Revolución en su fase bonapartista. Más adelante, el desarrollo capitalista en la agricultura y la urbanización acelerada dan lugar en Europa a una nueva oleada de trabajos sobre el campesinado. Una característica de esta etapa es que los investigadores del campesinado se vinculan y participan activamente en los movimientos políticos agrarios que sacudieron al Viejo Continente hacia principios del siglo XX. En este contexto, el marxismo realiza sus primeros aportes a través de Marx, Engels, Lenin y Kautsky entre otros. Desde finales del siglo XIX el complejo capitalista urbano industrial se impone firmemente y avanza de modo decidido en el ámbito rural. Sumado a ello, el fracaso político de los movimientos agrarios llevará a que importantes sectores del campesinado abandonen el Viejo Continente e inicien una migración masiva desde Europa hacia algunos países periféricos. En esta coyuntura, aquéllos esfuerzos originarios por entender al campesinado serán relegados a segundo plano apenas pasadas las primeras décadas del siglo XX ya que los científicos sociales (y especialmente los marxistas) centrarán definitivamente su atención en los grupos urbanos: la clase obrera industrial y los capitalistas. Como afirma Angel Palerm, “la decadencia de los estudios campesinos expresa el hecho histórico del crepúsculo aparente de los mismos campesinos”⁵⁸.

La segunda posguerra permitió un renovado interés por el campesinado en tanto sujeto social que, posteriormente, conocerá un importante impulso en las décadas de los '60s y '70s. Las hipótesis tradicionales acerca de la supuesta tendencia histórica a la desaparición de este sector social se mostraron erradas y el creciente protagonismo de los campesinos en los “movimientos de liberación nacional” y en la lucha de clases en los países del denominado Tercer Mundo llevará a que los estudiosos del campesinado ganen amplios espacios en el ámbito académico.⁵⁹ Esta nueva fase de estudios campesinos permitió el acercamiento desde diversas disciplinas (historia, sociología, economía, antropología, etc.) a las poblaciones rurales de los más variados ámbitos geográficos y cronológicos dando como resultado una variada y profusa producción así como también las principales publicaciones periódicas sobre el tema como por ejemplo

⁵⁸ Palerm (1982: 155).

⁵⁹ Wolf (1972: 221-372; 1971b) da cuenta del importante papel de los diferentes estratos de las comunidades campesinas en los procesos revolucionarios de China, Vietnam, Argelia y Cuba luego de la Segunda Guerra Mundial. Cf. Archetti (1981: 15) y Hilton (1985: 8) que vinculan el auge de los “estudios campesinos” con las luchas sociales de la posguerra.

Peasant Studies Newsletter, *Journal of Peasant Studies*, etc. En este contexto se ubica a su vez, el “redescubrimiento” por parte de los investigadores occidentales de los escritos de Alexander V. Chayanov acerca de la unidad económica campesina y la cuestión agraria en la Rusia de principios del siglo XX. Esta revalorización, que se inicia en 1966 con la edición por parte de Daniel Thorner de los escritos de Chayanov traducidos al inglés, habilitó una importante cantidad de trabajos que buscaron repensar al campesinado, su lugar en los diferentes formaciones sociales, su cultura, su comportamiento y sus posibilidades de evolución política y económica, etc.

Esta segunda serie de estudios es de nuestro especial interés ya que a partir de la síntesis de una importante cantidad de aportes de esta etapa se estableció la definición de campesino que recibe mayor aceptación en el mundo académico y que utilizaremos para contrastar con el caso ateniense. A partir de los años '40s y '50s, los antropólogos comienzan a interesarse progresivamente por las comunidades rurales introduciendo la expresión “campesino” para designar a un grupo cuyo comportamiento económico se explica por actitudes, valores y sistemas cognoscitivos propios de una cultura tradicional⁶⁰. Un posible punto de partida para esta nueva etapa es el trabajo de Alfred Kroeber publicado en 1948 ya que la literatura posterior sobre el mundo rural se referirá a él de modo recurrente. Según Kroeber, los campesinos serían un grupo social completamente rural a pesar de mantener contactos con los mercados aldeanos y formar un segmento de clase de una población mayor integrada por centros urbanos. Constituyen así sociedades parciales con culturas parciales que conservan su identidad, integración y apego a la tierra y los cultivos pero carecen a la vez del aislamiento, la autonomía política y la autarquía propia de los grupos tribales⁶¹. El principal valor de esta definición, que es recurrentemente citada ya que contiene los principales elementos de los que, posteriormente, serán los aspectos centrales de los análisis antropológicos sobre el campesinado, consiste en dejar de considerar a los campesinos como un grupo cultural aislado y autosuficiente y reconocerlo como un segmento de clase dependiente de agentes externos a la comunidad aldeana como ser las clases terratenientes, las ciudades y el Estado.

⁶⁰ Heynig (1982: 117).

⁶¹ Kroeber (1948: 284).

Junto con los estudios de Kroeber, la obra del antropólogo Robert Redfield puede pensarse como un trabajo pionero y clásico entre los que indagan sobre el campesinado y la sociedad campesina. Los problemas (y muchas de las respuestas) planteados por Redfield a mediados de los 50s serán retomados en los 60s y 70s. En *Peasant society and culture*, intentará establecer una definición del campesino a través de una serie de atributos, elementos y características que posteriormente formarán parte de lo que se puede denominar la “definición clásica del campesino”. Redfield distingue al “campesino” (*peasant*) del “granjero” (*farmer*) ya que mientras el primero produce con un objetivo de subsistencia, el *farmer* lleva a cabo la producción para conseguir una ganancia pensando a la tierra como capital. En relación a la tierra, el planteo de Redfield indica que el productor posee el control efectivo de la parcela (aunque no necesariamente deba ser el propietario) en virtud de lo cual el campesino desarrolla una atadura a la posesión a través de la tradición y el sentimiento. De nuestro especial interés es el hecho de que para Redfield, el campesino para ser tal debe encontrarse “guiado/dominado” desde arriba por una elite (que puede ser tanto el señorío, como la ciudad) en la “esfera moral” como ocurre con la relación señor-campesino bajo el feudalismo. Sin embargo, su concepto de campesino no se limita a la sociedad feudal europea ya que *peasant* no indica ninguna relación particular entre el campesino y la elite por lo que el término puede ser empleado en todo lugar donde se den los elementos enunciados más arriba. Finalmente, Redfield tomará de Kroeber la idea de que la sociedad campesina es una “sociedad parcial” (*part society*) que posee una “cultura parcial” (*part culture*). De este modo, los campesinos serían una parcialidad social que se encuentra estructuralmente bajo el dominio de otra parcialidad superior, frecuentemente las ciudades⁶².

A fines de la década de los '50s y comienzos de la siguiente, la bibliografía sobre el campesinado se acrecienta notablemente y el enfoque culturalista propio de los primeros trabajos antropológicos comienza a perder su lugar preponderante frente a investigadores que como Julian Steward y sus discípulos (entre ellos Eric Wolf) se preocupan por los aspectos económicos de la comunidad campesina. Los criterios económicos son fundamentales para Wolf a la hora de definir al campesinado:

⁶² Redfield (1956: 17-22). Cf. Foster (1964: 44-50) que define a la sociedad campesina en similares términos.

producción agrícola, control sobre la tierra y producción para la subsistencia⁶³. Al igual que los trabajos antropológicos previos, Wolf diferencia al campesinado del agricultor prehistórico ya que el primero aparece cuando el sistema primitivo es sustituido por otro en el cual los productores primarios se encuentran bajo el dominio económico y político de grupos que no realizan el trabajo productivo. En 1966, Wolf afina su definición del campesinado destacando la producción de un fondo de renta y el papel del Estado, dos elementos centrales en la transición de la comunidad primitiva al campesinado. Así, la explotación económica y la dominación política del poblador rural es un elemento esencial de las sociedades campesinas y la presencia del Estado determina una diferenciación clasista al interior del conjunto social⁶⁴.

La síntesis de los trabajos hasta aquí expuestos junto a una gran cantidad de estudios de casos de diferentes épocas y lugares permitió el desarrollo de una definición más o menos uniforme del campesinado en tanto tipo social. Se trata de una construcción generalizante y ahistórica⁶⁵ que goza de una amplia aceptación, muchas veces acrítica⁶⁶, entre los estudiosos del campesinado en las diferentes disciplinas de las ciencias sociales. Siguiendo a una eminencia en los estudios campesinos como es Teodor Shanin, se puede sintetizar esta definición del campesinado como un actor social que posee por lo menos cuatro elementos principales y relacionados:

“la explotación agrícola familiar como unidad básica multifuncional de organización social, la labranza de la tierra y la cría de ganado como el principal medio de vida, una cultura tradicional específica íntimamente ligada a la forma de vida de

⁶³ Wolf (1967).

⁶⁴ Wolf (1971a: 9-29). Del mismo modo Durston (1982: 156); Rösener (1995: 16) y Hilton (1978: 10) quien afirma que “una condición necesaria para la existencia del campesinado en cuanto clase de pequeños productores agrícolas ha sido siempre la existencia de otras clases que, para decirlo llanamente, viven a costa de los excedentes de producción del trabajo campesino”.

⁶⁵ Archetti (1981: 18) reconoce el carácter ahistórico de la definición.

⁶⁶ Algunos autores han remarcado las limitaciones con que cuenta una definición tan general que pretende abarcar a los labradores de tan extensas regiones geográficas y temporales, ver Vilar (1980: 267) y Heynig (1982: 116).

pequeñas comunidades rurales y la subordinación a la dirección de poderosos agentes externos.”⁶⁷.

Recapitulando, hemos visto como se conforma la definición más aceptada de lo que es un campesino. Hicimos especial hincapié en el elemento de dicha definición que afirma que el campesino se encuentra dominado políticamente y explotado económicamente por un agente poderoso y exterior a la comuna que puede ser tanto una (otra) clase social como el Estado. El objeto de lo que sigue será justificar, a través de un rápido repaso histórico, por qué consideramos que los labradores de la Atenas del V a.C. no cumplían esa condición básica.

El lento pero continuo ascenso sociopolítico de los labradores, como veremos más adelante (Cap. VI.i) para algunas coyunturas concretas del caso ateniense, es hecho que recorre la historia de toda la Grecia antigua durante la época arcaica. Este amplio proceso, que se inicia con el propio sinecismo, es inseparable de la formación y surgimiento de la *pólis*. Ésta, en tanto forma de organización sociopolítica, se desarrolla jalonada por otros procesos como ser el aumento poblacional, la organización del territorio, la coordinación de la aristocracia, el paso de la autoridad del *basileús* a las magistraturas colegiadas, etc.⁶⁸. Es así que el sinecismo ateniense, liderado por Atenas y su *khóra*⁶⁹, se podría interpretar como la expansión y/o generación de comunas aldeanas que a partir del aumento poblacional⁷⁰ desarrollan una suerte de colonización

⁶⁷ Shanin (1976: 8; 1971: 296; 1983: 54), el subrayado es nuestro. En similares términos, Powell (1974: 52) y Worsley (1984: 170-1).

⁶⁸ Valdés Guía (2001a: 130-3).

⁶⁹ El propio Tucídides, 2.15 indica que antes de Teseo el *basileús* de Atenas ejercía cierto poder sobre las demás *pólis* del Ática por lo menos en tiempos de amenaza exterior. Sobre el liderazgo de Atenas en el “primer sinecismo” ver: Valdés & Plácido (1998: 91, 100); Valdés Guía (2001a: 128, 150, 154).

⁷⁰ Para Snodgrass (1980: 21-24) la población del Ática se multiplicaría por siete en el siglo VIII a.C.. Contra esta interpretación, ver Morris (1987) y Whitley (1991: 162 y ss.) para quienes se trataría de un cambio en la selectividad de los enterramientos propio del fin de la sociedad aristocrática. Snodgrass (1991:15-6) acepta las críticas de Morris pero continúa postulando el crecimiento poblacional. A su vez, Osborne (1998: 91-111) integra el crecimiento poblacional con los cambios en las prácticas funerarias. A favor de la existencia de aumento poblacional desde fines del siglo VIII a.C., ver el reciente trabajo de Pomeroy, Burstein, Donlan & Roberts (2001: 100).

interna⁷¹ que garantizaría el acceso a la tierra a importantes sectores de la comunidad. En este sentido, Ian Morris plantea que en el origen de la *pólis* griega se produce una generalización de las pautas de la comuna campesina. Dicha explicación permite por un lado, dar cuenta del carácter no jerárquico e igualitario del Estado griego antiguo que se asemejaría a una corporación campesina en gran escala y, por otro lado, comprender el hecho de que el Estado sea concebido, desde Homero a Aristóteles, más como una estructura segmentaria que como una jerárquica⁷².

Sin embargo, lo anterior no implica desconocer el intrincado juego de contradicciones que se dan en este contexto. Por un lado, entre los *áristoi* del Ática que se encontraban sumergidos en un proceso de centralización-dispersión que, si bien daba cierta cohesión a la aristocracia, generaba enfrentamientos con fracciones aristocráticas regionales que no querían ser centralizadas⁷³. Por otro lado, el campesinado que, aprovechando las contradicciones al interior de la aristocracia, encontraba un espacio de reivindicación y desarrollo de su “conciencia de clase”⁷⁴ que derivará en el surgimiento de una clase hoplita de soldados-ciudadanos compuesta de campesinos libres propietarios de un *kléros*⁷⁵.

⁷¹ Atenas también lideró el proceso de colonización: “Archaeological evidence strongly supports the case that Attica was unified through internal colonization from Athens itself”, Whitley (1991: 59). Del mismo modo Whitehead (1986: 8-9).

⁷² Sobre la *pólis* como corporación campesina, ver Morris (1991: 26; 1994b: 53); del mismo modo Osborne (1990: 268, 277; 2003: 186-7) donde habla de la ciudad como una aldea ampliada.

⁷³ Valdés Guía (2001a: 177-9) interpreta el banquete y la imitación de los héroes guerreros de la edad de hierro como la expresión de una aristocracia cohesionada; por otro lado, el empleo de la cerámica protocorintia expresaría el descontento de ciertas fracciones nobles del Ática.

⁷⁴ Lévêque (1978: 6) dirá que “...desde finales del siglo VII por lo menos no ha cesado de ver cómo el *demos* toma conciencia de su fuerza y se enfrenta a los eupátridas, poseedores de grandes riquezas en tierras”. Sobre el desarrollo de la conciencia de clase del *dēmos* que permitiría romper con las relaciones clientelísticas a las que estaba sujeto respecto de los nobles, Valdés Guía (2001a: 179). Lejos de estar restringida a Atenas, esta autoafirmación del campesinado es un fenómeno presente en la totalidad de la Grecia arcaica: Austin & Vidal-Naquet (1986: 60) dan cuenta del desarrollo del sentimiento comunitario (y de la noción de ciudadano) como producto de la mayor importancia del campesinado gracias a la “revolución hoplita”. Así mismo, Hanson (1995: 181-221) muestra como el ascenso de este sector social se encuentra presente en el igualitarismo agrario que opera como la ideología subyacente del gobierno constitucional griego de la temprana *pólis*.

⁷⁵ Ver Morris (1994a); asimismo, tanto Donlan (1997: 40) como Raaflaub (1997c: 57) y Hanson (1995) asignan un papel fundamental a la clase de granjeros medios hoplitas en el desarrollo de la temprana *pólis*. En un estudio reciente, Anderson (2003: 13-42) desarrolla una interpretación que difiere mucho de la que aquí hemos esbozado. Para dicho autor, el sinecismo ateniense sería un acto de “ingeniería social” desarrollado desde arriba por una élite burocrática (liderada por Clístenes) y motorizado por la voluntad de “construir” una comunidad política unificada de modo semejante al proceso de “invención” de las

De este modo, el ascenso político del *dêmos* se dio, en primer lugar, con la obtención del derecho de ciudadanía por parte del campesinado medio hoplita en el siglo VII a.C.⁷⁶ y, en segundo término, con las reformas de Solón que permiten la liberación de los labradores (y de sus tierras) en situación de dependencia respecto a la aristocracia de los *eupatridai* al tiempo que brindan acceso al cuerpo de ciudadanos a la categoría de los *thêtes*⁷⁷. De este modo, podemos decir que hacia fines del siglo VI a.C., la multitud (*plêthos*) llevaba más de un siglo de experiencia en la lucha política frente a la aristocracia y de participación activa en las instituciones de la *pólis* por lo que sí estaría en condiciones de organizarse y desarrollar una agenda política propia mas allá de la elite y sus líderes⁷⁸. Para Finley, esta lucha le habría garantizado al campesinado ático su libertad personal, su derecho a la tierra y su pertenencia a la *pólis*⁷⁹. Como resultado, si bien la Atenas de Clístenes no era la “democracia radical” (*demokratía eskháte*) de mediados del siglo V a.C., lejos se encontraba de estar dominada políticamente por una elite sino que, en términos de Kurt A. Raaflaub, se trataría de una “república de hoplitas y *farmers*”⁸⁰. Si bien las bases de la democracia ateniense ya se encuentran asentadas, harán falta las reformas de Efialtes para que ésta encuentre su desarrollo pleno⁸¹. En consecuencia de todo lo anterior, la Atenas clásica fue donde la

naciones de la Europa moderna. Para una crítica las interpretaciones de Anderson, ver: Paiaro (2007). Acerca de la capacidad operativa y del nivel de burocratización del estado ateniense, ver más adelante.

⁷⁶ Que también le permite el acceso a magistraturas menores, ver [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 4.2.

⁷⁷ Sin embargo, este acceso a la ciudadanía no implicó igualdad de derechos políticos (ya que el acceso a algunas magistraturas continuaba siendo restringido a las clases censales superiores) así como tampoco eliminó la desigualdad social. Sobre esto último, ver Foxhall (1997).

⁷⁸ Desde las reformas de Solón, los campesinos hoplitas (*zeugitai*) ejercen ciertos cargos electivos y los campesinos pobres (*thêtes*) intervienen en los tribunales, eligen magistrados y los controlan. Esta participación se debió de dar en términos reales y no meramente formales como lo demuestra el hecho de que el intento de Cleómenes e Iságoras de disolver la *boulé* será el detonante para el levantamiento del *dêmos* que puso sitio a la Acrópolis, ver: Heródoto, 5.72. Al respecto, ver Ober (1996a: 32-52).

⁷⁹ Finley (1982: 114) destaca la importancia de la lucha del campesinado para la obtención de su libertad personal, su derecho a la tierra y, su pertenencia a la *pólis*. Asimismo, Pomeroy, Burstein, Donlan & Roberts (2001: 127) dirán que “La historia política de la época arcaica es la lucha de las clases media y baja por la consecución de una participación igualitaria en el gobierno de la *polis*”. Por otro lado, no solo hubo enfrentamientos entre el campesinado y la aristocracia; el desarrollo de relaciones clientelísticas en el ámbito de los *demos* desde el siglo VII a.C. en adelante evidenciaría el peso real que la participación del campesinado estaría alcanzando ya que los líderes aristocráticos se deben apoyar en él para impulsar sus carreras políticas, ver Finley (1986b: 67).

⁸⁰ Raaflaub (1996: 147).

⁸¹ Siguiendo a Raaflaub (1996; 1997a; 1997b), Anderson (2003: 80) plantea que solo se puede hablar de democracia en sentido estricto luego de las reformas de Efialtes. Forrest (2000: 280) dirá al respecto que

generalización de las pautas aldeanas en la configuración de la *pólis* adquirió mayor despliegue razón por la cual fue caracterizada por algunos autores como una “sociedad campesina”⁸² cuya “excepcionalidad radical” estaría dada por el hecho de que el estado no subordina a la aldea sino que la incorpora como base de su funcionamiento⁸³.

De este modo, frente a los terratenientes, los campesinos atenienses hallaban protección en sus derechos de ciudadanía. En relación al Estado, el otro agente explotador externo a la comuna aldeana frecuentemente tenido en cuenta en las definiciones clásicas del campesinado, no actúa en el caso ateniense como un agente opresor de las aldeas sino, más bien, éstas se constituyen en engranajes fundamentales del Estado. Como resultado, la democracia ateniense se caracterizará por la simplicidad de un aparato estatal que carecía de burocracia y se abstenía de imponer tributos estables a la tierra⁸⁴.

En síntesis, en este breve repaso del desarrollo de la historia ateniense desde el surgimiento de la *pólis* hasta la irrupción de la democracia, pudimos comprobar que los labradores del Ática no cumplen con uno de los elementos fundamentales de las definiciones corrientes de campesinado. Esta situación llevó a un profuso debate historiográfico entre los historiadores del mundo rural ateniense que aún continúa abierto luego de más de dos décadas de haberse iniciado. El principal eje de esta polémica gira en torno de cómo debe ser caracterizado el *georgós* griego siendo los dos

“it was not until March 463 that we have any serious evidence that the word *demokratia* was in the air or before 462 that any action was taken under that slogan”. Del mismo modo Rhodes (2003: 19) para quien mientras que el lenguaje utilizado en las reformas de Clístenes era el de la “igualdad”, sólo con Efiálfes la acción reformadora se piensa a sí misma como democrática. En oposición a esta interpretación, ver Ober (1996; 1998) quien habla de democracia desde la “revolución ateniense” y las reformas de Clístenes.

⁸² Cf. Wood (1988: 126 y ss. quien considera que el ciudadano-campesino fue el ejemplo histórico que más se acercó al ideal de libertad propio del campesinado según postula Wolf (1971b: 272). Acerca de la “base campesina” de la sociedad posiblemente obviada por las artes y la literatura, ver Osborne (1987: 13, 16, 130).

⁸³ Wood (1988: 101-7, 126; 2000: 244-5). Para Finley (1986a: 114) la incorporación política del campesinado con plenos derechos resulta “excepcional” con la común sujeción del campesinado de diferentes épocas y lugares estudiado en Shanin (comp. 1971). Por su parte Garnsey (1998: 91-4) reconoce la categoría de “gran excepción” de la democracia ateniense. Para Foxhall (1992: 155) la caracterización de la democracia ateniense como una dominada por el ciudadano-campesino que controla la mayor parte de la tierra y ejerce el poder se ha convertido en una ortodoxia.

⁸⁴ Finley (1986a: 131-2); Isager & Skydsgaard (1992: 140-2); Finley, Winton & Garnsey (1983: 33-4); cf. Thomas (1999), 60, 81-3 quien plantea que las ciudades-estado carecían de aparatos burocráticos organizados e incluso Atenas empleó formas extremadamente simples para llevar a cabo el registro de la recaudación de tributos.

conceptos regularmente puestos en juego los de *farmers* y *peasants*. Sin embargo, no se trata de categorías cerradas y rígidas ya que existen autores que optan por hablar de *farmers* pero aclarando que la producción para el mercado no se encuentra entre sus objetivos o, autores que hablan de *peasants* pero que no son explotados ni le son impuestas cargas fiscales⁸⁵.

Si bien consideramos que el debate aludido es de gran utilidad, creemos que no se puede tomar una determinación a favor de uno u otro término solo teniendo en cuenta las condiciones concretas de producción (pequeña propiedad, trabajo familiar, objetivo de subsistencia o de ganancia, etc.)⁸⁶. La única forma de resolver la disyuntiva es, desde nuestra perspectiva, integrar en la explicación, junto a las condiciones materiales, a las condiciones sociales (y por ende políticas) que hacen referencia a los vínculos entre la estructura social diferenciada en clases y los vínculos asentados en la entre igualdad política. Es necesario, entonces, entender el vínculo entre los campesinos atenienses y la aristocracia a partir de la no diferenciación jurídica y política entre unos y otros. A la vez, se hace insoslayable poner en el centro de la reflexión la integración de los labradores en el funcionamiento de la ciudad desde un rol activo y no subordinado. De lo que se trata, en última instancia, es de comprender conjuntamente la igualdad política y la desigualdad social, que determinan la situación de los productores directos durante la democracia ateniense.

⁸⁵ Para un completo balance historiográfico sobre la cuestión ver Gallego (2001; 2003a: 33-9; 2007b) en donde se citan la mayor parte de los autores que intervienen en el debate.

⁸⁶ Ver Archetti (1981: 18) quién afirma que: “Un campesino en, digamos, la Francia del siglo XIX y un campesino en Java en el siglo XIV pueden ser ambos clasificados de acuerdo con la definición general, pero representan tipos sociales específicos y como tales nosotros necesitamos de conceptos que nos permitan dar cuenta de su especificidad social. El alto grado de validez de las definiciones generales subyace en el hecho empírico que por un largo período de tiempo, y cubriendo las más diversas y distantes sociedades, la producción en la agricultura ha sido llevada a cabo por grupos domésticos. A causa de esto uno fácilmente tiende a concentrarse en este rasgo común excluyendo las diferencias sociales e históricas. Lo último, sin embargo, es lo que da a la producción su contenido social y permite que adquieran significado nociones como las de «el campesino francés» (como una bolsa de papas) y «el campesino javanés».”

Capítulo III

LA ANTIGÜEDAD ESCLAVISTA: AUGE Y OCASO DE UN PARADIGMA HISTORIOGRÁFICO

El desequilibrio dentro de la importancia historiográfica del trabajo libre en la antigua Grecia y su descuido por parte de la historiografía moderna es tal que hay que decir algo sobre cómo llegó a producirse, sobre cómo el ciudadano trabajador, pese a ser tan históricamente distintivo, se perdió en la sombra de la esclavitud

Ellen Meiksins Wood (2000 : 227)

Si el *modo de producción esclavista* (MPE) hubiera sido dominante en la Atenas del siglo V a.C., el problema teórico que expusimos en el capítulo anterior acerca de la importancia de las llamadas “superestructuras” en las sociedades precapitalistas, sería de solución relativamente simple: el status jurídico del productor directo (esclavo) como objeto de propiedad y el del no productor (amo) como sujeto propietario organizaría las relaciones de explotación permitiendo asegurar la apropiación de los excedentes por métodos coactivos. Sin embargo, la conceptualización de Atenas como una sociedad esclavista ha generado una importante serie de problemas interpretativos que suscitaron, asimismo, fuertes cuestionamientos tanto teóricos como empíricos acerca de tal caracterización. Nuestro objetivo en el presente capítulo consistirá, entonces, en

exponer el recorrido transitado por de la identificación de la Atenas clásica como una sociedad dominada por el MPE.

La idea de que el mundo antiguo se encontraba sustentado en la esclavitud tiene una larga historia a la cual Moses Finley ha dedicado una obra sustancial en la cual se detallan las disputas políticas e ideológicas que se encuentran por detrás de las explicaciones de la esclavitud antigua desde el siglo XVIII en adelante¹. La obra de Karl Marx y Friedrich Engels no será ajena a este contexto y desarrollará la idea de que la esclavitud era el fundamento y modo principal de explotación del trabajo en la antigüedad. Si bien las referencias a la antigüedad contenidas en las obras de los fundadores del materialismo histórico suelen ser esporádicas y ambiguas (con excepción de las *Formen* sobre las que hablaremos más adelante), en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* del año 1859² y en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* publicado por Engels en 1884³, se puede vislumbrar la periodización histórica clásica del marxismo como una sucesión de modos de producción en la que a las sociedades grecorromanas les queda reservado el esclavismo en tanto situadas entre la comunidad primitiva y el feudalismo⁴. Pero luego de la muerte de Marx y Engels, poco fue el interés desarrollado por los marxistas acerca de la antigüedad clásica⁵. Solamente con la consolidación de la URSS se retomará la cuestión a partir de la fundación, hacia mediados de los años treinta, de institutos especializados en Historia Antigua y de la revista *Vestnik Drevnev Istorii*⁶.

La consolidación del estalinismo durante la primera mitad del siglo XX será un hecho fundamental que determinará la evolución de las corrientes marxistas en la URSS pero también en el mundo occidental y, a esa influencia, no escaparon los investigadores marxistas del mundo antiguo. El esquema evolutivo planteado por

¹ Finley (1982: 11-83, 119-58).

² Marx (1997: 65-9).

³ Engels (1992).

⁴ Cf. Plácido (2008a: 338-9). Un análisis del pensamiento de Marx sobre la antigüedad integrado a la literatura marxista posterior se puede encontrar en Lekas (1988: 53-149).

⁵⁵ Una excepción a esto es la obra de Rosenberg (2006) que, en un momento previo al establecimiento de la ortodoxia estalinista, habla en su libro sobre la democracia ateniense a través de conceptos propios de la modernidad capitalista.

⁶ Roldán Hervás (1975: 43 y ss.)

Engels en *El origen...* será retomado por un texto de Stalin quien lo elevará a la condición de interpretación canónica en un texto de 1938 que resultó de central importancia en la constitución de la ortodoxia marxista⁷. Esta afirmará como dogma que toda sociedad atraviesa unilinealmente “cinco tipos fundamentales de relaciones de producción”: comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo⁸. En relación al mundo antiguo, incluso el propio Stalin impondrá la doctrina de la revolución de los esclavos como causa de la caída de la civilización clásica⁹. De esta manera, la teoría viene a justificar la necesidad política de exaltación de la sociedad soviética presentándola como el resultado final de evolución de la humanidad¹⁰. Sin embargo, los propios Marx y Engels habían criticado por anticipado este tipo de simplificaciones mecanicistas advirtiendo el peligro de transformar el materialismo histórico en una *teoría histórico-filosófica* universal de evolución válida para todos los pueblos¹¹. Pero más allá de ello, lo cierto es que los estudios de este período no suelen promover grandes innovaciones historiográficas sino que, más bien, se caracterizan por repetir un esquema preconcebido que es sustentado a través de citas a Marx, Engels y Lénin, cuya verdad no se invoca en términos de correspondencia con el objeto analizado, sino más bien, por la autoridad de los referentes¹².

Cuando este contexto político-intelectual comience a resquebrajarse, también lo hará la solidez adquirida por el concepto de MPE. El proceso de desestalinización crea una cierta renovación entre los historiadores marxistas de la antigüedad clásica que posibilitará un paulatino abandono del estalinismo historiográfico. La desestructuración del sistema estalinista se convirtió en el punto de partida desde el cual las investigaciones marxistas comenzarán a plantearse las problemáticas históricas de la

⁷ Stalin (1977)

⁸ “Stalin impone en su concepción esquemática del materialismo histórico una forma lineal de la sucesión de los Modos de Producción, desde la esclavitud (en vez del Modo de Producción antiguo de Marx, sustituido por iniciativa de Struve), feudalismo, capitalismo (sin intervención del asiático)”, Plácido (2009: 12). Cf. Rose (1992: 7).

⁹ Petit (1986)

¹⁰ Cf. Chesneaux (1984 : 105-12) ; Godelier (1971 : 52-3)

¹¹ Ver por ejemplo: Marx & Engels (1972: 300-1); Marx (1980: 51).

¹² Vittinghof (1986: 79). Sin embargo, esto no significa que toda la producción marxista del período sea poco relevante como lo demuestra el caso de Thomson (1946; 1949) y Farrington (1949; 1965; 1984).

antigüedad desde un punto de vista menos dogmático¹³. En el mismo sentido, la Revolución China, las guerras de liberación nacional y los procesos revolucionarios del denominado Tercer Mundo, que cuentan con una importante participación de la clase campesina (clase que, para el marxismo ortodoxo, constituía un residuo histórico destinado a desaparecer), aportan su cuota a la complejización de los análisis¹⁴. De este modo, el cambio de la coyuntura política internacional y la mayor difusión de los textos prohibidos por el estalinismo permitieron el planteamiento de nuevos problemas que irán socavando paulatinamente la idea dogmática de los “cinco tipos fundamentales”. En este contexto se producirá una renovación de los estudios sobre las sociedades precapitalistas de la mano del aporte de autores como, entre otros, Godelier, Hobsbawm, Anderson, Hindess y Hirst, etc., quienes en sus trabajos plantean visiones críticas y aportes teóricos novedosos para repensar las sociedades precapitalistas y su dinámica.

Un hecho de fundamental importancia para esta etapa es la publicación y divulgación de los *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie* en general y de las *Formen die der kapitalistischen Produktion vorhergehen* en particular. La jerarquía de estas “monografías escritas” están dadas por el hecho de que, como el propio Marx reconocerá, en ellas se encuentra “el resultado de quince años de investigaciones, es decir, de los mejores años de mi vida”¹⁵. A partir de la segunda mitad de la década de los cincuenta comienzan a aparecer traducciones a diferentes idiomas y ediciones de estos textos que contaban con antecedentes editoriales muy limitados¹⁶. Es de destacar, por su impacto en el mundo occidental, la publicación inglesa de las *Formen* en 1964 prologada por Hobsbawm¹⁷. La relevancia de estos escritos para las problemáticas abordadas en este capítulo queda reflejada en la afirmación sostenida en 1977 por Alberto Prieto Arciniega en el prólogo a un volumen colectivo sobre el MPE: “Desde la divulgación de las *Formen* y en general de los *Grundrisse*, la discusión sobre el modo de

¹³ Prieto Arciniega (1986: 16).

¹⁴ Prieto Arciniega (1986: 13).

¹⁵ Tomado de Hobsbawm (1971: 10).

¹⁶ La edición más importante fue la soviética de fines de los treinta y comienzos de los cuarentas (1939-1941). Es un dato verdaderamente paradójico que estos escritos de Marx, en donde se plantea un esquema de múltiples vías de desarrollo social a partir de las sociedades primitivas, fueran publicados poco tiempo después de que Stalin elevara la teoría de los 5 estadios a la categoría de dogma.

¹⁷ Cf. la edición traducida al castellano de este texto en Marx & Hobsbawm (1971).

producción esclavista y feudal han entrado en una amplia revisión de la que aún no se ha salido”¹⁸.

De este modo, el nuevo contexto historiográfico abierto, junto con las distintas carencias explicativas del concepto de MPE habilitaron la posibilidad de reemplazar la caracterización tradicional de las sociedades clásicas por la noción de *modo de producción antiguo* (MPA). No es un dato menor el hecho de que estas impugnaciones al MPE surjan en estudios relacionados al problema de la lucha de clases. En especial, lo que comenzaba a resultar problemático para el sostenimiento de las posturas más tradicionales es la poca importancia histórico-concreta de la lucha de la clase esclava a lo largo de la antigüedad grecolatina. En contraposición a esa carencia, los conflictos desarrollados entre los hombres libres resultan a todas luces mucho más presentes en las sociedades clásicas. Es por ello que, las perspectivas que busquen solventar las carencias del MPE tenderán a realzar la importancia de, por un lado, la dimensión política en tanto articuladora de las relaciones sociales, y, por otro lado, la ciudad en tanto marco en el cual se desarrolla el conflicto de clases.

Finalmente, en una contemporaneidad signada por el derrumbe del bloque socialista, durante los últimos veinticinco años se han realizado avances en el conocimiento del mundo rural griego, en especial, a partir de un cambio en el foco de interés que se desplazó de los esclavos a los pequeños y medianos labradores. Es a partir de estos avances, desarrollados desde perspectivas teóricas diversas, que se puede plantear una indagación como la que llevamos adelante en este trabajo.

En lo que sigue, se analizan algunos de los núcleos problemáticos presentados por las diferentes formas de aprehender a la antigüedad helena en torno a tres conceptualizaciones básicas: MPE, MPA y Sociedad Campesina (SC).

I. EL MODO DE PRODUCCIÓN ESCLAVISTA

¹⁸ Prieto Arciniega (1986: 5).

El principio común del MPE consiste en, por un lado, destacar la condición de propiedad absoluta del productor directo, y, por otro lado, considerar fundamental el papel que dicho objeto de propiedad adquiere en el plano económico en tanto es a partir de él que se definen las relaciones sociales de producción¹⁹. En consecuencia, una sociedad dominada por el MPE se estructura a partir del privilegio de una clase en tanto propietaria de los medios de producción así como también de los productores directos²⁰. Lo anterior implica que la sociedad se divide en libres y esclavos siendo los segundos quienes generan los bienes materiales apropiados por los libres. La esclavitud se convierte en una relación absoluta, posibilitando la libertad del ciudadano. De este modo, libertad y esclavitud son así indivisibles ya que una es la condición estructural de la otra²¹.

La existencia de pequeños campesinos propietarios libres, arrendatarios y trabajadores asalariados, en conjunción con la explotación esclavista, es reconocida por diversos autores que se mueven dentro del paradigma del MPE. Por ejemplo, para Shtajerman y Sharevskaia constituían resabios derivados del comunismo primitivo en vías de disolución por el crecimiento de la economía esclavista. Para Anderson y de Ste. Croix significaba la pervivencia de estructuras productivas que se articulaban con el MPE. Inclusive para Struve, uno de los principales exponentes del DIAMAT, la pequeña propiedad campesina era la forma característica de propiedad en la Atenas clásica²². Pese a lo anterior, sin embargo, lo cierto es que establecida la división principal de la sociedad entre amos y esclavos, la existencia comprobada históricamente de otras formas de explotación de la fuerza de trabajo o relaciones de producción se sitúa en un plano secundario en relación a la forma dominante que adquiere la relación esclavista y la centralidad del trabajo esclavo en la producción de los excedentes

¹⁹ Cf. Finley (1982).

²⁰ Shtajerman & Sharevskaia (1986: 111); Anderson (1979: 16).

²¹ La relación entre la esclavitud y la libertad se pensó de dos formas diferentes: por un lado, están quienes proponen que el incremento en la provisión de esclavos permitió la liberalización de la mano de obra interna y la libertad del ciudadano, Anderson (1979: 16); Plácido (1997: 151). Por otro lado, se encuentra aquellos que proponen que la lucha política desarrollada por los sometidos los llevó a su liberación (reformas de Solón, extensión de los derechos de ciudadanía, abolición del *nexum* para el caso romano, etc.) y desarrolló la necesidad de la esclavitud frente a la imposibilidad, fundamentalmente política, de someter población interna, Finley (1977: 127; 2000: 188; 1982: 109-110).

²² Struve (1985).

apropiados por la clase dominante²³. En síntesis, lo que es considerado relevante para el MPE es el peso relativo que juega la esclavitud en la estructura económica de las sociedades antiguas. Por un lado, se encuentran los estudiosos que asignan un papel determinante al número de esclavos para definir a la sociedad como esclavista²⁴. Por otro, están aquellos trabajos que proponen como un elemento central el hecho de que sea de la explotación de mano de obra esclava de donde provenga la mayor parte del excedente apropiado por la clase dominante; es decir, que el rasgo distintivo no se encontraría en cómo se realiza el grueso del trabajo productivo sino en cómo las clases que controlan las condiciones de producción se aseguran su propia reproducción a partir de la apropiación de los excedentes producidos por otros²⁵.

Las condiciones objetivas del proceso de producción quedan establecidas por la presencia del esclavo en el agro, siendo la gran propiedad terrateniente el marco ideal para su desarrollo. Esto implica que a medida que el esclavismo se consolida, la gran propiedad tiende a predominar sobre el espacio rural desplazando al pequeño agricultor libre, y convirtiendo al ciudadano libre en un rentista urbano²⁶. La introducción progresiva de la mano de obra esclava en la agricultura y en las otras ramas de la economía como el comercio y las manufacturas determinan una creciente competencia entre el trabajo de los libres y el de los esclavos que terminará por desplazar a los sectores ciudadanos de la producción²⁷. En el plano político, este fenómeno determina una mayor cohesión del cuerpo cívico que, a pesar de sus diferencias, se encuentra en una posición antagónica respecto a la clase de los esclavos. La forma política que asume la *pólis* (oligarquía, tiranía, democracia, etc.) es entendida como diferentes

²³ Cf. al respecto la posición de Plácido (2009: 9): “La vigencia del esclavismo como Modo de Producción mantiene todo su sentido siempre que éste sea entendido como una aproximación al estudio de un sistema dominante que marca incluso los casos en los que no predomina la explotación directa del esclavo y que ese sistema en tanto que dominante no se entienda como una realidad monolítica en que no se diferencien formas diversas de explotación del trabajo”.

²⁴ Shtajerman & Sharevskaia (1986); Anderson (1979; 1992: 19-50); Mossé (1977); Hopkins (1981), cf. las críticas de Finley (1982).

²⁵ Finley (1982); de Ste. Croix (1988).

²⁶ Cf. Marx (1994).

²⁷ Shtajerman & Sharevskaia (1986); cf. Engels (1992).

manifestaciones del mismo instrumento al servicio de los esclavistas para ejercer su dominio sobre los esclavos²⁸.

Como consecuencia de lo anterior se desarrolla una mentalidad aristocrática que renegará del trabajo productivo. Este imaginario se convierte en un elemento superestructural importante en tanto frena el desarrollo de las fuerzas productivas y condiciona a largo plazo los mecanismos de reproducción del sistema. Por ello, el MPE solo puede desarrollarse de manera “lateral” puesto que su expansión queda condicionada, en ausencia de un incremento en la productividad del trabajo, a la incorporación de nuevas áreas de explotación y nuevos contingentes de esclavos²⁹. Este crecimiento lateral trae aparejado un incremento de las relaciones comerciales y de las necesidades de las ciudades puesto que el aprovisionamiento de mano de obra solo puede desarrollarse de manera externa. Esto determina un modo particular de desarrollo de las relaciones entre el campo y la ciudad. Se trata, de acuerdo a esta perspectiva, de un mundo de “ciudades consumidoras” habitadas por los estratos dirigentes emancipados de la necesidad de trabajar que dependen de la producción de la economía rural³⁰.

Por otra parte, la lucha de clases derivada de este tipo de estructura social ha sido pensada como el principal motor del cambio histórico en tanto el desarrollo de las fuerzas productivas se veía fuertemente limitado. Sobre este punto, son los autores soviéticos quienes han sido más insistentes en el papel jugado por los esclavos como elementos dinámicos en los enfrentamientos sociales. Sin embargo, la lucha entre los amos y los esclavos ha tenido poca importancia histórica en el plano de la confrontación política abierta por lo que los estudios se han tendido a focalizarse en otras formas de oposición como la fuga, el trabajo a desgano, la rotura de herramientas, etc. Para salvar este hiato entre las formas de lucha entre los amos y los esclavos y los conflictos

²⁸ Shtajerman & Shareveskaia (1986: 159); de modo más sutil, de Ste. Croix (1988). Si bien la mayor parte de los autores que trabajan bajo el paradigma del MPE comparten esta idea, se destaca que la forma específica del régimen estatal es producto de la lucha al interior del cuerpo de ciudadanos (terratenientes esclavistas vs. pequeños propietarios autosuficientes).

²⁹ Sobre este punto: Vernant (1983: 274-80). Una explicación basada en el carácter rentista de esta mentalidad, Finley (2000: 35-59). En contraste, para Shtajerman & Shareveskaia (1986) la baja productividad se relaciona con el carácter alienado del trabajo esclavo. Para una síntesis, Anderson (1979).

³⁰ Finley (2000: 35-59).

políticos que se sucedieron en el mundo griego antiguo, de Ste. Croix ha planteado que no formaría parte de los elementos constitutivos de la clase social el hecho de que ésta tenga conciencia de sí, de su lugar en la estructura social y de su oposición al resto de las clases. De esta manera no hay necesidad de buscar un enfrentamiento político abierto entre amos y esclavos puesto que su relación antagónica lleva implícita su lucha. Los esclavos se oponen objetivamente a sus amos por el lugar que ocupan en la producción sin necesidad de llevar adelante una acción política revolucionaria. Por lo tanto, sigue siendo correcto hablar de clases y lucha de clases, aún en ausencia de este tipo de confrontaciones³¹.

En resumen, diremos que las perspectivas que se basan en el concepto de MPE conciben a las sociedades de la antigüedad clásica como unas basadas en la subordinación jurídica y la explotación económica de un sector social asimilado a un mero medio de producción. Dicha clase explotada es la responsable de sostener con su trabajo la producción de la riqueza material necesaria para la reproducción de la clase dominante y el sistema en su conjunto. Los propietarios se oponen a los esclavos económicamente en tanto clase y jurídicamente en tanto hombres libres. Su libertad es, en última instancia, la consecuencia del sometimiento de los esclavos. Sobre el trabajo de éstos se asienta la prosperidad y desarrollo de la ciudad antigua en tanto posibilita el ocio de la clase de los terratenientes ausentistas y provee el fundamento para el desarrollo comercial. La incorporación de esclavos en masa en la producción agrícola y artesanal, genera la competencia y el desplazamiento de los sectores libres menos afortunados, que se vuelcan a la ciudad en donde participan de la distribución de una parte de los excedentes generados por los esclavos. Esta estructuración del sistema impone ciertos límites al crecimiento en tanto retrasa el desarrollo de las fuerzas productivas y genera una mentalidad que estigmatiza el trabajo productivo, así como también impide el desarrollo de innovaciones por parte de los trabajadores (esclavos) en virtud de las condiciones a las que son sometidos.

II. EL MODO DE PRODUCCIÓN ANTIGUO

³¹ de Ste. Croix (1988).

Con el trabajo de Charles Parain sobre la lucha de clases en la Grecia antigua, seguido del comentario que sobre éste desarrolla Jean-Pierre Vernant y el posterior artículo de Robert Padgug, se cuestionarán algunas de las tesis del MPE y abrirán las puertas a su posterior reemplazo por el MPA.

El objetivo principal del trabajo de Parain es intentar solucionar algunos de los problemas que las tesis del MPE presentaban a la investigación empírica de la lucha de clases en la Grecia antigua. Para ello partirá de la dualidad de la comuna rural primitiva expresada, por un lado, en la propiedad comunal de la tierra y las relaciones de igualdad entre sus miembros y, por el otro, en la apropiación privada que permitiría cierta acumulación, sobre todo en bienes muebles, que genera paulatinamente procesos de diferenciación social³². Esta contradicción habilitaría dos posibles soluciones que pueden aparecer de modo combinado: a) el mantenimiento de la igualdad (relativa) entre los hombres libres, es decir ciudadanos, se hace posible gracias al desarrollo de la esclavitud; b) la guerra de conquista permitiría la asignación de lotes (*cleruquías* en el mundo griego) a los ciudadanos que hayan caído en la desposesión y de este modo ralentizar el proceso de diferenciación y polarización social. Estos elementos permiten al autor destacar dos tipos de oposiciones en las sociedades antiguas: la que se da entre los hombres libres y los esclavos, y aquella representada por la lucha entre los ricos y los pobres al interior del grupo de los ciudadanos. Siendo, de todos modos, la primera de las oposiciones la más “profunda” y la que brindaría su especificidad a la sociedad antigua. Sin embargo, la oposición entre ciudadanos ricos y pobres fue, mientras el papel económico de la esclavitud permanecía como secundario, la contradicción *principal*³³.

Siguiendo a Parain, Vernant critica a aquellos análisis marxistas “vulgares” que, partiendo de la concepción del MPE infieren a partir de esta un modelo de lucha de clases válido para el conjunto de las sociedades de la Antigüedad. De esta manera, el autor francés afirmará que la lucha de clases no se explica, en el mundo de la *pólis*, directamente por el lugar que los individuos ocupan en la organización productiva de la sociedad ya que los intereses materiales no solo son derivados del proceso productivo

³² Cf. Hobsbawm (1990); Marx (1971 ; 1980).

³³ Parain (1986 : 275).

sino que se vinculan, a su vez, con la posición de los individuos en la estructura política en tanto el Estado cumple un papel fundamental como mediador. Es a partir de esta situación que la lucha política entre sectores ricos y pobres de la ciudadanía adquiere especial relevancia en tanto busca resolver la cuestión sobre quién se beneficiará en el reparto de los excedentes a través de las instituciones de la ciudad.

Por otra parte, según la interpretación de Padgug, la aristocracia del arcaísmo griego tendía paulatinamente, a medida que desarrollaba su capacidad de apropiarse de la tierra, a identificarse con la comuna al mismo tiempo que importantes sectores eran excluidos de ella en virtud de que perdían su capacidad de controlar sus tierras de labranza. Sin embargo, esta evolución tendría un carácter dual ya que si bien se acelera la disolución de la vieja comuna al estimular las tendencias hacia la propiedad privada y la acumulación (ruptura del binomio posesión de tierra-ciudadanía); también, el aumento de la capacidad productiva habilitaba la posibilidad de una mayor redistribución de la riqueza y, con esto, el restablecimiento de la comuna sobre bases más extensas. Así, mientras que la disolución de la comuna primitiva se vincula con el período arcaico, la nueva etapa de la “comuna restaurada” se corresponde con la *pólis* democrática. Esta última se encontraría basada en la igualdad artificial de sus miembros producto del intento por reproducir y conservar aquella igualdad originaria utilizando medios políticos³⁴. Sin embargo, los nuevos elementos económicos (esclavitud, comercio, etc.) permiten el desarrollo de sujetos ajenos a la comunidad (esclavos y metecos) que no podían ser absorbidos por la misma debido al importante trabajo que estos desarrollaban en su favor. De este modo, el cuerpo de ciudadanos se constituiría en una clase estatal (en la Atenas clásica solo frente a los metecos y esclavos ya que no frente a los ciudadanos con los cuales se mimetiza) que utilizaría la política en beneficio del mantenimiento de la opresión de los grupos excluidos.

Si bien es cierto que los trabajos que acabamos de detallar parten de una crítica a ciertas concepciones del MPE, sin embargo no descartan totalmente el concepto y, de hecho, hay quienes han visto posibles confluencias entre aquel y el MPA:

³⁴ Padgug (1981: 91).

“La política y la ciudadanía, como realidades imprescindibles para el conocimiento de la Historia Antigua, son incomprensibles sin considerar sus fundamentos sociales, situados en el Modo de Producción esclavista. Por ello, en el fondo, hablar de Modo de Producción antiguo, y no esclavista, no presenta contradicciones con éste, pues se trata de un sistema basado en la libertad del ciudadano como individuo capaz de controlar la producción de la tierra, circunstancia que se halla absolutamente imbricada con las relaciones de producción en sus oscilaciones, sobre las variaciones históricas derivadas de la capacidad de la comunidad para controlar el trabajo servil”³⁵.

Pero a pesar de lo anterior, la profundización de algunos de los planteos que hemos presentado permitió pensar la necesidad de un reemplazo de paradigma. De este modo, algunos autores como Barry Hindess y Paul Hirst explorarán las posibilidades teóricas de reemplazar el MPE por el MPA.

El predominio de la política en el mundo antiguo enunciado por Marx³⁶, permite a Hindess y Hirst pensar a la *apropiación del trabajo excedente a través del derecho de ciudadanía* como el rasgo central del MPA. Esta forma de apropiación consistiría en la extracción de los excedentes y la distribución de la propiedad agraria entre los ciudadanos a través de mecanismos políticos y jurídicos³⁷. De este modo, la política (y no la relación entre el amo y el esclavo) actuaría como la principal relación de producción de las sociedades antiguas³⁸. Al existir una propiedad estatal diferenciada (*ager publicus* para el caso romano) se da una disputa entre las clases ciudadanas en torno a su apropiación como lo planteaban Parain, Vernant y Padgug. A esta específica relación entre economía y política se encuentran subordinados otros fenómenos tales como el comercio, la esclavitud, la dependencia personal, etc.

³⁵ Plácido (2009: 10).

³⁶ Marx, (1975: 99-100 n. 33).

³⁷ Hindess & Hirst (1979: 86).

³⁸ Cf. Godelier (1989: 240-59).

De este modo, para el MPA la unidad del mundo griego antiguo estaría dada a partir de la existencia de *póleis* constituidas básicamente por el cuerpo de ciudadanos con derechos políticos que son los efectivos poseedores del Estado (podríamos decir que no hay una separación entre sociedad civil y Estado) y no por el predominio de la economía esclavista. Sin embargo, esta situación no impide la posibilidad de explotación de los propios ciudadanos aunque esta no constituya una necesidad del modo de producción. Por “debajo” de esta estructura política se encuentran diferentes formas de explotación del trabajo como la esclavitud, el hilotismo, el tributo, el botín, etc. que permiten dar cuenta de variadas situaciones tales como Esparta, Atenas, Roma, etc.

Al igual que en el MPE, el MPA impone fuertes límites al desarrollo de las fuerzas productivas debido a la predominancia de la pequeña producción familiar. Además, el trabajo excedente apropiado no se vuelca a la producción sino a la reproducción de las condiciones políticas que permitieron dicha apropiación. La consecuencia lógica de esta situación es que el desarrollo del comercio y la producción mercantil se encuentran muy limitados. La dinámica del MPA no está en el desarrollo de la técnica ni en el de una mayor cooperación y división del trabajo; tampoco en la lucha entre la clase libre y la esclava. El factor dinámico será la tendencia a la destrucción de la base económica de la constitución política en beneficio de una concentración del poder político³⁹.

III. SOCIEDAD CAMPESINA

La idea de SC tiene su origen en diversos estudios sociológicos ajenos al mundo clásico⁴⁰ pero, sin embargo, se ha constituido en uno de los motores de la renovación historiográfica del último cuarto de siglo. Quien se ha destacado por trabajar a partir de este modelo interpretativo pero desarrollando a la vez una perspectiva de clara inspiración marxista ha sido Ellen Meiksins Wood. Su punto de partida es el análisis de

³⁹ Hindess y Hirst (1979: 93).

⁴⁰ Ver por ejemplo: Chayanov, Kerblay, Thorner & Harrison (1981); Chayanov (1985); Wolf (1971); Shanin (1976).

la relación entre la *pólis* y el ciudadano campesino para dar cuenta de un modelo general de la sociedad ateniense.

Wood parte de una ruptura radical ya que, a diferencia de las interpretaciones tradicionales del MPE, independiza la libertad del ciudadano griego de su supuesta dependencia en la relación esclavista. Mientras que el MPE establecía la libertad del ciudadano como consecuencia del trabajo de los esclavos, Wood considera que este postulado es una invención historiográfica. El “mito de la masa ociosa” (o la inversión marxista del MPE) surge en el contexto de la consolidación de las relaciones sociales capitalistas y de la lucha ideológica que se da en el seno de la burguesía por legitimizar la proscripción política del proletariado⁴¹.

Según la concepción de Wood, el predominio de la pequeña propiedad en la economía rural y el grado de participación del campesino en la *pólis* clásica sugieren, que este último debió de obtener el tiempo libre necesario para su incorporación política a la ciudad de una fuente alternativa al aprovechamiento de la mano de obra esclava. Para Wood, el elemento distintivo del campesino ateniense, que garantiza su libertad y participación en la ciudad, es que no se encuentra sometido a tener que entregar excedentes a otras clases⁴². De esta manera, la comunidad campesina puede autosustentarse y utilizar el tiempo de trabajo excedente (que en otros casos revestiría la forma de renta o tributo) en la participación plena de sus miembros.

En función de lo anterior, Wood desestima el lugar del trabajo esclavo en la economía ateniense y sugiere pensar a la esclavitud como una forma de dependencia permitida pero inserta en un sistema de producción dominado por productores libres e independientes. De este modo, la esclavitud sólo se desarrollaría en los intersticios del sistema, como por ejemplo en la minería, el servicio doméstico, empleo público, la administración, etc.

Finalmente, luego de analizar la historia griega desde la Edad del Bronce, llegará a la conclusión, de que la base material de la sociedad ateniense se encuentra constituida, luego de las reformas de Solón (que eliminaron todo tipo de dependencia

⁴¹ Wood (1988: 5-41).

⁴² Ya Finley (1986a) había evidenciado esta cuestión, sin por ello renunciar a una caracterización tradicional. Cf. de Ste. Croix (1986).

jurídica de los ciudadanos), por un régimen de pequeños poseedores independientes. Mientras la multitud sí trabajaba para la subsistencia, los lazos entre ricos y pobres en Atenas eran débiles al punto que las dos clases no estaban firmemente obligadas una con la otra por los lazos de dependencia que unen al amo y al esclavo.

Para Wood entonces, la Atenas democrática puede ser definida como una “sociedad aldeana o campesina” ya que el agotamiento de la oposición entre aldea y Estado fue la fundación misma de la democracia ateniense, en tanto la comunidad aldeana se convirtió en la unidad constituyente básica de la *pólis*⁴³.

IV. CONSIDERACIONES FINALES

Hasta aquí hemos visto como fue evolucionando el ideario marxista de conceptualización de la Grecia Antigua. A través de tres problemáticas que consideramos centrales, intentaremos sintetizar las diferencias y límites de cada una de las concepciones analizadas: el rol de la esclavitud en la economía agraria, su relación con el estímulo o inhibición del desarrollo técnico, y, por último, la función de la política en tanto articulador de las prácticas sociales.

En primer lugar, vimos como el papel de la esclavitud antigua pasó de un lugar dominante en el MPE a un total relegamiento en algunos estudios recientes. En el MPE, el esclavo constituye el sostén económico de toda la estructura social y por tanto el principal productor de riquezas. Su presencia era indicio de grandes propiedades terratenientes dado el carácter agrario de la economía. Su extensión al terreno artesanal y mercantil no era más que una prolongación de la esclavitud rural. Los pequeños productores libres, eran sistemáticamente desplazados y la gran propiedad era considerada la tendencia hacia la que inexorablemente se dirigían las sociedades. En consecuencia la ciudadanía estaba compuesta por terratenientes esclavistas y una “masa ociosa” que vivían a costa de los esclavos.

En el MPA se comienza a incorporar al pequeño productor agrícola en tanto elemento constituyente de la realidad comunal. La incorporación de dinámicas

⁴³ Wood (1983; 1988; 2000; 2002).

diferenciadas pero coexistentes en el plano de la reproducción económica de la comuna antigua (competencia entre propiedad privada de la tierra y propiedad comunal, permitiendo lógicas de acumulación diferenciadas), posibilitaron articular una pluralidad de procesos productivos que tuvieron en cuenta el mayor peso del pequeño propietario y otras formas de explotación de la tierra y el trabajo, que no implicaban necesariamente la predominancia del esclavismo.

Por último, la tesis de la SC planteada por Wood, para el caso ateniense, reduce el papel productivo de la esclavitud agrícola a su mínima expresión. Esta queda situada solo para el ámbito doméstico y artesanal, siendo la utilidad del esclavo un elemento indiferenciado en el conjunto de actividades de la unidad familiar, un mero apéndice de la economía campesina.

Si bien solo Wood parece negar toda presencia relevante de la esclavitud en el mundo rural, quienes continúan afirmando su importancia, tienden hoy a evaluar más el rol de los distintos actores agrarios en el conjunto de la economía. Esto implica correr de lugar al esclavo, no porque este no exista o no produzca un excedente apropiable socialmente, sino porque la estructura agraria resulta más compleja. Lo anterior habilitó la posibilidad de que se desarrollen una pluralidad de análisis que describen las condiciones en que se desenvolvía la producción agraria griega, las formas de organización de la producción, las técnicas empleadas, los ciclos agrarios, los tipos de cultivos, etc.⁴⁴ La discusión actual sobre la conceptualización de los labradores áticos, acerca de si deben ser caracterizados como *farmers* o *peasants*⁴⁵ ilustra la importancia de un sector social poco tratado por las perspectivas que parten del concepto de MPE, pero que se mostró importante en la escena económica, social y política de la Grecia Antigua.

Relacionado con el papel de la esclavitud en la economía agrícola se presenta el problema del desarrollo de las fuerzas productivas. Mientras afirmaba el postulado marxista del desarrollo de las fuerzas productivas como elemento dinamizador de la sociedad, la teoría del MPE insistía en la influencia de la esclavitud rural como

⁴⁴ Solo como ejemplo ver: Jameson (1977/8; 1992); Osborne (1985a); Garnsey (1988); Wood (1988); Gallant (1991); Hanson (1995) Foxhall (2002).

⁴⁵ Sobre esta cuestión, hemos hablado en el Cap. II.iii.

determinante del inmovilismo técnico-productivo de la *pólis* clásica. Sobre este aspecto pueden encontrarse dos interpretaciones no necesariamente contrapuestas: la primera que afirma que es la propia alienación del trabajo esclavo la que impide el desarrollo técnico y el incremento de la productividad; la segunda que hace hincapié en los aspectos psicológicos derivados el carácter absentista de los propietarios terratenientes.

Sin embargo, las propuestas actuales permiten pensar otros tipos de explicaciones para este mismo problema. Por ejemplo, Wood afirmará que en el mundo antiguo la técnica se encontraba tan estancada como en cualquier sociedad preindustrial, y por lo tanto no constituye un rasgo específico de la antigüedad. De este modo queda descartada la relación entre atraso técnico y esclavitud. Sumado a ello la ausencia de un sujeto externo que explote a la comunidad campesina, explicaría la aparente contradicción entre una superestructura muy desarrollada y una base material permanentemente estancada. Por otro lado, como demuestra Gallant es un prejuicio sociológico pensar las economías campesinas como tradicionales y no dinámicas; por el contrario, plantea la capacidad de los labradores de responder con múltiples estrategias (que no implican necesariamente una innovación tecnológica) a los estímulos presentados por la realidad ecológica, familiar y social⁴⁶.

Por último, la importancia de la política y de la lucha entre ciudadanos, rescatada por el MPA, constituye uno de los puntos más fuertes contra el MPE. Los autores que desarrollan el MPA, influidos por el MPE, no descartan totalmente la oposición libres-esclavos e incluso algunos como Parain piensan que allí se encuentran los gérmenes del desarrollo posterior y la decadencia del sistema. Sin embargo, esta mayor importancia de la lucha política al interior del cuerpo de ciudadanos permite redefinir al Estado en tanto este deja de ser solamente el instrumento de la clase esclavista para ser la arena donde ricos y pobres desarrollan sus contradicciones a través de la lucha política. Así, la dinámica del sistema deja de estar determinada por la necesidad de expandir “lateralmente” la economía esclavista para centrarse en la reproducción de las condiciones políticas que permiten a la comuna ciudadana mantenerse como tal evitando que sus miembros caigan en la dependencia (*cleruquías*, imperialismo, distribución de alimentos, etc.). El recorrido en la caracterización

⁴⁶ Gallant (1991).

instrumental de la política de la *pólis* ateniense, podría sintetizarse como evolucionando desde la “democracia esclavista”⁴⁷ del MPE, pasando por la “comunidad restaurada” del MPA hasta llegar a la “democracia campesina” de la SC de Wood.

Pero a su vez, la importancia de la política en el mundo griego antiguo permite superar una visión instrumental, dando lugar a conceptualizaciones sustantivas de la misma. Esto implica no solo pensar a la política como relación de producción, sino también como elemento de articulación global de la estructura social. Ya no se trata solo del carácter y organización del Estado, como si fuera un elemento yuxtapuesto a la sociedad, como si fuera un objeto. Se trata de que la política resulte constitutiva de una forma social en la cual se estructuran determinados tipos de relaciones sociales. La política, entonces, aparece como relación estructurante de prácticas sociales concretas que sitúan los límites y la singularidad histórica de la formación social antigua. No constituye un mero reflejo en la “superestructura” de las prácticas “económicas” de la estructura, sino una posible sustancia organizadora de las relaciones sociales⁴⁸.

Podemos afirmar que, hoy por hoy, “no puede sostenerse sin más que la estructura económica de la Grecia antigua se sustentara en el modo de producción esclavista”⁴⁹. Sin embargo, la “caída” del MPE no hizo más que, por un lado, acrecentar la incertidumbre y, por otro, abrir posibilidades de desarrollo a nuevas perspectivas teóricas que buscaron explicar la economía de la antigüedad. A pesar de lo anterior, es necesario reconocer que la fuerza explicativa y la capacidad de síntesis histórica que se había propuesto el MPE, hasta ahora no ha podido ser igualada. Pero el hecho de que rechazemos las tesis esclavistas, no implica que desconozcamos la existencia de esclavos, incluso tampoco implica que desconozcamos la necesidad de la esclavitud para la ciudad antigua, pero, como afirma Vidal-Naquet: “una cosa en efecto es creer que la ciudad antigua clásica no es concebible sin esclavos –el ideal de ciudadano libre en Atenas implicaba una cierta forma de ociosidad, y como consecuencia el trabajo servil-, y otra es hacer de los esclavos una clase en el sentido marxista del término,

⁴⁷ Cf. Struve (1974)

⁴⁸ Sobre estos aspectos, remitimos al lector al Cap. II. Otra interpretación posible a partir de este punto: Gallego (2003c) para quien la política no constituye el elemento de unidad orgánica de la totalidad social, sino un punto de fuga de la misma.

⁴⁹ Gallego (2003a: 16).

comparable a la burguesía del siglo XVIII y al proletariado moderno, ocupando un lugar determinado en las relaciones de producción, y relativamente homogénea, tesis que no esta nada claro a qué época de la historia antigua se podría aplicar”⁵⁰.

Recapitulando lo hasta aquí expuesto, debemos decir que tradicionalmente, los historiadores de la antigüedad tomaron a la esclavitud como uno de sus principales objetos de investigación, desarrollando una importante cantidad de estudios, algunos muy valiosos⁵¹. Entre éstos, los marxistas, para quienes la noción de MPE resultaba central, partían de los textos del propio Marx⁵² para dar cuenta, por un lado, de la disolución de la comuna antigua como consecuencia de la contradicción interna entre la propiedad comunal de la tierra y la apropiación privada de los frutos del trabajo, y, por el otro, de su recomposición sobre nuevas bases sociales. El desarrollo de la esclavitud así como las guerras de conquista habrían permitido aminorar el proceso de polarización social entre los miembros de la comunidad. A partir de ello, la contradicción entre ciudadanos ricos y ciudadanos pobres dentro de la *pólis* se presentaría como la *principal* o *dominante* en el plano de los conflictos políticos, mientras que la contradicción económica *fundamental* entre amos y esclavos permanecería en un plano subyacente, puesto que muy pocas veces se manifestaría como *lucha de clases abierta*⁵³. De este modo, sería el desarrollo de la esclavitud lo que habría posibilitado la igualdad política de los ciudadanos⁵⁴, o viceversa, sería la igualdad política —que impedía el sometimiento económico de los ciudadanos— la responsable de la esclavitud⁵⁵. En este marco, el estado era pensado de manera dual: como comunidad autogobernada de los

⁵⁰ Vidal-Naquet (1992: 48).

⁵¹ Solo a modo de ejemplo, ver los trabajos de: Finley (1977; 1982); Anderson (1979); Hopkins (1981); AA. VV. (1986); de Ste. Croix (1988); Vidal-Naquet (1977 ; 1983)

⁵² Marx (1971 ; 1980).

⁵³ Parain (1986); Vernant (1982: 5-21).

⁵⁴ Anderson (1979: 16).

⁵⁵ Finley (1982: 98, 109-14; 1986a: 78). Al respecto, Vidal-Naquet (1992: 47) dirá que “Marx y los marxistas no son sin embargo los únicos culpables... o los únicos responsables” de plantear que la sociedad antigua se encontraba basada en la esclavitud.

ciudadanos y como monopolizador de la coerción frente a los metecos y esclavos excluidos del cuerpo cívico⁵⁶.

Posteriormente el problema de la esclavitud fue perdiendo terreno⁵⁷ frente al estudio del campesinado, lo cual permitió el desarrollo de importantes trabajos innovadores para entender el mundo rural griego, la igualdad política y el problema del acceso a los recursos⁵⁸. A partir de esta renovación se comenzó a pensar, incluso desde perspectivas marxistas, la peculiaridad de la democracia ateniense en tanto que organización política basada en el trabajo libre, independiente y orientado a la subsistencia de los ciudadanos campesinos. Se comienza entonces a hablar de una *sociedad campesina* que, a diferencia de la habitual conceptualización sociológica del campesinado como sector social sujeto a jerarquías externas, en el caso ateniense no estaba sometida ni a la explotación económica ni a la dominación política de los terratenientes o el Estado⁵⁹.

En esta perspectiva, otros estudios han hecho hincapié en el igualitarismo agrario de la *pólis* centrándose en la figura del granjero o *farmer* y en su capacidad para elevarse por sobre el nivel de subsistencia y para sumar fuerza de trabajo esclava a la unidad doméstica, lo cual lo habilitaba para participar plenamente en la organización político-militar⁶⁰. Paralelamente, se ha tendido a matizar las perspectivas que resaltan el igualitarismo agrario, proponiendo a cambio la existencia de una importante desigualdad económica al interior del cuerpo de ciudadanos⁶¹.

En base a lo expuesto hasta aquí, creemos que resulta claro que la caracterización de la Atenas clásica como una “sociedad esclavista” o dominada por el

⁵⁶ Padgug (1981: 92-4).

⁵⁷ Ya Starr (1958) había advertido acerca de la “sobredosis” de esclavitud.

⁵⁸ Para un completo balance historiográfico donde se estudian las posturas recientes sobre estas problemáticas, ver los trabajos de Cartledge (1993; 1995) y Gallego (2001; 2003a; 2007b) con bibliografía. Algunas de estos aportes fueron abordados en el Cap. II.iii y se trabajarán también más adelante en el Cap. V.i.

⁵⁹ Wood (1988; 1996; 2000; 2002). Sobre la cuestión del no sometimiento de los campesinos atenienses durante la democracia a los terratenientes y al Estado, ver el Cap. II.iii.

⁶⁰ Hanson (1992b; 1995: 181-219); Jameson (1977/8; 1992; 1994; 2002b).

⁶¹ Foxhall (1992; 2002; 2007); Osborne (1985a; 1992); Gallego (1996); Plácido (1995b; 1997: 144-57).

MPE ha dejado de ser operativa⁶². Pero los intentos de presentar a la *pólis* como una “sociedad campesina” tampoco resuelven el problema satisfactoriamente. Es en el contexto de los debates expuestos y nutriéndose de ellos que nuestro trabajo propone investigar los problemas de la igualdad política y la desigualdad en el acceso a los recursos en la Atenas del siglo V a.C. de manera conjunta. De algún modo aceptamos la invitación de Annequin, Clavel-Lévêque y Favory formulada ya hace algún tiempo:

“Invitamos al historiador a buscar, más allá de las formas de dependencia, la realidad de las formas de dependencia, es decir, delimitar el lugar que ocupan en el conjunto del sistema social o, dicho de otro modo, el conjunto de las funciones económicas, sociales, políticas e ideológicas que asumen. Renunciamos a aislar estos diferentes niveles para poner en evidencia el juego múltiple de sus articulaciones, la significación de lo que funciona como una totalidad”⁶³.

En este sentido nuestro trabajo aborda el problema de la organización política y su relación con la estructura social a partir de determinados aportes teóricos que permiten pensar lo político como algo más que un mero “reflejo de la estructura “económica”. En los capítulos siguientes, veremos de qué manera concreta la política, durante la democracia ateniense del siglo V a.C., resultó una práctica central regulando el acceso a la tierra a partir del derecho de ciudadanía (Cap. IV.ii), habilitando determinados mecanismos de redistribución económica (Cap. VI.ii) e inhibiendo ciertas formas de dependencia entre ciudadanos (Cap. VII); es decir, constituyó una instancia estructurante de la totalidad social⁶⁴.

⁶² Al respecto García Mac Gaw (2006; 2007) ha planteado las dificultades que conlleva el uso del concepto de MPE también para el análisis de la historia romana. Cf. Gallego (2003: 16).

⁶³ Annequin, Clavel-Lévêque, & Favory (1979: 54).

⁶⁴ La cuestión está presente en Marx (1971: 433-77); ver también de Ste. Croix (1981); Parain (1986); Vernant (1982: 5-21); Padgug (1981); Konstan (1981); Hindess & Hirst (1979: 83-111). Ver a su vez las intervenciones de Godelier (1989: 240-59); Zelin (1979) y Plácido (1989). Cf. Rahe (1994: 14-40) y los comentarios críticos de Gallego (2003: 43; 2009a: 81-5).

Segunda Parte

**LAS ASIMETRÍAS, LAS IGUALDADES Y LA
DEMOCRACIA**

Esta segunda parte se orienta hacia el estudio concreto de las igualdades y las asimetrías de la democracia ateniense. En primera instancia, teniendo en mente los postulados teóricos desarrollados en la primera parte del estudio, se analizarán una serie de cuestiones que permiten mostrar de qué manera las denominadas instancias “económicas” y “extraeconómicas” se encontraban indisolublemente relacionadas. Al respecto, se abordarán las dificultades que supone la aplicación del término “economía” para aprehender las formas de organización de la sociedad ateniense durante el siglo V a.C. Relacionado con lo anterior, también se analizarán las condiciones a partir de las cuales los ciudadanos de la democracia accedían al usufructo de la tierra de labranza haciendo especial referencia a la importancia que los derechos cívicos adquirieron al respecto.

Posteriormente se estudiarán los dos núcleos en torno de los cuales concretamente operaron las igualdades y las asimetrías entre los ciudadanos. Para ello, por un lado, se considerará el mundo rural ático a partir de tres aspectos considerados fundamentales: las características de la tierra en el Ática, las dimensiones del cuerpo cívico ateniense y, por último, la distribución de la tierra entre los ciudadanos durante la

“democracia radical”. Por otro lado, la cuestión de la igualdad jurídica y política entre los *politai* obtendrá un doble tratamiento: en cuanto a su devenir histórico, se inspeccionará el modo en el que la *isonomía* se desarrolló desde el arcaísmo hasta el siglo V a.C.; en cuanto a sus consecuencias concretas, se analizarán tanto los diferentes mecanismos que evitaron la polarización social así como también el papel que la igualdad política cumplió en la inhibición al desarrollo de relaciones de dependencia y explotación sistemáticas y estables entre los ciudadanos.

Capítulo IV

LA “ECONOMÍA”, LA TIERRA Y LA DEMOCRACIA

Igualmente sucede también entre los hombres. Difieren mucho, en efecto, sus vidas. Los más perezosos son pastores [...]. Otros viven de la caza, y unos de una clase de caza y otros de otra distinta [...]. Pero la mayoría de los hombres vive de la tierra y de los productos cultivados.

Aristóteles, *Política*, 1256a 6-7

Una vez presentadas, en los dos capítulos precedentes (Cap. II y III), las cuestiones teóricas, interpretativas e historiográficas relevantes para nuestra investigación, es ahora el momento de pasar al análisis empírico de la situación ateniense. En el presente capítulo procuraremos mostrar desde dos fenómenos diferentes una cuestión que consideramos relevante. Por un lado, buscaremos entender las características de la “economía” en la Grecia Antigua y la imposibilidad de pensar a esta categoría de una manera aislada de los elementos denominados “extraeconómicos”. Por otro lado, incursionaremos en las determinaciones particulares que la “propiedad” de la tierra adquiriría en el contexto de la Atenas clásica y sus vínculos con los derechos de ciudadanía. Pero más allá de tratarse de problemas diferentes, sin embargo, aparecerán relacionados en nuestra interpretación a partir de un hilo conductor común que se

relaciona con pensar a la política como una práctica estructurante tanto de las “instancias” denominadas “económicas” y “extraeconómicas”.

I. LA “ECONOMÍA” EN EL MUNDO GRIEGO ANTIGUO

A diferencia de la historia política, que nace con la propia disciplina histórica en la antigua Hélade, la historia económica es una creación del siglo XIX. En relación a la historia de la Grecia Antigua, los primeros intentos de integrar a ésta los aspectos económicos se remontan a fines del citado siglo y se encuentran vinculados a los trabajos de los historiadores-filólogos alemanes entre los que se destacan Eduard Meyer, K.J. Beloch y Georg Busolt¹. Como no podía ser de otra manera, los problemas que la realidad contemporánea planteaba a los historiadores de los siglos XVIII y XIX se encontraban presentes, más o menos explícitamente, en sus investigaciones². De este modo, así como su concepción de la política griega se encontraba determinada en gran parte por los problemas contemporáneos de la unidad nacional alemana, su imagen de la historia económica griega se trataba, en gran parte, de una proyección hacia el pasado del desarrollo económico europeo moderno que utilizaba sus conceptos y su terminología de un modo literal y no mediado. Para estos historiadores, concretamente, la economía griega habría conocido desde el siglo VIII a.C. un importante desarrollo de la “industria” y el comercio, que se acelera en los siglos V y IV a.C., que daría como resultado, por un lado, la emergencia de una nueva “clase media” y, por el otro, de una economía monetaria en la cual la producción y los intercambios adquieren una forma, un comportamiento y una ética plenamente capitalista. Según esta interpretación, como resultado de ese proceso, las antiguas aristocracias, que basaban su poder en el control de la propiedad de la tierra, serían reemplazadas por una aristocracia de nuevo cuño, la del dinero, fundada en la producción “industrial” y en el comercio. Estos cambios

¹ Meikle (1995b:174) relaciona el surgimiento del enfoque *modernista* de la economía antigua con el desarrollo de la corriente económica neo-clásica y marginalista en el último cuarto del siglo XIX que, a diferencia de los economistas políticos clásicos como Adam Smith, tratan de universalizar hacia el pasado el modelo económico capitalista contemporáneo.

² Al respecto, resulta pertinente el estudio de Vidal-Naquet (1992: 129-76) sobre el caso de la historiografía francesa del período 1750-1850 y la formación de la “Atenas burguesa”.

económicos y sociales serían, a su vez, el marco general a partir del cual se podía reinterpretar la historia política griega³.

Sin embargo, desde un momento relativamente temprano en el desarrollo de la historia griega antigua en tanto disciplina profesional, se van a ir delineando junto a este tipo de interpretaciones, otras que, en lugar de concebir a la Grecia antigua como una economía capitalista moderna (Meyer y sus discípulos), plantean, en contraposición, que las estructuras económicas antiguas eran de carácter primitivo (Karl Bücher). Se inicia así la secular polémica entre *modernistas* y *primitivistas* que continúa hasta nuestros días. A pesar de tratarse de concepciones diametralmente opuestas, sin embargo, ambos bandos pensaban el desarrollo económico de un modo similar, esto es, como un proceso evolutivo y unilineal. Sus diferencias, entonces, se reducían fundamentalmente a la consideración respecto de en que “etapa” de la recta ascendente del desarrollo económico se situaba la antigua Grecia⁴.

Hacia principios del siglo XX, el sociólogo alemán Max Weber rechazará la disyuntiva entre *modernistas* y *primitivista* aunque esto no le impedirá recurrir a ella de un modo frecuente. Para Weber, la ciudad griega se opone a la medieval en tanto la primera es una ciudad de consumidores (guerreros y marinos) mientras que la segunda es una de productores (artesanos)⁵. En el mismo sentido, y basándose en los trabajos de Weber, Johannes Hasebroek buscará analizar el vínculo entre la economía y la vida política en la ciudad griega. Tanto Weber como Hasebroek tienen el mérito de

³ Burke (1992: 199) llama a esta corriente la “vieja ortodoxia”.

⁴ El debate entre *modernistas* y *primitivistas* era ya clásico hacia mediados del siglo XX y mereció un balance por parte de Édouard Will (1954) sobre los “tres cuartos de siglo de investigaciones sobre la economía griega” que se habían sucedido hasta ese momento; asimismo el texto diez años posterior de Vidal-Naquet (1992: 58). Sintéticamente podemos decir que se desarrollaron dos polos extremos entre los cuales aparecen un conjunto de interpretaciones intermedias. Uno de los extremos, el *modernista*, sostendrá que la economía antigua fue esencialmente similar a la economía capitalista y centrará sus análisis principalmente en el desarrollo del mercado, de la moneda, de la producción artesanal, del sistema bancario, etc. En contraposición, los *primitivistas* se preocuparán por diferenciar a la economía antigua de la moderna; para ello, por un lado, desestiman la importancia que los *modernistas* asignan al mercado, al sistema monetario, a la producción “industrial”, etc. y, por otro lado, propondrán que la economía era en lo esencial la *oikonomía*, esto es, la administración del *oikos*. La polémica continúa hasta nuestros días y la producción bibliográfica al respecto es extensísima, ver el resumen de los puntos centrales y la evolución histórica de la cuestión desde el siglo XIX en Austin & Vidal-Naquet (1986: 17-23); del mismo modo García Mac Gaw (2008b).

⁵ Weber (1964: 938-1046). La cuestión, algo compleja, mereció algunas reflexiones de Finley (1986a: 237-43; 1986c: 133-56; 2000: 35-59). Ver al respecto el reciente trabajo de Hansen (2004b) y las reflexiones de Gallego (2005a: 144-56) y García Mac Gaw (2008b), ambos con bibliografía.

profundizar un debate que se encontraba atascado en el nivel de los hechos y de las formas económicas en abstracto. Su aporte reside en pasar al estudio de las relaciones que mantenía la economía con las instituciones de la ciudad griega en la cual se desarrollaba; es decir, para ambos, la economía griega no podía estudiarse en abstracción de las instituciones de la ciudad.

Posteriormente, y por lo menos hasta 1972 cuando Austin y Vidal-Naquet ofrecieran su resumen sobre la controversia acerca de la economía griega antigua, el debate de fondo había “sido generalmente dejado de lado, sin que se haya propuesto para el estudio de la economía griega antigua ningún esquema de conjunto capaz de reemplazar al de Hasebroek”⁶. El aporte más importante desde entonces no provino de un historiador de la antigüedad clásica sino desde la antropología. Al respecto se han mostrado fundamentales para el estudio de la economía griega los postulados de Karl Polanyi acerca de la diferencia entre las sociedades modernas en las que la economía funciona como una esfera autónoma y las sociedades primitivas o arcaicas en las que la economía se encuentra integrada (*embedded*) en la sociedad y en sus instituciones⁷. Esta propuesta se puede vincular de un modo más o menos directo con los análisis de Weber y Hasebroek quienes proponían estudiar a la economía griega teniendo en cuenta el marco social e institucional de la ciudad antigua. Las tesis de Polanyi permitieron, entonces, profundizar la reflexión acerca de la naturaleza de la “economía” en la Grecia Antigua⁸. De este modo, se fue formando lo que podría llamarse una “ortodoxia”⁹ en el modo de aprehender la cuestión económica en las sociedades de la antigüedad clásica aunque no hay que desestimar, por otro lado, la capacidad de recuperación que evidencian los enfoques modernistas de la economía antigua¹⁰. Pasemos ahora,

⁶ Austin & Vidal-Naquet (1986: 22).

⁷ Cf. Foxhall (2007: 23) que critica la idea de que en las sociedades modernas lo económico es autónomo.

⁸ En todo lo anterior seguimos principalmente a Austin & Vidal-Naquet (1986: 17-23). En el mismo sentido de vincular a Weber, Hasebroek y Polanyi se había expresado Finley (1986a: 23). Los criterios de Polanyi han recibido desde entonces cierta aceptación, no solamente de Austin & Vidal-Naquet y Finley, sino también Mossé (1993b: 35) y Millett (1990: 169), entre otros.

⁹ Burke (1992: 199-200) la llama “la nueva ortodoxia” *primitivista* (para oponerla a la “vieja ortodoxia” *modernista*) que emergería durante la segunda mitad del siglo XX de la mano de los trabajos de Finley y que cuenta en la actualidad con un amplio consenso más allá de que se planteen algunas correcciones a aspectos específicos del modelo.

¹⁰ Meikle (1995b: 174), a propósito de la edición del libro de Cohen (1992) pone de manifiesto la capacidad de recuperación que poseen las teorías modernistas en el estudio del mundo antiguo a pesar de los embates sufridos durante décadas.

entonces, a extendernos sobre la cuestión de la “economía” en el contexto griego antiguo.

Creemos que un buen modo de iniciar toda reflexión acerca de la “economía” en el mundo griego antiguo es a partir del análisis del concepto en cuestión. En primer lugar, debe destacarse el hecho de que el término “economía”, como lo entendemos en su sentido moderno, no tiene un equivalente en la lengua de los griegos de la antigüedad. Si bien la palabra moderna “economía” (una innovación de fines del siglo XIX¹¹) tiene su origen en el vocablo griego *oikonomía*¹², la distancia entre ambos es sustancial. A diferencia de nuestra “economía”, la *oikonomía* de los griegos solo se refería a la administración de la propiedad familiar, del *oikos* a pesar de que, ocasionalmente, las fuentes hablan de la *oikonomía* vinculada a los asuntos de la ciudad¹³. A su vez, el concepto griego no se limita solamente a la gestión “económica” de la unidad doméstica sino que toma en cuenta, a su vez, cuestiones que se encuentran por fuera de lo que entendemos por “económico” en la actualidad¹⁴, entre ellas, por ejemplo, la relación entre marido y esposa¹⁵. Esta no diferenciación de lo que desde una

¹¹ Finley (1986a: 16).

¹² Este se forma con la conjunción de dos palabras: *oikos* (la casa familiar y el conjunto de las propiedades que la familia posee) y el verbo *némein* (administrar, dirigir, regir, organizar); ver al respecto: Finley (1986a: 11) y García Valdés (1995: 232). Asimismo, Mirón Pérez (2004: 62-7) quien entiende que el concepto es, en principio, intraducible al castellano.

¹³ Esta extensión del término data de la generación posterior a Jenofonte según postula Finley (1986a: 15). Cf. [Aristóteles], *Económicos*, 1345b7 fuente del 300 a.C. aproximadamente en donde se distinguen “cuatro clases de economía”, a saber, la real, la satrápica, la de la ciudad y la privada. La importancia de este escrito radica en que se trata del lugar en que el término *oikonomía* adquiere mayor extensión aunque sin abandonar la idea de “administración”; cf. Finley (1981b: 52 n.51). Ver también Will (1997: 564 n.769) quien destaca que el escrito de [Aristóteles] sólo se refiere a la administración *financiera* de los Estados sin tomar en cuenta la producción ni los intercambios.

¹⁴ Finley (1981b: 52); Austin & Vidal-Naquet (1986: 23). En el mismo sentido, Mossé (1993: 35) postula convincentemente que la *oikonomiké*, la ciencia de la *oikonomía*, era el arte de administrar correctamente el propio *oikos* en tanto que la “economía”, como la conocemos en nuestros días (el conjunto de fenómenos relativos a la producción y el intercambio de bienes materiales) no gozaba entre los griegos antiguos de la autonomía que la caracteriza en el mundo moderno desde el siglo XVIII; ver del mismo modo Millett (2002: 34).

¹⁵ Si bien hoy no se discute que dichas relaciones se encuentran por fuera del terreno de la economía, es sintomático el hecho de que formaran parte del “arte” de administrar el *oikos* (*oikonomiké*) según se desprende de la importancia que el tema reviste en el Libro I del tratado de *Los económicos* que llegaron a nuestros días dentro del *Corpus Aristotelicum* (se trata de una obra basada en el Libro I de la *Política* y en el *Oeconomicus* de Jenofonte que probablemente surja de manuscritos de Aristóteles para sus clases en el Liceo redactado posteriormente por Teofrasto). Ver [Aristóteles], *Económicos*, 1343a 201 en donde, citando a Hesíodo, se pone a la mujer como parte constitutiva del *oikos* junto con la casa y el buey para el arado y se detallan las funciones y las normas de conducta que el hombre y la mujer deben seguir en el *oikos* (1343b 10 – 1344a 20). La preocupación por la mujer en el contexto del *oikos* como relevante para

perspectiva moderna son los aspectos “económicos” y “extraeconómicos” no sólo esta presente en los tratados sobre la *oikonimía* sino que también se daba en la propia organización de la unidad de producción en tanto era el jefe del *oikos* en quien “las funciones económicas y las no económicas se funden a la vez en una sola persona sin que se las pueda diferenciar”¹⁶.

En tanto la sociedad griega antigua no conoció a la “economía” en su sentido moderno, es decir, como una práctica social autónoma, no debemos esperar que en las fuentes se exprese un pensamiento o un análisis verdaderamente económico¹⁷. Tomando las palabras de Éd. Will, podríamos afirmar en este sentido que “cuando una lengua carece de voces para expresar una idea, esa idea no existe”¹⁸. De hecho, los antiguos griegos no sólo carecían del concepto de “economía” sino que, también, se debe destacar la ausencia de herramientas conceptuales prácticas para operar sobre lo que nosotros entendemos como “lo económico”¹⁹. Sin embargo, esto último no implicó que las reflexiones sobre las distintas actividades “económicas” estuvieran ausentes por completo²⁰. No debemos suponer que los griegos no conocían la importancia de los

la correcta administración de la propiedad familiar también está presente en Jenofonte, *Económico*, 7-10. El estudio de Mirón Pérez (2004: 70-9) expone claramente la cuestión y pone de relieve convincentemente la operación ideológica (que tiene su origen, por un lado, en la aplicación ahistórica de los principios de la economía capitalista a todas las sociedades de la historia y, por otro lado, a la desvalorización general del género femenino y de todo lo que a él se vincula) que se encuentra entre los estudiosos modernos en tanto éstos no consideran como actividades “económicas” a la reproducción y a el trabajo doméstico realizado por las mujeres en el seno del *oikos*.

¹⁶ Austin & Vidal-Naquet (1986: 24).

¹⁷ Vidal-Naquet (1992: 62) destaca, desde nuestra perspectiva, de modo acertado esta cuestión: “no existe, o existe solamente en una medida muy relativa, en la Antigüedad clásica griega, lo que se podría denominar una esfera económica, un dominio propio y –relativamente- autónomo de la vida económica”. En el mismo sentido se expresan Austin & Vidal-Naquet (1986: 24-5) quienes luego de repasar brevemente algunos pasajes de Jenofonte, Tucídides, Platón y [Aristóteles] concluyen que todo análisis aparentemente “económico” se topa en la Grecia antigua inevitablemente con el político y se funde con él. En el mismo sentido ver el trabajo de Finley (1981b) acerca de los problemas que presenta el pensamiento aristotélico en relación al análisis económico.

¹⁸ Will (1997: 564-5).

¹⁹ Finley (1986a: 16). Es pertinente tener presente que los griegos carecían del concepto de “economía” sólo en el sentido que el término adquiere en época contemporánea, cf. Mirón Pérez (2004: 78).

²⁰ Por ejemplo, Finley (1986a: 14) estima que “en Jenofonte no hay frase que exprese un principio económico o que ofrezca un análisis económico, nada sobre la eficiencia de la producción, sobre la elección racional, sobre la venta de las cosechas”. Sin embargo, si existieron escritos “técnicos” sobre diferentes actividades productivas; solamente a modo de ejemplo, y con respecto a la labranza de la tierra, pueden ser destacados los tratados “agronómicos” de Cares de Paros y Apolodoro de Lemnos contemporáneos de y citados por Aristóteles, *Política*, 1258b-1259a. Ver asimismo la crítica de Pomeroy (1994: 43) quien considera que la valoración negativa que Finley hace de Jenofonte tiene su origen en una concepción anacrónica de la economía en tanto excluye por definición gran parte de lo que para los

factores “económicos” (como la producción o el comercio) o que no los tenían en cuenta, la cuestión radica en que estos “conocimientos de sentido común” no alcanzan para delinear un “análisis económico” en tanto esfuerzo intelectual sistemático por entender los fenómenos de la economía²¹. En conclusión, el problema del pensamiento griego respecto de la “economía” radica menos en que no consideraban las cuestiones “económicas” que en el hecho de que no lo hacían aisladamente como un campo autónomo (es decir, como lo hacemos en la modernidad) en tanto que siempre las presentan vinculadas a otros factores que en la actualidad los pensamos como “extraeconómicos”.

La sumatoria de estas cuestiones llevó a Finley a indagar acerca de cómo debe ser considerada esta carencia epistemológica de los antiguos para el análisis de su “economía”. Fundamentalmente, si se trata de “un accidente, un problema en la historia de las ideas en su sentido más estrecho, o si es consecuencia de la estructura de la sociedad antigua”²². Lo expuesto hasta aquí junto con las cuestiones tratadas previamente acerca de la importancia que los elementos “superestructurales” adquieren en la consideración de las relaciones de producción precapitalistas (Cap. II), son, desde nuestra perspectiva, un modo válido de responder a la pregunta formulada por Finley buscando explicar las constricciones estructurales bajo las cuales los antiguos griegos pensaban y actuaban en su “economía”. A esta altura debería quedar claro que la sociedad griega antigua se encontraba lejos de estar regulada por el mercado como sucede con las formaciones capitalistas contemporáneas²³.

propios griegos formaba parte de “lo económico”. Cf. Finley (1986a: 17) que se basa en la definición de Roll (1975: 364) según la cual el sistema económico es un “conglomerado enorme de mercados interdependientes” en el cual “el problema central de la investigación económica estriba en la explicación del proceso de cambio, o más concretamente en la explicación de la formación del precio”; definición que, por otro lado, resulta demasiado estrecha para el análisis de las sociedades precapitalistas según nuestro parecer. Ver al respecto Millett (1990: 168) y Mirón Pérez (2004: 68-9) para una crítica a la postura de Finley.

²¹ La distinción entre “pensamiento económico” y “conocimientos de sentido común” sobre fenómenos económicos utilizada por Finley (1981b: 37-8), procede de Schumpeter.(1971). Es interesante la crítica que al respecto hace Mirón Pérez (2004: 68) en tanto que “al trasladar los historiadores actuales estas categorías capitalistas a un mundo precapitalista, han llegado a la conclusión de que no existió pensamiento económico en la Antigüedad”.

²² Finley (1986a: 16).

²³ En tanto en la sociedad griega el trabajo asalariado era poco relevante y esporádico, en principio, era imposible el desarrollo de un sistema de crédito del cual servirse para realizar inversiones productivas y, por ende, que tal sociedad se encuentre regulada por el mercado. La relación existente entre mercado de

Un ejemplo de esto último lo constituyen los *hóroi* presentes en distintas propiedades agrícolas a lo largo la campiña ática durante el siglo IV a.C. Estas inscripciones indicaban con su presencia que la tierra sobre la cual yacían eran propiedades hipotecadas que debían responder legalmente por las deudas que sus propietarios habían adquirido. Tradicionalmente se pensó que estos *hóroi* reflejaban en el siglo IV a.C. una situación análoga a la que recorrió a Atenas durante la crisis agraria del arcaísmo presoloniano; es decir, una coyuntura de pauperización del pequeño y mediano campesino que se encontraba en riesgo de perder sus tierras²⁴. Sin embargo, las investigaciones ulteriores, en especial las desarrolladas por Finley, indicaron que esta interpretación era errónea en tanto las tierras endeudadas pertenecían no a una clase de pequeños y medianos campesinos en decadencia sino a sujetos pertenecientes al grupo de los ciudadanos más ricos de Atenas²⁵. El punto radica en que lejos de endeudarse para realizar inversiones productivas (como por ejemplo, para financiar la compra o la mejora de una finca), estos potentados tomaban deudas para fines que desde la lógica de la economía moderna son “improductivos”²⁶ en tanto buscaban la mejora de su *status* y de su estima social. Los fines de esas deudas se relacionaban, de este modo, con el gasto suntuario, con el cumplimiento de las prescripciones sociopolíticas, con las obligaciones de la dote matrimonial, etc. En definitiva, más que a la búsqueda de una ganancia “económica”, el endeudamiento de los ciudadanos acaudalados respondía a las prioridades de una mentalidad “no productiva”²⁷ como la de la aristocracia de época arcaica y clásica²⁸.

En el mismo sentido, y pese a debatir con algunos de los postulados de Finley sobre la economía de la ciudad griega antigua, puede entenderse el trabajo en el cual

capital, mercado de trabajo libre, inversión productiva y sociedad regulada por el mercado es analizada por Meikle (1995b: 179-80).

²⁴ Esta interpretación se puede encontrar por ejemplo en: Ehrenberg (1962: 93); Jardé (1925: 118-9); Mossé (1962). Sobre la situación social del campo ateniense durante el arcaísmo y las reformas de Solón, ver más adelante el Cap. VI.i.1.

²⁵ Finley (1985; 2000: 83-102); cf. Vidal-Naquet (1992: 67-71).

²⁶ Finley (2000: 94-5, 99) dirá “no crematísticos”.

²⁷ Esta mentalidad no productiva de los ricos es definida por Finley (2000: 97) de la siguiente manera: “La riqueza era buena y deseable, en realidad necesaria para la vida del buen ciudadano. Pero su función era liberar al poseedor de actividad y preocupaciones de tipo económico, y no proporcionarle una base para seguir esforzándose en adquirir cada vez más”

²⁸ Finley (1981b: 61-2).

Robin Osborne analiza, a través de un discurso del *corpus* demosténico, la figura del acaudalado ciudadano ateniense llamado Fenipo. A pesar del importante tamaño de sus propiedades, el rico ateniense aparece en el discurso endeudado en tanto sus gastos en efectivo superarían a sus ingresos. En base a los alegatos del oponente de Fenipo, Osborne infiere que éste organizaba la explotación de su hacienda con el objetivo de obtener la mayor cantidad de efectivo posible²⁹. Lejos de ser excepcional, la situación de Fenipo sería generalizada entre la clase rica de los ciudadanos atenienses. Éstos se veían frecuentemente (ocasionalmente durante el siglo V a.C. pero mas sistemática y regularmente durante el IV a.C.) en la necesidad de acudir a diferentes mecanismos mercantiles y a endeudarse para poder afrontar las exigencias de efectivo requeridas por las diferentes cargas tributarias que la ciudad les imponía. Los *hóroi* estudiados por Finley encontrarían su razón de ser, entonces, no solamente en necesidades de índole “privada” como por ejemplo incrementar una dote, sino también en la dependencia de efectivo a la que se veía sometida la llamada clase litúrgica para hacerse cargo de las contribuciones que le eran impuestas por la *pólis* democrática³⁰. En síntesis podemos decir que el acceso a los mecanismos mercantiles y la situación atestiguada por los *hóroi* en las tierras de los ciudadanos acaudalados ponen en evidencia, de cierta manera, cómo lo “económico” no se presentaba en la Atenas clásica como un ámbito autónomo según este se presenta en la situación contemporánea. Por el contrario, se encontraba indiferenciadamente ligado a las instituciones sociales, políticas e ideológicas que obligaban a los ricos a comportarse del modo en que lo hacían.

En virtud de todo lo visto, queda claro, entonces, porque no se puede hablar de “economía” sin más, y menos aún, de “racionalidad económica”. En palabras de Osborne “los factores naturales y sociales se combinaron para asegurar que la economía no pudiera ser razonable o significativamente tratada como independiente”³¹. En última instancia, queda claro el carácter *ideológico* del acercamiento *modernista* a la economía antigua³² y la necesidad de integrar al análisis “económico” elementos que, para la

²⁹ Osborne (2003: 194).

³⁰ Estas contribuciones, junto a otros mecanismos que limitan la polarización social, son analizados más adelante en el Cap. VI.ii.

³¹ Osborne (2003: 205); cf. Sallares (1991: 3).

³² Acerca del carácter ideológico del *modernismo*, ver Meikle (1995b: 181).

concepción moderna, se encuentran por fuera de la “economía”, es decir, serían de carácter “extraeconómicos”. Pero decir que lo “económico” se encuentra relacionado a lo “extraeconómico” supone pensar que una y otra “instancia” existían pero, a diferencia de lo que sucede en la sociedad capitalista, vinculadas. Desde nuestra postura, tal concepción no ayuda a resolver el problema puesto que se mantiene dentro del registro pertinente para pensar a las sociedades contemporáneas pero que resulta conflictivo para aprehender a las sociedades precapitalistas. Según nuestra interpretación, no existiría lo “económico” vinculado a lo “extraeconómico” sino que la política funcionaría como la práctica estructurante de la totalidad social en torno de la cual tanto las realidades materiales como las mentales adquieren su pleno sentido y significado.

II. *POLÍTAI* Y PROPIETARIOS

Si hay un elemento que se destaca para cualquier observador de la Grecia antigua es la importancia que en ella adquirieron las ciudades. La civilización helena era, ante todo, un mundo de ciudades. Sin embargo, como indica Claude Mossé, parecería paradójico que en este mundo de ciudades “donde la vida urbana ocupaba un lugar esencial”, era la agricultura la que “constituía la primera actividad de la mayoría de los miembros del cuerpo cívico” incluso en *póleis* tan urbanizadas como Atenas, Corinto, Mileto y Siracusa³³. De hecho, el vínculo entre tierra y ciudadanía era tal que en la mayoría de las *póleis*, entre ellas Atenas, era un rasgo común que los ciudadanos monopolizaran, de modo individual o colectivo, el derecho de poseer bienes inmuebles

³³ Mossé (1993: 36, 42). Por su parte Osborne (1987: 13-26) habla de “la paradoja de la ciudad griega” en tanto que siendo el campo la base de todo el desarrollo cultural griego, la literatura y el arte ignoró casi totalmente a la agricultura durante la época clásica. En la actualidad es ampliamente aceptado que el mundo de la *pólis* griega encontraba su basamento económico en las actividades agrícolas: Burford (1977/8: 162; 1993: 2); Ober (1985: 21-6); Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 235) y Hanson (1995: 7); Tucídides, 2.14,16; Dionisio de Halicarnaso, *Sobre los discursos de Lisias*, 32; Aristóteles, *Política*, 1256a 7. No estamos de acuerdo con los reparos de Isager & Skydsgaard (1992: 114). La contracara del predominio de la economía agrícola en la vida de la *pólis* esta ilustrada en el hecho de que la labranza de la tierra represente un valor fundamental en el plano de la mentalidad para los griegos desde Homero (muchas veces presentada como marca de civilización) frente a otras actividades productivas que, coherentemente, eran concebidas como indignas de los “hombres de bien”. Ver al respecto entre otros: Thomas (2002: 70); Will (1997: 565-6); Homero, *Odisea*, 13.244-246 y 354; Aristóteles, *Política*, 1256a; Heródoto, 4.17.1; 4.19.1 y 4.109.1; Jenofonte, *Económico*, 6.8-10, etc

frente a extranjeros, esclavos y demás individuos excluidos del cuerpo cívico³⁴. Esta situación no consistía solamente en un derecho “económico” de los ciudadanos en tanto excedía este ámbito y operaba, a su vez, como una marca que distingue y realza el status de los *polítai* en la *pólis* de la que forman parte³⁵. Más aún, la capacidad de disponer de tierras agrícolas no sólo era un privilegio reservado a y monopolizado por los ciudadanos sino que muchas comunidades incluso prohibían la alienación del lote (*klêros*) recurriendo tanto a la legislación como a normas morales o religiosas; a este respecto Esparta constituye un caso paradigmático³⁶.

Este vínculo entre el ciudadano (*polítes*) y la tierra fue, en términos generales, percibido por dos autores clásicos: Karl Marx y Max Weber. El último de ellos, en el contexto del estudio de la *tipología de las ciudades*, propuso que “el derecho pleno del antiguo *ciudadano*, a diferencia del burgués medieval, se caracterizó en su origen precisamente porque era propietario de un *kleros*..., es decir, de un lote del que vivía, así que el ciudadano pleno de la Antigüedad es un «ciudadano labrador»³⁷.

Por otro lado, Marx dirá acerca de la “segunda forma de propiedad” (la antigua) que:

³⁴ Cf. Finley (1952: 53-4; 1986a: 113; 2000: 97) e Isager & Skydsgaard (1992: 127) remarcan, del mismo modo, el monopolio que ejercen los ciudadanos en relación a la propiedad de la tierra. Asimismo ver Austin & Vidal-Naquet (1986: 96-7), quienes ejemplifican la profundidad de la relación con el hecho de que en Jenofonte, *Los ingresos públicos*, 2.6 si bien se propone la necesidad de conceder a los metecos una parcela en la ciudad, se evita plantear lo mismo respecto del territorio rural. Cf. Will (1997: 377); Foxhall (2002: 218; 2007: 55).

³⁵ Foxhall (2007: 55), dirá al respecto: “The political and symbolic significance of land was as important as its economic value. Land ownership was the prerogative of the citizen, and thus distinguished the enfranchised members of a polis from non-members”; en el mismo sentido se manifiesta Burford (1993: 4).

³⁶ Vidal-Naquet (1992: 67) nos recuerda que en Esparta la alienación del *klêros* familiar era, *ou kalón* (“no honorable”, según Aristóteles, *Política*, 1270a, 19-20); en efecto, podía llevar a la pérdida de los derechos de ciudadanía al igual que mostrar cobardía en el combate, cometer un delito o no contribuir en las comidas en común (*sisstytai*), ver Fornis (2003: 245). Ver al respecto Cartledge (2002: 142-3); el texto clásico de Oliva (1983: 34-9) y los trabajos de Hodkinson (1986: 86-93; 2000: 83-5) quien plantea que si bien la poca honorabilidad de la venta de la parcela no implica prohibición, en una sociedad autoritaria como la espartana, la presión social habría evitado de hecho la venta de tierras exceptuando únicamente a los casos más extremos.

³⁷ Weber (1964: 943); en el mismo sentido, en otro lugar (1961: 278), afirmará que “En la Antigüedad, ... el ciudadano de derecho pleno típico es el propietario rural”.

“La comunidad –como estado- es, por un lado, la relación recíproca entre estos propietarios iguales y libres, su vínculo contra el exterior, y es, al mismo tiempo, su garantía. La naturaleza de la entidad comunitaria se basa aquí en el hecho de que sus miembros son agricultores de parcelas, propietarios de la tierra que trabajan... En este caso, *sigue siendo presupuesto para la apropiación del suelo ser miembro de la comunidad, pero, en tanto miembro de la comunidad, el individuo es propietario privado*”³⁸.

En este sentido entonces, el individuo es “propietario privado” de tierras pero sólo como consecuencia de su pertenencia a la comunidad cívica, a la *pólis*; pero no viceversa, es decir, no es por su condición de propietario que se le garantiza el acceso a la comunidad política. De cualquier modo, lo que se percibe aquí es que la “propiedad privada” no es una condición jurídica abstracta como en las sociedades modernas³⁹ sino que se encuentra unida a determinantes políticos e institucionales ya que es la pertenencia al estamento de ciudadanos lo que habilita la *posibilidad* de tener tierras. Posibilidad que, por otro lado, no se realiza en todas las *póleis* ya que en algunas, como en Atenas durante la “democracia radical”, existieron ciudadanos que carecían absolutamente de tierras (pero no de la posibilidad de acceder a ellas)⁴⁰.

Si bien creemos que no debe hacerse de la cuestión un problema de anterioridad-posterioridad entre la ciudadanía y la posibilidad de ser propietario, sí se puede decir que el punto radica en que la “propiedad privada” se encuentra en este contexto en una relación de *subordinación* con respecto a la pertenencia a la comunidad de hombres libres con derechos políticos y a la reproducción de las relaciones sociales

³⁸ Marx (1971: 437).

³⁹ Como una introducción al problema de la propiedad desde la antigüedad hasta la modernidad ha sido de utilidad la consulta del trabajo de Garnsey (2007).

⁴⁰ Nos referimos aquí a aquellos ciudadanos denominados según el censo soloniano como *thêtes* que a pesar de que algunos de ellos no poseían parcelas agrícolas no por ello estaban privados de la participación plena en las instituciones de la *pólis* (magistraturas, asambleas, consejos, tribunales, etc.); Foxhall (2002: 2181). Al respecto Osborne (2003: 188) dice que “La ciudadanía en Atenas no dependía formalmente de la propiedad de la tierra... Pero la propiedad de la tierra dependía de la ciudadanía”.

comunitarias⁴¹. En otros términos, diríamos que la “propiedad privada” se encuentra en relación de subordinación con respecto a la “propiedad colectiva o comunitaria”⁴².

El principal objetivo de lo que sigue será, entonces, analizar algunos de estos aspectos institucionales de la propiedad que, en la Atenas del siglo V a.C., la vinculan con los derechos de ciudadanía y la pertenencia del propietario a la comunidad política. En virtud de ello, se podría postular la inexistencia, en la Atenas clásica, de la “propiedad privada plena de la tierra” del Ática. Sin embargo, argumentar de esa manera supondría -del mismo modo que pasa, como hemos visto más arriba, para el caso de la “economía”- partir de un concepto específico de “propiedad” elaborado para describir la situación capitalista y verificar su inutilidad para analizar las sociedades preindustriales. En contraste, proponemos pensar el acceso a la tierra como una característica del ser ciudadano en la *pólis*, de formar parte de la comunidad, es decir, una práctica estructurada a partir de la lógica política de la ciudad.

Un buen modo de comenzar a estudiar el problema planteado es deteniéndonos en las anomalías. La cerrada ligazón entre ciudadanía y acceso a la tierra era rota solamente de modo excepcional, y como recompensa por servicios militares, políticos o diplomáticos⁴³. En el caso concreto de la democracia ateniense, solo la comunidad política a través de la asamblea de ciudadanos estaba habilitada para permitir a un no ciudadano (*apolítes*) obtener tierras de labranza a través de las denominadas concesiones especiales de *enktêsis*. Al respecto, la documentación conservada en las inscripciones áticas muestran que tales decisiones eran, en verdad, muy poco frecuentes en general⁴⁴ y menos comunes en el siglo V a.C.⁴⁵ que en el IV a.C.⁴⁶ Vemos por tanto

⁴¹ Cf. Godelier (1989: 276-7).

⁴² Es importante destacar que esta idea de subordinación de la propiedad privada individual a la propiedad colectiva o comunitaria se diferencia de las concepciones marxistas que han propuesto para esta relación la idea de contradicción entre esas dos formas de propiedad: Parain (1978: 258-67); Vernant (1982: 8-9); Padgug (1981: 75-80); Lekas (1988: 82-4); cf. Gallego (2009a: 81-3).

⁴³ Finley (1982: 113) destaca que desde el surgimiento de la *pólis* existe la arraigada convicción de que pertenecer a la ciudad era inseparable de la posesión de tierra “salvo en el caso de aquellos raros individuos a quienes el estado concedía el derecho como un privilegio personal en recompensa por servicios públicos”.

⁴⁴ Finley (1952: 54)..

⁴⁵ Plácido (1997: 148-7) propone, con reservas, que el caso más antiguo data del 429 a.C. y se relaciona al culto de la diosa Bendis; sin embargo el único ejemplo seguro para el siglo V a.C. corresponde al año 410 a.C. a favor de los asesinos de Frínico

que muy pocas veces era roto el vínculo entre tierra y ciudadanía permitiendo el acceso a la propiedad a los *apolítai*. Por otro lado, incluso en estos casos excepcionales que representaban las concesiones de *enktêsis*, el control de la tierra no deja de estar en última instancia bajo la soberanía de la comunidad en tanto es ella a través de la decisión colectiva la encargada de establecer las excepciones.

Más aún, no solo estaba bajo control del cuerpo cívico el poder brindar derechos de poseer tierras a no ciudadanos; del mismo modo, la comunidad política era incluso capaz de confiscar propiedades muebles e inmuebles (entre ellas parcelas agrícolas) a ciudadanos de pleno derecho en casos especiales que generalmente se relacionan con alguna trasgresión a las normas o costumbres de la *pólis*⁴⁷. Al respecto resultan interesantes una serie de sucesos que se desarrollan durante la última parte del siglo V a.C. y muestran el control que la comunidad ejercía sobre la propiedad de la tierra. En primer lugar, en las vísperas de la expedición a Sicilia (415 a.C.), se dan una serie de ofensas a las bases espirituales de la *pólis*: la mutilación de los Hermes y la profanación de los Misterios Eleusinos⁴⁸. Tal trasgresión supuso que, posteriormente, aquellos ciudadanos encontrados culpables, entre ellos Alcibiades⁴⁹, sean penados con la confiscación y venta de sus propiedades (cuando no con la muerte o el exilio)⁵⁰. Del mismo modo, también los responsables del llamado régimen de los Cuatrocientos⁵¹ y de

⁴⁶ Para los siglos V y IV a.C. en Atenas, solo se conocen cuarenta concesiones de *enktêsis* de las cuales únicamente un tercio son del período 430-350 a.C.; ver Burke (1992: 209) quien se basa en los cálculos y las tablas de Pečirka (1966: 122-130, 152-6). Para Fine (1951: 204-5) estas concesiones indicarían el comienzo del fin de la inalienabilidad del suelo (problema sobre el que volveremos en breve). Acerca de la excepcionalidad de este tipo de prácticas, ver Austin & Vidal-Naquet (1986: 97); Burford (1993: 54); por su parte Davies (1977/8: 106-7) lo incluye entre los elementos que garantizan el férreo control que los atenienses llevaban respecto de quien pertenecía al estamento de los ciudadanos a través del criterio de la descendencia.

⁴⁷ La confiscación de las propiedades puede considerarse una de las penas más importantes y se encontraba asociada con la muerte, el exilio y la pérdida del derecho cívico, cf. Lewis (1990: 245-6).

⁴⁸ La cuestión es relatada en Tucídides, 6.27-29, para el contexto de los sucesos ver Plácido (1997: 78-96).

⁴⁹ Sin embargo, Alcibiades recibió nuevamente sus propiedades una vez vuelto del exilio gracias a la decisión del *dêmos*, cf. Plutarco, *Alcibiades*, 33.3; Cox (1998: 164).

⁵⁰ Cf. Forsdyke (2005: 178-204). Gracias a la conservación de fuentes epigráficas (que el lexicógrafo Pólux, 10.97 llamó *Attikai stélai*, “estelas áticas”) conocemos, fragmentariamente, la lista de las propiedades confiscadas; ver el material reunido y comentado en: Pritchett (1953; 1961); Pritchett & Pippin (1956); Amyx (1958) y Cortés Copete (1999: 122-5). Ver asimismo sobre estos sucesos a Osborne (1985a: 50-1; 1987: 21-2) y Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 288-90).

⁵¹ Solo como ejemplo ver Lisias 7.5 donde el cliente del logógrafo afirma que el lote en torno del cual gira la cuestión del olivo sagrado pertenecía originariamente a Pisandro, uno de los más importantes

el de los Treinta Tiranos⁵² sufrieron la confiscación y venta de sus posesiones por parte de los poletas⁵³. Estos pocos ejemplos nos sirven para mostrar cómo la *pólis* tenía la potestad de alienar los “derechos de propiedad sobre la tierra” a algunos ciudadanos que de algún modo habían amenazado a la comunidad en su conjunto⁵⁴.

En resumen, tanto el otorgamiento de parcelas a no ciudadanos como la confiscación y venta de los lotes de ciudadanos son controlados, en la Atenas del siglo V a.C., por la comunidad política en su conjunto a través de las instituciones de la ciudad democrática. Así, el análisis de estos casos excepcionales en los que parecería quebrarse el vínculo entre ciudadanía y acceso a la tierra nos permite entender que estas excepciones son solo aparentes en tanto estaría operando en última instancia el control ciudadano, comunitario y *político* del territorio cívico.

El controvertido asunto acerca de la supuesta inalienabilidad del suelo en la Grecia antigua, junto con el problema vinculado a ella de la existencia o no de un mercado de tierras, resultan útiles también a la hora de entender el vínculo entre ciudadanía y acceso a la tierra. Si bien no pretendemos analizar la cuestión en profundidad, pensamos que algunos elementos pueden ser de interés en tanto muestran que la disposición del principal medio de producción en el mundo griego antiguo, es decir, la tierra, se encontraba sujeta a distintos determinantes políticos e institucionales.

A través de la definición de “propiedad” brindada por Aristóteles⁵⁵, en su ya clásico trabajo sobre el tema, Moses Finley plantea que la enajenación de la tierra era en la Atenas del siglo IV a.C. (y en la Grecia Clásica y Helenística) una condición jurídicamente aceptada del “derecho de propiedad” (mas allá de las restricciones legales

sostenedores del régimen de los Cuatrocientos. Pisandro es expropiado y la parcela de tierra pasó a Apolodoro de Mégara quien la “recibió como regalo de manos del pueblo”; aquí vemos, una vez más, el control que la comunidad se reserva con relación al acceso a la tierra.

⁵² Sobre la confiscación y venta por los poletas de las propiedades de los Treinta y sus adherentes ver el estudio de Walbank (1982).

⁵³ “Vendedores”, se trata de los diez magistrados atenienses (uno por cada tribu) designados por sorteo y encargados, entre otras funciones, de las adjudicaciones y las ventas de las propiedades confiscadas que deben inscribir en tablillas, ver Vial (1983: 176); cf. Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, 47.2-3.

⁵⁴ Al respecto resulta revelador el hecho de que las palabras vinculadas a la confiscación tienen generalmente, según Lewis (1990: 247), una raíz en el término *dêmo*, por ejemplo *demeúo* que es el verbo más comúnmente utilizado para expresar la idea de “declarar propiedad privada” o “confiscar”, según Liddell & Scott (1996: 385).

⁵⁵ Aristóteles, *Retórica*, 1361a, 19.

a la venta del lote ligado a la familia que lo protegían, justamente, de las eventuales enajenaciones)⁵⁶. Esta postura es hoy en día bastante aceptada incluso para el siglo V a.C. y son pocos quienes aún mantienen la tesis de la inalienabilidad total del suelo ático hasta el fin de la Guerra del Peloponeso⁵⁷. Sin embargo, creemos que se puede postular, de todos modos, que a pesar de que la tierra pudiera cambiar de manos, y estos cambios se van a dar de un modo mucho más frecuente al concluir la guerra⁵⁸, la “enajenación no significa necesariamente comercialización”⁵⁹ ni que el propietario pueda disponer a su capricho de la tierra haciendo de ella una mercancía más⁶⁰. Destacar esto reviste cierta importancia en tanto permite entender que si bien la tierra no era inalienable, esta, por otro lado, no se convirtió jamás en una mercancía plena y, como consecuencia, nunca fue considerada como un valor de compra-venta aislada de su contexto social, político e institucional. Como es lógico, lo anterior implica que, como reconocen diversos autores, nunca se constituyó en el contexto de la Atenas clásica un verdadero

⁵⁶ Finley (1984: 237).

⁵⁷ La idea de la inalienabilidad de la tierra en Atenas hasta la Guerra del Peloponeso fue propuesta hace más de medio siglo por Fine (1951: 197-208). Gernet (1980: 316-22) vinculará el ocaso de la inalienabilidad a la aparición de los *hóroi* hipotecarios a fines del siglo V a.C. La prohibición legal de alienar hasta fines del siglo V a.C. ateniense es sostenida también por Burford (1977/8: 167). Sin embargo, en la actualidad la mayoría de los investigadores descartan la tesis de la inalienabilidad total aunque reconocen, como Isager & Skydsgaard (1992: 125, 128) que habría ciertos límites a la venta de propiedades. Gallant (1991: 128-9) propone que a pesar de que el mantenimiento de la tierra ancestral era algo esencial para la psicología y la estructura social del mundo antiguo, en casos de extrema necesidad la venta (o la hipoteca) de la parcela era la única posibilidad de subsistencia de la familia campesina. Foxhall (2007: 55) también reconoce la importancia sentimental del lote ancestral donde se encontraban las tumbas familiares pero a su vez plantea que la presencia de mojones hipotecarios en las tierras de los atenienses acaudalados implica que este medio de producción era tratado de un modo oportunista como los demás recursos económicos y que no había un miedo muy importante a perder la propiedad. Finalmente, para Plácido (1997: 148) no es seguro que la tierra haya sido inalienable hasta la Guerra del Peloponeso.

⁵⁸ Sólo por tomar como ejemplo una fuente que analizamos más adelante, la parcela propiedad del acusado para quien el logógrafo Lisias escribe su discurso sobre el olivo sagrado tuvo, en el período comprendido entre los años 411 y 396 a.C., cuatro diferentes propietarios (uno de los cuales lo fue por sólo dos meses) y tres arrendatarios (entre ellos un esclavo liberto), cf. Lisias, 7.4, 9-10. Al ya citado pasaje de Aristóteles sobre la propiedad, puede agregarse como ejemplo de la existencia de venta de tierras el caso del padre de Iscómaco en Jenofonte, *Económico*, 20.22-6.. Sin embargo, algunos autores como Hanson (1995: 108) plantean la total libertad (solo obstaculizada por la presión familiar y social) de comprar, vender, arrendar y alquilar la parcela desde por lo menos la época de Hesíodo, *Trabajos y días*, 341: “...y puedas comprar la hacienda de otros, no otro la tuya”; cf. Burford (1993: 50) que relaciona este pasaje con las deudas surgidas de malos años agrícolas.

⁵⁹ Austin & Vidal-Naquet (1986: 99-100).

⁶⁰ Esta es la postura de Asheri (1963) que ve una tendencia evolutiva desde un momento inicial caracterizado por la tenencia colectiva o patriarcal hacia una propiedad absoluta del suelo; cf. Jones (1956: 200); Biscardi (1982: 185). A ello se puede contraponer el hecho de que incluso en la Atenas clásica existían ciertos límites a la venta de parcelas como postulan Isager & Skydsgaard (1992: 128).

mercado de tierras como el que se encuentra en las sociedades capitalistas modernas⁶¹. No podía ser de otra manera en tanto los “derechos de propiedad” no eran un elemento jurídico abstracto sino que, como venimos observando, se encontraban estructuralmente limitados en tanto estaban subordinados a la posesión de derechos políticos.

Por otro lado, no debemos olvidar que una importante proporción de las tierras que ingresaban al “mercado” (o mejor dicho que eran alienadas en tanto pasaban de un ciudadano a otro o de uno de estos al control de la *pólis* y viceversa) lo hacían principalmente a partir de una lógica comunitaria y *política* (y no “económica”) en tanto implicaba, como vimos más arriba, la confiscación de aquel que vulnera las leyes o costumbres de la *pólis*. El objetivo último de estas confiscaciones era, por lo tanto, reintegrar esas tierras a un *polítes* o a la ciudad (en cualquier caso, a la comunidad) y no dinamizar un supuesto “mercado” de compra-venta de tierras⁶².

A la vez, es válido pensar que, en tanto era muy fuerte la relación entre posesión de la tierra y hacienda familiar, algunos lotes podrían circular a lo largo de las generaciones al interior de una red bien definida de *oikoi* pertenecientes a una misma familia extensa, especialmente cuando se daba la situación de que el jefe de un *oikos* carecía de herederos varones. En ese caso, existían distintos mecanismos de transmisión de la tierra, todos ellos circunscriptos al interior del grupo de los ciudadanos: la adopción de hijos⁶³, las hijas herederas (*epikleroi*) que se casan con el pariente más próximo, concesión del beneficio de la herencia a otros familiares, etc.⁶⁴.

Por lo tanto, tanto en el caso de las confiscaciones como el de los distintos mecanismos de transmisión, queda claro que no estamos ante una tierra mercantilizada sino que las parcelas que se alienaban y pasaban de manos lo hacían en un circunscripto

⁶¹ Acerca de la no existencia de mercado de tierras, incluso en la Atenas del siglo IV a.C., ver Finley (1984: 239; 1986a: 143) quien a su vez destaca (1952: 270 n.46) la inexistencia en la lengua griega de la palabra “vendedor de tierras”. Cf. Burford (1993: 238 n.68); asimismo Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 234).

⁶² Cf. Burford (1993: 50).

⁶³ De hecho la ley de Solón sobre las adopciones habría tenido como objetivo la conservación de los *oikoi* sin herederos; cf. Asheri (1963: 7-9); Cox (1998: 148-51).

⁶⁴ Burford (1977/8: 16 5; 1993:33-48). Ver Isager & Skydsgaard (1992: 127-8) en donde queda claro que los diferentes mecanismos de transmisión no solo están circunscriptos al círculo de los ciudadanos sino que también impiden la unificación de *oikoi*. Sobre la relación entre posesión y hacienda familiar Foxhall (1989: 25-32).

espacio delimitado por la comunidad política o la familia extensa. En síntesis, creemos que la posibilidad de alienación de la tierra que se comprueba en la Atenas clásica no implicó, en modo alguno, que se rompa el estrecho vínculo entre ciudadanía (y familia) y acceso a la tierra en tanto la circulación de las propiedades agrícolas continuaba estando restringida al estrecho grupo de los ciudadanos.

Ahora bien, las diferentes facetas del vínculo existente entre la apropiación del suelo y la ciudadanía ateniense que venimos analizando nos indican que debe ser cuestionada la idea, bastante extendida entre los especialistas, de que en la Grecia antigua existió el “derecho de propiedad pleno a la tierra” de manera análoga al caso romano (y podríamos agregar al moderno)⁶⁵. Al respecto creemos que los planteos de Alison Burford permiten echar algo de luz sobre la cuestión del lazo que une a la ciudadanía con la propiedad de la tierra en el contexto de la *pólis*. La autora destaca el hecho de que no existe en la lengua griega antigua el equivalente a los términos ingleses *landowner* y *landowning* (que refieren al propietario de tierras y a la acción de serlo). Sin embargo, si bien la idea de *propiedad* es difícil de hallar, no ocurre lo mismo con la de *posesión* (*landholder* en inglés) que se verifica en varios términos que llevan el prefijo *klêro-* y que se relacionan con la idea de distribución de las tierras de la ciudad a las familias que la poseen.

A pesar de ello, lo anterior no supone la inexistencia de derechos individuales sobre la tierra sino que, desde nuestra perspectiva, éstos *solo existen en el contexto comunitario* de la aldea o la ciudad-estado en tanto es la comunidad la entidad concebida, en última instancia, como la absoluta soberana del territorio de la *pólis*. De hecho, mientras que una gran parte de la tierra era explotada de forma privada por familias ciudadanas que la traspasaban de generación en generación, el resto, era controlado directamente por la ciudad (o algunas de sus subdivisiones, como las tribus, los demos y las fraternías en el caso ateniense) o pertenecía al culto de las deidades (por lo general estos lotes se arrendaban para costear los gastos de los santuarios)⁶⁶.

⁶⁵ Acerca de la dificultad de aplicar las nociones del derecho romano (*ius utendi, fruendi, abutendi*) a un contexto que las precede, ver Game (2008: 14-6) ; cf. Buis (2010).

⁶⁶ Burford (1993: 15-55); cf. Rihll (1991: 10-5). En el mismo sentido, Finley, (1952: 54) plantea que no existe en la lengua griega un vocablo asimilable a la voz inglesa *real property*. Acerca del tamaño de las tierras en control de las distintas entidades colectivas, ver el Cap. V.i; en relación al arriendo de tierras, ver el Cap. VII.i.

Otro elemento que sustentaría, el pensar a la *pólis* griega antigua como la propietaria en último término de la tierra agrícola se relaciona con el carácter “público” o “sagrado” de algunos árboles a pesar de encontrarse estos en parcelas familiares⁶⁷. En el caso ateniense en particular, existían los olivos sagrados (*moríai*) que se relacionaban con el culto a la diosa Atenea. Éstos, que supuestamente tenían su origen en un antiguo ejemplar de la Acrópolis, se hallaban diseminados por todo el territorio del Ática y eran rodeados por una empalizada (*sekós*) que los destacaba y protegía. La producción de aceite a partir de ellos era regulada por una serie de complejas normas en tanto que dicho aceite cumplía una importante función en el contexto de las festividades atenienses: era utilizado para premiar a los atletas victoriosos de las Panateneas. La ciudad ejercía un control periódico de estos árboles a través del consejo del Areópago que recibía informes de los “inspectores” acerca del estado de los olivos de Atenea. Este mismo consejo era el encargado de juzgar los casos en los cuales se imputaba a un individuo la destrucción de una *moría* ya que tal acción estaba catalogada entre los delitos de impiedad (*asébeia*) juzgados en el Areópago (al igual que los homicidios, lo que muestra, por otro lado, la importancia que este tipo de árboles adquirían en la *pólis* ateniense) y podía ser castigado con la pena de muerte. Para la época de Aristóteles, la situación se había modificado en parte aunque algunos elementos se mantienen y la idea de la *pólis* como propietaria pareciera seguir operando:

“El aceite se recoge de los olivos sagrados; el arconte lo exige como contribución a los poseedores de las tierras en que están los olivos... Antes la ciudad vendía el fruto, y si alguien arrancaba un olivo sagrado o lo cortaba, le juzgaba el consejo del Areópago, y si lo condenaban, lo castigaban con la pena de muerte. Desde que el propietario del suelo paga el aceite, la ley persiste, pero el juicio ha desaparecido. Pues es el aceite de la finca, no el de los troncos, el que corresponde a la ciudad”⁶⁸.

⁶⁷ Burford (1993: 24).

⁶⁸ Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, 60.2. Los olivos sagrados aparecen también en: Aristófanes, *Las nubes*, 1005; Platón, *Parménides*, 127a.

Esta situación anterior que menciona Aristóteles se daba a principios del siglo IV a.C. ya que sabemos, a través de un discurso escrito por el Lisias⁶⁹, que un propietario de una finca rural⁷⁰ fue juzgado por el Areópago por un delito vinculado a los olivos sagrados. Analicemos algunos pasajes del discurso en cuestión:

“Tan intrincado se me ha hecho este proceso que, primero, me denunciaron por arrancar un olivo de mi finca y se dirigieron, para informarse, a los compradores del fruto de los olivares sagrados. Más como no pudieran, por este procedimiento, hallarme culpable de nada, ahora dicen que he arrancado un tocón...Así que, por una acusación que éste trae amañada, tengo que defenderme por conservar patria y hacienda...”⁷¹

El “cliente” para el cual Lisias produjo el discurso era acusado (según el texto por un sicofanta⁷²) de arrancar, durante el arcontado de Suniades (397/396 a.C.)⁷³, no una *moría* sino un *sekós* designando esta palabra no ya la empalizada que rodeaba al árbol sagrado sino al tocón o tronco que aún sin ramas ni hojas seguía consagrado a la diosa Atenea. Quizás por considerarse este delito como menor respecto del arrancar un olivo sagrado, la condena que le correspondía no era la muerte (que como vimos era la común según el texto aristotélico citado más arriba) sino la confiscación y el exilio, la pérdida de “patria y hacienda”.

Pero más allá de estas cuestiones, el elemento que nos interesa destacar es el hecho de que el olivo sagrado se encontraba, supuestamente, en la parcela del propio acusado, “un olivo de mi finca” dirá⁷⁴. Aquí podemos apreciar la existencia de un límite

⁶⁹ Lisias, 7.

⁷⁰ Es muy probable que el acusado haya sido un ciudadano acaudalado ya que afirma tener diferentes fincas, esclavos y haber pagado liturgias; Lisias, 7.24, 31, 34.

⁷¹ Lisias, 7.2-3.

⁷² Por ejemplo en Lisias, 7.38.

⁷³ “El acusador afirma que, con Suniades de arconte, yo arranqué un tocón”, Lisias, 7.11.

⁷⁴ Más adelante en el discurso Lisias, 7.4 especifica cómo llegó esa parcela a ser de su propiedad: “Dicha finca pertenecía a Pisandro. Cuando los bienes de éste fueron confiscados, Apolodoro de Mégara los

comunitario al uso de la tierra (o a su “propiedad privada plena”) pues si bien estamos frente a una parcela individual, el ciudadano que la posee no puede disponer de ella de modo absoluto en tanto debe respetar al olivo sagrado que se encuentra en su interior y, como vimos en el pasaje del Aristóteles, debe entregar a la *pólis* sus frutos. La distinción entre lo sagrado y lo privado en los lotes de los ciudadanos aparece de modo tajante cuando es descrita la situación previa a la guerra que devastó los campos del Ática: “...muchas fincas se encontraban, en aquel tiempo, tupidas tanto con olivos sagrados como privados”⁷⁵. Por otro lado, si bien el acusado afirma que en su tierra no había tocón u olivo sagrado alguno⁷⁶, nunca en el discurso se cuestiona la prohibición de arrancar la *moría* o el *sekós*⁷⁷ a pesar de que estos estuvieran dentro de la finca del acusado⁷⁸.

En conclusión, creemos que la presencia de este tipo de árboles nos permite reforzar la idea planteada más arriba acerca de la imposibilidad de pensar en la existencia de la “propiedad privada plena de la tierra” en el contexto ateniense; los olivos sagrados plantean un límite al poseedor de la parcela en cuanto al uso de la tierra y el goce de sus frutos. Entre estos límites pudimos ver que el propietario no podía arrancar los olivos sagrados o sus tocones y que, de hacerlo, podía obtener severas penas; asimismo, también comprobamos que los frutos de tales árboles pertenecían a la ciudad⁷⁹ o a los santuarios a los que estaban relacionados y no al titular de la parcela en la que se encontraban. De cierta manera, esta situación se enlaza con lo que hemos visto más arriba y expresa la idea de la existencia de un control comunitario del territorio agrícola. Desde nuestra perspectiva creemos que, entonces, no se puede hablar sin más

recibió como regalo de manos del pueblo y dedicóse a cultivarlos sin interrupción. Poco antes de los Treinta se la compró Anticles y la arrendó. Yo se la compré a Anticles cuando se hizo la paz”, es decir, en Septiembre del 403 a.C.

⁷⁵ Lisias, 7.7.

⁷⁶ “Creo, con todo, consejeros, que mi tarea es demostraros que desde el momento en que yo compré la finca no había en ella ni olivo ni tocón alguno”, Lisias, 7.5.

⁷⁷ De hecho, reconoce que en otras fincas de su propiedad sí hay olivos sagrados y sin embargo nunca recibió ninguna multa por parte de los inspectores: “Ninguno [de los inspectores enviados por el Areópago] me ha multado jamás por labrar el terreno que rodea a los olivos sagrados”, Lisias, 7.25-26

⁷⁸ Sobre los olivos sagrados en general y el caso presentado por Lisias en particular ver Millett (2002: 31-2).

⁷⁹ Lo mismo sucedía con los metales sacados de las minas ya que, si bien estas se encontraban en lotes privados, el mineral extraído se consideraba propiedad de la *pólis*, ver Millett (2002: 46).

de “propiedad privada plena de la tierra” en el sentido que esta adquiere en las sociedades modernas. La experiencia colonial, la existencia de olivos sagrados y los diferentes mecanismos de control de la tierra por parte de la ciudadanía nos permiten ver que, en contraste, en la Atenas clásica, la propiedad agrícola se encuentra *políticamente restringida* al contexto comunitario, es decir, a los ciudadanos con plenos derechos políticos. Éstos, y solo ellos, son, según la formulación de Aristóteles, “la comunidad” en tanto participan en las funciones judiciales y en la toma de decisiones, de la *politeía*⁸⁰. En palabras de Burford:

“The city-state had charge of all the land, including that which was given over to its citizens; at the same time the city-state was the community of all that citizens. In real sense, then, land was communal property”⁸¹.

La pertenencia a esa comunidad, a la ciudad, al estamento de los ciudadanos, se definía, en la Atenas clásica, en términos estrictamente de descendencia. Desde la ley de ciudadanía de Pericles del 451/0⁸², era ciudadano todo aquel varón cuyo padre era de tal condición y cuya madre era, a su vez, hija de un ciudadano ateniense. Un último requisito era ser reconocido por el *demo* paterno como uno de sus miembros⁸³. Es decir,

⁸⁰ “El ciudadano no le es por habitar un lugar determinado (de hecho los metecos y los esclavos participan de la misma residencia), ni tampoco los que participan de ciertos derechos... [...] Un ciudadano sin más por ningún otro rasgo se define mejor que participar en las funciones judiciales y en el gobierno.”, Aristóteles, *Política*, 1275a, 3-7

⁸¹ Burford (1993: 24). Ver también (1977/8: 166) donde habla de la comunidad como la propietaria original y controladora en última instancia de la tierra.

⁸² Ver Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, 26.4; Aristófanes, *Las aves*, 1649-52; Plutarco, *Pericles*, 37. Esta ley, que favorece el criterio de descendencia frente a otros como ser el censo económico o el servicio al Estado, opera plenamente durante el período que abarca nuestro estudio y es reafirmada incluso hacia fines del siglo V a.C. cuando se producen una serie de propuestas para reformar los criterios de acceso al estamento de los ciudadanos; ver Davies (1977/8: 118-9); Patterson (1981).

⁸³ Davies (1977/8: 105). En Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, 42.1-2 se describe el mecanismo para el alistamiento de los jóvenes en el cuerpo de ciudadanos en “el estado actual de la constitución”, es decir, luego de las reformas de Pericles. De hecho eran las comunidades locales las encargadas del control de quien era miembro del cuerpo de ciudadanos, en palabras de Whitehead (1986: 258): “An Athenian citizen was an Athenian citizen because both, logically and chronologically prior to that, he was a demesman of Alopeke or Themakos or wherever it might be. In other words, central government entrusted to local government the protagonistic’s role in an administrative process so crucial to the fabric

el control sobre quien pertenece a la *pólis* y goza de derechos políticos, no escapa, al igual que la tierra, al control y la decisión comunitaria, más allá de que dicho sistema no fuera tan rígido como suelen sugerir las fuentes y algunos investigadores modernos⁸⁴.

Todo lo analizado hasta aquí nos lleva a la conclusión de que estamos frente a una sociedad en la que no hay propietarios de tierra individuales, abstractos y separados de la *pólis*, de las relaciones sociales comunitarias y familiares. Si bien ello no supone en sentido estricto la propiedad comunal de la tierra (como se podría desprender del pasaje de Burford arriba citado⁸⁵), sin lugar a dudas, la apropiación y la utilización del principal medio de producción estaban sujetas a fuertes determinantes políticos e institucionales. En última instancia esta situación nos remite a la propuesta hecha hace ya algún tiempo por Pavel Oliva para entender las relaciones de propiedad en el contexto espartano:

“En el caso de la propiedad de la tierra se trata del hecho de que los ciudadanos espartanos eran tenedores y no propietarios de sus *kleroi*. Los derechos de los propietarios sobre las «tierras públicas», y al menos formalmente, sobre la tierra distribuida a

and well-been of the state that -to our modern eyes- for the state itself to have laid claim to it would have been entirely understandable”.

⁸⁴ Debemos destacar a este respecto que recientemente Cohen (2000: 49-78) ha puesto de manifiesto que los investigadores modernos cometen un error al igualar los términos *políets* y *ástos* con “ciudadano” cuando analizan la forma de transmisión de ciudadanía entre las generaciones. En contraste, para Cohen, mientras que *polítes* sí puede entenderse como ciudadano, el término *ástos* es más restringido en tanto solo designaría al poblador local (formando un binomio con su contraparte, el extranjero, *xénos*); de este modo, no adquiriría los derechos políticos sólo aquel hijo de padre y madre ciudadanos (*polítes*) sino que también lo hacía un hijo de padre y madre reconocidos como residentes (*ástos*) por los demos del Ática. Por otro lado, el autor destaca la mutabilidad del cuerpo de ciudadanos a lo largo del tiempo, la corta vida de las restricciones prescriptas por la ley de ciudadanía de Pericles y los distintos métodos para ingresar a la ciudadanía (como las concesiones que se dan en la inmediata posguerra del Peloponeso, el ingreso de los comprometidos con la restauración de la democracia a pesar de ser esclavos o metecos, la inclusión de los extranjeros y sus descendientes que en tanto residen en el Ática pasan a ser reconocidos como *ástoi* gracias a que se involucran en la vida de las comunidades, las “excepciones”, el pragmatismo, etc.). Más allá de esta profundización, el tema del control comunitario del cuerpo político, que es el punto que nos interesa aquí, no es cuestionado y de hecho su soberanía es invocada para explicar casos en los que los procedimientos de concesión de ciudadanía se apartan de la ley y las tradiciones. Sobre los términos *polítes* y *ástos*, ver también Lévy (1985).

⁸⁵ Es justo destacar que Burford no habla de propiedad comunal lisa y llanamente sino que ésta operaría en último término. Manifestamos al respecto nuestro desacuerdo con Finley (1986a: 26) para quien “el mundo greco-romano era, esencial y precisamente, de propiedad privada” ya que tal postura no tendría en cuenta la diferencia existente respecto de la situación moderna en donde los determinantes políticos del contexto antiguo se encuentran ausentes.

los reyes y quizás también a los demás aristócratas, residían en todo el cuerpo de ciudadanos que se había convertido en estado en el curso de la conquista de Laconia”⁸⁶

Quizás la delimitación entre poseedor y propietario hecha por Oliva sea demasiado rígida para un contexto como el griego antiguo en donde los contornos de la propiedad no eran tan claros. Sin embargo podríamos pensar que los ciudadanos atenienses eran, de alguna manera, “tenedores y no propietarios de sus *kleros*” en tanto el vínculo con la tierra residiría, en última instancia, en el vínculo con la comunidad. De este modo se podría pensar a la comunidad como la propietaria principal y en última instancia siendo los ciudadanos poseedores de sus tierras y casas siempre y cuando mantengan su relación con la *pólis*⁸⁷.

Pudimos verificar que en el contexto ateniense, primero se encuentra el derecho político, el derecho de ciudadanía y sólo posteriormente se es (aunque no necesariamente en la Atenas democrática) propietario de una parcela; no es la propiedad de la tierra la que hace al ciudadano sino que es el ciudadano el que deviene en propietario. Como afirma Paul Millett, “todo ello ejemplifica una cuestión crucial de la economía de las ciudades estado de Grecia: la economía, la cultura y la sociedad se fundían plenamente para crear un sistema económico que, en el sentido más amplio del término, era ya político”⁸⁸. Es esa “politicidad” del “sistema económico” lo que hace indistinguible lo “económico” de lo “extraeconómico”. Es decir, que los derechos de apropiación de la tierra en la Grecia Antigua no podían ser divorciados de las relaciones socio-políticas e incluso las familiares⁸⁹. Para el caso ateniense, entonces, hemos comprobado que, en términos de Maurice Godelier, las relaciones políticas funcionaban como relaciones de producción en tanto al reservar la tierra a los ciudadanos (en un régimen de “propiedad” que no era abstracto ni absoluto) establecían una primera y

⁸⁶ Oliva (1983: 39).

⁸⁷ Además de la postura de Burford ya citada, ver: Finley (1952: 74-8); Osborne (1985a: 47-63); Jameson (1990); Lewis (1990); Isager (1992).

⁸⁸ Millett (2002: 34). Del mismo modo Osborne (2003: 205) afirma que la economía griega antigua no puede ser “razonable o significativamente tratada como independiente” ya que “la economía de la explotación de esa tierra no podría más que estar entrelazada con los factores sociales y políticos”.

⁸⁹ Rihll (1991: 104).

fundamental división del trabajo social⁹⁰. Sin embargo, esta subordinación de la propiedad a los aspectos institucionales de la *pólis* no implica, una relación de contradicción entre lo individual y lo comunitario (o estatal) como propusieron tiempo atrás algunos autores marxistas⁹¹. Por el contrario, creemos que la apropiación individual de la tierra por parte de los ciudadanos es el modo histórico en que se realiza concretamente la propiedad comunitaria que la *pólis* mantiene sobre la *gê politiké* (“tierra cívica”)⁹². Son, en última instancia, las relaciones políticas las que estructuran el acceso a la tierra, solo siendo parte de la comunidad se puede acceder a una parte de la tierra de la comunidad.

⁹⁰ Godelier (1989: 242, 251, 266).

⁹¹ Ver al respecto la nota 42 más arriba.

⁹² Will (1997: 376).

Capítulo V

LA DIFERENCIACIÓN SOCIAL ENTRE LOS CIUDADANOS

While the Athenians stuck by their conviction that all Athenians were political equals, they would have appreciated the irony of the pigs' revised slogan in George Orwell's Animal Farm: "All animals are equal, but some animals are more equal than others".

Josiah Ober (1989: 14)

En este capítulo se analizan las bases sobre las que se asienta la desigualdad social entre los ciudadanos. Previamente (Cap. IV) hemos tratado la centralidad que la tierra y la agricultura adquieren en las sociedades antiguas y en particular en la democracia ateniense. A su vez, pudimos ver que un elemento determinante de las estructuras políadas, entre ellas Atenas, estaba dado por el hecho de que sólo los ciudadanos se encontraban habilitados para poseer lotes de tierra agrícola, esto es, el principal medio de producción y riqueza de la sociedad. Teniendo estos dos elementos en mente, el objetivo del presente capítulo es elaborar un cuadro acerca de la distribución de la tierra de labranza durante la democracia entendiendo que ello nos permitirá comprender la cuestión de la desigualdad social entre los ciudadanos.

Para ello, en primera instancia, nos ocuparemos de las características del Ática en tanto ámbito apto para la producción agrícola; en especial, nos interesa delimitar, dentro de los estrechos márgenes que la información disponible impone, qué cantidad de tierra se encontraba en condiciones de ser útil para la labranza. En segundo lugar, nuestra indagación se orientará hacia el estudio de las características demográficas del cuerpo cívico; en especial, nos interesa conocer con qué cantidad de ciudadanos contaba Atenas, es decir, con qué cantidad de potenciales (aunque, ciertamente, no reales) poseedores de dicha tierra. Finalmente, en tercer lugar, intentaremos proponer modelo acerca de cómo se encontraba distribuida la tierra agrícola entre los *politai* de la democracia. Si bien no se puede pretender exactitud en el análisis de las problemáticas enunciadas (sobre esto hablaremos inmediatamente) y en tanto aún cierto grado de precisión se encuentra fuera de nuestro alcance, sin embargo, aspiraremos, al menos, a poder elaborar conceptualmente determinados tipos de ciudadanos de acuerdo a las tierras con que contaban.

Advertimos desde el principio que nuestro interés no es establecer una caracterización exacta y certera acerca de la tierra, los ciudadanos y cómo aquélla se encontraba distribuida entre éstos. Somos conscientes de las dificultades que supone cualquier estimación cuantitativa en un contexto documental tan carente de fuentes relevantes para la elaboración de ése tipo de datos. Los griegos carecían de lo que podría denominarse una “mentalidad estadística” y los datos duros suelen estar ausentes en las fuentes antiguas mucho más preocupadas por la historia “política”, es decir, principalmente, por las relaciones exteriores, diplomáticas y bélicas entre las ciudades¹. En este sentido, creemos que la falta de información estadística medianamente fiable hace para el historiador de la antigüedad ineludible, casi diríamos compulsiva, la construcción de modelos que, en cierta manera, subsanen las lagunas documentales².

¹ El concepto de “mentalidad estadística” y su inexistencia en la antigüedad griega se encuentra en: Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 210); cf. Finley (1986a: 22)..

² Acerca de la deficiencia de los documentos en torno a las informaciones cuantitativas, de los problemas vinculados con el uso de los datos estadísticos que proporcionan y de la importancia que la construcción de modelos adquiere en estos contextos: Finley (1986a: 19-24, 223; 1986c: 18, 24-74, 95-6, 159, 162; 2000: 204); Austin & Vidal-Naquet (1986: 44); cf. Garnsey (1988: 8-10); Plácido (1995a: 199-201); Moreno (2007: 4); Sallares (1991:394; 2007: 18). A modo de ejemplo podemos decir que para el caso que nos compete, los atenienses del siglo V a.C. no se ciudadanía

Desde esta perspectiva, entonces, nuestro propósito se relaciona, más bien, con la necesidad de establecer un cuadro general de aquéllas variables. Diríamos en consecuencia que nos proponemos presentar un modelo de distribución de la tierra que, lejos de ostentarse como exacto y definitivo, sirva principalmente a los efectos de clarificar los límites de posibilidad sobre los cuales pensar una de las problemáticas centrales de nuestro estudio. De este modo, en tanto “el historiador de la Antigüedad no puede dedicarse seriamente a la cliometría” pensamos junto con Moses Finley que, sin embargo, “puede [y agregaríamos que se encuentra casi obligado a] recurrir a un procedimiento próximo que consiste en el uso de modelos no matemáticos con lo que controla el sentido de su discurso mediante la selección de las variables a estudiar”³. Estimamos que los pocos datos con los que contamos para la Atenas del siglo V a.C. no deberían ser descartados sin más⁴ sino que los consideramos un instrumento útil para comprender el marco general dentro del cual se puede pensar en las igualdades y las asimetrías de la democracia.

Por otro lado, la renovación historiográfica que se ha venido desarrollando desde hace, por lo menos, una treintena de años ha permitido mejorar sensiblemente nuestra capacidad de comprensión de diversas características del mundo rural. Una nueva historiografía preocupada por analizar en profundidad diferentes aspectos del espacio extraurbano que generalmente se encuentran vinculados entre sí (algunos que habían sido tradicionalmente objeto de interés como son la utilización de las tierras de labranza o las características socioeconómicas del trabajo en el agro pero también otros que

preocuparon por desarrollar un censo de ciudadanos ni estimaciones acerca de la cantidad, el grado de uso, la productividad y la distribución entre los ciudadanos de la tierra del Ática; cf. Moreno (2007: 3 y n.2) quien sólo puede contraponer a ello el censo organizado por Demetrio de Falero hacia fines del siglo IV a.C.

³ Finley (1986c: 95; cf. 1986a: 223). Sin embargo, vale aclarar que, a diferencia de lo que pareciera pensar Finley, para nosotros, esto no implica necesariamente proponer el uso de modelos que se correspondan con el *idealtyp* de Max Weber.

⁴ En este sentido sigue siendo válida la respuesta de Canfora (1982: 36-45) a Finley así como también las recomendaciones más generales de Vilar (1983:58-78) acerca de la relación entre los datos económicos y la *totalidad* histórica. Consideramos que las propuestas de Plácido (1995a: 200-1) al respecto resultan fundamentales acerca de cómo debe el historiador de la antigüedad trabajar con los pocos datos numéricos con los que se puede eventualmente encontrar. Junto a lo anterior, Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 209-11) destacan la importancia que, ante lo exiguo de las informaciones antiguas, adquiere el uso del método comparativo y la extrapolación de datos de otras sociedades preindustriales (como la romana y las comunidades europeas medievales y modernas) para indagar la situación de la Grecia clásica. Sobre el uso de datos provenientes de otros contextos geográficos y/o temporales para clarificar las lagunas documentales de la antigüedad, ver más adelante la nota 17.

resultaron novedosos en el horizonte de la historia antigua como por ejemplo la naturaleza de las prácticas agrícolas, los modelos de asentamiento en el territorio rural, las estrategias de producción de las unidades domésticas, las pautas alimenticias, las relaciones entre los hombres y su medio natural, etc.) se ha beneficiado al confluir con las nuevas técnicas e investigaciones arqueológicas de la llamada “nueva arqueología” (que también se dan en un marco de renovadas preocupaciones) así como también de las novedosas perspectivas teóricas y metodológicas actualmente en boga⁵. En éste contexto, parte de las preocupaciones de los historiadores se orientaron hacia la problemática de la alimentación de la población en las sociedades antiguas, de las diversas estrategias para enfrentar el riesgo de hambre en los malos años agrícolas así como también se estudiaron los mecanismos de provisión de alimentos con los que contaban las ciudades, especialmente, Atenas y Roma.

Generalmente, este tipo de estudios analizan una serie de problemas conexos de los cuales los más relevantes son: a) las características de la tierra, en nuestro caso del Ática; poniendo especial atención a la delimitación acerca de qué porcentaje de la misma era cultivable o era efectivamente cultivada en la antigüedad; b) bajo qué condiciones o régimen de explotación se desarrollan las tareas agrícolas (en especial se discute el sistema de barbecho utilizado que puede hacer variar ampliamente la cantidad de tierra disponible para la labranza durante un año) tratando de establecer un promedio de las capacidades productivas del territorio en cuestión en las condiciones técnicas propias de la antigüedad; c) la dimensión poblacional con la que cuentan las sociedades en tanto determinan sus necesidades alimenticias y, por último, d) cuáles son esas necesidades alimenticias de acuerdo a cómo estaba compuesta la dieta de esa población en la antigüedad.

Más allá de los debates que dichos estudios proponen, sin duda, algunos de éstos trabajos resultarán fundamentales para el desarrollo de las tres partes en las que se divide este capítulo y que se enmarcan en un intento de reconstruir el espacio agrícola

⁵ A lo largo de este capítulo repasaremos las principales tendencias y metodologías de aproximación al conocimiento de la arqueología agraria ateniense, haciendo especial énfasis en los temas referidos. Lo anterior no significa que la producción arqueológica se agote en dichos puntos. Para un tratamiento más general de estas cuestiones, remitimos al lector al Cap. III.

ateniense, la población ciudadana durante la democracia y la distribución de la tierra entre los *politai*⁶.

I. LA TIERRA

La primera cuestión que nos interesa tratar será, entonces, la de las características de la tierra ateniense. Sería conveniente comenzar por repasar aquello que los propios antiguos indicaron acerca del tema. Los testimonios que sobrevivieron hasta nuestra época acerca de las cualidades de la tierra del Ática suelen ser fragmentarios, estar dispersos y encontrarse repartidos en fuentes que provienen de contextos de producción, y responden a objetivos, de muy diverso tipo. Sin embargo, resulta bastante común encontrar en el material heurístico analizado distintas imágenes que darían cuenta de la baja productividad que, en cuanto a sus potencialidades agrícolas, sufría la tierra de labranza ateniense. Veamos, entonces, algunos ejemplos al respecto que permiten explicitar la cuestión.

⁶ Quizás el trabajo precursor acerca de la relación entre la población y la tierra en la Grecia antigua ha sido el de Gernet (1909). En él, se postulaba que el Ática solo era capaz de producir alimento para sostener una pequeña fracción de la población ateniense durante la época clásica por lo que la ciudad debía recurrir a una fuente externa de aprovisionamiento a través del mercado. La tesis de Gernet ha influenciado fuertemente a los especialistas que posteriormente han tratado la problemática. Un caso relevante es el del estudio de Jardé (1925); otro trabajo pionero y no superado en muchos aspectos hasta hace relativamente poco tiempo a tal punto que aún en 1973 Finley (1973: 9) lo consideraba uno de los más completos análisis de la producción agrícola de la Grecia antigua; cf. Gallego (2003a: 12) acerca de cómo la situación historiográfica ha cambiado en las últimas décadas. Al igual que Gernet, Jardé proponía que Atenas dependía para mantener a su población la importación regular de alimentos desde la época arcaica, dependencia que se hace crítica durante el clasicismo. Los postulados de Gernet y Jardé obtuvieron gran aceptación entre los especialistas hasta hace no mucho tiempo como se puede percibir en de Ste. Croix (1972), Isager & Hansen (1975), Starr (1977: 156), Hansen (1988: 7-13) y Finley (1986a: 150-82, 246-54; 2000: 60-84); Austin & Vidal-Naquet (1986: 114-5). Sin embargo, la publicación del trabajo de Garnsey (1988) supuso un cambio en el panorama. Influenciado por el sustantivismo finleyniano, desarrolló una imagen de Atenas más autárquica que podía sostener la alimentación de una parte importante de sus habitantes durante la época clásica a partir de su propia producción agrícola y sin tener que recurrir al mercado. Poco antes de publicarse el estudio de Garnsey, Osborne (1987: 44-7, 97-104) había llegado a conclusiones similares postulando que incluso en malos años agrícolas el Ática era capaz de producir el alimento necesario para toda la población ateniense; sin embargo, recientemente el propio Osborne (2004: 39-54, 140) ha modificado aquella postura. El trabajo de Sallares (1991), responsable de introducir a la discusión una perspectiva “ecológica” que se destaca por el notable manejo de una gran cantidad de datos técnicos (sobre geología, climatología, agricultura, biología, etc.), también propuso algunos ajustes al modelo de Jardé aunque llega a la misma conclusión en tanto postula que Atenas debió de depender fuertemente de la importación de alimentos en época clásica. Del mismo modo, Isager & Skydsgaard (1992: 108-14) se muestran contrarios a la revisión del modelo de Jardé propuesta por Garnsey. Cf. para un estado de la cuestión sobre la problemática: Sallares (1991: 1-2, 53-107); Hansen (2006: 77-91) y Moreno (2007: 3-11).

A pesar de que la mayoría de las fuentes son de las épocas clásica, helenística y romana, sin embargo, muchas de ellas se refieren a períodos previos de la historia ateniense. Entre ellas podemos citar por ejemplo a quienes consideraban que, como lo hace Plutarco, durante el siglo VI a.C. en la Atenas de los tiempos de Solón “la mayor parte de la tierra [del Ática] era improductiva y sin valor [*pleïsta tês khóras agennê kai phaûla*]”⁷. En la misma dirección pareciera apuntar Tucídides ya que el historiador pensaba que el Ática había podido “vivir desde los tiempos más remotos sin disensiones internas debido a la pobreza de su suelo [*tò leptógeon*]”⁸.

El filósofo Platón, por su parte, ha comparado la tierra de los atenienses con “los huesos de un cuerpo enfermo [*mosésantos sómatos ostá*]” puesto que se había “erosionado la parte fértil y suave de la tierra [*tês gês hóse pieira kai malaké*]” dejando “solo el cadáver desnudo del campo [*toú leptou sómatos tês khóras*]”. Mientras que “cuando aún no se había desgastado, [el Ática] tenía montañas coronadas de tierra y las llanuras [*pedia*] que ahora se dicen de suelo rocoso [*phelléos*] estaban cubiertas de tierra fértil [*plére gês pieiras*]”⁹. Lo importante del pasaje platónico no es tanto los datos que puede brindar acerca de la prehistoria del Ática (o sobre su posible deforestación y consecuente erosión desde tiempos antiguos)¹⁰ sino, más bien, la aseveración de que en tiempos del filósofo la *khóra* ateniense era considerada rocosa y poco fértil, asimilable, incluso, a la de pequeñas islas, posiblemente, en referencia a las del archipiélago de las Cícladas.

⁷ Plutarco, *Solón*, 22.1.

⁸ Tucídides, 1.2.5. Merece ser destacado, como lo hace Ober (1985: 20), que Tucídides compara en este pasaje la tierra del Ática con las extremadamente fértiles regiones de Beocia, Tesalia y el sur del Peloponeso. Cf. Hornblower (1991: 12); Chevitarese (2000: 43-4).

⁹ Platón, *Critias*, 111b-c. Cf. Rackham (1983: 345; 1990: 96); Ober (1985: 17); Starr (1986: 4-5); Snodgrass (1990: 85-7); Chevitarese (2000: 44-7); Hughes (2005: 39-44).

¹⁰ Ver al respecto la valoración crítica hecha por Horden & Purcell (2000: 331-2) acerca del uso del pasaje como evidencia para la ecología de la Atenas prehistórica así como también para la problemática de la deforestación en el siglo IV a.C.; del mismo modo, Sallares (1991: 35-6 y n. 44; 2007: 21-3; 2009: 164, 167-71) quien a su vez cita la bibliografía especializada sobre el tema. Por su parte, Osborne (1987: 31) destaca que la tierra griega sufrió la erosión causada por el hombre desde la Era del Bronce en adelante así como también la tendencia contraria producida por la confección de terrazas para la agricultura. En tanto, Isager & Skydsgaard (1992: 11-5) mantienen una postura más ambigua pero destacan el hecho de que el Ática no haya tenido que recurrir a la importación de madera en grandes cantidades hasta el siglo V a.C.; a la vez, citan bibliografía especializada que tiende a matizar el impacto que la actividad humana tiene sobre el medio natural en cuanto a la erosión. Ver al respecto los trabajos fundamentales sobre la problemática de Rackham (1983; 1990); cf. Bintliff (1992); Lohmann (1992: 31-3); Grove & Rackham (2001) y Hughes (1994: 73-90; 2005: 23-58).

Por otro lado, merece destacarse a su vez, que en una comedia de Menandro la pobreza de la tierra ateniense se expresa a través de las dificultades que encuentra el campesino cuando trabaja las tierras del Ática: “Éste es el auténtico labrador ático [*eilikrinès georgòs Attikós*]. Peleando con piedras que solo dan tomillo y salvia, gana penas sin recoger nada bueno”¹¹. Por último, el geógrafo Estrabón afirmará algunos siglos después que “la tierra de los megarenses [*he khóra tòn Megaréon*]” estaba, al igual que el Ática, compuesta por tierras “demasiado pobres [*parálypros*]”¹².

En síntesis, según los testimonios de los antiguos, las tierras de labranza con las que contaba Atenas eran consideradas poco fértiles, desgastadas, pobres, de poco valor, improductivas, rocosas, etc. tanto desde “los tiempos más remotos” (según lo afirma Tucídides aunque a ello debe oponerse la concepción citada de Platón) como en la propia época clásica (que es la de nuestro interés) y posteriores¹³.

Sin embargo, merece ser destacado que para Teofrasto las condiciones del Ática resultaban ideales para la producción de cebada en tanto allí este cereal rendía “más que en cualquier otro lado”¹⁴. Pero esto no debe ser entendido como un contrapunto a lo enunciado más arriba puesto que es sabido que la cebada se desempeña bastante bien en suelos livianos y en climas secos¹⁵ y, por otro lado, era un alimento considerado por los

¹¹ Menandro, *El misántropo*, 605-7.

¹² Estrabón, *Geografía*, 9.1.8. Cf. Jenofonte, *Los ingresos públicos o las rentas*, 1.1-4 donde se da un trato más benevolente a las potencialidades agrícolas del Ática aunque debemos reconocer junto con Chevitarese (2000: 41-2) que la postura del historiador y político ateniense suponen un elogio exacerbado de la *khóra* de su ciudad; Ober (1985: 19).

¹³ Sin embargo, debemos hacer referencia a Ober (1985: 20) quien matiza el cuadro pintado por las fuentes antiguas en tanto lo considera algo exagerado. En el mismo sentido, Garnsey (1988: 96, 105); Philippon (1952:783) y Bloedow (1975: 26-7) para quienes la tierra ateniense no era en modo alguno pobre. A pesar de lo anterior, Isager & Skydsgaard (1992: 11) afirman que el Ática es, junto con las islas de Rodas, Quíos, Samos y Lesbos y el golfo Saronico, la zona más árida de toda Grecia; cf. al respecto las opiniones de Cary (1949: 75-6); Skydsgaard (1988: 82), Garnsey (1988: 105; 1998: 193) y Chevitarese (2000: 47) favorables todas ellas a la idea de pobre desempeño agrícola del Ática. El Ática, junto con el territorio de las *póleis* más importantes de la Grecia antigua (Esparta, Tebas, Argos, Corinto, Egina, Cnossos, etc.) se encontraba situada en la zona seca (este) de la península griega, cf. Rackham (1990: 98 y fig. 7 en 89). De todos modos, como el propio Teofrasto (*Historia de las plantas*, 8.7.6) lo destaca es el clima, y en especial las lluvias que se dan en un año agrícola, lo que determina la potencialidad agrícola; cf. Osborne (1987: 31); Sallares (1991: 300). Acerca de las variaciones interanuales en el régimen de lluvias, ver más adelante nota 28.

¹⁴ Teofrasto, *Historia de las plantas*, 8.8.2.

¹⁵ Garnsey (1988: 96; 1998: 190; 1999: 119). Sin lugar a dudas, la situación habría sido muy distinta de haber existido en la antigüedad sistemas de riego artificial para enfrentar las sequías durante el verano; acerca de la ausencia de riego artificial: Sallares (1991: 22-4; 2007: 18; 2009: 166); sobre la cuestión del régimen de lluvias, ver más adelante la nota 28.

antiguos como propio de animales, esclavos y pobres en oposición al trigo preferido por la población acomodada. Esto último queda claro por ejemplo cuando el coro de heliastas (compuesto de ciudadanos pobres que viven del *misthós*) de *Las avispas* afirma: “Es que con esta birria de sueldo hemos de proveernos yo y los otros dos de harina [*álphita*, “cebada”], madera y carne ¡Y tú me pides higos!”¹⁶.

Ahora bien, a pesar de que la lectura de ciertas fuentes de la antigüedad nos puede brindar una determinada cantidad de datos sobre las características de la tierra ateniense, sin embargo, no nos permiten más que armar un cuadro del Ática que resulta demasiado impresionista para las preocupaciones del investigador moderno. En este sentido, es verdaderamente muy limitada la información que los textos conservados hasta nuestros tiempos nos pueden proveer acerca de una de nuestras preocupaciones centrales en este capítulo, es decir, acerca de la cantidad de tierra bajo uso agrícola durante los tiempos clásicos. Para solucionar esa deficiencia resulta fundamental el estudio de la Grecia contemporánea y los datos que se desprendan de él; de este modo las comparaciones que puedan establecerse entre la antigüedad y la actualidad resultarán casi ineludibles¹⁷.

¹⁶ Aristófanes, *Las avispas*, 300-3. Cf. Craik (1995: 395); Markle (1985: 277-81), que en (277) afirma: “The most important food in the diet of the poor was barley”. En el mismo sentido Jameson (1977/8: 130) afirma que “barley was primarily food for the very poor, slaves, and animals...”. Sin embargo, estas afirmaciones deben ser matizadas como lo destacan Garnsey (1988: 99; 1998:183-225; 1999: 12-21) y Sallares (1991: 313-61; 2007: 31). Al respecto de la alimentación y su relación con la situación social resulta ineludible Gallo (1983). Por su parte Gallant (1991: 115-21) analiza otras fuentes de alimentación (como ser la pesca, la recolección de frutos silvestres, etc.) que resultan importantes para la dieta campesina, en especial durante malos años agrícolas o, incluso, como afirma Foxhall (2003a: 218-9; 2007:79-80), en períodos de guerra donde los higos constituían una parte fundamental de la dieta. Cf. con los trabajos reunidos en Halstead & O’Shea (eds. 1989) que abarcan un período mayor de tiempo del que aquí nos interesa. El trabajo de Foxhall & Forbes (1982) se ha convertido hoy en día en una referencia básica para el tema de la dieta antigua; cf. Gallo (1989); Craik (1995); Dalby (1996: 1-129); Jones (2004: 166-9); Moreno (2007: 31-2) y Von Reden (2007: 388-96). De central interés para la alimentación y la dieta de las poblaciones de la Grecia antigua resultaba la llamada “tríada mediterránea”; sobre ella, ver más adelante la nota 30.

¹⁷ Garnsey (1988: 8, 13-4) propone enfrentar las lagunas en la información sobre la antigüedad con la combinación de datos antiguos y modernos sobre el clima, la productividad agrícola, etc. Ver al respecto el importante aporte de Rackham (1990) donde se analizan críticamente las posibilidades de completar con datos modernos el fragmentario registro histórico. En la misma línea, Sallares (1991) se basa recurrente en información contemporánea de diverso tipo (climática, ecológica, etnográfica, etc.), como por ejemplo el censo agrícola realizado en el Ática en el año 1961, para analizar diferentes aspectos de la “ecología” del mundo griego antiguo. Gallant (1991: 1-5) basa parte de su reconstrucción de la economía doméstica del campesinado griego antiguo en la comparación con datos provenientes tanto de la Grecia moderna como de otras sociedades pasadas y presentes. Por su parte, Isager & Skydsgaard (1992: 6, 14) advierten acerca de las dificultades que acarrea el uso de esta metodología ya que si bien hay coincidencias en los factores más relevantes entre la antigüedad y nuestro tiempo, sin embargo, en los

Actualmente contamos con la posibilidad de contrastar aquéllos testimonios antiguos (y de completar aquello sobre lo que no se ha conservado nada o casi nada) con informaciones más cercanas a nosotros en el tiempo provenientes del Ática moderna, especialmente, en momentos previos a la introducción de maquinaria agrícola, fertilizantes químicos, etc., es decir, aquello que ha sido denominado por algunos especialistas como “la Grecia del ayer”¹⁸. Sin embargo, tales comparaciones, para ser válidas, requieren como condición previa la constatación de que no hubo grandes cambios ecológicos y climáticos que hagan inviable el paralelismo entre la situación antigua y la situación vigente hoy en día. En relación a ello, debemos decir que los especialistas modernos, en contraposición a las concepciones tradicionales caracterizadas como “pseudohistóricas” por el botánico Oliver Rackham¹⁹, suelen ser favorables a la idea de que no se han producido importantes transformaciones entre la Grecia de los siglos V y IV a.C. y la de la contemporaneidad. En términos generales, podemos decir que en la actualidad se encuentra bastante aceptado lo que Robert Sallares, uno de los más reconocidos especialistas en estas problemáticas, ha propuesto recientemente al respecto:

“Dendrochronological evidence from the Parthenon in Athens provides evidence for a pattern of climatic variability in the fifth century bc which resembles the modern pattern. The fragments of information available in ancient literary sources confirm that the climate of Greece was basically the same in the fifth and

detalles esto no es necesariamente así. De especial importancia ha resultado en los últimos años el desarrollo de la llamada etnoarqueología que busca acercarse a las sociedades antiguas a través del estudio etnológico de las comunidades campesinas modernas de Grecia (e Italia); ver al respecto los trabajos de Forbes (1992; 1993). Cf. Chevitaese (2000: 34); Witcher (2009: 465-6).

¹⁸ Al respecto Rackham (1990: 87) ha planteado que “For a modern comparison, Greece today is unsuitable, because in the 1980s too many transitions are happening at once: mechanization, rural depopulation, the retreat of agriculture from the more difficult terrain, abandonment of terraces, and increasing woodland. A better comparison is with the late nineteenth century, when the country was generally more stable, although some of these changes had already begun”. En el mismo sentido, Snodgrass (1990: 107-9).

¹⁹ Rackham (1983: 345-6; 1990: 85-7, 97-8; 1996: 27-32) destaca que la historia del paisaje rural, tanto sobre el pasado de Inglaterra como sobre la antigüedad helena, genera más falacias que casi cualquier otra rama del conocimiento. En el caso griego en particular, esto se expresa en concepciones tradicionales de un mundo antiguo mucho más boscoso, salvaje y poco erosionado que el moderno. Cf. Snodgrass (1990: 83-5).

fourth centuries bc as it is today [...] Precipitation also exhibits extreme interannual as well as seasonal variability, which often created shortfalls in agricultural production in the past. Runs of several successive good or bad years were not uncommon”²⁰.

En el fragmento citado, el autor destaca que la información proporcionada por las fuentes literarias antiguas permite confirmar que no ha habido grandes cambios climáticos entre la época clásica y la contemporaneidad. Sallares se refiere, fundamentalmente, a un dato de especial relevancia que surge de la lectura de Teofrasto. En su *Historia de las plantas*, el filósofo nacido en Éreso, afirma que en su propio tiempo (durante la segunda mitad del siglo IV a.C.) la palma datilera o palmera real (*phoenix dactylifera*) podía ser plantada en Grecia y crecer con éxito. Sin embargo, dicha palmera era incapaz, en las condiciones de la Hélade antigua, de dar frutos (o de lograr que éstos maduren) como lo hacía, por ejemplo, en las zonas cercanas a la ciudad de Babilonia²¹. Este dato, que quizás podría parecer secundario en la enunciación de Teofrasto, ha servido, sin embargo, para que los especialistas modernos puedan afirmar y constatar una correspondencia climática entre la antigüedad clásica y nuestros días en tanto en la actualidad se verifica que en el territorio griego continúa desarrollándose el mismo fenómeno con las particularidades enunciadas por el discípulo y sucesor de Aristóteles en el Liceo²².

²⁰ Sallares (2007: 17; cf. 1991: 390-1; 2009: 166).

²¹ Teofrasto, *Historia de las plantas*, 3.3.5.

²² Un estudio pionero al respecto lo constituye el de Eginitis (1908); cf. Isager & Skydsgaard (1992: 11-3) quienes, en el mismo sentido, sostienen que a priori no hubo grandes cambios entre los tiempos antiguos y la modernidad a lo que suman la evidencia proporcionada por los análisis de polen en zonas de Macedonia y Beocia como indicadores de la estabilidad climática desde la era Paleolítica a la actualidad; cf. Rackham (1990: 88 y n. 10, 99-100 y n. 34); sobre estas técnicas en general ver Buxó (1997: 21-82). Del mismo modo, Osborne (1987: 29-31) afirma que los trabajos recientes dejan en claro que, en términos generales, los principales patrones del clima en Grecia se han mantenido estables por los últimos tres o cuatro milenios y que, más allá de ciertos pequeños y puntuales cambios o de las particularidades regionales, el clima supuso los mismos problemas para los agricultores de la antigüedad que para sus contrapartes de la Grecia moderna. En el mismo sentido, se expresa Garnsey (1988: 8-9) que a su vez cita la bibliografía pertinente (n. 2). Sobre la estabilidad del clima en Grecia, ver Sallares (1991: 391 n. 2.) donde se destacan los trabajos de: Eginitis (1908); Philippon (1948); Mariolopoulos (1925; 1971) y Guinis (1976); Brumfield (1981: 3, 8, 12-4, 44). Cf. Cary (1949: 2-6); Starr (1986: 5); Amouretti (1986: 22-4); Rackham (1990: 101); Snodgrass (1990: 83-5, 107-9); Sallares (1991: 390-5; 2007:17, 22; 2009: 166); Lohmann (1992: 31-3); Chevitarese (2000: 34-9); Morris and Powell (2006: 13) y Moreno (2007: 12).

Pero más allá de ello, en términos generales, lo primero que se debe decir acerca del territorio de los atenienses es que éste formaba parte en términos ecológicos y ambientales de la región mediterránea²³. La centralidad de ese mar interior que es el Mediterráneo resultaba claro para los antiguos y habilitaba expresiones como la de Platón quien a través de Sócrates afirma que “nosotros, los que estamos entre las columnas de Heracles y el Fasis [es decir, los griegos], habitamos una pequeña porción, viviendo en torno al mar como hormigas o ranas en torno a una charca”²⁴.

La península del Ática se situaba en el interior del área de distribución del olivo que, al igual que lo que sucede con la encina, es señalado por algunos especialistas como un indicador claro del bioclima mediterráneo (“El Mediterráneo es el mar de los olivos...”²⁵ ha dicho Fernand Braudel). Éste se caracteriza por inviernos suaves y lluviosos y por veranos calurosos y secos²⁶. A la vez, se destacan las grandes variaciones regionales (que no pasaron inadvertidas para Aristóteles²⁷), mensuales e

²³ En la actualidad sigue siendo útil al respecto el trabajo introductorio sobre el trasfondo geográfico de la historia griega y romana elaborado hace más de medio siglo por Cary (1949: 37-102). Cf. asimismo los estudios de Zimmern (1911: 15-51); Semple (1932) y Philippon (1948; 1952). Especial mención merece el clásico estudio de Braudel (1976: I: 29-132, 304-64) sobre el Mediterráneo y su mundo en la época de Felipe II que, si bien pensado para un contexto histórico posterior al que aquí nos interesa, se destaca por el trato profundo que brinda a las problemáticas relacionadas con las cuestiones físicas, geográficas y climáticas que, sin lugar a dudas, sirvieron de estímulo para los historiadores de la antigüedad; cf. Hitchner (2009: 429). Ver asimismo, entre otros, los recientes trabajos de Horden & Purcell (2000); Grove & Rackham (2001); Morris (2003) y Hughes (2005).

²⁴ Platón, *Fedón*, 109b. Para una introducción al tema de las representaciones geográficas y etnográficas, ver: Jacob (2008).

²⁵ Braudel (1976: I: 13, 309). O como dice más adelante (304): “Este Mediterráneo del olivo, con su clima uniforme, se reduce, sin duda, a las estrechas franjas continentales, a las exiguas tierras literalmente bañadas por el mar”.

²⁶ Rackham (1990: 88); Isager & Skydsgaard (1992: 10). Al respecto del clima mediterráneo: Finley (1986a: 29-30); Pomeroy, Burstein, Donlan & Roberts (2001: 29-31); Blondel & Aronson (1999:13-8); Sallares (2007: 17; 2009: 165-66); Walker (1962: 38ff); Hitchner (2009: 430). Cf. la definición más restrictiva empleada por Aschmann (1985). Por su parte Sallares (1991: 16-8, 307, 390; 2007: 17) destaca que la delimitación de la zona mediterránea en términos puramente climáticos, en lugar del uso de factores bioclimáticos como la distribución de los olivos, es más pertinente en tanto los organismos vivos generalmente no se encuentran perfectamente adaptados a su entorno. Al respecto debemos decir que, por ejemplo, Plinio (*Historia Natural*, 15.1-7) y Columela (*Sobre la agricultura*, 1.1.4-5) ya habían notado que para su propio tiempo el área de distribución del olivo había variado con respecto a épocas más antiguas; cf. Sallares (2007: 27-8) Pero más allá de esta controversia, nada indica ni ninguno de los especialistas que el Ática se encuentra fuera del clima mediterráneo sea cual fuere la definición adoptada. Asimismo, vale destacar que los palmerales de palma datilera (de los que hablamos más arriba en relación al pasaje citado de Teofrasto) constituyen el límite entre las zonas climáticas del Sahara y del Mediterráneo como lo plantea Braudel (1976: I: 221, 225-7, 307, 309) para lo que remitimos al lector al mapa proporcionado por el autor (305 fig. 19).

²⁷ Aristóteles, *Meteorológica*, 360b 5-12; cf. Moreno (2007: 12). En contraposición, sin embargo, podemos leer en Teofrasto, *Caracteres*, 1.1 una frase que se opone claramente al planteo de Aristóteles:

interanuales en las precipitaciones. Dichas variaciones son, como lo muestra ampliamente la bibliografía especializada, críticas en relación a las capacidades agrícolas y el éxito o fracaso de las cosechas²⁸. Esa dependencia de las lluvias a la que se encontraban atados los agricultores de la Grecia antigua se expresa claramente en una de las comedias de Aristófanes en la que el coro de nubes toma la palabra para dirigirse a los jueces del concurso teatral:

“Queremos explicar a los jueces lo que ganarán, si actuando con justicia favorecen a este coro. Lo primero es que cuando queráis dar la primera arada a los campos en primavera, lloveremos para vosotros primero y para los demás después; vigilaremos además vuestras viñas y frutales, para que no sufran por exceso de sequedad o de lluvia. Pero si alguno, un simple mortal, nos ofende a nosotras que somos diosas, atienda y entérese de qué males le haremos padecer: no cosechará vino ni ningún otro producto de sus campos, porque cuando le nazcan los brotes a sus viñedos y olivos, se los cortaremos. Con tales sacudidas los golpearemos...”²⁹.

“...aún gozando Grecia de un mismo clima...”. Como afirma Chevitarese (2000: 40-1) resulta sorprendente que un autor como Teofrasto pudiera hacer una afirmación tan general, banal y despegada de la tradición aristotélica sobre el tema. La controversia entre el Estagirita y su discípulo se explica, indudablemente, por el carácter apócrifo del proemio de donde se extrae la frase; cf. al respecto los comentarios con bibliografía actualizada de la reciente traducción de Diggle (2004: 161-5; ver asimismo la traducción castellana de Ruíz García (2000: 45 n.1) quien también propone el carácter apócrifo del prefacio. Al respecto del tema, Garnsey (1988: 9), apoyándose en bibliografía especializada, propone la existencia de no menos de 64 subtipos climáticos dentro de la zona del Mediterráneo.

²⁸ Como lo describe Braudel (1976: I: 306-8, 314, 324-51) la diferencia de lluvias entre las estaciones se debe a la influencia secuenciada del Atlántico en el semestre invernal y del Sahara en el estival. Acerca de la variación interanual de las precipitaciones y su incidencia en los fracasos de las cosechas por exceso o falta de lluvias junto con un análisis de las precipitaciones del Ática de Octubre a Mayo durante el período 1931-1960, ver Garnsey (1988: 8-16). Cf. Jameson (1983); Osborne (1987: 31-4) destaca que el Ática recibe en promedio anual de lluvia por debajo de los 400 mm. en un contexto de grandes variaciones interanuales; ver también Sallares (1991: 300, 390-5; 2009: 166) que al tiempo que describe las amplias oscilaciones en las lluvias de los diferentes años, consigna, además, al Ática como una de las regiones más secas de Europa. En el mismo sentido de destacar la inestabilidad del clima y su incidencia en la incertidumbre de la producción agrícola: Garnsey (1998: 206); Amouretti (1986: 24-5); Chevitarese (2000: 34-61).

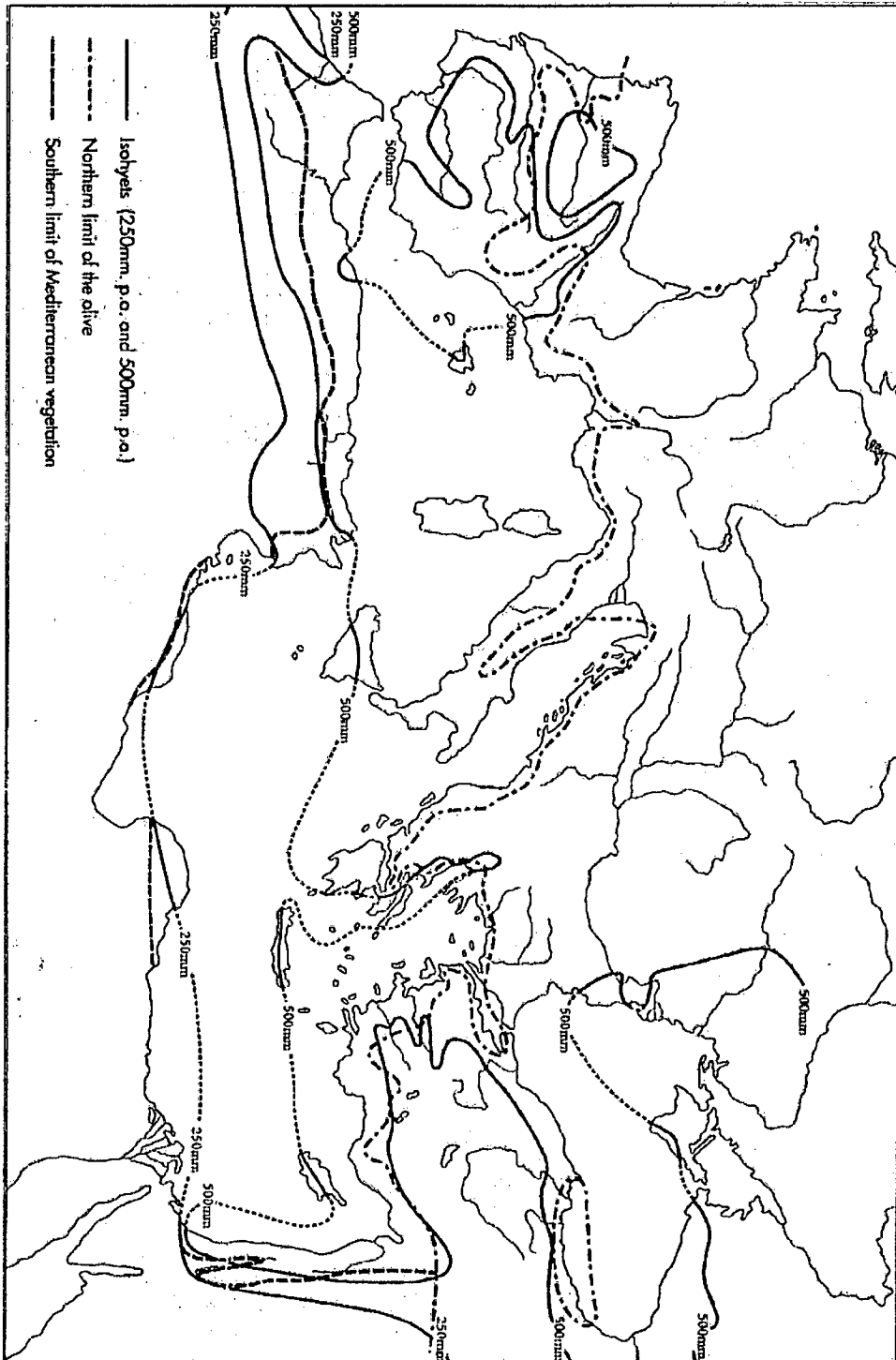
²⁹ Aristófanes, *Las nubes*, 1115-1125. Al igual que en el pasaje citado, a lo largo de la obra el autor relaciona frecuentemente a las nubes con diosas (252, 365, 423-4) benefactoras de la ciudad (577-8) que son apreciadas por los atenienses (269). Lo anterior se encontraría determinado por la relación que las

Ahora bien, en el **Mapa N° 1** podemos observar que la ciudad de Atenas y su territorio en la época clásica se encontraban dentro de las fronteras que enmarcan la zona mediterránea y su vegetación. Esta inclusión del Ática en el clima mediterráneo implica que la tierra de los atenienses se caracterizaba por hacer posible el cultivo de, entre otros productos, cebada, trigo, vides, legumbres, olivos, higos, peras y otros árboles frutales así como también por ser apta para el pastoreo de ovejas y cabras. En síntesis, el Ática podía producir todos los alimentos que componen los elementos básicos de la dieta mediterránea tanto antigua como moderna³⁰.

nubes tienen con la lluvia (299-300, 367-71) y la importancia que las lluvias tienen para una comunidad basada en la agricultura que habita un espacio climático y geográfico con las particularidades del Ática; cf. Chevitarese (2000: 43). En relación a las lluvias, su variabilidad y su incidencia en la *performance* agrícola, ver la nota 28 más arriba.

³⁰ Pomeroy, Burstein, Donlan & Roberts (2001: 31); Burford (1993: 109). Cf. Osborne (1987: 31-2). Acerca de la tríada mediterránea (trigo, olivo y vid), Braudel (1976: I: 310); cf. Isager & Skydsgaard (1992:20-40); Von Reden (2007: 390-94) y Sallares (1991: 16-34) quien realiza un exhaustivo y completo estudio de las migraciones de diversas especies vegetales llegando a la conclusión de que la tríada mediterránea no fue una herencia que los griegos recibieron de la Edad del Bronce sino, más bien, una innovación del primer milenio a.C.; sobre los mismos temas: Rackham (1990: 912). Acerca de los cereales ver Jardé (1925); Foxhall & Forbes (1982); Gallo (1984: 23-42); Braun (1995). Sobre el olivo y la vid: Amouretti & Brun (eds. 1993); Brun (2003); Foxhall (2007: 85-95); Salviat (1986: 173-95); Hanson (1992a; 1995: 166-78). Acerca de la alimentación en la Grecia antigua, remitimos al lector más arriba a la nota 16.

Mapa N° 1. El Ática en el contexto del Mediterráneo.



El mapa muestra las definiciones físicas de la región mediterránea a través del régimen de lluvias, de los límites de las tierras aptas para el cultivo del olivo y de la zona de vegetación mediterránea. Elaborado por Horden & Purcell (2000: 14).

Por otro lado, debemos decir que por varias razones, Atenas es considerada tanto por las fuentes antiguas como por los investigadores modernos una ciudad excepcional. Al respecto, resulta pertinente traer a cuenta que, desde hace más de veinte años a esta parte, ha venido ganando consensos en la historiografía de la ciudad griega antigua el concepto de “*pólis normal*” (*normalpolis*). Tal definición comprendería a aquellas ciudades que se estructuran en un territorio de entre 25 y 100 km² (o de entre 2.8 y 5.6 km. de radio entre el centro y la periferia) y cuentan con una población de entre 2.000 y 4.000 habitantes de los cuales la mayor parte se dedican a la labranza de la tierra. En contraluz a dicho constructo modélico la Atenas clásica y sus características se evidencian como claramente singulares en contraste a la mayor parte de las *póleis* griegas que se ajustan más visiblemente a la “normalidad” políada. Dejando de lado una de las la cuestiones planteadas por el modelo según la cual la mayor parte de la población se dedica a las faenas agrícolas (el tema lo hemos tratado parcialmente en Cap. IV.), es evidente que la referida excepcionalidad de Atenas está dada por la gran extensión territorial sobre la cual se desarrollaba y por el tamaño de su población³¹. Pero de esto último, especialmente de la población ciudadana, hablaremos en el próximo apartado (V.ii) por lo que es necesario volver inmediatamente al asunto del territorio.

El área total sobre la que se extiende el Ática fue calculada por Karl Beloch a fines del siglo XIX en 2.527 km². En su estimación el historiador alemán incluía a las regiones de Oropo y Eléuteras que eran zonas fronterizas de origen beocio pero que se

³¹ Pensar a Atenas como una ciudad excepcional es hoy en día un lugar común y no tiene mucho sentido repasar la extensa bibliografía que destaca tal excepcionalidad. Solo a modo de ejemplo, ver la reciente propuesta de Anderson (2003: 2 y ss.) para quien la caracterización de la *pólis* de los atenienses como una ciudad-estado (*city-state*) debería ser reemplazada por el concepto de región-estado (*region-state*); en el mismo sentido, Cohen (2000: 3-10; 11-30) habla de una *pólis* “anómala” y prefiere reemplazar las denominaciones tradicionales para referirse a Atenas como una “nación”. Cf. nuestras críticas a este tipo de posturas en: Paiaro (2007).

En relación al concepto de *normalpolis*, este fue planteado originariamente por Ruschenbusch (1983; 1985) y posteriormente fue ganando consensos aunque también recibió algunas críticas: Nixon & Price (1990: 158-62). Por ejemplo, Nagle (2006: 44-58) ha hecho el esfuerzo de poner en diálogo el modelo de la *normalpolis* con las propuestas de ciudad elaboradas por Aristóteles (*Política*, 7.1325b 33 – 1327a 10; *Ética nicomáquea*, 1170b 29-33). Por su parte Ober (2008: 84-90) destaca que Atenas cuenta con un territorio de aproximadamente 25 veces el tamaño de la *normalpolis*. Merecen ser destacados, por último, los trabajos de Bintliff (1997; 1999; 2006a; 2006b) que partiendo del modelo de la *normalpolis* desarrolló una vasta tarea de investigación arqueológica sobre el mundo rural griego. Cf. Hansen (2006: 29-30) y Gallego (2009a: 39-42).

encontraban bajo control ateniense durante gran parte del período de nuestro interés (ver **Mapa N° 2** más adelante)³². Sin embargo, a pesar de ese dominio, dichas regiones contaban con habitantes de origen no ateniense por lo que suelen no ser tomadas en cuenta por los investigadores modernos. Si se procede de ese modo, el tamaño del territorio ateniense desciende a 2.400 km². En la actualidad es esta última cifra la que encuentra el más amplio consenso entre los especialistas y es ella la tomaremos como válida aquí³³.

Pero una vez delimitada la extensión total del territorio ateniense, entonces, la necesidad que surge inmediatamente a la hora de confeccionar un cuadro de distribución de la tierra entre los ciudadanos es el de saber qué parte de esa tierra era apta para la producción agrícola; esto es, determinar qué porcentaje de aquellos 2.400 km² podían ser o eran efectivamente cultivados en tiempos antiguos.

En términos generales debemos decir que la geología nos permite delimitar tres zonas diferentes en relación a la capacidad agrícola del territorio³⁴. En primer término se encuentran las planicies que son tierras fácilmente cultivables (cuando no son pantanosas) en tanto son cuencos que recibieron sedimentos (limo) y otros materiales aluviales provenientes de las montañas en períodos de erosión. En segundo lugar se encuentran las pequeñas colinas y las laderas de las montañas que, formadas por diferentes tipos de roca, pueden ser cultivables solamente si son sometidas a una serie

³² Acerca de Oropo, zona fronteriza y siempre disputada entre Atenas y Beocia que se encontraba bajo control ateniense durante gran parte de la época clásica, ver: Tucídides, 2.23.3; 3.91.3; 4.91; 4.96.7; 7.28.1 y 8.60.1-2; Jenofonte, *Helénicas*, 7.4.1; Pausanias, 1.34.1; Diodoro de Sicilia, 12.65.3; 12.70.4; 15.76.1. Cf. Hansen (2004a: 624) y los comentarios de Hornblower (1991: 279) sobre la conflictiva historia de Oropo. Acerca de Eléuteras: Jenofonte, *Helénicas*, 5.4.14 y Pausanias, 1.38.8. Cf. Connor (1990: 8-16).

³³ El origen del cálculo se encuentra en Beloch (1886: 55-7); cf. Jardé (1925: 48-52) quien critica al respecto los cálculos de Letronne y Barbagallo. Luego Garnsey (1988: 90; 1998: 186) lo retoma y de allí en adelante la propuesta de Beloch recibe amplio consenso: Osborne (1987: 46; 2004: 47-8); Sallares (1991: 73, 79); Chevitaese (2000: 47-8; 2005:52-3); Cohen (2000: 12-3); van Wees (2001: 51). Recientemente Moreno (2007: 11) ha afirmado que "The figure of 2.400km² as the area of ancient Attica is tacitly adopted by all of the works we have examined...This does not require any revision". Cf. Burford (1977/8: 171-2) quien siguiendo a Jardé (1925: 78-9) propone un modelo en base a unos 2.000 km² que será luego retomado por Foxhall (1992: 156). Por su parte, Lohmann (1992: 29-30) y Nagle (2006: 55) hablan de 2.580 km²; Anderson (2003: 2) propone unos 2.650 km² y, finalmente Hansen (2004a: 624), basándose en Busolt & Swoboda (1926: 758), habla de 2.550 km². incluyendo a las pequeñas islas pero excluyendo a Oropo.

³⁴ Para esta delimitación nos basamos en Rackham (1990: 90, 101-2) quien, a su vez, distingue para Grecia seis diferentes zonas ecológicas: planicies, laderas de montañas cultivables, laderas de montañas no cultivables, altas montañas, marismas y el mar.

de trabajos de acondicionamiento siendo el principal de ellos la construcción de terrazas³⁵. Por último, se destacan las montañas formadas por piedra caliza en las que la agricultura resulta impracticable a pesar de que se encuentre allí presente una rica y variada vegetación silvestre (es difícil saber si alguna vez estuvieron cubiertas por tierra fértil pero lo cierto es que, de haber sido así, sin embargo, ya se encontraban erosionadas en época clásica³⁶).

El primer elemento que se tiene que tomar en cuenta, entonces, es el hecho de que una parte importante de ese territorio sobre el cual se extendía la *pólis* ateniense corresponde a cadenas montañosas. Éstas, que como podemos ver en el **Mapa N° 2** se desarrollan en torno a montañas y montes de cierta altura como son los casos del Himeto, del Pentélico, del Parnes, del Egaléo, del Citerón, etc., ocupaban un total de aproximadamente 1.000 km².

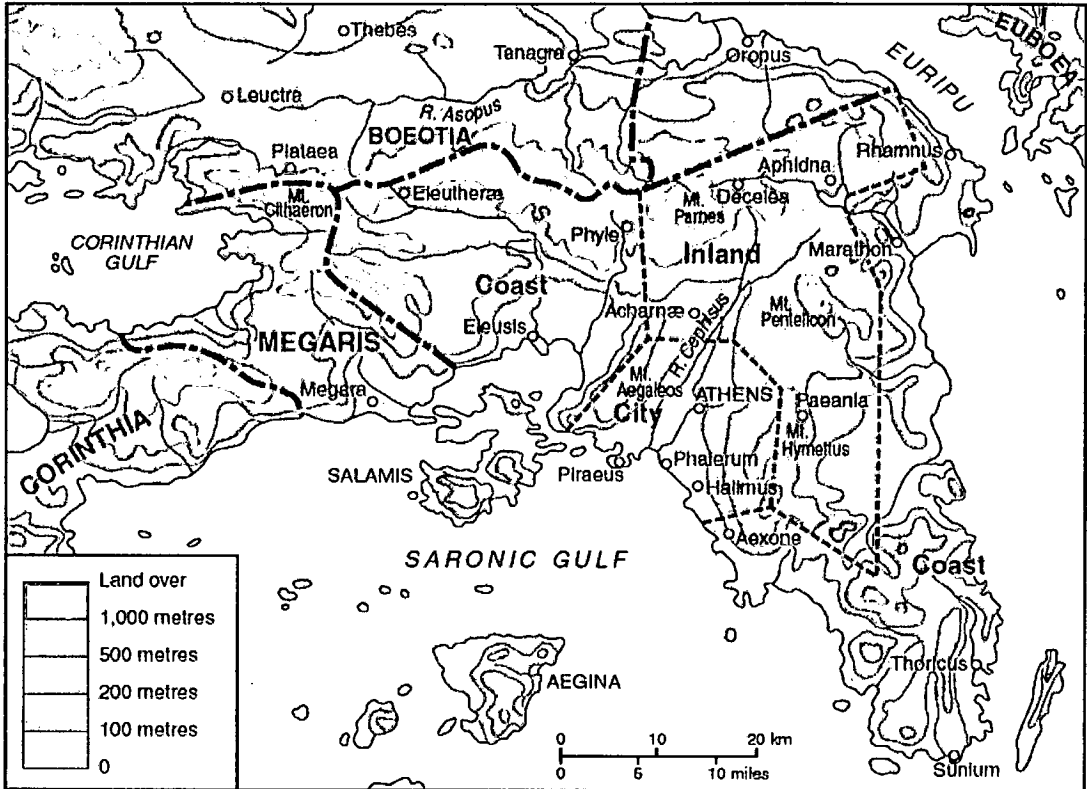
Esos 1.000 km² de terrenos elevados, entonces, deben ser descontados en tanto no eran útiles para la producción agrícola aunque no debemos perder de vista el hecho de que cumplían otras funciones importantes no solamente en cuanto a sus capacidades productivas sino también en relación a su inscripción dentro del imaginario antiguo acerca del espacio y la naturaleza, es decir, de lo que podríamos denominar el ámbito de las mentalidades³⁷.

³⁵ En términos generales la problemática se vincula a la presión demográfica sobre los recursos agrarios y a la puesta en producción de nuevos terrenos por incentivos mercantiles. La utilización de terrazas en terrenos escarpados durante la antigüedad griega ha sido tema ampliamente debatido por la historiografía y la arqueología desde hace por lo menos una veintena de años. El silencio de las fuentes antiguas junto a la imposibilidad de datar las terrazas existentes hoy en día en el mundo rural griego han hecho que la cuestión gire, principalmente, en torno a las posibilidades de utilizar datos proporcionados por la etnoarqueología para dar cuenta de la situación antigua (al respecto ver más arriba la nota 17). Remitimos al lector a la bibliografía básica sobre el tema: Osborne (1987: 28-31); van Andel & Runnels (1987: 145-51); Brunet (1990); de Reparaz (1990); Rackham (1990: 103-5) Rackham & Moody (1992); Lohmann (1992: 48-56); Isager & Skydsgaard (1992: 81-82); Burford (1993: 109-16); Hanson (1995: 79-85); Foxhall (1996; 2007: 61-8; 121-4); Price & Nixon (2005); Moreno (2007: 53-7 y 65-6) y Gallego (2009a: 173-5).

³⁶ Aquí nos referimos básicamente a las afirmaciones de Platón, *Critias*, 111b-c sobre las cuales remitimos al lector al análisis hecho más arriba en las notas 9 y 10.

³⁷ Foxhall (1992: 156) afirma que "For my purposes, «usable land» means anything that was worth owning for broadly agrarian purposes. i.e. that was not built over, dug out, or nothing but bare rock. By this reckoning at least half, and probably more, of the area of Attika was usable for agricultural activities of some kind: something over 1.000 km²". Esto no quiere decir naturalmente que los terrenos no aptos para la agricultura carecían de funciones productivas ya que como muestra Jardé (1925: 183) eran utilizados para la obtención de madera, materiales de construcción (piedras) y, principalmente, como tierras de pastura para el ganado; cf. Chevotarese (2000: 48). Para algunos autores el acceso a estos recursos resultaban importantes para que los labradores puedan completar su dieta y vital en contextos de

Mapa N° 2. Ática. Elevación del terreno.



Tomado de Rhodes (2007b: xii). El mapa muestra, junto con la elevación del terreno, las fronteras del Ática así como también las divisiones que estructuraban el territorio ateniense para fines administrativos desde las reformas de Clístenes: la costa (*paralia*), la ciudad (*asty*) y el interior (*mesogeia*).

Como podemos observar en el Mapa N° 3, esas cadenas montañosas fraccionan el territorio en zonas bien delimitadas entre las que se encuentran las tres grandes planicies del Ática³⁸: la ateniense (135 km²) en torno al valle del río Cefiso se extiende

crisis agrícolas: Gallant (1991: 115-21); Lane Fox (1996: 121-36). Cf. el análisis desarrollado por Forbes (1996) acerca de los distintos usos que las tierras no cultivadas en la Grecia moderna para pensar la situación en tiempos antiguos.

³⁸ El contraste entre montañas y planicies es un dato estructural del mundo mediterráneo: Braudel (1976: I: 29-132). En el caso específico de Grecia la extrema fragmentación del territorio ha sido tradicionalmente utilizada como un argumento para justificar la carencia de unidad política entre las *póleis* de la antigüedad. Sin embargo, en la actualidad tal postura ha perdido adherentes y el Ática, fraccionada en múltiples partes pero centralizada en un único núcleo político, es la mejor muestra del límite de la "explicación geográfica"; cf. Isager & Skydsgaard (1992: 10-1); Austin & Vidal-Naquet (1986:58).

entre las montañas de Egaléo, Himeto, Parnes y Pentélico; la de Eleusis o Triasia (95 km²) se encontraba delimitada por el Citerón y el Egaléo; y, por último, la de Mesogea (72 km²) situada entre el Himeto y el Pentélico limitando al sur con la zona montañosa de Laurión. En cuanto a fertilidad de la tierra se destacan las llanuras de Eleusis y el valle del río Cefiso siendo la Mesogea de menor potencialidad agrícola. Pero junto a las grandes planicies, también se encontraban disponibles para la agricultura una serie de pequeñas y fértiles llanuras como por ejemplo de la Maratón (15 km²), la de Skóurta (28 km²) y la de Mazi así como también algunos valles menores como el de Koundoura³⁹.

Este terreno fraccionado y las diferentes zonas a las que daba origen tenían una clara incidencia en las formas en las que la población humana ocupaba el territorio. En el año 431 a.C., en el contexto de la Guerra del Peloponeso, la población rural ateniense es forzada a moverse desde sus residencias en el Ática hacia la ciudad amurallada en busca de protección en razón de llevar adelante la llamada “estrategia de Pericles” para enfrentar la invasión de los ejércitos de la enemiga Liga encabezada por Esparta. Lo que nos interesa del relato tucídideo de aquella coyuntura es solamente que nos permite entender la importancia que tenía la residencia rural de una destacada proporción de la población ateniense, especialmente de los ciudadanos y sus familias. Como afirma el historiador, “la mayor parte de ellos [los atenienses], tanto antiguamente como después, hasta nuestra guerra, siguieron viviendo en los campos [*en toís agroís*] con toda su familia”⁴⁰. En correspondencia con lo anterior, a continuación reproducimos una serie de mapas que muestran la relación que se daba en la Atenas clásica entre esos accidentes geográficos (y las diferenciales potencialidades agrícolas y económicas a las que deban origen) de los que hemos hablado más arriba y los distintos núcleos poblacionales. En el **Mapa N° 3**, podemos ver destacados los terrenos elevados y las principales planicies así como también la relación entre esas características del territorio y los asentamientos poblacionales de mayor o menor densidad. De igual modo, en el **Mapa N° 4**, junto a los datos acerca de la elevación del terreno aparecen representados los nombres y el tamaño, es decir, la importancia, de los diferentes demos del Ática.

³⁹ Jardé (1925: 72); Cary (1949: 75-6); Ober (1985: 20); Lonis (1994: 127); Chevitarese (2000: 47-8; 2005: 52-3). Sobre la planicie de Maratón, ver el trabajo monográfico de Pritchett (1960) y la descripción de Isager & Skydsgaard (1992: 15-7).

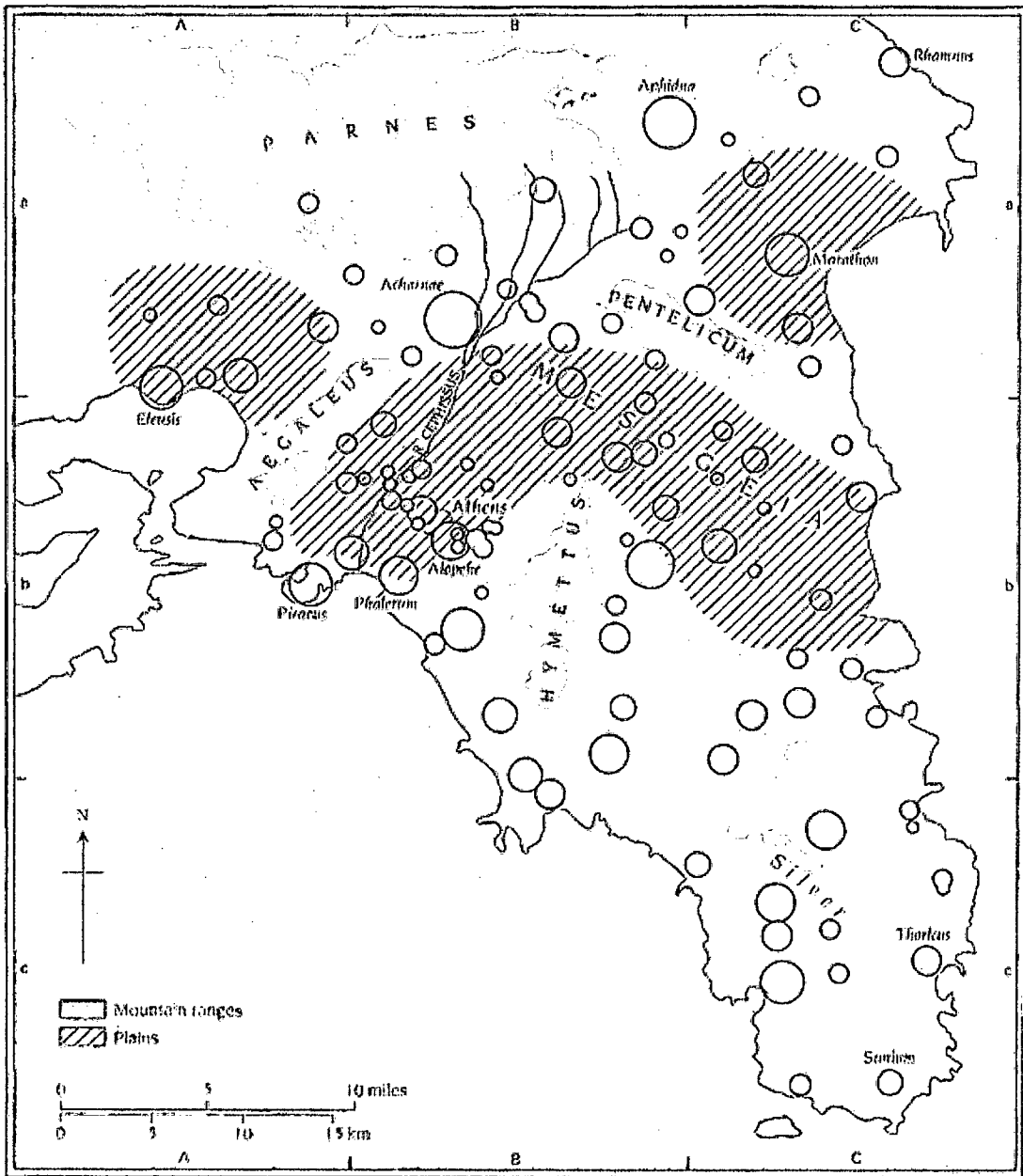
⁴⁰ Tucídides, 2.16.1.

Finalmente, en el **Mapa N° 5** se puede observar claramente, a partir del trabajo realizado por John Bintliff, la importancia que las zonas fértiles enumeradas más arriba tienen en cuanto a la concentración y la densidad de la población y a la constitución de los demos del Ática. Pero, a pesar de ello, no se debe perder de vista que, como resulta evidente al repasar los mapas, algunas tierras altas congregaban también agrupamientos poblacionales de cierta importancia como son por ejemplo los casos de la península de Laurión y del *dêmos* de Acarnes relacionado el primero con la explotación de los recursos mineros y el segundo con la producción de carbón⁴¹.

⁴¹ Boardman, Griffin & Murray (1986: 217) llaman la atención sobre la existencia de importantes asentamientos en tierras altas en las que las principales actividades serían, aparte del cultivo del olivo donde este era posible, el pastoreo, principalmente, de cabras y ovejas, y la obtención de madera. Sobre esta cuestión, ver más arriba nota 37. En relación a la distribución de la población, resultan importantes las reflexiones de Osborne (1985a: 38-43) acerca de que la pauta de asentamiento no es solamente un producto de las determinaciones geográficas y naturales (que en efecto parecieran influir poco) sino que deben ser tomados en cuenta otros factores sociales, políticos, religiosos, etc.; ver también el cuadro que presenta (39) en el que aparecen claramente relacionados las densidades demográficas de los demos (a través de la cantidad de consejeros que aportan) y el tipo de suelo sobre el que se ubican.

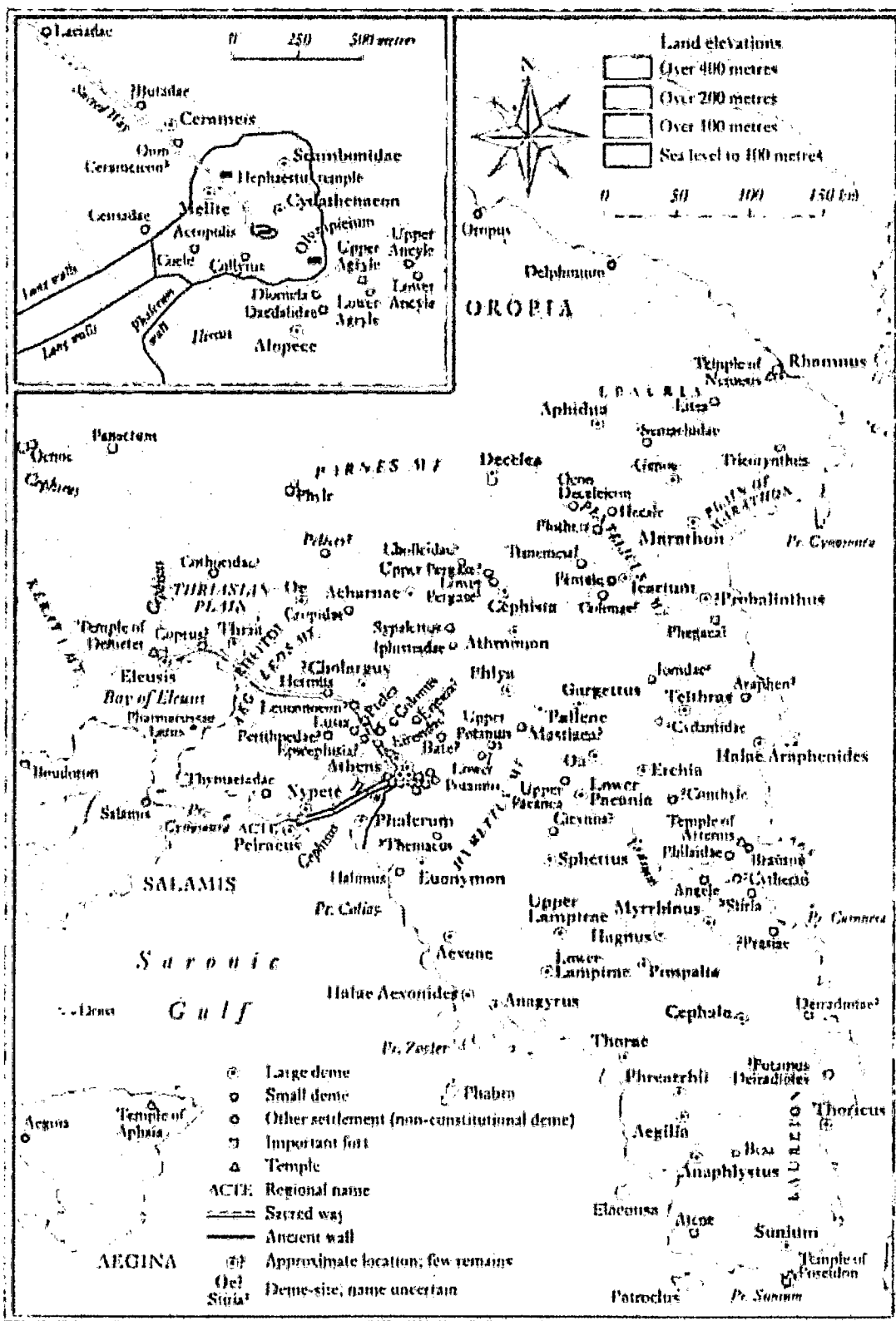
Debemos mencionar aquí un importante debate que se ha venido sosteniendo durante los últimos años principalmente a partir de los datos que las prospecciones arqueológicas del territorio rural han ido proporcionando. La discusión gira en torno a establecer cómo se desarrollaba la instalación de la población en el territorio, centralmente, si esta seguía una pauta de asentamientos nucleados (*nucleated settlement*) o predominaban las llamadas “granjas aisladas” (*isolated farmsteads; homestead farms*) generalmente vinculadas a la idea de intensificación agrícola. La bibliografía sobre el tema es muy extensa; sólo por destacar algunos aportes relevantes sugerimos ver la siguiente bibliografía. Hace ya casi treinta años, Pečirka, J. (1973: 133-7), aún reconociendo la existencia de granjas aisladas en otras *póleis*, dudaba de su presencia en el Ática. Por su parte Osborne (1987: 55-74 y 113-36) destacaba la importancia y la centralidad del asentamiento nucleado en el Ática, posición aceptada por Wood (1988:101-2-9). Roy (1988; 1996) ha planteado la posibilidad de encontrar sustento documental para las granjas aisladas tanto en la oratoria (Demóstenes, 55) como en el drama, principalmente en *Electra* de Eurípides aunque también en las comedias de Menandro. Por otro lado, las prospecciones arqueológicas han permitido identificar una serie de torres rurales (*pyrgos*) que han sido frecuentemente utilizadas como evidencia de la existencia de granjas aisladas; al respecto ver Morris, S. & Papadopoulos, J. (2005) donde se discute la bibliografía principal sobre la problemática; ver también Whitley (2001: 391-9). Cf. Hornblower (1991: 268-9) quien hace un pequeño estado de la cuestión (quizás algo desactualizado hoy en día) a partir de la discusión del pasaje de Tucídides al que nos hemos referido más arriba. Ver también Osborne (1985b); Isager & Skydsgaard (1992: 67-81); Burford (1993: 56-66); Chevitarese (2000: 133-49); Whitley (2001: 377-82, 388-9)), Hansen (2004a: 625-6) y Gallego (2005a: 34-41) quien hace un ajustado resumen de los principales argumentos de uno y otro bando; Bintliff (2006a: 20-3). Cf. la reciente propuesta de Jones (2000; 2004: 17-47).

Mapa N° 3. Atenas y el Ática. Planicies y distribución de la población.



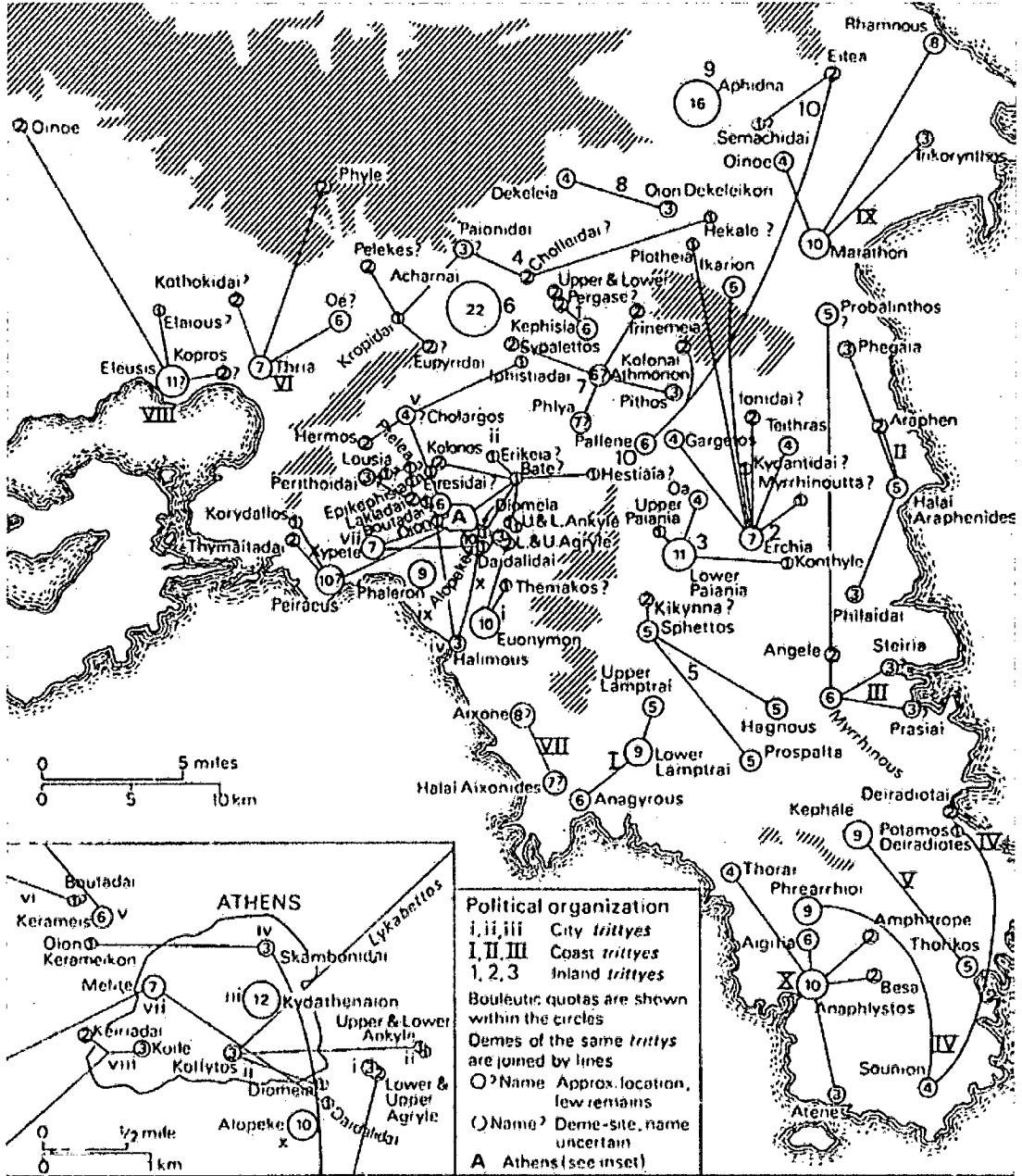
Tomado de Boardman; Griffin & Murray (1986: 218). Situación al comienzo del período clásico (509 a.C.). Los círculos indican núcleos poblacionales. A mayor tamaño del círculo corresponde una mayor densidad poblacional.

Mapa N° 4. Tamaño de los demos del Ática y elevación del terreno



Tomado de Murray & Moreno (eds. 2007: lxix) en base a Hammond (ed. 1981).

Mapa N° 5. Consejeros aportados a la *boulé* por cada uno de los demos del Ática



Tomado de Bintliff (2006a: 18) quien lo elabora en base a la formulación hecha por Traill (1975).

Reconstrucción de las comunidades aldeanas rurales del Ática junto con los distritos en los que se encontraba dividida la ciudad de Atenas. El tamaño de los círculos representa en número de consejeros que cada uno de los demos aportaban al Consejo de los Quinientos y puede ser tomado como un indicador aproximado acerca de la densidad poblacional relativa de cada una de las circunscripciones al momento de desarrollarse la reorganización de los demos a finales del siglo VI a.C.

Ahora bien, una vez descontados los terrenos montañosos no aptos para la agricultura, debemos avanzar en dilucidar qué porcentaje de tierra del Ática era cultivable. En primer término, debemos decir que, la cantidad de tierra de labranza existente en un determinado territorio no es un valor estático sino, por el contrario, uno dinámico. Esta elasticidad depende, por ejemplo, del sistema de cultivo elegido (especialmente el uso o no del barbecho y, en caso de utilizarse éste, bajo qué régimen⁴²) a la vez que se encuentra determinada, en parte, por las cantidades de trabajo y esfuerzo que son destinados a hacer posible la agricultura en ciertos terrenos que no son inmediatamente o naturalmente aptos para la labranza. El ejemplo típico de lo anterior, muy debatido por la historiografía contemporánea de la Grecia antigua, es el de la construcción de terrazas en las laderas de las montañas y en terrenos escarpados que requieren de un uso intensivo de la mano de obra. Pero sólo en determinados contextos y coyunturas, que se relacionan con la densidad demográfica y el nivel de presión de la población sobre la tierra, esa mano de obra necesaria se encuentra disponible y es socialmente posible su utilización para la construcción y el mantenimiento de las terrazas⁴³.

Pero más allá de esta cuestión, lo cierto es que a pesar de los esfuerzos hechos por los especialistas, no se ha podido arribar aún a claro consenso acerca de qué porción de la tierra del Ática era cultivable en la antigüedad. En virtud de ello, creemos

⁴² La cuestión acerca de la utilización o no del barbecho resulta central para entender la diferencia entre la tierra cultivable y la tierra efectivamente cultivada año a año. El tema fue profusamente debatido por la historiografía del mundo rural griego. Para Jardé (1925: 81-90) el barbecho era un dato relevante de la agricultura griega y se daba junto a un sistema de rotación bienal que determinaba que sólo la mitad de la tierra cultivable haya sido efectivamente cultivada año a año. Por su parte, Sallares (1991: 385-6) continúa sosteniendo la idea de predominio del barbecho bienal del mismo modo que lo hacen Skysgaard (1988: 81, 83) e Isager & Skysgaard (1992: 22-4, 49, 108-14) para quienes éste constituía la norma a la vez que piensan encontrar apoyatura documental en las fuentes antiguas al respecto (Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 383-91, 448-51, 458-64, 479-82; *Teogonía*, 971; Homero, *Iliada*, 10.351, 13.703-7, 18.541-49; *Odisea*, 5.127, 13.31; Jenofonte, *Económico*, 16.10). Sin embargo, Garnsey (1988: 93-4; 1992: 147-53; 1998: 186) se ha opuesto a la extendida idea del predominio del barbecho bienal y en el mismo sentido Osborne (1995: 32) ha planteado que éste se encontraba lejos de ser tan universal como suele ser propuesto. Dicha postura encontraría sustento en lo que se ha llamado por Halstead (1987: 81-5) el “modelo alternativo” de la labranza griega en donde el estercolado regular de los campos junto a una rotación entre cereales y legumbres habría sido lo común y no el barbecho; cf. Gallant (1991: 52-6); Burford (1993: 121-5); Whitby (1998: 104-5); Nagle (2006: 71-3); Moreno (2007: 19-22).

⁴³ Rackham (1990: 103-5); cf. Garnsey (1988: 92-3); Sallares (1991: 309). Al respecto de la construcción de terrazas para el aprovechamiento agrícola de las laderas de las montañas, ver más arriba la nota 35.

necesario hacer un breve repaso historiográfico sobre esta problemática que, como decíamos, se encuentra en la actualidad lejos de haber sido saldada por los estudiosos de la historia rural ateniense. Nuestro interés no es tanto tomar una u otra postura sino, más bien, establecer un límite mínimo y uno máximo de tierra cultivable para poder pensar, luego, en su distribución entre los ciudadanos

Un estudio pionero en relación a la problemática que ahora nos ocupa lo constituye el libro de Auguste Jardé publicado en 1925. Pero su importancia no está dada tanto por carecer de antecesores (de hecho la cuestión ya había sido tenida en cuenta por otros estudiosos con los que, incluso, Jardé discute) sino más bien por la enorme influencia que *Les céréales dans l'Antiquité grecque* ejercerá sobre la historiografía del mundo rural griego durante buena parte del siglo XX⁴⁴. Según el autor francés de los 2.400 km² con los que contaría el Ática, solamente el 20 % (es decir, 480 km², lo que equivale a 48.000 ha. de tierras de cultivo) sería apto para la agricultura y a ello habría que sumar el hecho de que el predominio del barbecho bienal hacía disponible para la labranza únicamente la mitad de ese porcentaje, es decir el 10%⁴⁵.

Las propuestas de Jardé recibieron amplios consensos académicos⁴⁶ hasta la aparición de *Famine and food supply in the Graeco-Roman world* de Peter Garnsey. Dicho trabajo constituye un momento importante en la historiografía del mundo rural antiguo ya que ha permitido reabrir algunos debates entre los especialistas sobre diferentes problemáticas vinculadas a la comprensión de las economías y las sociedades de la antigüedad clásica. A pesar de que Garnsey tomaba como referencia del tamaño del Ática el mismo valor que Jardé (2.400 km²), sin embargo, consideraba que la estimación elaborada por el autor francés sobre la cantidad de tierra cultivable era demasiado baja. Los fundamentos a partir de los cuales Garnsey hacía su valoración reposaban sobre tres elementos diferentes: en primer término, tomaba en cuenta el

⁴⁴ Sobre estas cuestiones y una contextualización historiográfica para lo que sigue, ver más arriba la nota 6.

⁴⁵ Jardé (1925: 52-3, 81-90, 142-3)

⁴⁶ Por ejemplo, para Gallo (1984: 62-70) solo poco más que el 20 % del Ática (50.000 ha.) podía ser cultivado en tanto el predominio del barbecho bienal hacía que poco más del 10 % de los 2.400 km² se encontraran en producción cada año. En el mismo sentido, Cary (1949: 75-6) propone que solo un cuarto de la tierra es cultivable. Por su parte, Starr (1977: 155-6), retomando una cifra pensada por Jardé (1925: 50) como "no muy probable", piensa que el Ática disponía de 69.000 ha. de tierra arable (es decir, aproximadamente el 28 %) con barbecho bienal

número de soldados hoplitas (y caballeros) poseedores de tierras con los que contaba Atenas y lo dividía por la cantidad de tierra arable dando esto como resultado lotes demasiado pequeños para las necesidades de tales sujetos sociales⁴⁷ si se parte de la idea de Jardé de que sólo el 20 % es cultivable (de la cual la mitad se encontraba en barbecho cada año); en segundo lugar, consideraba que, de alguna manera, la construcción y el uso de terrazas para el aprovechamiento de las laderas de las montañas y los terrenos escarpados había sido infravalorado por los especialistas⁴⁸; y, por último, el autor proponía una nueva interpretación de uno de los documentos más relevantes sobre la historia rural ateniense, la inscripción que contiene el decreto acerca de las primicias (*aparkhai*) que debía recibir el santuario de Eleusis (del año 329/8 a.C.)⁴⁹.

A partir de lo anterior, Garnsey, proponía, en reemplazo a las apreciaciones de Jardé, que la tierra apta para ser labrada en la Atenas clásica era de entre el 35 y el 40 % del total de su territorio (es decir, entre 840 y 960 km², lo que equivale a 84.000 y 96.000 ha.). Retomando los datos proporcionados por el censo de 1961, la cifra más baja (35 %), se obtiene de los resultados obtenidos acerca del nivel del cultivo en la Eparquía del Ática que, en relación a la época clásica, había perdido parte de su territorio en el noroeste en favor de la Eparquía de Mégara, especialmente la planicie de Tria. Pero junto a estos cambios administrativos deberían ser también tomadas en cuenta las tierras de labranza perdidas en la modernidad como resultado del avance de la urbanización (19 % del Ática según el citado censo) sobre zonas fértiles tanto en el interior como en el exterior de las murallas de la ciudad. De esa manera, y teniendo en consideración aquéllas dos cuestiones, la cifra más alta (40 %) resulta “razonable” para Garnsey⁵⁰. Pero el autor no solamente modificará la estimación de tierra cultivable con

⁴⁷ En relación al modelo de granja hoplita básica de entre 4 y 6 ha. establecido por Burford (1977/8) y retomado por Jameson (1977/8: 125 n.13).

⁴⁸ Sobre el uso de terrazas, ver la nota 35 más arriba.

⁴⁹ *JG* II² 1672. El texto se refiere a las ofrendas de las primicias de trigo y cebada que debían entregar los atenienses (y algunos aliados) al santuario de Eleusis como gratitud por la cosecha, cf. Brumfield (1981: 182-91); Isager & Skydsgaard (1992: 169-73). También se ha conservado una inscripción anterior datada entre los años 430 y 415 a.C. (*JG* I³ 78; cf. el estado de la cuestión en Cavanaugh (1996: 29-72)) aunque las comparaciones entre una y otra acerca de las cantidades exigidas deben ser tomadas con mucha precaución por haberse producido en contextos muy dispares; cf. Stroud (1998: 32-7, 109-10); Ober (1985: 23-4); Osborne (1987: 46); Sallares (1991: 393-4); Garnsey (1988: 99-101; 1998: 192, 201-5); Gallant (1991: 177); Whitby (1998: 107-8).

⁵⁰ Garnsey (1988: 92 y n. 11) retoma los datos del censo de 1961 a partir de Kayser & Thompson (1964: 301).

relación a la propuesta de Jardé sino que, además, pensará en un modelo de agricultura distinto⁵¹ en donde el cultivo de legumbres se encontraba bastante extendido, la rotación de cultivos hacía posible que la mayoría (e incluso la totalidad) de los campos produjeran alimentos cada año y el mantenimiento de suficiente ganado cerca de las tierras de cultivo harían posible el estercolado regular de las fincas rurales evitando así la extenuación de su fertilidad como producto del cultivo sin barbecho⁵².

Algo similar a la propuesta de Garnsey resulta el planteo desarrollado por Robin Osborne. En su *Classical landscape with figures* acepta la cifra tradicional de 2.400 km² como la extensión total del Ática y coincide con el límite máximo propuesto por Garnsey sobre la parte cultivable ya que para él, el 40 % (es decir 960 km², lo que equivale a 96.000 ha.) del Ática podía ser usada “de alguna manera”⁵³ para la agricultura. A pesar de esta coincidencia, sin embargo, para Osborne el terreno efectivamente cosechado cada año se reduciría de forma importante por encontrarse bastante extendido el uso del barbecho bienal, especialmente en las tierras de los ciudadanos acaudalados⁵⁴.

Por último, en *The ecology of the ancient Greek world*, Robert Sallares. Al igual que Garnsey y Osborne, para este autor los cálculos de Jardé deben ser revisados en tanto estimaron de un modo demasiado pesimista las potencialidades agrícolas del Ática. Del mismo modo que lo hace Garnsey, Sallares retoma los datos proporcionados

⁵¹ Desarrollado principalmente a partir del análisis de las fuentes literarias, el llamado “modelo convencional” de la labranza griega, , proponía una agricultura tradicional en donde el barbecho bienal era la norma, predominaba el cultivo de cereales (frecuentemente junta a los olivos), las legumbres eran escasamente utilizadas (lo que hacía imposible la rotación de cultivos entre cereales y legumbres) y el ganado (a excepción de aquel utilizado para tiro) era poco frecuente en las granjas agrícolas (a excepción de los meses invernales). Frente a esas concepciones, Garnsey (1988: 93-4) plantea lo que va a llamar el “modelo alternativo” que se ha elaborado, principalmente, a partir de sucesivas contribuciones hechas, principalmente, por quienes desde la arqueología fueron decostruyendo el modelo tradicional; al respecto ver Halstead (1987) donde la cuestión está claramente enunciada y Morris (1994a: 363-4) quien hace un balance de los aportes de distintos autores a la problemática; cf. Moreno (2007: 15-24).

⁵² Garnsey (1988: 89-94, 99-101; 1998: 183-95, 201-13).

⁵³ Osborne (1987: 46); cf. con su afirmación previa (1985a: 225 n. 82) de que “in classical period, when up to about 50 % of Attika might conceivably have been under some sort of cultivation” Sin embargo en (1995: 32) agrega que “If we allow for tree crops and pastoral exploitation, it may not be unreasonable to reckon half or more of Attica to have been exploited in antiquity, but the amount of land which could be cropped with cereals was somewhat less. there can be little doubt that Jardé’s figure of 20 per cent arable, only half of which was cropped each year, is too small, and the figure of around one third, or even a little more, is more reasonable”.

⁵⁴ Osborne (1987: 41-3, 46, 99; 1995: 32-3; Cf. 2004: 39-54)

por el censo de 1961 de los que se desprende que, en tiempos modernos, el 35 % (es decir, 840 km², lo que equivale a 84.000 ha.) del Ática podía ser cultivado. Sin embargo, el autor estaría dispuesto a aceptar una cifra mayor para el límite máximo de tierra arable, el 40 % (es decir, 960 km², lo que equivale a 96.000 ha.), si se tomaran en cuenta tierras de calidad extremadamente pobres. Por último, Sallares rechaza el “modelo alternativo” de labranza propuesto por Garnsey en tanto los bajos niveles de lluvia en el Ática harían inviable la producción de legumbres y el abono animal no se encontraría disponible para los granjeros atenienses de manera significativa como para incrementar los rindes del cereal de forma relevante. Como consecuencia de lo anterior, Sallares opta por aceptar el predominio del barbecho bienal en la antigüedad⁵⁵.

Si bien aquí hemos dado especial relevancia a las propuestas de Jardé, Garnsey, Osborne y Sallares, eso no quiere decir que otros autores no se hayan interesado también, por alguna u otra razón, al tema de qué cantidad de tierra en el Ática podía ser aprovechada para la agricultura⁵⁶. Sin embargo, creemos que la centralidad dada a aquéllos cuatro investigadores se encuentra plenamente justificada en tanto sus contribuciones han resultado muy influyentes en la historiografía acerca del tema y constituyen hoy una referencia ineludible.

Ahora bien, presentadas ya las principales interpretaciones historiográficas (que resumimos en la **Tabla N° 1**), es el momento de establecer los límites sobre los cuales se va a mover nuestra propuesta. En primer lugar, creemos que la cifra de 2.400 km² como base para calcular el territorio total del Ática es la correcta. Dicha estimación se encuentra hoy plenamente aceptada por los especialistas⁵⁷ y, por otro lado, no creemos operativo sumar a nuestra consideración territorios en los que o el control ateniense no

⁵⁵ Sallares (1991: 73, 79-80, 295-7, 300-1, 309-13, 372-89, 473 n.18).

⁵⁶ Por ejemplo, evaluando los recursos económicos del Ática, Ober (1985: 20) propone, basándose en el trabajo de Burford (1977/8: 171-2), que Atenas contaba con un área arable total de entre 140.000 y 200.000 acres (es decir, entre 56.655 a 80.963 ha.; entre el 22 y el 32 % aproximadamente). Para Foxhall (1992: 156) la “tierra usable” para fines agrícolas (que, en cierta medida, da cuenta de una idea más amplia que la de “tierra arable” frecuentemente manejada por la historiografía) era de algo más de 1.000 km² de un Ática concebido como de 2.000 km². Por su parte, Whitby (1998: 104) prefiere seguir los cálculos de Garnsey (1988: 92) y proponer entre un 35 y un 40 % del Ática como cultivable aunque tomando en cuenta las puntualizaciones de Sallares (1991:303, 309) acerca de que sólo el 30 % puede ser usado para cereales. En un estudio reciente, van Wees (2001: 51), retoma la propuesta de Osborne (1987: 46) acerca de que el 40 % del Ática estaba disponible para algún tipo de uso agrícola. Para Nagle (2006: 55), el 40 % de los 2.580 km² con los que contaría el Ática son cultivables.

⁵⁷ Sobre esta cuestión remitimos al lector a la nota 33 más arriba.

fue constante y la tierra no era poseída por sus ciudadanos, como era el caso de Oropo y Eléuteras, o se encontraban fuera del Ática, como ser el caso de las tierras poseídas por ciudadanos atenienses en las cleruquías, en tanto su carácter temporal o precario no haría más que distorsionar nuestra propuesta acerca de la distribución de la tierra⁵⁸.

Por otro lado, en relación a la tierra cultivable, creemos que, en la actualidad, ya no puede seguir siendo tomada por válida una cifra tan baja como la propuesta por Jardé en 1925. El avance de los estudios especializados ha permitido modificar aquella concepción y, en este sentido, creemos que es razonable tomar como un mínimo absoluto de tierra cultivable el propuesto por el censo de 1961 (más del 35 %, es decir, 840 km², lo que equivale a 84.000 ha.). Pero más aún, como hemos podido ver advierte Garnsey, debemos tomar en cuenta que la Eparquía del Ática en el momento del censo comprendía menos territorio que el Ática antigua y, a la vez, en la modernidad hay un avance de las construcciones urbanas sobre tierras fértiles que en la época clásica se encontraban disponibles para la labranza. De la misma manera, debemos tener en cuenta que en relación a nuestros días, en la antigüedad posiblemente más cantidad de tierra se encontraba bajo cultivo como se desprende, por ejemplo, de los trabajos de fotografía aérea⁵⁹ así como también del hecho de que puedan verse hoy en día los restos de terrazas agrícolas construidas en la antigüedad que se encuentran en la actualidad no cultivadas. Creemos, por último, pertinente tomar en consideración el concepto de "usable land" esgrimido por Lin Foxhall que no solamente comprende a las tierras en las que efectivamente se podía cultivar sino toda aquella porción del territorio que valía la pena ser poseída para diferentes propósitos agrarios en un sentido amplio⁶⁰. En síntesis, tomando en cuenta todo lo expuesto, creemos que resulta prudente plantear un límite máximo de tierra posible de ser labrada por los ciudadanos del orden del 50 % del total del Ática (es decir, 1200 km², lo que equivale a 120.000 ha.).

⁵⁸ Pero esto no supone que las cleruquías no sean importantes para nuestro estudio; sobre ellas, ver más adelante el Cap. VI.ii.2.

⁵⁹ Jameson (1992: 145); por su parte Ober (1985: 20 n. 11) afirma que "It is probable that more land was under cultivation in antiquity than in modern times"; cf. Lohmann (1992: 51); Bradford (1956).

⁶⁰ Foxhall (1992: 156). En este sentido, Finley (1985: 59), retomando la idea de Jardé de que entre el 18 y el 20 % de la tierra era productiva para el grano, agregaba que "olive and grape culture rendered perhaps another 5 or 10 per cent productive".

Sin embargo, si nuestra intención es entender como ésa tierra se encontraba distribuida entre los ciudadanos, debemos tener en cuenta lo que comúnmente se denomina “propiedad pública”. En efecto, no toda la tierra disponible para la agricultura formaba parte de los bienes individuales de los ciudadanos sino que la *pólis* (o a alguna de sus subdivisiones) disponía, junto a la mayor parte de los terrenos incultos y de pastura⁶¹, de una serie de lotes de tierra arable⁶² que arrendada y/o vendía a los ciudadanos por diferentes motivos⁶³. Si bien para el siglo V a.C. nos encontramos en una situación documental mucho menos auspiciosa que para el siglo IV a.C. (tanto en relación a las fuentes epigráficas como literarias), creemos razonable postular que, por lo menos, el 5 % de la tierra cultivable se encontraba bajo el dominio directo de la ciudad o alguna de sus agrupaciones⁶⁴. En conclusión, entonces, proponemos establecer el límite máximo de nuestro modelo en el 45 % del total de la tierra de Atenas (es decir, 1080 km², lo que equivale a 108.000 ha.).

⁶¹ La cría de ganado era de especial importancia para las prácticas religiosas desarrolladas en torno a los sacrificios y las fiestas colectivas. Es por ello que los santuarios controlaban tierras donde se producían los rebaños y existían prohibiciones de cultivar en las tierras “sagradas”; al respecto, ver el reciente trabajo de McNerney (2010: 123-216) con bibliografía.

⁶² Estas tierras recibían el nombre de *koiné* (“común”), *demósia* (“pública, perteneciente al Estado, en ocasiones sinónimo de *koiné*”) y *hierá* (“sagrada”); las traducciones provienen de Isager & Skydsgaard (1992: 121).

⁶³ No podemos tratar el tema aquí por lo que remitimos al lector a otras partes de esta obra donde se abordan estas problemáticas y se cita la bibliografía pertinente. Acerca de la cuestión de la “propiedad” de la tierra y la relación entre las tierras “públicas” y “privadas”, ver el Cap. IV.ii. En tanto, en relación a la cuestión del arrendamiento de la tierra, ver más adelante el Cap. VII.i.

⁶⁴ Lewis (1973: 198-9; 1990: 259-60); cf. Andreyev (1974: 43).

Tabla N° 1. Tierras cultivables en Atenas según Jardé, Gransey, Osborne y Sallares

	Jardé	Garnsey	Osborne	Sallares	Aceptado
Territorio de Atenas (km ²)	2.400	2.400	2.400	2.400	2.400
% del territorio cultivable	20	35 – 40	33 - 40	35 – 40	35 (mín.) - 45 (máx.)
Territorio cultivable (km ²)	480	840 – 960	792 - 960	840 – 960	840 (mín.) – 1.080 (máx.)
Hectáreas (ha.) disponibles para la labranza	48.000	84.000 - 96.000	79.200 - 96.000	84.000 – 96.000	84.000 (mín.) – 108.000 (máx.)

Una vez que pudimos entender las características del Ática como espacio agrícola y la cantidad de tierras aptas para la agricultura, y por ende posibles de encontrarse bajo la posesión de los ciudadanos (sobre las características de la “propiedad” de la tierra hemos hablado en Cap. IV.ii), pasemos ahora a otra de las cuestiones fundamentales sobre las que debemos trabajar que es la del número de ciudadanos atenienses, es decir, la cantidad de posibles poseedores de esas tierras.

II. LOS HOMBRES

En el año 413 a.C., durante el momento previo a la última batalla de la desastrosa expedición a Sicilia, uno de los generales atenienses, Nicias, culminaba su alocución a la tropa diciendo:

“«...y los atenienses volveréis a enderezar el gran poderío de nuestra ciudad, por muy caído que ahora se encuentre. Porque son los hombres los que constituyen una ciudad [*ándres gàr pólis*] y no unas murallas o unas naves vacías de hombres [*kai ou teikhe oudè nêes andrôn kenai*]»”⁶⁵

Pero no es el contexto o la autenticidad de la frase atribuída a Nicias en el relato de Tucídides lo que nos interesa. Lo que interesa aquí destacar del pasaje es una frase: *ándres gàr pólis*. Sin lugar a dudas, Tucídides estaba colocando así en boca del *strategós* ateniense algo que podríamos definir como un lugar común para el pensamiento griego que ya contaba con algunos antecedentes⁶⁶ por ejemplo en la lírica arcaica⁶⁷ y en las tragedias de Esquilo⁶⁸ y Sófocles⁶⁹.

La traducción literal de aquél enunciado de Nicias sería “los hombres, ciertamente, la ciudad” o “los hombres, en efecto, la ciudad”. Indudablemente lo que se quería significar, es la idea de que “los hombres son, por cierto, la *pólis*”. A pesar la brevedad de la frase, dos reflexiones se imponen sobre la cuestión. En primer lugar merece ser destacado el uso de la palabra *ándres*. Tal término, y su singular *anér*, es uno de los principales en la lengua griega para hablar del “hombre”; el otro es *ánthropos*. Sin embargo, uno y otro tienen características y connotaciones diversas. Por un lado, *anér* designa a un tipo específico de hombre, aquél que es masculino, viril, mayor de edad y apto para la vida política y la guerra⁷⁰; es decir, un término que opera casi como

⁶⁵ Tucídides, 7.77.7; cf. Mossé (1995: 182).

⁶⁶ Cf. Hornblower (2008: 720-1) para un análisis más extenso del pasaje, acompañado de referencias bibliográficas y centrado en la relación entre las murallas y los barcos y la *pólis*; ver asimismo Longo (1974; 1975); Loraux (1993: 282-97); Will (1997: 375-8); Osborne (1985a: 8); Canfora (1993: 154-7).

⁶⁷ “...pues son los hombres la torre que defiende la ciudad... [*ándres gàr pólios pýrgos areúios*]”, Alceo, Fr. 112 (Loeb-Page).

⁶⁸ Esquilo, *Los persas*, 349: “REINA. - ¿Entonces, está todavía sin destruir la ciudad? / MENSAJERO. - Así es, pues mientras hay hombres, eso constituye un muro inexpugnable [*andrôn gàr ónton érkos estin asphalés*]”.

⁶⁹ Sófocles, *Edipo Rey*, 53-7: “Pues, si vas a gobernar esta tierra, como lo haces, es mejor reinar con hombres en ella que vacía, que nada es una fortaleza ni una nave privada de hombres que la pueblen [*oudén estin oúte pýrgos oúte naús éremos andrôn mē xynoikóinton éso*]” Cf. Heródoto, 8.100.2 quien propone algo similar pero expresado desde el lado persa.

⁷⁰ Cf. Liddell & Scott (1996: s.v. *anér*); Chantraine (1999: s.v. *anér*).

un sinónimo de *polítes* (ciudadano)⁷¹. Es por ello que resulta común encontrar en nuestras fuentes invocaciones del estilo de *ô ándres* (hombres); *ô ándres polítai* (hombres ciudadanos) u *ô ándres athenaíoi* (hombres atenienses) que a través del uso del vocativo buscan referirse a los presentes en los discursos pronunciados ante una asamblea o ante el jurado en contextos forenses donde también se verifica el uso de *ô ándres dikastai* (hombres jueces)⁷². Pero por otro lado, enfrentado a *ánér*, *ánthropos* nos habla del hombre en tanto ser genérico, sea éste griego o bárbaro, libre o esclavo⁷³. Entonces, teniendo esto en mente, si quisiéramos reflejar en un sentido más estricto aún la frase citada al comienzo de este apartado, deberíamos traducirla diciendo que “los ciudadanos, son, en efecto, la *pólis*”. Y esta opción nos remite directamente a la propuesta aristotélica sobre cómo debe definirse a la *pólis*: Aristóteles dirá que “la ciudad, en efecto, es una cierta multitud de ciudadanos [*he gàr pólis politôn ti plêthós estin*]⁷⁴ o, en igual sentido, que “la ciudad es una cierta comunidad, y es una comunidad de ciudadanos en un régimen [*koionía politôn politeías*]⁷⁵”.

Los hombres que nos interesan aquí, entonces, son aquéllos que para el pensamiento griego *eran* la *pólis*, es decir, los *polítai*, los ciudadanos de pleno derecho

⁷¹ Loraux (2003: 285).

⁷² El uso del motor de búsqueda del *Perseus Digital Library* arroja los siguientes resultados: para *ô ándres* disponemos de 216 coincidencias; para *ô ándres polítai*, 6 entradas; *ô ándres athenaíoi* genera 62 resultados y, finalmente, *ô ándres dikastai* da lugar a 85. Si bien la mayoría de los resultados proceden de los oradores (Antífonte, Esquines, Andócides, Demóstenes, Isócrates, Lisias, Iseo, etc.) también se verifican en la tragedia (Esquilo, Sófocles, Eurípides), la comedia (Aristófanes), la historia (Heródoto, Tucídides y Jenofonte) y la filosofía (Aristóteles, Platón, etc.).

(http://www.perseus.tufts.edu/hopper/searchresults?target=greek&all_words=&phrase=w%29%3D+a%29%2Fndres&any_words=&exclude_words=%29aqhnaí%3Doi+dikastai%2F&documents=)

(http://www.perseus.tufts.edu/hopper/searchresults?target=greek&all_words=&phrase=w%29%3D+a%29%2Fndres+poli%3Dtai&any_words=&exclude_words=&documents=)

(http://www.perseus.tufts.edu/hopper/searchresults?language=greek&inContent=true&all_words=&phrase=w%29%3D+a%29%2Fndres+%29aqhnaí%3Doi&any_words=&bad_words=)

(http://www.perseus.tufts.edu/hopper/searchresults?target=greek&all_words=&phrase=w%29%3D+a%29%2Fndres+dikastai%2F&any_words=&exclude_words=&documents=).

⁷³ Cf. Liddell & Scott (1996: s.v. *ánthropos*); Chantraine (1999: s.v. *ánthropos*). Para un análisis de *ánér* y *ánthropos* en relación al problema de la esclavitud en el contexto aristotélico, ver Gallego (2007a). Es por esta diferencia que “hacerse hombre” (*ánér*) no está abierto a todos en la ciudad griega, ver Cambiano (1993). Sobre la importancia de la comunidad en la definición del “hombre griego”, ver Gallego & Lewkowicz (1996); Cf. Vernant (1993). Sobre la relación entre *ánér* y el “trabajo penoso” (*pónos*), ver Loraux (2003: 55-74).

⁷⁴ Aristóteles, *Política*, 3.1274b 41.

⁷⁵ Aristóteles, *Política*, 3.1276b 1-4.

en tanto sujetos que detentaban el monopolio del acceso a la tierra de la ciudad, a la *gé politiké*⁷⁶. Si bien, como enunciábamos más arriba en términos generales los datos estadísticos son escasos incluso para la Atenas clásica, sin embargo, debemos decir que para la demografía de los ciudadanos varones mayores de 18 años este problema no es tan profundo en comparación con otros sujetos sociales como son los esclavos, los metecos y las mujeres. Las *póleis* tenían interés en conocer el número de ciudadanos adultos en virtud de contar con datos sobre aquéllos que se encontraban habilitados para la participación política, podían ser requeridos a contribuir económicamente y, principalmente, podían ser movilizados militarmente en defensa de la ciudad⁷⁷. A su vez, la conocida preocupación por temas militares de la literatura antigua nos ha legado una serie de datos que permiten reconstruir, en parte, las dimensiones del cuerpo cívico ateniense durante el siglo V a.C. Sin embargo, como afirma Mogens H. Hansen en un estudio clásico sobre el tema pero para el siglo siguiente al que aquí nos ocupa, la cifras provenientes de contextos de enunciación vinculados a temas militares, si bien son fundamentales, no deberían de ser tomadas de un modo superficial sino que, más bien, se debe agudizar la vigilancia para evitar trasladar mecánicamente las cantidades de guerreros en cantidades de ciudadanos:

“Most of our information about the size of the Athenian population and the number of citizens is *based on* army figures, but army figures must never be *equated with* population figures (or *vice versa*)”⁷⁸.

⁷⁶ Sobre los aspectos generales de la ciudadanía ateniense y su evolución histórica, ver Davies (1977/8); Sealey (1987: 5-31); Manville (1990; 1994), Sancho Rocher (1991) y Mossé (1993a; 1995:15-67); en relación a diferentes aspectos de la ley de ciudadanía de Pericles del 451 a.C., sigue siendo útil el texto de Patterson (1981); cf. Boegehold (1994). Por último, sobre el monopolio ciudadano en el acceso a la tierra hemos hablado en el Cap. IV.ii.

⁷⁷ Si bien “el Estado ateniense registraba aproximadamente el número de los hombres movilizables”, sin embargo, “nunca los publicó en piedra” por lo que dicha información está perdida, Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 210); cf. Finley (1986a:22). Ver Hansen (1985:13-6) acerca del desconocimiento de los atenienses sobre su propio número y las características del *lexiarchion grammáteion* y del *pinax ekklesiastikós* mantenidos ambos en los demos y las 42 estelas de bronce situadas frente al bouleuterion ([Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 53.4-5).

⁷⁸ Hansen (1985: 16), el subrayado corresponde al autor; cf. Gomme (1933: 3-4)..

Ahora bien, una primera cifra relevante que debemos tomar en cuenta para nuestro período es proporcionada por Heródoto. Según el historiador de Halicarnaso, en el año 498 a.C. Aristágoras de Mileto pudo convencer a los atenienses cuando se dirigió a la asamblea en contraste con lo que le había sucedido anteriormente con Cleómenes I, uno de los reyes de Esparta. Como consecuencia de lo anterior, nuestra fuente extrae la siguiente conclusión:

“Parece, pues, que resulta más fácil engañar a muchas personas que a un solo individuo, si tenemos en cuenta que Aristágoras no pudo engañar a una sola persona –el lacedemonio Cleómenes-, y en cambio logró hacerlo con treinta mil atenienses [*treís myriádas Athenaíon*]”⁷⁹.

Es razonable pensar que con *treís myriádas Athenaíon* Heródoto está haciendo referencia de forma figurada al número total de ciudadanos atenienses (suponemos) varones mayores de 18 años en esa época. De ningún modo la frase puede dar cuenta de los asambleístas presentes en la *ekklesia* al momento de pronunciar Aristágoras su discurso⁸⁰ sino que, más bien, ésa asamblea que fue engañada opera en el discurso como si quien hubiera sido engañado fuera la totalidad de los supuestos 30.000 atenienses que compondrían el cuerpo cívico. El propio Heródoto más adelante en la obra, refiriéndose al contexto de la batalla de Salamina, cuando el Ática había sido abandonada por los atenienses y las tropas de Jerjes devastaban el territorio, afirma que Diceo, hijo de Teócides, “vio que desde Eleusis avanzaba una polvareda, como si la

⁷⁹ Heródoto, 5.97.2.

⁸⁰ Cf. Tucídides, 8.72.1 para quien “nunca los atenienses...se habían reunido a deliberar sobre un asunto de tal envergadura que diera lugar a una asamblea de cinco mil ciudadanos”; a pesar de que en este pasaje el texto tucidideo puede estar operando el problema de la llamada “constitución de los 5.000”; cf. Hansen (1983: 9; 1991: 130); Hornblower (2008: 967). Pero, más allá de ellos, sabemos que para algunas decisiones se requería el voto o el quórum de al menos 6.000 ciudadanos (Demóstenes, 24.46; [Demóstenes, 59.89]), como por ejemplo para el caso del ostracismo aunque la cuestión se encuentra actualmente en debate, cf. Dabdab Trabulsi (1991: 71-5); Brenne (2001: 23); Forsdyke (2005: 149). Pero más allá de ello, 30.000 es un número imposible, incluso, para las características físicas de la Pnix; cf. Hansen (1976a: 117-21) sobre la cuestión. Pero acerca del tema de la participación política hablaremos más adelante en el Cap. Vi.i.2.

causasen poco más o menos unos treinta mil [*trismyríon*] hombres [*andrôn*]⁸¹ que entonaban invocaciones rituales en honor a Yaco propias de los Misterios⁸².

Pero no solamente en Heródoto y para los inicios del siglo V a.C. se puede encontrar la idea de que Atenas contaba con 30.000 ciudadanos. Aproximadamente en el año 391 a.C., luego de la catástrofe demográfica que supuso la derrota militar de Atenas en la Guerra del Peloponeso⁸³, en una obra de Aristófanes se vuelve sobre la misma valoración cuantitativa de los atenienses de pleno derecho cuando el comediógrafo le hace decir al personaje de una criada: “¿Quién podría ser más dichoso, cuando eres el único de entre los más de treinta mil ciudadanos [*politón pleíon è trismyríon*] que todavía no ha cenado?”⁸⁴.

Sin embargo, la idea enunciada por Heródoto y Aristófanes de que Atenas contaría con 30.000 ciudadanos a principios de los siglos V y IV a.C. pareciera tratarse más que de un dato estadístico o de un cálculo aproximativo, de un *topos*, es decir, de un lugar común del pensamiento griego de la época para referirse a las ciudades que eran consideradas de gran tamaño⁸⁵. Por ello en una comedia de Menandro leemos que “Son las ciudades todas, para hablar aproximadamente, mil. Treinta mil habitan cada una [*trismýrioi oikoús hekástēn*]⁸⁶. Allí vemos claramente que 30.000 opera como una cantidad estandarizada del mismo modo que sucede cuando el platónico Sócrates del *Banquete* le dice a Agatón que su sabiduría “se ha puesto de manifiesto anteayer en presencia de más de treinta mil griegos [*tôn Hellénon pleíon è trismyríois*] como testigos”⁸⁷. Si tomamos en cuenta que el evento referido tuvo lugar en el teatro de

⁸¹ Heródoto, 8.65.1.

⁸² Se supone que los ciudadanos solían acompañar en masa las procesiones como queda claro en Plutarco, *Alcibíades*, 34. Para una introducción a los Misterios de Eleusis, Mylonas (1961); Clinton (1974); Vernant (1991: 65-8); Bruit Zaidman & Schmitt Pantel (2002: 113-20) y Kerényi (2004).

⁸³ Sobre las consecuencias sociales y demográficas de la derrota militar ver: Strauss (1986: 70-86).

⁸⁴ Aristófanes, *Las assembleístas*, 1131-3.

⁸⁵ Ya para unos de los primeros comentaristas modernos de Heródoto, How & Wells (1989-1990: 5.97), la cifra resulta un estereotipo que no refleja necesariamente la realidad ateniense. Del mismo modo Gomme (1933: 3); Patterson (1981: 51-6); Hansen (1985: 26-7); Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 213-4) y Moreno (2007: 28).

⁸⁶ Menandro, *Epitrépones*, 1087-9.

⁸⁷ Platón, *Banquete*, 175e; cf. [Platón], *Axiochus*, 369a donde aparece el mismo número pero para asistentes a la asamblea y [Demóstenes], 25.51 quien habla de 20.000 ciudadanos atenienses [*dismýrioi pantes Athenaiói*].

Dionisio emplazado en una de las laderas de la Acrópolis ateniense, que podía albergar aproximadamente a 15.000 espectadores⁸⁸, resulta evidente, entonces, el uso proverbial de la referida magnitud.

Las fuentes hasta aquí citadas, en virtud de su carácter tópico, resultan muy limitadas para tratar de aprehender las dimensiones sociales y demográficas del cuerpo cívico ateniense. Sin embargo, la evidencia literaria proveniente de textos en los que las preocupaciones militares se encuentran en el centro de la escena permite avanzar un poco más en la reconstrucción de la ciudadanía ateniense en el siglo V a.C. Al respecto, contamos con algunas informaciones de principios de siglo enmarcadas en el contexto del enfrentamiento entre griegos y persas. El primer dato que debemos tomar en cuenta es el brindado por el biógrafo romano del siglo I a.C. Cornelio Nepote. Según este autor, las fuerzas de Atenas en la batalla de Maratón (490 a.C.) estaban compuestas por 9.000 atenienses a los que se sumaban los 1.000 combatientes provenientes de la ciudad aliada de Platea. En consecuencia, en el combate tomaron parte “*decem milia armatorum completa*”⁸⁹, es decir, 10.000 soldados “completamente armados” lo que equivale a hoplitas. Debemos suponer que esos hoplitas atenienses se encontraban en un rango de edad que va de los 20 a los 49 años, es decir, dentro del grupo etario de los movilizables por la *pólis* en un contexto de guerra (los menores de 17 años no participaban militarmente, quienes tenían entre 18 y 19 al igual que los de entre 50 y 59 lo hacían en la guarnición mientras que los mayores de 60 estaban exentos⁹⁰). Más de una década después de Maratón, sabemos gracias a Heródoto, que los atenienses aportaron 8.000 hoplitas situados en el ala izquierda de las fuerzas aliadas en la batalla de Platea (479 a.C.)⁹¹. En cuanto a los contingentes navales, Atenas proveyó 127 barcos en la batalla de Artemisio⁹² (480 a.C.) y 180 en la de Salamina el mismo año⁹³.

⁸⁸ Cf. Amott (1989: 60); Wiles (2000: 112) y Storey & Allan (2005: 46-7).

⁸⁹ Nepote, *Milciades*, 5.1; también *Suda*, I 545 (Adler); cf. Justino 2.9.9 para quien los atenienses contaban con 10.000 hoplitas a los que se sumarían otros 1.000 aportados por Platea.

⁹⁰ Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 212). Sin embargo, en Pausanias, 10.20.2 leemos que “a Maratón fueron, contando con los de la edad inútil y los esclavos, no más de nueve mil atenienses [*Athenaíoi sùn helikía te té akhreío*]”

⁹¹ Heródoto, 9.28.6.

⁹² Heródoto, 8.1.1.

⁹³ Heródoto, 8.44.1.

Pero más allá de estos datos de las primeras décadas del siglo V a.C., es en un pasaje de Tucídides donde se encuentran las informaciones más relevantes para reconstruir el cuerpo cívico ateniense durante la “democracia radical”. En él, el historiador relata el recuento supuestamente hecho por Pericles ante la *ekklesia* acerca de medios con los que contaba Atenas en el momento previo al inicio de la llamada guerra arquidámica (431 a.C.). Por la importancia del fragmento, nos permitimos citarlo en extenso:

“De este modo, pues, con la consideración de los recursos, [Pericles] les dio confianza [a los atenienses]; en cuanto a los hoplitas, tenían trece mil [*hoplitas de triskhilious kai myrious*], sin contar los que servían en los fuertes y los dieciséis mil que montaban guardia a lo largo de las murallas [*aneu ton en tois phrouriois kai ton par' epalxin hexakiskhilion kai myrion*]. Tal era en efecto, al principio, el número de hombres destinados a la defensa cuando el enemigo efectuaba una invasión: estaba formado por los hombres más viejos y los más jóvenes y por los metecos que eran hoplitas [*ton presbytaton kai ton neotaton, kai metoikon hosoï hoplitai esan*]. [...] Hizo ver también que había mil doscientos jinetes [*hippeas*], comprendidos los arqueros a caballo [*xyn hippotoxotais*], mil seiscientos arqueros [*toxotas*] y trescientas trirremes [*triereis*] en estado de hacerse a la mar. Éstas, y no inferiores a éstas en ningún aspecto, eran las fuerzas de los atenienses cuando iba a producirse la primera invasión de los peloponesios y se rompían las hostilidades”⁹⁴.

⁹⁴ Tucídides, 2.13.6-9; cf. Hammond, M. & Rhodes, P.J. (2009: 510) y el comentario de Hornblower (1991: 255-8) donde se sintetizan algunos de los problemas de interpretación a los que dio lugar. Sobre el pasaje en general y sobre la explicación que desarrollamos a continuación, ver Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 214-22) y Hansen (1981; 1988: 14-28) quien toma en cuenta las discusiones previas; cf. Fawcus (1909) y Gomme (1927). Cf. van Wees (2004: 241-3).

En primera instancia, Tucídides habla de 13.000 hoplitas, cifra que repite más adelante en la obra cuando relata la invasión ateniense a la Megáride⁹⁵. Lo primero que debemos decir es que en comparación con los datos de principios de siglo que analizamos más arriba, en este repaso de las fuerzas atenienses que habría hecho Pericles, la dimensión de los hoplitas listos para la batalla (de 20 a 49 años) aparece claramente acrecentada: mientras que en Maratón Atenas contaba con 9.000 soldados de infantería pesada, en el año 431 a.C. a este grupo corresponden 13.000 individuos lo que implica un crecimiento un poco mayor que el 44 %. Resulta difícil pensar que tal expansión hubiera podido darse únicamente como consecuencia del crecimiento vegetativo de la población en un período de casi 60 años. Por lo tanto, creemos que también deberían ser consideradas las posibilidades de que, por un lado, como consecuencia de la expansión económica de la ciudad durante la Pentecontecia, cierta cantidad de ciudadanos pobres (*thêtes*) se hayan incorporado al ejército como soldados de infantería pesada⁹⁶; y por otro lado, la inclusión en los demos y las fraternías, es decir en la ciudadanía, de sujetos que no procedían de familias atenienses⁹⁷.

Pero más allá de ello, el principal problema de interpretación en el pasaje citado está dado por la existencia de los 16.000 soldados de guarnición con los que contaría

⁹⁵ Tucídides, 2.31.2: “Éste fue el mayor ejército ateniense que jamás se logró juntar, pues la ciudad estaba todavía en la plenitud de sus fuerzas y aún no había sufrido la peste. Los atenienses propiamente dichos no bajaban de los diez mil hoplitas [*myrion gâr hoplitôn ouk elássous êsan autoi Athenaiôi*] (aparte de los tres mil que tenían en Potidea)”.

⁹⁶ Tal es la postura de Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 214) que estiman, basándose en fuentes griegas pero también en datos del mundo romano y de otras sociedades preindustriales, el crecimiento vegetativo anual en un 0,25 %. Para el período aquí considerado esto implicaría que a los 9.000 hoplitas de 490 a.C. habría que sumarle 1.350 por crecimiento vegetativo en 60 años quedando por explicar el origen de los 2.650 que restan para completar los 13.000 enunciados en Tucídides. En contraposición, Sallares (1991: 95-6) se muestra crítico de las posturas más pesimistas y ve posible un rápido crecimiento de la población ciudadana ateniense a causa de la disponibilidad de tierras que proporcionaba el sistema imperial. En ese sentido, para el Ática del período arcaico se ha propuesto un modelo en base a un crecimiento anual de la población del 4 %; Snodgrass (1980: 23) y Murray (1983: 64, 103); cf. Morris (1987); Whitley (1991: 162-5); Snodgrass (1991: 15-6); Osborne (1998: 91-111). Sin embargo, ver las críticas de Hansen (1982: 172, 175-6; 1985: 8-9, 11; 2006: 55) que estima poco probable un crecimiento anual superior al 1 % en cualquier sociedad preindustrial y propone retomar los datos provenientes del temprano imperio romano para la demografía de la Grecia clásica lo que implicaría reconocer un crecimiento anual del 0,5 % de la población; sin embargo, la tasa de crecimiento de los ciudadanos se reduciría gravemente a causa de la ley de ciudadanía de Pericles (451 a.C.) y la imposibilidad de reemplazar a los emigrantes con inmigrantes.

⁹⁷ Ver al respecto los aportes de Patterson (1981: 40-81); cf. Hansen (1982: 184; 1985: 9).

Atenas y que sobrepasan en número a los 13.000 hoplitas en activo⁹⁸. Criticando un estudio previo de A. W. Gomme⁹⁹, Hansen proponía tres formas de explicar este desbalance: a) “los hombres más viejos y los más jóvenes” no solamente serían los ciudadanos mayores de 50 años y los de entre 18 y 19 años pertenecientes al grupo de los hoplitas (o a la clase de los *zeugítai*) sino los *polítai* de esas edades de cualquiera de las cuatro clases censales existentes en Atenas; b) vinculado al punto anterior, podría ser que *hósoi hoplítai êsan*, “quienes cargan armamento pesado”, estuviera referido solamente a los metecos (*metoikon*) y no a los viejos y los jóvenes (*tôn presbytáton kai tôn neotáton*); y, por último, c) contrariamente a lo que la mayor parte de las autoridades modernas sobre el tema postulan¹⁰⁰, no existiría un registro o *katálogos* centralizado de hoplitas por lo que la frase examinada en b) referiría a aquellos “posibles de ser llamados para el servicio hoplítico” y no a una categoría del censo¹⁰¹.

Ahora bien, lo cierto es que al menos 3.000 de los 16.000 serían de condición meteca puesto que, como afirma Tucídides, durante el mismo año, cuando los atenienses bajo el mando de Pericles invaden la Megáride, “no menos de tres mil hoplitas [*ouk elássous triskhilion hoplitôn*] metecos participaban de la invasión”¹⁰². Sin embargo, el número de metecos de entre los 16.000 sería bastante mayor que los “más de tres mil” de los que habla Tucídides. Según se puede inferir de los datos provenientes de otras sociedades preindustriales, debemos reconocer que “los más viejos” (50 a 59 años) y “los más jóvenes” (18 y 19 años) comprenderían, aproximadamente el 19 % de los adultos mayores de 18 años. Si a partir de estas estimaciones proyectamos el dato de 13.000 hoplitas de entre 20 y 49 años, llegamos a la conclusión de que, aproximadamente, unos 3.400 ciudadanos de rango hoplítico comprenderían ese grupo de jóvenes y viejos que guardaban las murallas¹⁰³. Lo anterior supone, entonces, que o

⁹⁸ Hansen (1981: 19). La solución más radical, descartada hoy en día por la mayoría de los investigadores, ha sido la de Beloch (1986:65-6) que propuso eliminar el *kai myrion* para que queden solamente 6.000 soldados (3.000 metecos, 2.000 ciudadanos veteranos y 1.000 ciudadanos jóvenes); cf. Whitehead (1977: 98).

⁹⁹ Gomme (1927).

¹⁰⁰ Jones (1957: 163); Dover (1981: 264); Andrewes (1981).

¹⁰¹ Hansen (1981: 24-9; cf. 1985: 15, 83-9); cf. Christ (2001).

¹⁰² Tucídides, 2.31.2.

¹⁰³ Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 215). Los 13.000 hoplitas de entre 20 y 49 años componían el 72,7 % de los mayores de 18 años; los de entre 18 y 19 el 6,7 % y los de entre 50 y 59 el 11,

bien, aproximadamente 12.600 (16.000 menos 3.400 jóvenes y viejos) de los 16.000 nombrados por Tucídides serían de origen meteco¹⁰⁴ o bien, debemos optar por algunas de las tres posibilidades pensadas por Hansen lo que implicaría pensar que los 13.000 soldados (16.000 menos 3.000 metecos) serían ciudadanos que no necesariamente pertenecerían a la clase hoplítica sino que podrían ser también de censo subhoplítico (*thêtes*)¹⁰⁵.

Si optamos por la primera de las posibilidades (hacerlo por la segunda no tendría consecuencias tan importantes para nuestro interés ya que los *thêtes* disponían de poca o ninguna tierra), hasta aquí, entonces, tendríamos: 13.000 hoplitas de entre 20 y 49 años, y 3.400 entre los *neótatoi* y los *presbýtatoi*. A ello debemos sumar los mayores de 60 años que se encontraban exentos del servicio, algo más que el 8 % según Hansen, es decir, 1.450 hombres¹⁰⁶. También exentos de la carga militar se encontraban los inválidos (*adýnatoi*)¹⁰⁷ de los cuales es muy difícil calcular su número¹⁰⁸. Se ha estimado que podrían representar, algo así como 2.500 ciudadanos¹⁰⁹.

9%. En relación a los porcentajes poblacionales respecto de los grupos etarios, ver los cálculos de Hansen (1985:9-13; 1988: 21) sobre los cuales nos basaremos en adelante para el análisis del resto de las categorías de ciudadanos.

¹⁰⁴ Para Duncan-Jones (1980), quien se basa en el tradicional estudio de Clerc (1883:369), la mayor parte de los 16.000 soldados serían de condición meteca (para Clerc eran 11.750) mientras que solo una pequeña fracción la compondrían los ciudadanos de entre 18 y 19 y de entre 50 y 59; cf. Whitehead (1977: 82-4, 97-8). Ver sin embargo, Gomme (1927: 146-7; 1933: 5) quien propone que los 3.000 metecos mencionados por Tucídides solo eran una parte de los metecos hoplitas a los que habría que sumar unos 2.000 o 2.500 más, en total sumarían, entonces 5.500 metecos hoplitas; de igual manera Jones (1957: 164).

¹⁰⁵ Cf. Winton (2007).

¹⁰⁶ Hansen (1985:9-13).

¹⁰⁷ Las fuentes que mencionan explícitamente la excepción al servicio militar para los discapacitados son: Artístofanes, *Las ranas*, 190-2; Plutarco, Foción, 10.3 y Claudio Eliano, *Historias curiosas*, 13.12; cf. Baldwin (1967); Davies (1971: 391). Éstos eran tomados en cuenta por la *pólis* ya que tenían derecho a una pensión de 1 óbolo (que se aumenta a 2 óbolos durante el siglo IV a.C.; cf. [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 49.4 con el comentario de Rhodes (1981: 570)). Sobre los *adýnatoi* ver Dillon (1995) donde se analizan las fuentes pertinentes y se discute la bibliografía sobre el tema. En relación a su incidencia demográfica, ver Gomme (1927; 1933: 4-5); Jones (1957: 162-3); cf. Hansen (1985: 18-9). Lo cierto es que, como plantea buena parte de la bibliografía, no existen fuentes documentales que habiliten pensar que, como consecuencia de esta incapacidad de servir en la milicia ciudadana, los *adýnatoi* encontraban restringida su participación en las diferentes instituciones de la *pólis* (asambleas, consejos, magistraturas, etc.) o limitado el ejercicio de sus derechos ciudadanos; cf. Hansen (1976: 60-1); Wallace (1998: 66-7); Lisias, 24; Aristóteles, *Riqueza*, 716-25; Platón, *Critón*, 53a.

¹⁰⁸ Dillon (1995:31). Si bien la recurrencia de la guerra en el mundo griego antiguo es un dato insoslayable, al respecto ver Finley (1986b: 84; 1986c: 105); Raaflaub (1997c: 56) y Garland (1989: 12-5; 2003: 9-10), sin embargo, también es cierto que, como Hanson (2000: 210-8) ha planteado, las chances

En síntesis, Atenas habría contado en el año 431 a.C. con 20.400 ciudadanos de rango hoplítico¹¹⁰. Regularmente, los hoplitas eran reclutados entre los *pentakosiomédimnoi*, los *hippeîs* y los *zeugítai*, es decir, entre las tres primeras clases del sistema soloniano¹¹¹. Sin embargo, eran los miembros de la tercera clase (*zeugítai*) quienes constituían la mayoría de soldados de infantería pesada al ejército ateniense¹¹² ya que quienes pertenecían a las dos clases superiores podían o bien, participar de la

que tenían los heridos de sobrevivir a una batalla son muy bajas incluso para aquellos con lesiones poco importantes.

¹⁰⁹ Para Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 215) el porcentaje de inválidos de los ejércitos antiguos no podía ser menor que el de los contemporáneos (8 a 15 %) por lo que proponen tomar la cifra más alta (15 %); cf. Hansen (1985: 18-21; 2006: 5-6) que estima algo más alto que el 15 % para las sociedades antiguas.

¹¹⁰ Diversos autores han estimado de diferente modo la dimensión del grupo de los hoplitas en el inicio de la Guerra del Peloponeso: para Gomme (1927; 1933: 5) habría 24.000; para Hansen (1981: 23) 18.000; para Rhodes (1988: 274) entre 21.000 y 29.000; para Garnsey (1988: 92) entre 18.000 y 25.000; para Christ (2001: 401) entre 18.000 y 24.000; por último, para van Wees (2001: 51; 2006: 374 n. 90) entre 18.000 y 24.000.

¹¹¹ La principal fuente al respecto es Tucídides, 6.43.1 en donde se diferencian los hoplitas del catálogo de los *thêtes*; cf. van Wees (2006: 37). El principal problema en torno a esta cuestión está dado por el hecho de que Tucídides (y el resto de las fuentes) suele(n) hacer referencia a funciones militares (*hoplítai*, *hippeîs*, *hippotoxótai*, *toxótai*, etc.) y no a grupos sociales o categorías del censo; cf. Hansen (1981: 22) y Rosivach (2002a: 34) para el caso de los *thêtes*. En este contexto el reclutamiento de *thêtes* para la infantería pesada ha sido un tema profusamente debatido por la historiografía ya que los autores antiguos no son conclusivos acerca de si, en la Atenas del siglo V a.C., las categorías del sistema timocrático de Solón se correspondían estrictamente con las diferentes funciones militares (caballeros, hoplitas e infantería ligera/remeros). Un caso particular lo constituyen los llamados *epibátai* que, a pesar de provenir de la clase de los *thêtes*, eran soldados hoplitas que se integraban en los barcos de guerra ateniense. Cuando Tucídides, 6.43 enumera las fuerzas atenienses que zarpan hacia Sicilia afirma que había un total de 5.100 hoplitas de los cuales 1.500 eran atenienses “de la lista [*ek katalógou*]” y 700 *thêtes epibátai tón neôn*; cf. Tucídides, 3.16.1 donde se relata la situación de emergencia del 428 a.C. en la se tuvo que dotar a los barcos con todos los atenienses y metecos a excepción de los *pentakosiomédimnoi* y los *hippeîs*. En el mismo sentido, Tucídides, 8.24.2 donde aparecen hoplitas de la lista sirviendo como *epibátai* “en servicio forzoso” [*anagkastóus*] pero todo parece indicar que se trataría de una excepción en tanto habitualmente serían los *thêtes* junto a algunos metecos y esclavos quienes formarían parte de los trirremes (sobre esto, ver: Gabrielsen (1994: 105-25); Whitehead (1977: 84-6)). Al respecto de Ste. Croix (2004: 21) ha planteado que los *epibátai* eran *thêtes* que, usualmente en grupos de a 10, se integraban en la tripulación de un trirreme como soldados de infantería pesada siendo su armamento costado por la *pólis*; cf. van Wees (2006: 373).

En síntesis, si bien la actuación de los *thêtes* como hoplitas no parece, entonces, haber sido tan regular como plantearon recientemente algunos autores (van Wees (2002: 67-9); cf. Gabrielsen (2002a; 2002b) y es atendible la idea de de Ste. Croix (2004: 13, 21) según la cual solo lo harían de modo excepcional; sin embargo, también es cierto que la Guerra del Peloponeso constituye un momento de cambio en las prácticas militares como podemos ver en Plácido (1997: 119-43). Para una crítica a la tendencia historiográfica a la identificación entre clase timocrática y función militar, ver Echeverría Rey (2005: 92-5; 2008: 258-66) donde se hace referencia a la bibliografía pertinente.

¹¹² Esta es la postura de Valdés Guía & Gallego (2010: 258-65) quienes analizan las fuentes que permiten sustentar la idea de que los *zeugítai* constituían la mayoría de los hoplitas atenienses en el siglo V a.C. y discuten los argumentos de quienes se han opuesto a ello postulando que dicha clase censal formaba parte de la elite o la clase ociosa ateniense; cf. Foxhall (1997) y van Wees (2001; 2006).

caballería (1.000 en el 431 a.C.) o bien encontrarse exentos por ofrecer liturgias o ser trierarcos¹¹³; pero esto nos lleva directamente al análisis de las clases superiores sobre las que hablaremos inmediatamente.

En un trabajo seminal sobre los sectores acaudalados en la Atenas clásica, John K. Davies advierte que, entre las fuentes antiguas que tratan diferentes aspectos de la *pólis* democrática, existe una extendida tendencia de utilizar expresiones como “los ricos” (*hoi ploúsioi* o *hoi eúporoi*) y “los que poseen propiedad” (*hoi tà khrémat' ékhontes*) a modo de sinónimos de “los trierarcos” (*hoi triérarkhoi*) o “los que desarrollan liturgias” (*hoi leitourgoúntes*)¹¹⁴.

En el fragmento citado de Tucídides se refiere el hecho de que Atenas tiene a su disposición 300 trirremes listas para el combate¹¹⁵. Este dato nos remite directamente a un grupo social que, al igual que los *hippeís*, se ubica dentro de la clase acaudalada ateniense. Nos referimos aquellos ciudadanos que se situaban dentro de la primera de las clases censales establecidas por Solón, los *pentakosiomédimnoi*. Según se desprende del panfleto del llamado “Viejo Oligarca”, Atenas contaba con 400 trierarcos¹¹⁶ de entre los que la *pólis* seleccionaba 300 cada año para hacerse cargo de los gastos financieros de la flota¹¹⁷. A su vez, anualmente había aproximadamente otros 60 ciudadanos de dicha clase de sujetos extremadamente ricos que debían hacerse cargo de otras liturgias. En síntesis, aproximadamente 500 ciudadanos compondrían el sector más rico de la ciudadanía ateniense¹¹⁸. Sin embargo, se ha propuesto que para el siglo V a.C. hay otros elementos que nos permitirían llevar bastante más arriba el número de los *pentakosiomédimnoi*. No se trata de un dato directo pero sí de uno que induce a una estimación cuantitativa. Según Hans van Wees, Atenas contaba en el siglo V a.C. con 3

¹¹³ Cf. Valdés Guía & Gallego (2010: 261 n. 24).

¹¹⁴ Davies (1981a: 9-14; 1971: xx-xxi); cf. [Jenofonte], *La república de los atenienses*, 1.13; Lisias, 27.9-10; Isócrates, 8.128; Demóstenes, 21.151, 153, 208; 18.102, 108; Aristóteles, *Política*, 4.1291a 33-4; cf. Gabrielsen (1994: 43-4).

¹¹⁵ La misma cantidad de naves es referida en el año 425 por Aristófanes, *Los acarnienses*, 544-5.

¹¹⁶ Un trierarco es un ciudadano elegido por la *pólis* para costear el gasto de construcción, mantenimiento y funcionamiento, principalmente a través del pago del salario de los remeros, de un buque de guerra. Sobre la institución de la trierarquía se puede consultar el estudio de Gabrielsen (1994: 19-39) donde se analizan tanto las fuentes como la bibliografía especializada sobre el tema.

¹¹⁷ [Jenofonte], *La república de los atenienses*, 3.4 Cf. Davies (1971: xxviii-ix). Ver también Amit (1965: 103-15); Jordan (1975: 61-93 y Sinclair (1999:116-7).

¹¹⁸ Este es el planteo de Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 214).

colegios de Tesoreros compuestos por 10 miembros (*tamiai*) cada uno de ellos: los Tesoreros de Atenea (*tamiai tês Athenâs*), los Tesoreros de “los otros dioses” (*tamiai tôn allôn theôn*) y los Tesoreros de la Liga (*hellenotamiai*). Ello implicaría que, cada año, 30 ciudadanos mayores de 30 años y pertenecientes a la clase de los *pentakosiomédimnoi* debían ingresar a dicha magistratura. De acuerdo a la proyección del modelo demográfico elaborado por Hansen¹¹⁹, el autor supone que dicha clase censal debía de contar con aproximadamente 1.000 miembros ya que, durante la quinta centuria, todo parece indicar que la ley impedía ejercer el cargo de tesorero en cualquiera de los tres colegios más de una vez en la vida¹²⁰. A pesar de que la evidencia no es concluyente¹²¹, sin embargo, optaremos por tomar como válida la suposición de que 1.000 ciudadanos componían la primera clase del censo.

También relevante para el estudio de los sectores acaudalados de la ciudadanía es la afirmación de que Atenas contaba en el 431 a.C. con 1.200 jinetes (*hippeis*)¹²². Sin embargo, sabemos que no todos ellos pertenecerían a la clase de los caballeros (*hippeis*) ya que, por un lado, el *strategós* ateniense incluía en ese número a los arqueros a caballo (*hippotoxótai*) y, por otro lado, los *pentakosiomédimnoi* también podían servir en la caballería¹²³. En *Los caballeros* de Aristófanes, obra ganadora de las Leneas del año 424 (es decir, solo 7 años posterior al supuesto recuento de Pericles), tratando de convencer al Morcillero de convertirse en líder del *dêmos* ateniense, Demóstenes afirma: “Pero hay mil caballeros, hombres buenos y viriles [*hippês ándres agathoi khilioi*], que le odian [se refiere a Cleón] y acudirán en tu ayuda”¹²⁴. En consecuencia,

¹¹⁹ Hansen (1988:21 n.9).

¹²⁰ van Wees (2001: 52, 69 n.52; 2006: 359); cf. Rhodes (1982: 1-5) que calcula la dimensión de la “clase litúrgica” en 1.200 miembros desde finales del siglo V a.C. en adelante.

¹²¹ Cf. las afirmaciones de Davies (1971: xxvi; 1981a:36-7) que permiten cuestionar las ideas de van Wees: a) no hay certezas de que los *hellenotamiai* se reclutaban exclusivamente entre los *pentakosiomédimnoi*; y b) se encuentran asentados distintos casos concretos en los que la *pólis* encuentra dificultades en completar el número total de tesoreros quedando los cargos vacantes (o, en el siglo IV a.C., en manos de miembros de las restantes clases censales).

¹²² [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 24.3 posiblemente esté repitiendo a Tucídides ya que utiliza la misma cifra; cf. Rhodes (1981: 303-4). En el mismo sentido Andócides, *Acerca de la paz con los lacedemonios*, 7.

¹²³ Cf. Hansen (1981: 23); Davies (1981a: 36).

¹²⁴ Aristófanes, *Los caballeros*, 225-6. La cifra de 1.000 caballeros podría ser una estipulada por la *pólis* ateniense en algún momento como su contingente “normal” y por ello dan el mismo número de *hippeis*: Jenofonte, *El jefe de la caballería*, 9.3; Demóstenes, 14.13 y Filócoro, *FGrH*, 328 39; cf. Spence (1987: 167).

podemos suponer que de los 1.200 jinetes, 1.000 serían caballeros en sentido estricto, es decir, que pertenecían a la clase de los *hippeis*. En tanto, los 200 restantes serían *hippotoxotai* reclutados entre los *thêtes*¹²⁵ al igual que los 1.600 arqueros (*toxotai*), pero de los más pobres de los atenienses nos ocuparemos inmediatamente¹²⁶.

Los *thêtes*, por último, eran los ciudadanos de menor riqueza que disponían de pequeños lotes agrícolas o, incluso, carecían completamente de tierras. La dificultad en la estimación de su número estriba en que, a pesar de su destacado rol militar como remeros de la flota desde las Guerras Médicas en adelante, las fuentes no suelen dar datos relevantes a la hora de cuantificar su peso demográfico. A. W. Gomme había estimado en 18.000 su número para el 431 a.C. aunque sin dar datos concretos sobre cómo se llegaba a esa cifra¹²⁷. Si bien para Hansen es imposible calcular su número a partir de los datos de la flota ya que los ocupantes de los trirremes no eran todos ciudadanos¹²⁸, Barry Strauss ha hecho el intento obteniendo como resultado un mínimo de 18.000 y un máximo de entre 21.000 y 23.000 ciudadanos atenienses de la cuarta clase para el 431 a.C.¹²⁹. Retomando este planteo, proponemos tomar aquí la cifra (tradicional) de 20.000 *thêtes*¹³⁰.

Finalmente, había otro grupo de ciudadanos que se encontraba, al igual que los *adynatoi* de los que nos hemos ocupado más arriba, exento de la movilización militar y, por ende, no aparece reflejado en las cifras brindadas por Tucídides. Nos referimos a los atenienses que cumpliendo distintas funciones políticas y administrativas de la *pólis*

¹²⁵ Dada su baja condición económica, sería la *pólis* quien proveía a estos jinetes de su caballo; Bugh (1988: 221-3); cf. Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 214).

¹²⁶ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 24.3 pareciera basarse en el pasaje citado de Tucídides ya que repite la cifra de 1.600 arqueros. Posiblemente recibieran una paga mientras se encontraban en activo según propone Rhodes (1981: 303); cf. Andócides, *Acerca de la paz con los lacedemonios*, 7 para quien los arqueros eran tantos como los jinetes, es decir, 1.200.

¹²⁷ Gomme (1933: 25-6); cf. Hansen (1982: 185 n. 3) quien afirma que “The number of *thêtes* is unknown. Gomme arbitrarily estimates 18,000, on a *a priori* assumption that the poor must have outnumbered the propertied citizens. But the dividing line between *zeugitai* and *thêtes* is certainly different from the dividing line between poor and propertied. The number of *thêtes* may have been as low as (e.g.) 5,000 or as high as 25,000. We simply do not know”.

¹²⁸ Hansen (1985: 22); cf. Whitehead (1977: 84-6) y Gabrielsen (1994: 105-25) sobre la composición de las tripulaciones.

¹²⁹ Strauss (1986: 72-3).

¹³⁰ Es sintomático que para [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 24.3 los tributos pagados por los aliados y los impuestos alimentaban a 20.000 ciudadanos; cf. Rhodes (1981: 300-3).

cada año no eran requeridos por el ejército de la ciudad. Entre ellos, el colectivo más numeroso era el de los ciudadanos que anualmente nutrían de 500 consejeros a la *boulé*¹³¹. Sabemos que la forma de elección de los bouleutas se realizaba a través de un sorteo entre los *polítai* mayores de 30 años¹³² que no hubieran ejercido el cargo de consejero más de una vez en su vida¹³³. No podemos afirmar a ciencia cierta que existiera algún requisito económico para poder postularse en el sorteo para formar parte del consejo (y de hecho no hay ninguna fuente que nos permita fundamentar tal suposición) por lo que consideraremos que los miembros de las cuatro clases del sistema soloniano participaban efectivamente de la *boulé* en el 431 a.C.¹³⁴.

Por otro lado, junto a los bouleutas también estaban liberados de la participación militar aquellos ciudadanos que desarrollaban alguna de las diferentes magistraturas. En relación a las *arkhai*, en la aristotélica *Athenaion Politeia* podemos leer que durante la segunda mitad del siglo V a.C. en la Atenas democrática:

“las magistraturas [*arkhai*] dentro de la ciudad [*en tê pólei*] eran de setecientos hombres [*eis heptakosíous ándras*], y fuera de las fronteras [*hyperóroi*] eran de setecientos [*eis heptakosíous*”¹³⁵.

¹³¹ Así lo podemos saber a partir de Licurgo, 1.37 en donde se relata que en virtud de un decreto (*psephismatos*), el Consejo de los 500 (*tên boulè tous pentakosíous*) debe ir al Pireo armado (*en tóis hóplois*) a pesar de ser “los que han sido exentos de prestar servicio militar” (*hoi apheiménoi tou strateúesthai*) en virtud de estar disponibles para “poder deliberar de los asuntos de la ciudad” (*héneka tou bouleúesthai hypèr tês póleos*); cf. Hansen (1985: 17).

¹³² [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 30.2; Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates*, 1.2.35.

¹³³ En términos generales resulta útil la consulta del trabajo monográfico más importante sobre el tema: Rhodes (1972). El llamado Consejo de los 500 se iniciaría con las reformas de Clístenes quien establece un sistema de sorteo para la selección de los consejeros estructurado a partir de la nueva organización en 10 tribus (de las que cada una otorga 50 consejeros) en la que los demos del Ática tienen un papel fundamental; cf. [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 21.1-4; Heródoto, 5.66, 5.69. Al respecto, ver: Lévêque & Vidal-Naquet (1964:13-24); Traill (1975: xiii-xiv, 35-72; 1986: 123-40); Finley (1986b: 100-14); Hansen (1991: 34, 246-50); Sinclair (1999:123-5, 182-4, 187-201). La limitación servir como consejero solamente dos veces en la vida es segura para el siglo IV a.C. ([Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 62.3) aunque es más difícil de constatar para principios del siglo V a.C. en tanto las dimensiones demográficas del cuerpo cívico lo harían imposible; ver al respecto la discusión en Rhodes (1980: 191-7).

¹³⁴ Este tema lo trataremos más adelante: Cap. VI.i.2.

¹³⁵ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 24.3

La fuente plantea entonces la existencia de 700 magistrados en la ciudad y 700 fuera de ella. Sin embargo, la repetición de *eis heptakosíous* resulta sospechosa y podría tratarse de un error involuntario de un copista distraído, algo que ha sido frecuentemente observado por diferentes editores y traductores del texto¹³⁶. En virtud de ello, los historiadores modernos, entre los que se destaca A.H.M. Jones, han propuesto en reemplazo la idea de que, siendo 700 las *arkhai* totales que Atenas tendría durante la segunda mitad del siglo V a.C., aproximadamente 350 de ellas corresponderían a las ejercidas en la ciudad mientras que el resto lo completarían aquellas vinculadas al imperio ateniense¹³⁷. Sin embargo, en un trabajo que hoy resulta ineludible para esta problemática, Hansen se ha opuesto a esa conclusión. A través de, por un lado, el análisis de los elementos que definen a las *arkhai*¹³⁸ y, por otro lado, el repaso de las magistraturas enumeradas en la segunda parte de la *Constitución de los atenienses*¹³⁹, Hansen reconoce la existencia de (sin contar los 500 consejeros de la *boulé*) entre 322 y 329 magistraturas¹⁴⁰. Sin embargo, según este autor, [Aristóteles] no estaría dando cuenta en su cálculo de una serie de magistraturas que se pueden reconstruir a partir del análisis de otras fuentes, principalmente epigráficas, lo que elevaría el número a entre 412 y 458¹⁴¹. Finalmente, debería ser considerada, a pesar de encontrarse pobremente documentada¹⁴², la existencia de entre 100 y 200 magistrados vinculados con la administración de los santuarios¹⁴³ junto a otros pocos de menor importancia. En conclusión, según Hansen, Atenas tendría entre 600 y 700 magistrados durante la época clásica reclutados entre los ciudadanos mayores de 30 años de edad¹⁴⁴.

¹³⁶ Hansen (1980: 151) que refiere las ediciones y traducciones de: Sandys (1912); Kenyon (1920); Haussoullier (1922) Oppermann (1928) y von Fritz & Kapp (1950). Resulta acertado el comentario de la edición de Rackham (1952) para quien la repetición constituye un error ya que sino el texto llevaría una marca del estilo “también”, “del mismo modo”, etc.

¹³⁷ Jones (1957: 6, 136 n. 9).

¹³⁸ Hansen (1980: 152-4).

¹³⁹ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 43-62.

¹⁴⁰ Hansen (1980: 156).

¹⁴¹ Hansen (1980:156-63).

¹⁴² Hansen (1980:165-6).

¹⁴³ Hansen (1980:164-5).

¹⁴⁴ Hansen (1980: 154, 166). Si bien gran parte de su reconstrucción se basa en documentación del siglo IV a.C., creemos que es acertada la aclaración hecha por Jones (1957: 136 n. 9): “Our information for the

Esta propuesta, que ha recibido importantes apoyos¹⁴⁵, indicaría entonces que debemos sumar a los exentos del reclutamiento militar entre 600 y 700 *arkhai* junto a una cantidad difícil de estimar de otros ciudadanos también liberados¹⁴⁶, dando como resultado 1.500 ciudadanos si consideramos a los miembros del Consejo¹⁴⁷. Sin embargo, esto no implica que debemos sumar 1.500 hombres al número total de ciudadanos elaborado en base a los datos del ejército en el 431 a.C. ya que los inválidos para el servicio militar podrían haber participado del Consejo y las *arkhai* en tanto no se encontraban suspendidos sus derechos políticos¹⁴⁸. En relación a ello, entonces, no podemos más que estimar que su incidencia sería proporcional a su peso demográfico en general; es decir, de los 1.500, 225 serían *adýnatoi*. En el mismo sentido, los que por su elevada edad se encontraban fuera del ejército ciudadano también podían cumplir funciones políticas y representarían otros 225 hombres¹⁴⁹.

Ahora bien, sintetizando la información analizada hemos elaborado un cuadro – que presentamos a continuación– en base a la estimación de que Atenas contaba a mediados del siglo V a.C. con una población ciudadana de aproximadamente 42.000 varones mayores de 18 años de edad que disponían de la plenitud de los derechos políticos. Sin embargo, en tanto nuestro interés en la demografía del cuerpo cívico se vincula a entender la cuestión de la distribución de la tierra de labranza, debemos decir que no todos los ciudadanos disponían de lotes agrícolas ya que algunos obtenían sus ingresos de otras fuentes. Esto determina que el número de unidades domésticas de producción agrícola (*oikoi*) sea algo inferior al número de ciudadanos. Si bien resulta bastante difícil evaluar qué porcentaje de los ciudadanos obtenían su manutención por medios diferentes a las tareas agrícolas, estimamos algo elevada la propuesta al respecto de Hans van Wees para quien el 25 % de los ciudadanos podría obtener su sustento a

fifth century is very incomplete, but known cases of old offices abolished and new offices created about cancel out”. En síntesis, los cálculos hechos por Hansen resultan aplicables para la Atenas del siglo V a.C.

¹⁴⁵ Ver por ejemplo: Ostwald (1986:74); Strauss (1987: 66 n.53) y Rhodes (2007a: 41 n. 34).

¹⁴⁶ Como, por ejemplo, los miembros de un coro dramático, cf. Demóstenes, 21.15.

¹⁴⁷ Para ello nos basamos en Hansen (1985: 17) quien estima que serían 1.000 los miembros de las *arkhai* y otros funcionarios liberados de los requerimientos militares.

¹⁴⁸ Sobre los *adýnatoi* y sus capacidades políticas, ver más arriba la nota 107.

¹⁴⁹ Cf. Hansen (1985: 17-8).

través de otras actividades productivas, comerciales, financieras, artesanales, etc.¹⁵⁰. Sin embargo, nos mantendremos en ese porcentaje tratando de contemplar de ese modo a aquellos jóvenes que si bien habían adquirido la ciudadanía plena al ser mayores de 18 años, sin embargo, no habían abandonado todavía el *oïkos* paterno¹⁵¹. Pero para la cuestión de la distribución de la tierra del Ática, también debemos tomar en cuenta que una determinada cantidad de ciudadanos atenienses, provenientes principalmente de las dos últimas clases censales (*zeugítai* y *thêtes*), no residían en la tierra de Atenas sino que disponían de lotes asignados en virtud de que eran clerucos atenienses en *póleis* sometidas al imperio ateniense¹⁵². En este sentido, si bien se ha llegado a plantear que, a mediados del siglo V a.C., el número de atenienses en las cleruquías podía ascender a 10.000 hombres, sin embargo, creemos prudente descontar al menos 3.000 unidades domésticas en el Ática a cada una de las dos clases citadas¹⁵³.

¹⁵⁰ van Wees (2001: 5; cf. 2006: 364); cf. Davies (1981a: 38-72) sobre las diferentes fuentes de riqueza para la llamada "clase litúrgica". Al respecto de las distintas riquezas aparte de la tierra: Aristóteles, *Política*, 1267b 9; *Retórica*, 1361a 12 y Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates*, 2.4.2. El recurso a otras fuentes del ingreso distintas de la agricultura habría sido más importante entre los sectores ricos; al respecto Burford (1993: 70) plantea que "really large landholdings seem not to have existed in Attica; no really large fortunes were made from land there. The very rich possessed movable and invisible wealth – derived from silver mines [...] or from commercial and diplomatic activities aboard".

¹⁵¹ Se ha estimado en 1,25 el número promedio de varones adultos de entre 18 y 59 años en cada *oïkos*; cf. van Wees (2001: 68-9 n.49 y el ciclo de vida de la unidad doméstica antigua según lo ha calculado Gallant (1991: 11-33); cf. Foxhall (1992: 156).

¹⁵² Sólo a modo de ejemplo podemos citar, por un lado, el decreto de la colonia de Brea (del 446 a.C. aproximadamente) en donde se menciona que serán los *zeugítai* y *thêtes* quienes se beneficiaran del reparto de las tierras (*JG I*³ 46, 43-46) y, por otro lado, el caso el caso de Mitilene que recibió en 428/7 a.C. 2.700 clerucos atenienses (Tucidides, 3.50.2).

¹⁵³ Sobre este tema remitimos al lector al Cap. VI.ii.2 donde se analizan las fuentes y la bibliografía pertinente. Finley (2000: 72-3) ha escrito que "El número de ciudadanos atenienses, normalmente de las clases sociales más pobres, que recibieron lotes de tierra confiscada [...] puede haber alcanzado la cifra de 10.000 durante el período imperial"; cf. (1986b: 146-7). Para Dominguez Monedero & Pascual González (1999: 212) 10.000 atenienses forman parte de la colonización durante la Pentecontecia y dejan de residir en el Ática; cf. Jones (1957: 169-73). Por su parte, para Hansen (1985: 8), la relación entre el número total de ciudadanos ateniense y el de ciudadanos residentes en el Ática es de 5:4 y durante algunos períodos de 4:3. Algunos autores incluso han hablado de 20.000 clerucos en el siglo V a.C.: Finley (1985: 57, 249 n.23) citando a Wagner, M. (1914), *Zur Geschichte de attischen Kleruchien*, Tubinga.

Tabla N° 2. Distribución de los ciudadanos atenienses de acuerdo a su riqueza

	Ciudadanos (> de 18 años)	% ciudadanos	Unidades Domésticas residentes en el Ática
<i>Pentakosiomédimnoi</i>	1.000		
Total	1.000	2,3	750
<i>Hippeís</i>	1.000		
Total	1.000	2,3	750
<i>Zeugítai</i>	13.000		
Inválidos	2.500		
Jóvenes / Viejos	3.400		
Más de 60 años	1.450		
Total	20.350	46,9	12.250
<i>Thêtes</i>	20.000		
Total	20.000	46,1	12.000
<i>Boulé y Magistrados</i>	1.500		
Inválidos	-225		
Más de 60 años	-225		
Total	1.000	2,3	750
Total	43.350	100	32.875

Merece la pena mencionar que el cuadro presentado es una estimación que no busca en modo alguno presentar números absolutos o exactos. Como hemos planteado más arriba en este mismo capítulo, consideramos que la exactitud sobre los temas que hemos tratado y que abordaremos inmediatamente es imposible de lograr dadas las

características de las fuentes. Nuestro interés en lo cuantitativo responde, entonces, a establecer una tipología más o menos cercana acerca de las características demográficas y sociales del cuerpo cívico ateniense durante el siglo V a.C.

III. LA DISTRIBUCIÓN DE LA TIERRA

La reflexión acerca de la distribución de la tierra de labranza entre los ciudadanos de la democracia ateniense puede encontrar su punto de partida en una situación de la época arcaica. Nos referimos específicamente al contexto de *stásis* que dio como resultado el acceso de Solón al arcontado. Si bien nos ocuparemos más adelante de las consecuencias sociales y políticas de las reformas solonianas para el desarrollo de la democracia¹⁵⁴, es menester presentar una de las características de dichas reformas que tienen su importancia para el tema que nos incumbe en este apartado. Nos referimos a la cuestión de la redistribución de la tierra entre los ciudadanos; o mejor dicho, a la no implementación por parte del legislador ateniense de una nueva distribución de la tierra entre los atenienses. Según su propio relato, Solón, para evitar usar una fuerza tiránica (*tyrannídos bía*) que no le agradaba¹⁵⁵, se negó a “dar a los buenos [*esthloùs*] y a los malos [*kakoìsin*] partes iguales [*isomoirían*] de la fértil tierra patria [*pieíras khthonós patrídos*]”¹⁵⁶. Esta negación a la *isomoiría*, es decir, al reparto igualitario de la tierra y la nivelación social, tuvo como contrapartida el establecimiento de un sistema timocrático de categorización de los ciudadanos en cuatro clases que se estructuraba a partir de un criterio de riqueza. Según Claude Mossé:

¹⁵⁴ Ver al respecto más adelante el Cap. VI.i.1 donde se discuten algunas de estas cuestiones y se cita la bibliografía relevante sobre el tema.

¹⁵⁵ Sobre el rechazo de Solón a la tiranía, ver Domínguez Monedero (2001: 94-9).

¹⁵⁶ Solón, *Fr.* 23.13 ss. (Diehl); cf. [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 12.3; Plutarco, *Solón*, 16.1.

“L'établissement d'un classement censitaire des citoyens en revanche avait pour conséquence de systématiser les inégalités sociales au sein de la communauté civique”¹⁵⁷.

Este método censitario de organización del cuerpo cívico, junto a la sistematización de las inequidades sociales a las que dio lugar según la interpretación de Mossé, se mantuvo a lo largo del resto del arcaísmo y ni Pisístrato ni Clístenes procedieron a una redistribución de las tierras. En consecuencia, el reparto desigual de la riqueza fundiaria entre los *politai* de la democracia fue una realidad presente durante toda la época clásica que contrastaba con la participación política igualitaria: “la situación parece estabilizada en el siglo V, estabilizada dentro de la desigualdad que se hizo, sin duda, soportable gracias al acceso del *demos* a la igualdad política”¹⁵⁸.

Ese mantenimiento de la desigualdad social es lo que hace pertinente que a fines de la primera década del siglo IV a.C. Aristófanes se decida a poner en escena una comedia en la cual la heroína Proxágora propone una utopía comunista y ginecocrática que representa, de alguna manera, “el mundo al revés” del propio tiempo del autor¹⁵⁹. Proxágora expone el núcleo de su proyecto del siguiente modo:

“Diré, pues, que todos deben tomar parte de todas las cosas, compartiéndolas, y vivir de lo mismo y no que uno sea rico y otro miserable, ni que uno cultive muchas tierras [*georgeîn tòn pollén*] y otro no tenga dónde ser enterrado, ni que uno utilice muchos esclavos y otro ni un servidor, antes bien establezco una vida común para todos y la misma [*koinòn pâsin bioton kai toûton hómoion*]”¹⁶⁰.

¹⁵⁷ Mossé (1995:74-5; cf. 2007:77).

¹⁵⁸ Will (1997: 572).

¹⁵⁹ Saïd (1979); Fernández (2009: 36); cf. Sancho Rocher (1997: 206).

¹⁶⁰ Aristófanes, *Las asambleístas*, 590-5; cf. Las interpretaciones al respecto de Konstan & Dillon (1981) y Olson (1990).

Es decir, el mundo de Aristófanes era uno de ricos y miserables donde algunos cultivaban muchas tierras y otros no tenían siquiera un lugar para ser enterrados. En el mismo sentido, para Platón, coexistían dos ciudades enemistadas entre sí (*polemia allélais*) al interior de las murallas de la ciudad: la ciudad de los pobres (*penéton*) y la ciudad de los ricos (*plousíon*)¹⁶¹. Por último, para Aristóteles en todas las ciudades había tres partes de la ciudad: “los muy ricos” (*hoi eúporoi sphódra*), “los muy pobres” (*hoi áporoi sphódra*) y los que se situaban entre unos y otros, “los del medio” (*hoi mésoi*)¹⁶². Pero no hace falta extenderse más sobre las diferentes formas en que las fuentes antiguas nos permiten percibir la diferenciación social al interior de la *pólis*¹⁶³.

Debemos entrar de lleno ahora en la cuestión de la distribución de la tierra entre los ciudadanos. En virtud de la inexistencia de registros acerca de cómo se encontraba repartida la propiedad fundiaria durante la época clásica, nuestro modo de proceder será el siguiente: en tanto disponemos de la información brida por el trabajado realizado en los acápites I y II acerca de, por un lado, la cantidad de tierra cultivable en el Ática durante la antigüedad y, por otro lado, la dimensión del cuerpo cívico ateniense y su distribución entre las diferentes clases del sistema timocrático, nuestra metodología consistirá en vincular dicha información con las cantidades de tierra que, o bien se encuentran atestiguadas históricamente, o bien son estimadas por los estudios especializados como necesarias para cada uno de estos diversos sujetos sociales. En virtud de ello, en lo que sigue, buscaremos establecer el tamaño promedio de las propiedades agrícolas de cada una de las cuatro clases del sistema soloniano para conocer luego de qué manera se encontraría distribuida la tierra entre los ciudadanos de la democracia.

Uno de los primeros estudios en tomar en cuenta el problema de la distribución de la tierra en la Atenas clásica fue el trabajo que a mediados del siglo XX desarrollara Moses Finley acerca de los mojoneros hipotecarios (*hóroi*)¹⁶⁴. En esa obra, el autor afirma conocer únicamente cinco cifras sobre distribución de la tierra que proceden de las

¹⁶¹ Platón, *República*, 4.422e-423a; Cf. Meier (1985: 27; 1990: 21-2).

¹⁶² Aristóteles, *Política*, 4.1295b.

¹⁶³ Estas distinciones entre ricos y pobres al interior de la ciudad y su relación con la política en la antigüedad han sido trabajadas en detalle por Finley (1986b: 11-38).

¹⁶⁴ Finley (1985); Fine (1951); cf. Michell (1953).

fuentes literarias (y no epigráficas) atenienses¹⁶⁵: a) la granja de Fenipo en Citerro¹⁶⁶ de entre 700 y 1.000 acres (entre 283 y 404 ha.) dependiendo cuál haya sido su contorno¹⁶⁷; b) en el año 390 a.C. Aristófanes, hijo de Nicofemo, fue condenado a muerte por un fracaso militar y su propiedad, calculada en más de 300 *pléthra* (27 ha.), fue confiscada¹⁶⁸; c) el mismo tamaño habría tenido el patrimonio de Alcibíades¹⁶⁹; d) las 200 *pléthra* (18 ha) otorgadas por la *pólis* ateniense a Lisimaco, hijo de Aristides, hacia finales del siglo V a.C. de las cuales la mitad eran arables y la mitad correspondían al huerto¹⁷⁰; y, por último, e) las 60 *pléthra* (5,4 ha) mencionadas por Iseo en un discurso datado en el 389 a.C.¹⁷¹. Según el planteo de Finley, mientras que las cifras aportadas por los oradores para los casos a), b), c) se enmarcan en la intención de hacer notar su gran tamaño, en el caso e) la intencionalidad es, por el contrario, poner de manifiesto su pequeñez.

Más adelante en el texto, Finley intentaba cruzar estas cifras con las cantidades de tierras necesarias para cada una de las clases del sistema timocrático inaugurado por Solón a principios del siglo VI a.C. que se encontraba vigente aún durante la época clásica: 1) los *pentakosiomédimnoi* necesitarían entre 30,3 y 58,6 ha. de tierra si esta solo produce granos, entre 8 y 10,1 ha. si es de viña y olivo y entre 20,2 y 30,3 ha. si es una granja mixta; 2) los *hippeís*, 18,2 - 30,3 ha. para granos, 4,8 - 6 ha. para viña y olivo y 12,1 - 18,2 ha. para una tenencia mixta; y, por último, 3) los *zeugítai*, 12,1 - 20,2 ha., 3 - 4 ha y 10,1 ha. respectivamente¹⁷².

Sin embargo, este modelo de distribución de la tierra elaborado por Finley no tardó en ser revisado y modificado por la historiografía de los años sucesivos. En este sentido, luego de una quincena de años de la publicación de *Studies in land and credit*

¹⁶⁵ Finley (1985: 58-9; 2000: 88).

¹⁶⁶ Demo situado en la Mesogea en el valle del Erasino al sur de Brauron; cf. Traill (1986: 47-57); Osborne (2003: 189).

¹⁶⁷ [Demóstenes], 42.5; sobre la cuestión del contorno volveremos en breve ya que es de central importancia para establecer el tamaño de la hacienda.

¹⁶⁸ Lisias, 19.29

¹⁶⁹ Platón, *Alcibíades I*, 123c.

¹⁷⁰ Demóstenes, 20.115; cf. Plutarco, *Aristides*, 27.1 quien menciona únicamente las 100 *pléthra* (9 ha.) del huerto; cf. Davies (1971: 51).

¹⁷¹ Iseo, 5.22; cf. Davies (1981a: 52).

¹⁷² Finley (1985: 58-9).

Geoffrey de Ste. Croix marcaba, en un pequeño pero contundente artículo, los errores en los que los investigadores modernos (entre ellos Finley) habían incurrido a la hora de analizar la propiedad de Fenipo que llevaban a una inflación excesiva de sus dimensiones. De este modo, de Ste. Croix hace notar que, no se puede olvidar que la intención del discurso de [Demóstenes] era exagerar ante el jurado la riqueza de Fenipo para que éste deba reemplazar al orador en el pago de liturgias (esa es la finalidad que conlleva un proceso de *antídosis*¹⁷³)¹⁷⁴. Esta búsqueda de sobredimensionar el tamaño de la hacienda es lo que explicaría que el orador proporcione como información el volumen de la circunferencia de la hacienda y no el área en *pléthra* como era frecuente¹⁷⁵. A su vez, este objetivo de encontrar en Fenipo un reemplazante en el pago de las liturgias implicaría que éste no era parte de “los 300”, es decir, de los ciudadanos más ricos de Atenas que se encontraban a cargo de la *proeisphorá*¹⁷⁶. Finalmente, el autor concluye que “the area might not exceed a hundred acres –and it would still be the largest single Athenian estate of which we have any details”¹⁷⁷; es decir, que aún siendo solamente el 10 % (40,4 ha.) de la cifra más alta estimada por Finley, la granja de Fenipo continuaba siendo la más grande conocida.

En la misma línea de reducir el tamaño de las propiedades de los ciudadanos más ricos, A.V. Andreyev ha postulado, retomando algunos de los datos ya analizados por Finley, que aquéllas oscilaban entre las 200 y las 300 *pléthra* (entre 18 y 27 ha.)¹⁷⁸. A su vez, Alison Burford ha retomado ésta propuesta indicando que la propiedad de Fenipo, si bien una de las más grandes¹⁷⁹, entraría sin embargo dentro del rango de las haciendas de mayor tamaño en tanto su superficie rondaría las 300 *pléthra* (27 ha.)¹⁸⁰.

¹⁷³ Sobre el mecanismo de *antídosis*, ver Christ (1990) donde se cita la bibliografía pertinente.

¹⁷⁴ Cf. Millett (2002: 36-7); Osborne (2003: 189) donde se describe el proceso.

¹⁷⁵ En [Demóstenes], 42.5 el orador refiere que recorrió la finca en derredor por un circuito de “más de 40 estadios [*pléon tēttarákonta stadio*]”. Cf. Lisias 19.29 e Iseo, 5.22 donde para hablar del tamaño de las propiedades se hace la referencia al área en *pléthra*.

¹⁷⁶ de Ste. Croix (1966:110-2); para el tema de las liturgias, ver Rhodes (1982).

¹⁷⁷ de Ste. Croix (1966: 112).

¹⁷⁸ Andreyev (1974: 14); cf. Platón, *Alcibiades I*, 123c; Iseo, 11.41-2.

¹⁷⁹ Cf. Foxhall (1992: 156-7).

¹⁸⁰ Burford (1977/8: 170). Quizás 27 ha. sea algo elevado ya que sabemos que parte de las tierras de Fenipo se encontraban en zonas marginales (*eskhatiai*); sobre este tipo de tierras, ver Jameson (2002a) y Krasilnikoff (2000: 180-2).

Teniendo esto en mente, en nuestro modelo de distribución de la tierra retomaremos las propuestas de Andreyev y Burford y calcularemos que las haciendas de los miembros de la clase de los *pentakosiomédimnoi* tenían un área de entre 18 y 27 ha. cada una¹⁸¹. Un tamaño algo menor tendrían las propiedades de la segunda clase censal (*hippeís*). Al respecto, se ha calculado que el propietario de un caballo debe contar con entre 7,5 y 12,5 ha. de tierra arable¹⁸².

La historiografía también ha ido modificando el cuadro pintado originariamente por Finley sobre las propiedades de pequeño y mediano tamaño. En cuanto a la relación entre las haciendas de mayor tamaño y las pequeñas, Burford suma al análisis la recomendación platónica de limitar la acumulación de tierras evitando que las propiedades más grandes sean más de cinco veces mayores que las más chicas¹⁸³. Según la autora, esta recomendación se cumpliría en el caso del agro ateniense en tanto, las granjas pequeñas eran cinco veces menores que las más extensas¹⁸⁴. De hecho, si existiera en la agricultura griega un lote estándar, éste sería el que necesita un labrador autosuficiente de rango hoplítico. En este sentido, es una inscripción de época helenística la que da la pauta para calcular el tamaño de dicho lote. Sabemos, gracias a una fuente epigráfica que recoge un decreto de la ciudad de Farsalia en Tesalia, que dicha ciudad entregó “a quienes habían peleado” por ella la ciudadanía plena junto con lotes de tierra de una dimensión de 60 *pléthra* (5,4 ha.)¹⁸⁵. De la misma manera, Andreyev suma a la consideración de las granjas campesinas medias otra serie de documentación que avalan dicha imagen y propone que las tenencias medianas tendrían un tamaño de entre 40 y 60 *pléthra* (entre 3,6 y 5,4 ha.)¹⁸⁶. Hoy en día, esta afirmación

¹⁸¹ Cf. Isager & Skysgaard (1992: 78); Pěcirka (1973: 142) habla de haciendas de 27ha. en el Quersoneso.

¹⁸² O entre 15 y 25 ha. si aceptamos que la mitad de la tierra reposaba anualmente en barbecho; van Wees (2006: 358-9) calcula que el propietario de caballos debe tener una hacienda 3 o 4 veces más grande que quien labra la tierra con una yunta de bueyes; cf. los cálculos de Spence (1993: 272-86) acerca de la cantidad de cebada consumida por un equino; por su parte, Forbes (2000) y Foxhall (2003b: 80-3) establecen que el máximo de tierra que se puede arar con una yunta de bueyes es de 4 a 6 ha.

¹⁸³ Aristóteles, *Política*, 1266b 6-8.; cf. Foxhall (1992: 155).

¹⁸⁴ Burford (1977/8: 170).

¹⁸⁵ *SGDI* 567; Burford (1977/8: 163, 169). Cf. Gallant (1991: 86).

¹⁸⁶ Andreyev (1974: 14); junto a *SGDI* 567, el autor también trae a cuenta: a) el hecho de que el lote mínimo asignado a de los clerucos de Pérgamo era de 55 *pléthra* (4,95 ha.): *SEG* 28.959; b) que los lotes estudiados en el Quersoneso eran de entre 43 a 55 *pléthra* (entre 3,87 y 4,95 ha.); cf. Pěcirka (1973: 142); y c) la tierra que pertenecía a los clerucos atenienses en Lesbos era arrendada, como enseña Tucídides,

ha ganado amplios consensos¹⁸⁷ y es la estimación que usaremos para medir el tamaño de las tierras de la tercera clase censal ateniense.

Por último, en relación a las tierras de los ciudadanos de la clase más baja, éstas se encontrarían por debajo de las 40 *pléthra* (3,6 ha.) y en promedio se ubicarían en las 20 *pléthra* (1,8 ha.), igualándose a las 7 *iugera* características del sistema republicano en Roma¹⁸⁸. En cuanto a los *thêtes*, sabemos que a fines de siglo V a.C. al menos 5.000 no disponían de tierras¹⁸⁹, pero a esto habría que agregarle dos elementos: por un lado, la Guerra del Peloponeso implicó un importante descenso demográfico de la población más pobre (y por ende sin tierra)¹⁹⁰ y, por otro lado, es probable que algunos *thêtes* hayan accedido a la tierra luego de la guerra a través de la obligación de casarse con las mujeres herederas (*epikleros*)¹⁹¹. Lo anterior indicaría que, antes de la finalización de la guerra (por ejemplo para el año 431 a.C. que es el año base de nuestro cálculo) la cantidad de ciudadanos sin tierras sería aún más importante que los 5.000 potenciales

3.50.2, por dos minas cada lote que, si estimamos una renta del 8 al 10 %, valdrían entre 2.000 y 2.500 dracmas, es decir, serían de 40 a 50 *pléthra* (3,6 a 4,5 ha.)

¹⁸⁷ Al respecto, recientemente Gallego (2009a: 162) ha afirmado que para la Grecia antigua, “las evidencias literarias, arqueológicas y epigráficas disponibles han llevado a considerar que las granjas de los labradores autosuficientes, que formaban el grueso de las *póleis*, oscilaban entre 40 y 60 *pléthra* (entre 3,6 y 5,4 ha.). Este sector del campesinado sería el capacitado para poseer una yunta de bueyes, algún esclavo y el armamento hoplita, y, según las circunstancias, podía producir excedentes para ser vendidos. Pero quienes tenían entre 20 y 40 *pléthra* (entre 1,8 y 3,6 ha.) podían obtener un rendimiento equivalente al que se lograba en parcelas más grandes y usando fuerza de tiro animal”. Cf. Lewis (1973: 187-99); Burford (1993: 67-72); Boyd & Jameson (1981); Ober (1985: 21-3; 1996: 135-8); Garnsey (1988: 92); Gallant (1991: 82-87); Isager & Skydsgaard (1992: 78-79); Osborne (1992: 24-25); Foxhall (1992: 156-58); Jameson (1994); Hanson (1995: 181-201; 1998: 42-43) y Nagle (2006: 64-75). Cf. Starr (1977: 154) para quien un hoplita necesitaba 12 ha. de tierras como mínimo. En relación al sistema intensivo de producción agrícola, que habría permitido a aquellos labradores que contaban con entre 1,8 y 3,6 ha. producir al mismo nivel que haciendas de mayor tamaño que usaban una yunta de bueyes, ver Jameson (1977/8; 1994: 56-7; 2003: 65-69); Halstead (1987: 83-5) y Krasilnikoff (2000: 178-9).

¹⁸⁸ Burford (1977/8: 170).

¹⁸⁹ En sentido estricto, 5.000 son los ciudadanos que hubiesen perdido sus derechos cívicos por no tener tierras de haberse aprobado la propuesta de Formisio; cf. Lisias, 34 junto con los comentarios de Dionisio de Halicarnaso, *Sobre los discursos de Lisias*, 32. Si bien no se puede afirmar que todos los ciudadanos que carentes de tierras eran *thêtes* (de hecho Lisias, 34.4 afirma que de aprobarse la propuesta la ciudad se vería privada de “tantos hoplitas, caballeros y arqueros [*hoplitas pollous kai hippéas kai toxótas*]”), sin embargo, la mayor parte de ellos provendrían, seguramente, de ese sector cívico. Al respecto ver los comentarios de Paul Millett en la introducción al libro de Finley (1985: xi-ii) en los que se critica la comparación establecida por Mossé (1962: 135-66; 1973) entre la propuesta de Formisio y el decreto de Antiparto del 322 a.C. en el que se restringía la ciudadanía a aquellos que disponían de una riqueza igual o superior a 2.000 dracmas.

¹⁹⁰ A esta conclusión arriba Strauss (1986: 78-81).

¹⁹¹ Así está atestiguado en [Demóstenes], 57.40. Cf. Burford (1977/8: 168).

afectados por la propuesta de Formisio. En virtud de lo anterior, consideraremos que al menos un tercio de los *thêtes* carecían totalmente de tierras; es decir, de las 12.000 unidades domésticas residentes en el Ática, solamente 8.000 dispondrían de haciendas agrícolas¹⁹².

Una vez que hemos establecido el tamaño de las haciendas de cada una de las clases censales, debemos calcular cómo se encontraba distribuida aquellos que integraban el grupo de los que por encontrarse ejerciendo diferentes magistraturas o por ser boleutas no aparecían en el repaso de Tucídides de las fuerzas atenienses en 431 a.C. Al respecto, diremos que de las 750 unidades domésticas correspondientes a los magistrados y el Consejo, en relación a los miembros de la *boulé*, 168 corresponderían a los *thêtes* (el 45 % de las unidades domésticas de consejeros), 168 a los *zeugítai* quedando 20 para los *hippeís* y 19 para los *pentakosiomédimnoi*¹⁹³. En relación a los magistrados (elegidos entre las tres primeras clases), 300 serían *zeugítai*, 38 *hippeís* y 37 *pentakosiomédimnoi*. En síntesis, la información presentada queda resumida en el siguiente cuadro:

¹⁹² Jameson (2003: 66-8). Según Finley (1985: 58), resulta probable que para los siglos V y IV a.C. la mayoría de los ciudadanos (3/4) dispongan de algo de tierra; esto implica que para una población ciudadana de más de 40.000 personas, al menos 10.000 *thêtes* carecerían de tierras.

¹⁹³ Estimamos que no existía restricción económica para acceder al Consejo (al respecto ver el Cap. VI.i.2 más adelante) y, en virtud de que el sorteo era el mecanismo de elección, hemos repartido los miembros de acuerdo al peso demográfico de cada clase. Quizás los ciudadanos más pobres que disponían de pequeños lotes se encontraran infrarrepresentados de acuerdo a su peso demográfico por el hecho de que habrían buscado la forma de eludir la responsabilidad de servir en el Consejo para no descuidar sus lotes. Sin embargo, no hemos tomado en cuenta la situación dado que su peso en la estimación general es, de todos modos, marginal.

Tabla N° 3. Distribución de la tierra entre los ciudadanos

	Tamaño de la unidad productiva (ha.)	Unidades productivas (<i>oïkoi</i>)	Tierra (ha.)	% de la tierra cultivable
<i>Pentakosiomédimnoi</i>	18 - 27	750	13.500 – 20.250	16,6 – 17,5
<i>Hippeïs</i>	7,5 – 12,5	750	5.625 - 9.375	6,9 – 8,1
<i>Zeugítai</i>	3,6 – 5,4	12.250	44.100 – 66.150	54,4 – 57,4
<i>Thêtes</i>	1,8	8.000	14.400	17,7 – 12,5
<i>Boulé y Magistrados</i>		750	3.307 – 4.965	4 – 4,3
	18 – 27	56	1.008 – 1.512	
	7,5 – 12,5	58	435 – 725	
	3,6 – 5,4	468	1.663 – 2.527	
	1,8	112	201	
	0	56	0	
Total		26.500	80.932 – 115.140	100

Este planteo de distribución de la tierra se acerca bastante a la propuesta hecha más arriba (Cap. V.i) sobre la tierra cultivable en el Ática. Allí estimábamos un mínimo de 84.000 ha. (contra las 80.932 ha. del modelo) y un máximo de 108.000 ha. (contra las 115.140 ha. del modelo); sin lugar a dudas el proceso de construcción de los datos lleva a simplificaciones que, como explicábamos al principio del capítulo, resultan inevitables y pueden ser fuente de algunos desajustes.

En síntesis, diremos que el sector más rico de la ciudadanía, los *pentakosiomédimnoi*, representaban una fracción mínima del cuerpo cívico ateniense (2,3 %) y, sin embargo, disponían de entre el 16,6 y el 17,5 % de la tierra de labranza.

Si a ellos les sumamos los *hippeis*, obtenemos como resultado que la aristocracia ateniense en su conjunto, siendo solo cerca del del 5 % de los *politai*, tenía bajo su dominio entre el 23,5 y el 25,6 % del principal medio de producción. Por su parte, los ciudadanos medios que componían la espina dorsal del ejército hoplítico (*zeugitai*) son el grupo mayoritario dentro de los ciudadanos (casi el 47 %) y controlan la mayor parte del Ática (entre el 54,4 y el 57,4 %). Finalmente, casi el mismo peso demográfico tenían los *thetes* (46,1 %) pero, en contraste, disponían como máximo del 17,7 % y como mínimo el 12,5 % de los campos labrantíos¹⁹⁴.

En conclusión, más allá de que la distribución de la tierra en Atenas pueda ser caracterizada como extremadamente desigual o extremadamente igualitaria¹⁹⁵, lo cierto es que el recorrido realizado nos ha permitido mostrar que, durante la democracia ateniense del siglo V a.C., el acceso al principal medio de producción determinaba una estructura social diferenciada entre los ciudadanos. Merece ser destacado, sin embargo, el hecho de que *zeugitai* y *thetes*, las dos últimas clases del censo que frecuentemente las fuentes caracterizan como “los pobres” de entre los ciudadanos, disponían de más del 70 % de la tierra cultivable en Atenas. Pero no solamente es importante saber con qué cantidad de tierra contaban los pequeños y medianos agricultores; también será relevante entender bajo qué condiciones éstos disfrutaban de sus lotes. Es el momento, entonces, de pasar a ver cómo esas asimetrías operaban en el plano político en donde la *isonimia* hacía iguales a aquéllos que aquí hemos visto como diferentes.

¹⁹⁴ No hemos incorporado al cálculo las tierras de los magistrados que serían de ciudadanos no presentes en las fuentes que hablan de contextos militares por estar exentos del servicio. Por otro lado, algunas de las tierras de los magistrados pueden encontrarse estimadas dentro de las tierras de la clase ya que, por ejemplo, un miembro de los *pentakosiomedimnoi* podía ser, a la vez, corego y consejero. De todos modos, la incidencia de considerar estos detalles sería marginal.

¹⁹⁵ Foxhall (1992) y Osborne (1992) plantearon, independientemente uno del otro, que entre el 7,5 y el 9 % de la población ateniense tenían entre el 30 y el 35 % de la tierra lo que implicaba un reparto extremadamente desigual. En contraposición, para Morris (1987: 5, 205-10, 216-17; 1994a: 362 n.53; 1994b; 1996; 2007: 196-272) la aplicación del coeficiente de Gini. (0.39) permitiría pensar a la sociedad ateniense como una sociedad muy igualitaria si se la compara con el Imperio Romano, el Egipto bajoimperial y Orvieto en Italia en el año 1292. Sobre las concepciones igualitaristas ver también: Hanson (1995: 181-219).

Capítulo VI

LA IGUALDAD POLÍTICA Y SUS CONSECUENCIAS

...la pobreza no tiene como efecto que un hombre, siendo capaz de rendir servicio a la ciudad, se vea impedido de hacerlo por lo oscuro de su situación...

Tucídides (2.37.1)

Yo de los atenienses, como así también de los griegos, considero que son sabios [...] ...cuando se trata de algo que atañe al gobierno de la ciudad y es preciso tomar una decisión, sobre estas cosas aconseja, tomando la palabra, lo mismo un carpintero que un herrero, un curtidor, un mercader, un navegante, un rico o un pobre, el noble o el de oscuro origen.

Platón (*Protágoras*, 319b-d)

Como hemos podido comprobar anteriormente en el Cap. V, durante la democracia ateniense, el cuerpo cívico se encontraba diferenciado socialmente a partir de la existencia de un inequitativo reparto de la tierra de labranza, principal medio producción y riqueza de la sociedad. La igualdad política, el objeto central del presente capítulo, constituye, en cierta medida, la contracara de aquélla diferenciación social. En consecuencia, nos proponemos analizar en profundidad algunos aspectos de la

organización política e institucional que resultan centrales para comprender el funcionamiento de la sociedad ateniense y que consideramos relevantes para la resolución de las preocupaciones teóricas planteadas en el Cap. II.

En lo que sigue trabajaremos sobre dos ejes problemáticos diferentes pero conexos entre sí. En primer lugar, abarcaremos el proceso histórico a partir del cual se desarrolla la igualdad política haciendo especial referencia, por un lado, a cómo la evolución institucional repercutió en las condiciones sociales del mundo rural y, por otro lado, a cómo se desplegó concretamente la participación política en las diferentes instancias institucionales de la ciudad en un contexto de extendida igualdad entre los ciudadanos más allá de las diferencias sociales existentes entre ellos. En segunda instancia, analizaremos los diferentes mecanismos puestos en práctica por la ciudad democrática para evitar la polarización social y favorecer la redistribución de los recursos económicos.

I. EL ASCENSO POLÍTICO DEL CAMPESINADO ÁTICO Y SU PARTICIPACIÓN EN LAS INSTITUCIONES DE LA *PÓLIS* DEMOCRÁTICA

I.1 La liberación del campesinado

Para entender las condiciones sociales y políticas en que se encontraban los productores directos durante la “democracia radical” es necesario salir del marco temporal propuesto para esta investigación (desarrollado en el Cap. I.i) y tomar en cuenta algunos aspectos de la historia de Atenas durante el arcaísmo. En este sentido, analizaremos una serie de cuestiones que, extendiéndose desde la crisis social de principios del siglo VI a. C. que permite el acceso de Solón al arcontado hasta las reformas de Clístenes a fines del citado siglo, implican modificaciones de peso en las formas de organización social y política de la *pólis* ateniense. Nuestro interés en los temas que trataremos a continuación está dado por el lugar central que tiene para nuestra propuesta el hecho de que la aristocracia terrateniente y los productores directos del mundo rural se encuentren, en virtud de los derechos de ciudadanía que se desarrollan

durante el período democrático, en una situación de igualdad jurídica y política que limitaba la existencia de las distintas formas de “coacción extraeconómica” que suelen caracterizar a las sociedades precapitalistas.

Las particularidades de Atenas durante fines del siglo VII a.C. y comienzos del siglo VI a.C. no diferían mucho de las otras comunidades griegas durante la época arcaica¹. Se trataba de una *pólis* estructurada a partir de una fractura social fundamental que diferenciaba a dos grupos claramente delimitados². Por un lado, se encontraba una aristocracia terrateniente (*áristoi*) que, en tanto generadora del sinecismo, controlaba las redes políticas e institucionales de la ciudad. Por ello, una de las principales fuentes para el período afirma que una de las características de la Atenas previa a Solón consistía en que “su régimen político [*he politeia*] era en todas las cosas oligárquico [*oligarkhikè*]”³. Por otro lado, completaba el cuadro social la multitud (*plêthos*) de labradores que, nucleados en las diferentes aldeas del Ática, se encontraban, en cierta medida, integrados a la ciudad en virtud del proceso de centralización que implica el surgimiento de la *pólis*⁴. Como ha planteado Domingo Plácido, “Las comunidades aldeanas, forzadas al sinecismo por la aristocracia, encuentran sin embargo en la *pólis* resultante el escenario de su participación política”⁵.

¹ Para una introducción a las condiciones sociales y políticas del arcaísmo en el mundo griego y en la Atenas presoloniana, entre otros, nos han resultado de utilidad los siguientes trabajos: Hammond (1961: 76-81); Kirk (1977); Andrewes (1982); Austin & Vidal-Naquet (1986: 57-80); Forrest (1988: 123-50); Mossé (1984; 1987: 13-36); Gschnitzer (1987:71-119); Manville (1990: 93-122); Domínguez Monedero (2001: 14-36; 1993: 135-202); Osborne (1998: 194-267); Pomeroy, Burstein, Donlan & Roberts (2001: 112-59, 189-200) y Lewis (2004).

² A diferencia de la explicación que sigue, para Mactoux (1988) la esclavitud-mercancía ya sería un elemento importante para esta etapa de la historia de Atenas.

³ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 2.2. Junto a los textos citados en la nota anterior, sobre el control aristocrático de las instituciones de la *pólis* arcaica ver Gernet (1980: 289-98) y la propuesta de Gallego (2005b: 70-7) con bibliografía.

⁴ Sobre el proceso de sinecismo ateniense: Hignett (1952: 34-8); Padgug (1972); Jeffery (1976: 84); Snodgrass (1977); Andrewes (1982: 360-3); Diamant (1982); Morris (1987: 195); Valdés Guía & Plácido (1998); Plácido (2001) y Valdés Guía (2001a). Recientemente Anderson (2003) ha propuesto una novedosa explicación del proceso que hemos criticado en Paiaro (2007: 175-80). Para una bibliografía actualizada sobre la época del sinecismo: Valdés Guía (2002: 12-3 n. 71; 107-33). Acerca de cómo el surgimiento de la *pólis* supone la integración política de los labradores medios a través del sinecismo en un proceso gobernado por una lógica segmentaria y no jerárquica, ver Gallego (2005a: 21-50; 2009a: 31-63) quien se basa, entre otros estudios, en algunas de las ideas de Morris (1987: 128; 1991; 1994b; 1996; 2002: 33).

⁵ Plácido (2008b: 54).

Entre uno y otro sector social se desarrollaban relaciones propias de una sociedad fundamentalmente agrícola no (plenamente) monetaria en la que el pago por los bienes y servicios se realizaba en trabajo o en especie (o en una combinación de ambos)⁶. La fractura social aludida va a tender a profundizarse durante las postrimerías del siglo VII a.C. favoreciendo un proceso de acumulación de tierras y cerrazón política que, siendo llevado adelante por la aristocracia, tendrá como contracara la degradación de las condiciones sociales y políticas del campesinado⁷. En consecuencia, la masa rural empobrecida irá quedando sujeta a la aristocracia a partir de diversas formas de subordinación siendo la más extrema de ellas la esclavización y venta del campesino fuera de la ciudad de Atenas. Todo el proceso irá generando una tendencia a la agudización de las contradicciones sociales entre las clases que llegará a su clímax en los primeros años del siglo VI a.C. cuando la *stásis*⁸ irrumpa en Atenas⁹.

Ahora bien, ¿cuál era la situación del mundo rural ateniense en el momento previo a que Solón obtenga los poderes especiales de mediador y legislador (*diallaktès kai nomothétes*)? En primer lugar, debemos decir que, como era frecuente en las *póleis* de la época arcaica, junto a una aristocracia terrateniente que controlaba el poder político de la ciudad y se nucleaba en torno a unos linajes que se pretendían ancestrales (los llamados *eupatridai*), se situaba una multitud de productores agrícolas. Éstos, lejos de ser un grupo homogéneo, hallaban en su interior diferencias sociales de cierta relevancia. Por un lado, estaban quienes, disponiendo de parcelas de dimensiones entre pequeñas y medianas, contaban con la posibilidad de producir por encima de la mera subsistencia y, en virtud de ello, armarse como soldados de infantería pesada pasando a

⁶ Para una crítica a quienes analizan la situación presoloniana desde una perspectiva monetarista, como por ejemplo Andrewes (1956: 77-90), ver Gallant (1982: 112-3, 117-9). Sobre la importancia no de la moneda pero sí de la plata no acuñada al peso: Kroll & Waggoner (1984: 332-3); Picard (1997); Descat (1990: 96; 1993: 157); Stanley (1998: 19-45; 1999). Cf. Schaps (2004: 163-74) y Domínguez Monedero (2001: 19, 24-6) con bibliografía.

⁷ Sobre la “pauperización” del campesinado: Lévêque (1973: 117-9) y de Ste. Croix (2004: 109-28). Cf. Hanson (1995: 119-24) quien reduce la incidencia de la crisis en los campesinos que disponían tierras de medianas dimensiones.

⁸ El clima de crisis es percibido por Plutarco, *Vida de Solón*, 13.2: “La ciudad se encontraba en situación de extremo peligro y sólo parecía que iba a recobrar la calma y librarse de la agitación si se instauraba una tiranía”; cf. [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 2.1. En relación al problema de la *stásis*, remitimos a los trabajos de Loraux (2008a; 2008b) quien ha explorado el tema desde diferentes aristas que abarcan desde las situaciones concretas en las que históricamente se desarrollaron las luchas civiles hasta el lugar que el término ocupaba como operador conceptual en el pensamiento griego.

⁹ Para el desarrollo de este proceso, ver: Gschnitzer (1987: 106-19).

integrar la milicia ciudadana. Junto a este campesinado medio, por otro lado, existían aquellos que tenían lotes agrícolas muy pequeños o que incluso carecían totalmente de tierra y, en consecuencia, debían necesariamente entrar en diverso tipo de relaciones sociales con otras clases, principalmente con la aristocracia, para asegurar su reproducción como jornaleros u arrendatarios en tierras ajenas¹⁰. Esta diferenciación dentro del sector de los labradores de la época presoloniana no es solamente una distinción cuantitativa sino que tiene implicancias profundas puesto que, como es sabido a partir de la *Constitución de los atenienses*, al menos desde las modificaciones introducidas por Dracón durante la segunda mitad del siglo VII a.C., únicamente quienes podían armarse como hoplitas formaban, en sentido estricto, parte de la comunidad o el cuerpo cívico¹¹:

“siendo arconte Arictecmo, Dracón dispuso sus leyes; y su organización tuvo la siguiente forma: se concedía la ciudadanía a los que podían proveerse del armamento hoplita [*apedédoto mèn he politeía toís hópla parekhoménois*]”¹².

¹⁰ Esta interpretación de la diferenciación social interna entre los campesinos de la Atenas presoloniana la hemos tomado de Valdés Guía (2006: 144-5) donde se cita la bibliografía y las fuentes que avalan esta posición. En el mismo sentido, Gallego (2005a: 91).

¹¹ Creemos válida la necesidad de cautela expresada por Domínguez Monedero (2001: 26-7) y tomamos para lo que sigue su propuesta: “Naturalmente, hablar de «ciudadanía» resulta en cierto modo anacrónico para fines del s. VII, y el propio Aristóteles contribuye a ese anacronismo por el uso que hace de las palabras; aún cuando hay opiniones divergentes, parece que será Solón quien, como consecuencia de sus reformas, establezca formalmente la ciudadanía en Atenas [...] no obstante, emplearemos habitualmente los términos «ciudadano» y «ciudadanía» durante nuestra exposición a fin de evitar perifrasis innecesarias, para referirnos a aquellos individuos que gozan de derechos dentro de la *polis* ateniense, por contraposición a los que no disfrutaban de ellos”. Cf. Gagarin (1986: 139); Manville (1980: 217; 1990: 124); Leduc (1994) y Lape (2002/3: 127-35). Al respecto resulta esclarecedora la propuesta de Loraux (2008a: 171-88, en 174) en tanto en el contexto de actuación de Solón, se puede percibir gracias a los fragmentos de su poesía que el lenguaje que opera allí no es el de la política (y el de la ciudadanía) sino el de la guerra (*pólemos*): “En los poemas de Solón, al igual que en la Atenas del siglo VI, todavía no ha llegado la hora del *agorá* y del intercambio isonómico del discurso. A distancia, tanto la vía intermedia de Teognis como las asambleas herodoteas en las que el poder se sitúa en el medio (*es méson*), el *méson* debe concebirse asociado a la lucha; de tal manera que se parezca al espacio entre dos frentes de ciudadanos. En este lugar inconfortable, se erige el reconciliador”.

¹² [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 4.1-2; ver al respecto las interpretaciones contrapuestas de Hansen (1990: 57 y n. 10) y Gallego (2005a: 91). Cf. los comentarios de Rhodes (1981: 112-3) quien entiende que para el momento presoloniano la frase resulta por un lado, demasiado inclusiva ya que las magistraturas se encontraban monopolizadas por los ricos y la aristocracia (cf. [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 3.1) y, por otro lado, demasiado exclusiva ya que cuando se reunía la asamblea (algo que no era muy frecuente) podrían participar de ella todos los atenienses libres más allá de su condición

Ahora bien, mientras que, por un lado, ese campesino medio del Ática presoloniana ha sido frecuentemente asimilado al tipo social representado en la poesía hesiódica¹³, por otro lado, quienes tenían lotes muy pequeños o carecían totalmente de tierras y, por ende, no podrían formar parte de la ciudadanía al ser incapaces de acceder al armamento hoplítico, quizás puedan, en contrapartida, ser equiparados a aquellos que, en las fuentes, aparecen como los miembros más pobres de la sociedad desde Homero en adelante: los *thêtes*¹⁴. Podríamos decir, entonces, que una y otra fracción del campesinado previo a Solón pueden ser relacionados con quienes, luego de la introducción del sistema timocrático a principios del siglo VI a.C., conformarán la tercera (*zeugítai*) y cuarta (*thêtes*) clase del censo¹⁵.

Más arriba decíamos que durante los últimos años del siglo VII a.C. y los comienzos del siglo VI a.C. Atenas se veía sumida en un proceso de agudización de las contradicciones sociales jalonado por la tendencia a la pauperización del campesinado que encontraba, como contrapartida, en los *eupatridai* a sus principales beneficiarios¹⁶. Al respecto, debemos decir que, en términos concretos, se pueden distinguir dos mecanismos principales que generaban la degradación de la situación social y política de los labradores: por un lado, la condición de los llamados hectémoros (*hektémoroi*);

económica aunque solamente los ricos y la aristocracia estaban autorizados a hablar (cf. [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 7.3). Cf. Fouchard (1997: 77-88).

¹³ Algunos autores han tratado de vincular los poemas de Hesíodo con la situación presoloniana en Atenas; sobre las características socioeconómicas de la poesía hesiódica: Will (1957: 12-24); Detienne (1963: 15-27); Will (1965); Fernández Ubiña (1977: 86-91); Mossé (1984: 97-9); Austin & Vidal-Naquet (1986: 65-68); Tandy (1997: 125-38, 208-14); Nelson (1998: 34-6 y n.10); Thomas & Conant (1999: 144-61); sin embargo, también han existido críticas a estas comparaciones como en los casos de Millett (1984: 104-6) y Edwards (2004: 30-37); cf. Gallego (2008a: 162).

¹⁴ Tanto en Homero, *Iliada*, 21.441-52; *Odisea*, 4.642-4; 18.357-61; 11.489-91 como en Hesíodo, *Trabajos y días*, 600-3 aparece la idea de los *thêtes* como jornaleros pobres. Sobre este sector social ver: Finley (1978: 61-3); Bravo (1992); Scheid-Tissinier (2002: 7-8) y Valdés Guía (2006: 145-7).

¹⁵ Sobre el sistema de clases censales inaugurado por Solón ver [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 7.3 con los comentarios de Rhodes (1981: 136-41) y el relativamente reciente trabajo de Foxhall (1997). Para las condiciones económicas de cada una de las clases así como también sus funciones militares durante el siglo V a.C. remitimos al Cap. V.ii y iii. Cf. Valdés Guía (2006: 145; 2008: 70-1).

¹⁶ Algunos autores han planteado que Dracón y su actuación serían en parte de la emergencia de la crisis presoloniana: Hopper (1966: 141); Forrest (1988: 134).

por otro lado, la problemática de las deudas y sus consecuencias¹⁷. En relación a las fuentes que dan cuenta de estas situaciones, dos son los principales pasajes que nos permitirán analizar la cuestión. En primer lugar, citaremos un fragmento de la pseudoaristotélica *Constitución de los atenienses* en la cual el autor describe cómo era la coyuntura social, económica y política en la Atenas previa al acceso de Solón al arcontado:

“Más tarde, hubo discordia entre los notables [*toús gnorímous*] y la masa [*tò plêthos*] durante mucho tiempo [...] y además los pobres eran esclavos de los ricos [*eudoúleuon hoi pénetes toís plousíois*], ellos mismos, sus hijos y sus mujeres. Y se les llamaba «clientes» y «sextarios» [*pelátai kai hektémoroi*], pues por esas rentas [*místhosin*] trabajaban [*ergázonto*] las tierras de los ricos [*tôn plousíon toús agroús*]. Toda la tierra [*pâsa gê*] era controlada por unos pocos [*oligon*]. Y si no pagaban las rentas, eran embargables, tanto ellos como sus hijos. Y los préstamos los obtenían todos respondiendo con sus personas [*sómasin*] hasta el tiempo de Solón”¹⁸.

En segundo lugar, de una forma bastante parecida al pasaje recientemente citado¹⁹, Plutarco, en su *Vida de Solón*, habla en los siguientes términos para describir la crisis de principios del siglo VI a.C.:

“Entonces la desigualdad [*anomalías*] de los pobres [*tôn penéton*] con los ricos [*toús plousíous*] había alcanzado como quien dice su punto máximo. [...] Todo el pueblo [*hâpas ho*

¹⁷ Diversos estados de la cuestión recientes en los que se cita la bibliografía de las principales interpretaciones sobre las diversas problemáticas han sido útiles para lo que sigue: Domínguez Monedero (20001: 19-26); Valdés Guía (2002: 32-3 y nn. 47 y 55) y Almeida (2003: 26-57).

¹⁸ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 2.1-2.

¹⁹ Es indudable que la *Constitución de los atenienses* fue una de las muchas fuentes en las que Plutarco basó su relato; cf. Domínguez Monedero (2001: 178) con bibliografía.

dêmos] estaba endeudado [*hypókhreos*] con los ricos [*tôn plousíon*]; pues o labraban sus campos [*egeórgoun ekeínois*] y les pagaban un sexto de la cosecha [*hékta tôn ginoménon teloúntes*], por lo que se les llamaba «los de la sexta parte» [*hektémóroi*] y «jornaleros» [*thêtes*], o, endeudándose con la garantía de sus personas [*sómasin*], quedaban en manos de quienes les prestaban y unos servían allí [*autoû*] como esclavos [*douleúontes*] y otros eran vendidos al extranjero [*epi tèn xènen tèn pipraskómenoí*]²⁰.

Es pertinente entonces que, ahora, veamos con algo más de detalle cada una de estas dos situaciones en las que se encontraba el campesinado ático a finales del siglo VII a.C. así como también los dos mecanismos (y los posibles vínculos entre ellos) que los relacionaban con la aristocracia ateniense²¹.

En primer lugar, entonces, nos ocuparemos de la condición de los hectémoros. En [Aristóteles] queda claro que quienes son llamados *pelátai kai hektémoroi* eran aquellos atenienses que trabajaban las tierras de los ricos (*hoi plousíoi*) a cambio de “una sexta parte”. En el mismo registro parece trabajar Plutarco aunque en su fragmento no aparece la denominación de *pelátai* (literalmente “que viven cerca” y traducido generalmente al latín como *clientes*²²) sino la de *thêtes*. Pero más allá de esta diferencia terminológica, es posible plantear que *pelátai* y *thêtes* eran los atenienses de más baja condición y, aparentemente, de donde provendría la mayor parte de los hectémoros²³.

²⁰ Plutarco, *Vida de Solón*, 13.2.

²¹ Como vimos en los pasajes citados, tanto [Aristóteles] como Plutarco distinguen claramente la condición de los *hektémoroi* y la de los deudores. Por su parte, Solón, *Fr.*, 24.8-14 quien asimismo diferencia entre quienes “sufren aquí humillante esclavitud” y los que habían sido vendidos al extranjero o habían huido de Atenas. Cf. Gallo (1999) sobre las dos situaciones que se pueden reconocer al interior del campesinado ateniense previo a Solón.

²² Gernet (1980: 290); Ribeiro Ferreira (1989: 45) hace referencia a cómo las fuentes utilizan el término *pelátas* para traducir el *cliens* del latín; cf. Ando (1988: 325).

²³ En una fuente tardía, Diógenes Laercio, 1.2.45, se afirma que “muchos, a causa de su pobreza [*aporían*], se veían obligados a trabajar como siervos [*ethéteuon*]”. Por su parte, el escoliasta de Platón, *Eutifrón*, 4c utiliza *thêtes* y *pelátai* como sinónimos de *hektémoroi*; cf. Plutarco, *Vida de Solón*, 13.4; Pólux, 3.110-1; Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, 2.9.2-3. Acerca de *thêtes*, *pelátai* y *hektémoroi*, ver: Woodhouse (1938: 50-65); Cassola (1964); Finley (2000: 176-7); Schils (1991: 80);

Éstos trabajaban como arrendatarios o aparceros²⁴ en las haciendas privadas de la aristocracia o en las tierras que, a pesar de ser públicas o comunitarias²⁵ (las llamadas *ktéanoi demósioi* en la poesía de Solón²⁶), se encontraban, sin embargo, controladas igualmente por los *áristoi*²⁷; es por ello que en el pasaje citado más arriba de [Aristóteles] se lee *he dè pása gè di' oligon ên*²⁸. Como contrapartida, quienes labraban la tierra bajo esas condiciones se encontraban obligados a entregar a quienes les garantizaban el acceso a los campos de cultivo una parte de la producción en concepto de renta (llamada *místhosis*²⁹ o *morté*³⁰)³¹ a la vez que, se supone, veían limitada su

Mossé (1994: 31); Bravo (1996); Molina (1998: 8-10); Domínguez Monedero (2001: 229); Harris (2002: 424) y Buckley (2005: 67).

²⁴ Sobre el tema del arrendamiento de la tierra, para la época clásica, ver más adelante Cap. VII.ii.

²⁵ Sobre los diferentes estatutos de las tierras de labranza y las características de las tierras pertenecientes a la *pólis* o alguna de sus subdivisiones, remitimos al lector al Cap. IV.ii donde se encuentran planteados estos temas con la bibliografía pertinente.

²⁶ Solón, *Fr.*, 3.12 (Diehl).

²⁷ Esto era así, principalmente, gracias a la hegemonía que la aristocracia ejercía sobre las fratrías de las que dependían algunas tierras. Sobre el predominio aristocrático en las fratrías durante el arcaísmo (para la época clásica ver más adelante el Cap. VII.ii), ver el trabajo de Valdés Guía (2004) donde se cita la bibliografía pertinente sobre el tema. Sobre el papel de las “tierras públicas” en el Ática durante la crisis presoloniana, ver: Cassola (1964: 50-1; 1973); Rihll (1991: 104-10); Descat (1990: 90-100); Valdés Guía (2007: 100). Sin embargo, creemos válida la advertencia de Rhodes (1981: 95): “The question, who owned the land worked by the *hektémoroi*, is apt to be discussed in anachronistic terms. In a community which has no written laws, and little or no writing of any kind, ownership as a legal concept can hardly exist”. Cf. Domínguez Monedero (2001: 20-1).

En ciertos aspectos, la situación podría ser asimilable a la de la primitiva República romana en la cual el problema del control aristocrático de las tierras públicas también se vincularía con el desarrollo de la esclavitud por deudas. Durante los primeros tiempos republicanos, los patricios, en virtud del monopolio que ejercían sobre las instituciones políticas, se hacían con el control de crecientes porciones del *ager publicus* (tierra pública). Dicho control aristocrático limitaba y/o condicionaba el disfrute de esas tierras por parte de los sectores no patricios (que solamente podrían trabajar el *ager publicus* en tanto *clientes* de los *patres* obligados a pagar una especie de renta) para los cuales, en virtud del pequeño tamaño de sus propiedades (que se han estimado, en promedio, en 2 *iugera* o 0,25 ha.), resultaban fundamentales para su reproducción. Al respecto ver Cornell (1999: 285-317); Duplá (2003: 61-82, 117-37) y García Mac Gaw (2008a) todos con bibliografía.

²⁸ Hemos decidido traducir el pasaje como “Toda la tierra era controlada por unos pocos” evitando deliberadamente asimilar a *diá* la idea de “propiedad” y prefiriendo, en su reemplazo, el sentido de “control”. Al respecto, algunos traductores, como por ejemplo García Valdéz (1995) y Tovar (2002), han elegido “en manos de pocos” o fórmulas similares marcando de ese modo el carácter, en cierto punto, temporal de ese control. Cf. Rihll (1991: 101-2) quien, a nuestro modo de ver, plantea acertadamente que si unos pocos fueran propietarios de toda la tierra se llega a una paradoja que hace imposible explicar porque la *seisákhteia* fue una solución al problema a la vez que Solón evitó redistribuir la tierra.

²⁹ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 2.2.

³⁰ Pólux, 7.151; Hesiquio, s.v. *epímortos*. Para Andrewes (1982: 378) se trataría de *share-croppers* (“aparceros”); cf. Kirk (1977).

³¹ Al respecto de la identificación entre los hectémoros y los *thêtes*, Sakellariou (1979: 107) ha expresado que “De l'ensemble de ces points découle une idée cohérente, bien qu'incomplète, du statut des

libertar para abandonar los campos que labraban³². En síntesis, aquellos que son referidos en nuestras fuentes como hectémoros, serían atenienses de baja condición económica que a causa de su pobreza debían trabajar tierras de o controlados por los ricos³³ como aparceros o arrendatarios a cambio del pago de una renta (que se ha estimado podría haber consistido entre 1/6 y 5/6 de la cosecha; de allí provendría su denominación como *hektémoroi*)³⁴ que, de no ser pagada, podría llevar al hectémoro (y a su familia como afirma [Aristóteles] en el pasaje citado) a la esclavitud y a la venta en el extranjero como esclavo.

En segundo lugar, hemos identificado la situación de los campesinos endeudados que, ante la incapacidad de devolver lo prestado, podían ser vendidos como esclavos fuera del Ática³⁵. A diferencia de los hectémoros, los atenienses que entraban en relaciones de esclavitud por deudas no provendrían del sector más pobre del campesinado (*pelátai* y *thêtes*) sino que lo harían, principalmente, de los pequeños y medianos labradores que, como hemos visto, podían acceder al armamento hoplítico³⁶.

La deuda era, en las condiciones de la agricultura del Ática en la antigüedad una necesidad estructural del pequeño y mediano labrador. Las condiciones de extrema irregularidad del clima mediterráneo determinaban que los pequeños y medianos

hectémores. Ils n'avaient pas de fortune ; ou leur fortune ne parvenait pas à les faire vivre : à ce titre, ils faisaient partie de la classe des *thêtes*, et c'est pour cela qu'on les appelait *thêtes*. Pour subsister, ils faisaient valoir des terres appartenant à des riches, avec pour contrepartie l'obligation de leur verser le sixième de la récolte, à titre de *morté*". Lo que obviamente no implica que todos los *thêtes* hayan sido necesariamente hectémoros, cf. Valdés Guía (2006: 144-5, 156; 2008: 65).

³² Esta es, por ejemplo, la opinión de Finley (2000: 177).

³³ Algunos autores plantean que podrían haber sido tierras pobres o marginales: Sancisi-Weerdenburg (1993); cf. Valdés Guía (2006: 156-7).

³⁴ Cf. Woodhouse (1938: 29-30) quien sostenía que el pago era de 5/6 quedando sólo 1/6 para el labrador; sin embargo, esta postura se encuentra hoy descartada: von Fritz (1940; 1943); Lewis (1941); French (1956; 1964: 10); Masaracchia (1958); Hammond (1961); Ferrara (1960); Cassola (1964); Kirk (1977); Sakellariou (1979); Ribeiro Ferreira (1989: 39-40); Gehrke (1994); Hanson (1995: 122); Finley (2000: 177); de Ste Croix (2004: 116-7, 122) y Domínguez Monedero (2001: 220 n.25). Quizás tanto una como otra situación podrían haber sido posibles dependiendo de la pobreza del arrendatario y, en última instancia, la correlación de fuerzas entre las clases.

³⁵ Para lo que sigue creemos poco importante y, quizás, demasiado formal la distinción hecha por Harris (2002: 415-9) entre *enslavement for debt* y *debt-bondage*. Al respecto creemos válida la afirmación de Finley (2000: 170) según la cual "«venta» como esclavo y esclavitud por deudas no se pueden diferenciar muy fuertemente".

³⁶ Como afirma Finley (2000: 177), "Los *hektémoroi*, por tanto, constituían una categoría social diferente [...] hombres que trabajaban tierras en condiciones de una renta fija del sexto de la cosecha [...] No eran el estrato del que surgían regularmente los esclavos por deudas".

labradores vieran recurrentemente peligrar su posibilidad de subsistencia debido al fracaso en las cosechas, fracaso que en el caso del Ática se relacionaba principalmente con una deficiencia en el régimen de lluvias. Frente a ello, la aristocracia se veía, en cierta manera, en una situación mucho menos comprometida ya que la dispersión de sus propiedades³⁷ le permitía enfrentar de una mejor manera los riesgos y aprovechar una multiplicidad de nichos ecológicos generados por un terreno quebradizo e irregular³⁸. En virtud de lo anterior, los agricultores de pequeña escala debían con cierta frecuencia recurrir a la aristocracia en busca de ayuda para enfrentar un mal año agrícola lo que, generalmente, podía llevar al endeudamiento (u otras formas de subordinación)³⁹. Esta necesidad de los labradores de recurrir con cierta regularidad al endeudamiento perdura incluso en la época clásica pero en un contexto en el que la esclavización como consecuencia de la insolvencia del deudor se encontraba abolida desde la época de Solón⁴⁰.

En la Atenas de principios del siglo VI a.C.: los campesinos que recurrían al préstamo lo hacían, como podemos leer en las dos fuentes citadas, ofreciendo su propio

³⁷ La pauta para los ciudadanos prósperos en el Ática sería de una multiplicidad de pequeños lotes diseminados por el territorio de la *pólis* (e incluso más allá); para la dispersión de las tierras de los grandes propietarios ver: Osborne (1985a: 60-3; 1987: 37-40); Jameson (1977/8: 130-1); Burford (1993: 110-1, 119); Isager & Skydsgaard (1992: 128); recientemente Foxhall (2007: 56-7). Lo anterior no implica que la dispersión de las posesiones no se haya dado también entre los de los pequeños y medianos labradores pero, sin embargo, seguramente esta era mucho más circunscripta en comparación con las de la aristocracia y por ende menos resistente a los riesgos. En relación a la fragmentación de las posesiones de los labradores de pequeña y mediana escala con el objetivo de maximizar el aprovechamiento de las diferencias medioambientales, ver: Gallant (1991: 41-45); (Osborne 1985a: 62-63; 1987: 38-40); Garnsey (1988: 48-9).

³⁸ Cf. Garnsey (1998: 206); Amouretti (1986: 24-5); Osbrone (1987: 27-52) y Chevitarese (2000: 34-61). Pero sobre las características del clima y la geografía, así como su incidencia en las constricciones que éstos determinan a la producción agrícola en pequeña escala (tanto en el arcaísmo como en la época clásica), remitimos al lector al Cap. V.i donde se discute la bibliografía pertinente sobre el tema.

³⁹ Algunos autores como French (1956: 11; 164: 11-2) y Langdon (1976: 91) han visto en el continuo cultivo de la tierra y su erosión o en la competencia generada por el grano importado explicaciones acerca del porqué los pequeños y medianos labradores recurrían a la ayuda de los ricos; cf. sin embargo, las críticas de Gallant (1982: 116-7) a esa postura. Cf. Domínguez Monedero (2001:19).

⁴⁰ Al respecto, podemos traer a cuenta el personaje de una comedia de Aristófanes presentada en las Dionisias urbanas del 423 a.C.: *Estrpsíades*, un campesino endeudado a causa de los gustos refinados de su hijo (caballos y carros) que busca, a través del buen uso del discurso, evitar pagar sus deudas: "Quiero aprender a hablar, pues los intereses y unos acreedores implacables me llevan y me traen, y mis bienes están hipotecados", Aristófanes, *Las nubes*, 240-1. Sobre el tema de las deudas en la comedia aristofánica remitimos al lector al trabajo de Coscolla (2007) donde se cita la bibliografía pertinente sobre el tema.

“cuerpo” (*sôma*) como garantía⁴¹. En una economía poco monetizada, la deuda y los intereses debían pagarse en especie o en trabajo⁴² y si el deudor era incapaz de cumplir sus obligaciones el acreedor podía proceder no solamente contra la persona del propio deudor sino también contra su familia. Pero como afirma Plutarco en el pasaje citado, los deudores “quedaban en manos de quienes les prestaban y unos servían allí como esclavos y otros eran vendidos al extranjero”; es decir, el acreedor podía decidir entre hacer que el deudor le sirva “como un esclavo” en el Ática o venderlo como esclavo, generalmente fuera de Atenas, para recuperar lo prestado⁴³.

En términos concretos, lo anterior implica que existía la posibilidad de que el acreedor se haga con la tierra del deudor permitiéndole continuar produciendo allí a cambio del pago de una renta (que las fuentes llaman *místhosis*⁴⁴)⁴⁵. Los sujetos que entran en tales relaciones de explotación serían aquellos que son referidos en el lenguaje de la poesía soloniana como aquellos que “soportan aquí humillante esclavitud [*doulien aeikéa*]”⁴⁶. Estos campesinos endeudados que pierden el control de sus tierras y que deben servir a sus acreedores a través del pago de una renta serían considerados *átimoi*⁴⁷ y su tierra, que ya no usufructúan libremente, estaría marcada con los *hóroi* recibiendo la denominación de *se átima khrémata*⁴⁸.

⁴¹ Algunos autores han vinculado el hecho de que la garantía del préstamo sea la propia persona del deudor con la supuesta inalienabilidad de la tierra en la época presoloniana: Woodhouse (1938: 42-79); Masaracchia (1958: 106-8); Hammond (1961); French (1963); Cassola (1964; 1973); Rihll (1991); Schils (1991) y Domínguez Monedero (2001: 21). Cf. el estado de la cuestión sobre el tema en Almeida (2003: 29-45). Sobre el tema de la inalienabilidad de la tierra en el Ática, ver el Cap. IV.ii.

⁴² Al respecto, ver nota 6 más arriba.

⁴³ Son los vendidos fuera de Atenas como esclavos a quienes se refiere Solón, *Fr.*, 24.11 como aquellos que ya habían olvidado la lengua ática.

⁴⁴ Sobre las posibles implicancias de este término, ver más adelante Cap. VII.i.

⁴⁵ Ver Lewis (1941); Asheri (1969) y Domínguez Monedero (2001: 20) quienes plantean el hectemorado como una alternativa a la esclavitud personal.

⁴⁶ Solón, *Fr.*, 24.13-4 (Diehl).

⁴⁷ Literalmente “sin prestigio”, implicaría la pérdida de los derechos de ciudadanía, la degradación de sus derechos políticos y cívicos o la exclusión de la comunidad. Cf. Aristóteles, *Política*, 1281b 29-30. Al respecto, ver: Rihll (1991: 122-3); Rhodes (1981: 111); Humphreys (1991: 33). Cf. Valdés Guía (2006: 147; 2008: 65-6).

⁴⁸ Al respecto de los *átimoi* y la *átima khrémata* ver los trabajos de Valdés Guía (2006: 147, 153 y nn.48-9; 2007; 2008: 58, 63-70) en donde se analizan las fuentes y la bibliografía que permiten pensar la cuestión, especialmente a partir de lo que sucedía en la época clásica. Sobre la pérdida de la ciudadanía y las confiscaciones de tierras hemos hablado en el Cap. IV.ii; ver sin embargo, Burford (1992: 31-2) y Hansen (1976b: 60-1).

De este modo, si bien hemos presentado la situación de los hektémeros y la de los campesinos endeudados como dos mecanismos independientes que permiten relaciones de explotación de diverso tipo entre la aristocracia y los dos sectores que componían el campesinado ático, sin embargo, ambos dispositivos podrían estar relacionados. Al respecto, nos permitimos citar con cierta extensión, la explicación que Miriam Valdés Guía encuentra a la problemática y que permite entender la relación entre hektémeros y campesinos endeudados desde una perspectiva dinámica:

“Si la situación tiene, en líneas generales, dos vertientes, por un lado los campesinos propietarios de su parcela que se endeudan y por otro, los no propietarios (*thetes*) que trabajan como una especie de “arrendatarios pobres” (o *aparceros*) de tierras que no les pertenecen, por una parte de la cosecha (como hektémeros), hay que plantearse la relación entre ambas situaciones y si el hectemorazgo tiene su origen en la esclavitud por deudas (o en el endeudamiento) [...], en definitiva, si un campesino endeudado que no pagara la deuda contraída podría convertirse en hektémoro/*thes*...

[...] los campesinos que se endeudaban y perdían su tierra, podían o bien ser vendidos como esclavos (generalmente en el extranjero) o bien servir como *thetes* (/hetémoros) en su antigua propiedad (o quizás en otra) —pues en definitiva lo que interesaba era tener mano de obra para estas tierras que pasan a engrosar las de los *aristoi*—, susceptibles, en el momento mismo en el que no pagaran la «renta», de ser vendidos inmediatamente (*agogimoi*) como esclavos (ellos y sus hijos).

[...] El hecho de que las fuentes aludan a que los préstamos eran sobre las personas, no indica, desde nuestro punto de vista, como se ha pensado, que la tierra fuera inalienable y no se pudiera «tocar», sino más bien, que el endeudado que no pagaba no sólo perdía su tierra sino que era susceptible de ser vendido

como esclavo en el extranjero, aunque muchas veces se quedaría en el Ática trabajando esa misma tierra u otra en una situación de dependencia y «servidumbre» similar a la del *thes/hectémoro*⁴⁹.

Pero quizás el problema no sea tanto el de la propiedad⁵⁰, como parece indicar el pasaje citado, sino, más bien, el del control efectivo de la tierra y de la mano de obra sin la cual aquélla carece de valor práctico⁵¹. A partir del momento en el que el campesino endeudado se encuentra en una situación de “pérdida” de su *klêros*, esa “pérdida” no tendría que ver con la “propiedad” efectiva sino con el hecho de que desde ese momento el campesino se vería sujeto a una condicionalidad (básicamente, el pago de una renta⁵²) para acceder al goce de un campo de labranza que anteriormente (es decir, previo al establecimiento de la relación de deuda) disfrutaba de un modo libre y no condicionado.

Es esa condicionalidad, que expresa una relación de subordinación jurídico-política, la que iguala en el plano sociopolítico a los campesinos endeudados con los hectémoros ya que, finalmente, los dos grupos acceden a la tierra (y, en última instancia, a su reproducción social) a través de los vínculos que los sujetan a la clase de los *áristoi*; clase que, de ese modo, se apropia a través de estos mecanismos coactivos de los excedentes producidos por los agricultores y sus familias⁵³. Los mojoneros (*hóroi*)

⁴⁹ Valdés Guía (2006: 150, 153; cf. 2008. 65-6, 69).

⁵⁰ Rhodes (1981: 95). En igual sentido, para Forrest (1988: 145) preguntarse acerca de quién tenía el “derecho” a la tierra carece de sentido en ese contexto. Al respecto de la cuestión, remitimos al lector a las discusiones que hemos trabajado en el Cap. IV.ii.

⁵¹ Cf. Will (1965: 62-5).

⁵² Para Domínguez Monedero (2001: 20) la cuantía de la renta podría haber estado fijada por el uso consuetudinario en un sexto de la producción anual, es decir, sería similar a la que, para algunos autores, pagaban los hectémoros.

⁵³ Hemos hablado más arriba de los deudores como *átimoi*; por otro lado, para los hectémoros estaba abierta la posibilidad de perder la libertad personal y ser vendidos como esclavos fuera de Atenas en tanto, como afirma Sakellariou (1979: 107), “les *hectémores* qui ne versaient pas la *morté* subissaient le sort de tout débiteur insolvable”. En síntesis, tanto los campesinos endeudados como los *thêtes* que trabajaban las tierras de los ricos podían encontrar, a través de distintos caminos, un destino común en la pérdida de la libertad personal y la esclavización fuera del Ática; es decir, tanto unos como otros se encontraban en una situación de dependencia y subordinación que los situaba, al modo de decir de Pólux, 3.83, “entre los hombres libres y los esclavos”.

dispuestos en los lotes de los deudores serían un signo notorio de la relación de dependencia⁵⁴ que ataba a esa tierra (y a quien la ocupaba) con el acreedor de un modo permanente⁵⁵ y hereditario⁵⁶. Es por ello que en la poesía de Solón “la tierra” aparece “esclavizada” (*prósthēn dè douleúousa*)⁵⁷ antes de la actuación del legislador. Pero esa situación de esclavitud de la tierra estaría hablando no solamente sobre el estatuto del territorio sino también sobre el de los hombres que en ella habitan y trabajan⁵⁸: campesinos unidos a la tierra no solamente a través de vínculos económicos o productivos sino también políticos, familiares, religiosos y mentales⁵⁹.

En síntesis, hemos visto que en la Atenas presoloniana existían diversos mecanismos que permiten a los *áristoi* hacerse con el control de la tierra. Pero este no era el principal objetivo de la aristocracia ya que disponer de grandes cantidades de tierra agrícola sin contar con los brazos necesarios para ponerlas en cultivo era de poca utilidad en una sociedad en la que la labranza se había convertido en la principal actividad productiva. Al respecto, en un estudio fundamental sobre el tema de la esclavitud por deudas, Moses Finley ha afirmado que:

“En Grecia y Roma arcaicas ¿de qué modo los ricos y bien nacidos, los poseedores de las fincas extensas, obtenían y aumentaban su mano de obra? Conocemos el trabajo asalariado

⁵⁴ Cf. Fine (1951: 181-3); Finley (2000: 87); Millett (1982; 1991: 222-4); Bravo (1990); Harris (1997). Al respecto siguen siendo muy estimulantes, pese a su antigüedad, las reflexiones de Gernet (1980: 313-22) sobre el significado y el simbolismo de los *hóroi* hipotecarios. Cf. Harris (1997: 104-5); Bravo (1990).

⁵⁵ Cf. Cataudella (1966: 234); Gallant (1982).

⁵⁶ Aquí seguimos la propuesta de Domínguez Monedero (2001: 20, 220 n. 26). La dependencia hereditaria no implica que estemos frente a un “campesinado servil” como ha propuesto, por ejemplo, Ando (1988).

⁵⁷ Solón, *Fr.*, 24.3-7 (Diehl).

⁵⁸ Ver al respecto la interpretación de Gallego (2005a: 96-7) quien plantea que, retomando una explicación elaborada por Miceli (2008) para la sociedad medieval, “la cualificación de la tierra como esclava entraña [...] que quienes habiten esa tierra serán también esclavos [...] El carácter instrumental de los moradores del territorio esclavo los convierte a ellos mismos, apéndices de la tierra, en esclavos”. En el mismo sentido, Forrest (1988: 145) afirmaba que “los *horoi*, los mojones indicadores de que tanto él [el campesino dependiente] como su tierra «perteneían a otro»”. Cf. Cataudella (1966: 36-9) para quien la esclavitud de la tierra está dada por el hecho de que es poseída por quienes no tienen derecho a ella.

⁵⁹ Acerca de la imposibilidad de separar las “instancias” económicas, políticas, religiosas, etc. en las sociedades precapitalistas, ver el Cap. II. Sobre los vínculos que unían al campesino griego con la tierra, ver los trabajos de Gallego (1997; 2003b).

y los esclavos personales por nuestras fuentes más antiguas, los poemas homéricos y las Doce Tablas, pero está claro que no son las respuestas. La mano de obra consistía especialmente en trabajadores dependientes –clientes, hilotas, *pelatai* o como quiera que se les llamara- y esclavos por deudas. Es decir, como entre las clases sociales, *la deuda era un recurso deliberado por parte del acreedor para obtener más mano de obra dependiente, antes que un recurso para enriquecerse gracias al interés*”⁶⁰.

En última instancia, lo que parece indicar el análisis que aquí hemos propuesto es que junto con el control de la tierra la aristocracia se garantizaba diferentes formas de obtener de manera compulsiva el trabajo de hectémoros y endeudados. Métodos coactivos que llevaban a quienes los padecían a verse excluidos en cierta medida de la comunidad de ciudadanos -comunidad que era ya de por sí restrictiva⁶¹- en tanto se encontrarían sometidos a esas diversas formas de “esclavización” de las que hablan las fuentes⁶². Por tanto, como hemos visto en el Cap. II, la explotación, para tener lugar, suponía necesariamente la degradación de la condición política y jurídica del explotado sea este hectémoro o endeudado.

Ahora bien, decíamos que este contexto de pauperización del campesinado y agudización de las contradicciones llevaron a la *stásis* en la que el pueblo se alzó contra los nobles⁶³ allanando el camino para la intervención de Solón que, a través de su programa de reformas intentará revertir la situación. En el Cap. V.iii hemos afirmado

⁶⁰ Finley (2000: 176), el subrayado es nuestro.

⁶¹ Hemos hablado más arriba sobre la restricción de la ciudadanía, al menos desde Dracón en adelante, a aquellos que podían costearse el armamento hoplítico; cf. [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 4.1-2 con las aclaraciones hechas en la nota 12.

⁶² Al respecto, Gallego (2005a: 94) afirma que “aquellos que caían en esta situación [la esclavitud por deudas] dejaban en términos positivos de integrar la comunidad, y ello por dos motivos: por un lado, habían perdido los requisitos efectivos de usufructo autónomo de la tierra; por el otro, habían perdido la condición de libertad. En su poesía, Solón manifiesta claramente que los caídos en esclavitud no tenían demasiados derechos, lo que a los fines prácticos debió significar lisa y llanamente la exclusión de la comunidad”. Sería el caso de los *átimoi* de los que nos hemos ocupado más arriba y de los hectémoros que no pudiendo cumplir con sus obligaciones de rentas podrían haber sido vendidos como esclavos; ver la nota 53.

⁶³ Solón, *Fr.*, 23.13-25 (Diehl).

que la negativa del legislador ateniense a la *isomoiría*⁶⁴, es decir a expropiar a la aristocracia y repartir la tierra en lotes iguales entre los ciudadanos, explicaba, en parte, las desigualdades en el acceso a este medio de producción durante la época clásica. Pero hay otros aspectos de la actuación de Solón que resultan centrales para nuestra propuesta en tanto suponen la eliminación de los mecanismos de coacción jurídicos y políticos que ligaban a los hectémoros y a los campesinos endeudados con la aristocracia ateniense.

La *seisákhteia* (literalmente “descarga”), primera medida que habría tomado⁶⁵, permitió a Solón, según el propio legislador reconoce, redimir tanto a quienes habían sido vendidos como esclavos fuera del Ática (o habían escapado del Ática para evitar esa situación)⁶⁶ como a aquellos que sufrían “humillante esclavitud” en la propia tierra patria⁶⁷. Dentro del primer grupo se encontrarían, por un lado, los campesinos endeudados que no fueron capaces de devolver el préstamo en virtud de lo cual perdieron sus tierras y sus acreedores los vendieron como esclavos fuera de Atenas y, por otro lado, quienes encontrándose sometidos al hectemorazgo hallaron problemas para cumplir con las rentas exigidas (*místhosis* o *mortè*) por quienes controlan la tierra y sufrieron, en consecuencia, el mismo destino que aquéllos campesinos insolventes. En relación al segundo grupo, los esclavizados en la propia Atenas, Solón se estaría refiriendo tanto a los campesinos endeudados (que podían ser quienes aún no habían perdido sus tierras como así también aquellos que habiendo alienado sus *klêroi* se habían convertido en *átimoi*) como a los hectémoros que labraban la tierra del Ática. Al respecto de esta problemática resulta importante destacar el papel de una nueva institución creada en los tiempos de Solón ya que el recientemente instituido tribunal de la Heliea se encontraría abocado a llevar adelante esa “liberación” de la que el

⁶⁴ En la propia poesía de Solón, *Fr.*, 23.13 (Diehl) (cf. [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 12.3; Plutarco, *Solón*, 16.1) el legislador explica que descarta la posibilidad de repartir la tierra entre los ciudadanos por considerar esa una medida tiránica (*tyrannidos bia*). Sobre el rechazo de Solón a la tiranía, ver Domínguez Monedero (2001: 94-9) con bibliografía. Cf. Rosivach (1992).

⁶⁵ Plutarco, *Solón*, 15.2.

⁶⁶ Solón, *Fr.*, 24.8-9 (Diehl); cf. Plutarco, *Solón*, 15.4.

⁶⁷ Solón, *Fr.*, 24.13-4 (Diehl). Para Gschnitzer (1987: 108) el rescate de los esclavizados en el Ática y la repatriación de los atenienses vendidos como esclavos fuera de Atenas se habría hecho “incluso, a expensas del Estado”; sin embargo, compartimos las críticas a esta postura desarrolladas por Domínguez Monedero (2001: 54) en tanto el Estado ateniense no tendría, en esta época, los recursos materiales para llevar adelante ese tipo de operación.

legislador ateniense habla en su poesía. En un claro ejemplo de cómo las transformaciones institucionales se encuentran indefectiblemente mezcladas con las mutaciones sociales, debemos decir que bajo las competencias del nuevo tribunal se encontrarían las deliberaciones acerca de, por un lado, las restituciones de los *klêroi* a los campesinos endeudados que habían sufrido la *atimía*, y, por otro lado, la asignación de tierras públicas (entre otras) a quienes las habían trabajado bajo el régimen del hectemorazgo⁶⁸.

Con la actuación de Solón, entonces, los esclavizados recuperan su libertad y los *átimoi* vuelven (o comienzan) a ser ciudadanos de pleno derecho (*epítimoi*⁶⁹) decretándose incluso una amnistía general que favorece a todos aquellos que habían sido privados de sus derechos y se encontraban exiliados (exceptuando a los condenados por homicidio y tiranía)⁷⁰. A la vez, Solón fue responsable de la cancelación de todas las deudas⁷¹, uno de los principales reclamos del *dêmos* ateniense durante la *stásis*. A pesar de que haya sido presentada como una reposición de derechos antiguos⁷², no se debe perder de vista el carácter “revolucionario”⁷³ de la medida que de seguro afectó de forma directa y profunda los intereses inmediatos de una aristocracia que quedará súbitamente privada de los ingresos que provenían de las tierras cuyos propietarios se habían endeudado con ella. La abolición de las deudas, simbolizada a través de la

⁶⁸ Cf. Valdés Guía (2001b; 2003: 80; 2006: 158; 2007: 111-2). Acerca de la repartición de tierras a los hectémoros, se debe decir que estas serían, principalmente, tierras públicas o de reciente colonización (algo que también habría sucedido con los Pisistrátidas), ver: Forrest (1988: 144-5); Manville (1990: 129); Rosivach (1992); Lohman (1992); Morris (2002: 40).

⁶⁹ Acerca de la noción de ciudadanía y las características de los *epítimoi*, ver: Sealey (1983: 98, 116).

⁷⁰ Plutarco, *Solón*, 19.4. Cf. la ley de Solón al respecto: *Frag. 70* (Ruschenbusch).

⁷¹ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 6.1; cf. Plutarco, *Solón*, 15.2 y Rhodes (1981: 125-7) en donde se analizan las principales discusiones al respecto. En contraste vemos que Androción, *FGrH* 324 F34 plantea que, en verdad, la medida consistió no en la abolición de todas las deudas sino, más bien, en una reducción de los intereses (vinculada a una reducción en el peso de las monedas). Sin embargo, debemos destacar al respecto que este historiador ateniense del siglo IV a.C. estaba intentando presentar la actuación de Solón como algo más moderada de lo que verdaderamente ésta fue. En última instancia, lo que se proponía era adecuar la figura histórica del legislador arcaico para hacerla cuadrar mejor con las necesidades ideológicas de los oligarcas de su propio tiempo que veían en Solón un modelo de político y *politeía* moderada. Sin embargo, ya para el propio Plutarco, *Solón*, 15.3-5 la postura de Androción era minoritaria. Cf. Harding (1974; 1976; 1994: 129-33); Domínguez Monedero (2001: 52-3). Sobre la denominada “constitución ancestral” (*pátrios politeía*), ver Finley (1984: 45-90); también relacionada con Solón estaba la “democracia ancestral” (*demokratían tèn pátrion*), Aristóteles, *Política*, 1273b 36-1274a 22.

⁷² Cf. Solón, *Fr.*, 3 (Diehl).

⁷³ Ésa es la caracterización que le da Domínguez Monedero (2001: 51-2).

erradicación de los *hóroi* que esclavizaban la tierra⁷⁴, suponía simultáneamente la caducidad de las consecuencias que los préstamos traían aparejados, a saber, la pérdida de la tierra y de la libertad personal del deudor algo que supuso para los *áristoi* una fuerte merma en su capacidad de hacerse con tierras y mano de obra por medios extraeconómicos. Al respecto, resulta interesante el análisis que desarrolla Luis Molina sintetizando las consecuencias que la abolición de las deudas trajo para los diferentes grupos:

“Solon’s cancellation of debts, therefore, would have had a different impact on each of three groups: 1) debt-slaves who were once full landholders; 2) debt-slaves who were once *hectemors*; 3) debtors who were still land-holders. The effect of the cancellation of debts on groups 1) and 3) (previous landholders) is easy enough to envision: they perhaps benefited the most as they could return to their farms without further obligations, in-kind, on their persons, or otherwise. Group 2) (previous *hectemors*) is more difficult to reconcile. As all the sources indicate, Solon did not enact a re-distribution of land. Since the *hectemors* previously had not owed land, there were three choices open to them: 1) return to their previous plots; 2) find alternative livelihood in Attica; 3) seek their fortunes elsewhere. [...] This leaves the first option as the most likely”⁷⁵.

Pero, junto a la condonación de las deudas, y esto resulta a nuestro entender un elemento central, se establece “que en el futuro nadie prestara bajo fianza de la persona [*epì toîs sómasi*]”⁷⁶. Esta prohibición supuso alienar a la aristocracia ateniense de uno

⁷⁴ Cf. Solón, *Fr.*, 24 (Diehl); cf. la interpretación contraria que da al pasaje Cataudella (1966: 83).

⁷⁵ Molina (1998: 10).

⁷⁶ Plutarco, *Solón*, 15.3; cf. [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 6.1 que usa una frase similar. Para algunos autores la medida habría supuesto, junto con el fin de la inalienabilidad de la tierra, la posibilidad de que en adelante los lotes agrícolas comiencen a ser la garantía de los préstamos. Al respecto la ley atribuida a Solón por Plutarco, *Solón*, 21.3 (*Frag.* 49b (Ruschenbusch)) a partir de la cual se podían legar las tierras a través del testamento podría estar indicando cierta “liberalización” de las

de los principales mecanismos a su alcance para obtener mano de obra de forma compulsiva entre los deudores y sus familias. En el mismo sentido opera la eliminación de la condición de hectémoro aunque no sucederá lo mismo con la de *thés*. Esta pervivencia, sin embargo, lejos de suponer el mantenimiento de una situación de dependencia entre los *thêtes*, implicó, por el contrario, su integración a la ciudadanía como una de las cuatro clases del censo cívico instaurado por Solón a la cual se le reconocieron ciertos derechos a la participación política activa en distintas instancias institucionales de la ciudad⁷⁷. Lo anterior, supuso una importante innovación para la organización política de la *pólis* de la época arcaica en tanto admitió que, por primera vez, se les reconozcan derechos cívicos -se les permita “participar de la *pólis*” (*tò metékhein tês póleos*)⁷⁸ - a individuos carentes totalmente de tierras que se integrarán en la última de las clases censales del sistema timocrático⁷⁹.

En síntesis, las reformas de Solón implican la liberación del campesinado ático, en especial, de los pequeños y medianos labradores en tanto “tomarían de nuevo el control de unas tierras cuya propiedad no habían perdido jurídicamente, aunque si la capacidad de tomar decisiones sobre ellas”⁸⁰. Desde la actuación de Solón, al desaparecer la “población interna sometida”⁸¹, se habría desarrollado, entonces, un régimen basado en los pequeños y medianos propietarios ya que, como afirma W.G. Forrest, “el *hektémoros*, pues, se convirtió en un pequeño propietario independiente, como miles de otros pequeños y no tan pequeños propietarios de toda el Ática”⁸². Pequeños y medianos propietarios que incluso van a verse favorecidos por una serie de

propiedades fundiarias y su enajenación del ámbito estrictamente familiar que permitirían una mayor flexibilidad en la transmisión de propiedades; cf. Gernet (1955: 121-49); Gschnitzer (1987: 111-2). Ver al respecto Domínguez Monedero (2001: 55-6, 230 nn.76-8) donde se encuentran resumidas estas discusiones y se cita la bibliografía pertinente sobre el tema.

⁷⁷ Fundamentalmente ejercitados en la asamblea y los tribunales como se puede ver en Plutarco, *Solón*, 18.2. Cf. Valdés Guía (2005), con bibliografía; sin embargo, para Molina (1998: 10), los hectémoros no serían eliminados sino que continuarían trabajando por una renta fija de 1/6 de la cosecha aunque estaría prohibido en adelante que sean esclavizados en caso de no pagar la renta.

⁷⁸ Aristóteles, *Política*, 1275a 22-3.

⁷⁹ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 7.3; Aristóteles, *Política*, 1273b 35-1274a 21. Sobre las condiciones de pertenencia a la ciudadanía desde las reformas de Solón, ver: Sealey (1983); Manville (1990: 124-56); Sancho Rocher (1991).

⁸⁰ Domínguez Monedero (2001: 21); cf. Lévy (1975).

⁸¹ Austin & Vidal-Naquet (1986: 79).

⁸² Forrest (1988: 145).

leyes que limitan la cantidad de tierra que un individuo puede adquirir⁸³ y protegen sus intereses agrícolas⁸⁴ y van a integrarse plenamente a la ciudad como hoplitas dentro de la clase de los *zeugítai* a la que se le van a otorgar importantes competencias en la administración de la ciudad y en la toma de decisiones⁸⁵.

Pero las consecuencias de la liberación a la que hemos aludido no se manifestarían únicamente en el plano social y político sino que, también, los cambios introducidos por Solón habrían tenido consecuencias profundas para las formas de pensar condicionando la modificación de la propia noción de “libertad”. Según ha postulado Laura Sancho Rocher, durante los primeros momentos del arcaísmo:

“el adjetivo *eleuthérios* hace su aparición antes que el sustantivo, y su uso no revela la existencia de un único concepto que le sea antitético, cual es el de esclavitud sino, en todo caso, de *diversos modos o formas de pérdida de la condición de «pertenencia» a la comunidad social originaria, y de extranjería*”⁸⁶.

Es ésta la noción de libertad (y de falta de libertad) que veíamos operando en el contexto previo a Solón en el cual las relaciones de dependencia a las que eran sometidos los campesinos tendían a llevarlos a una “esclavización” que implicaba casi inmediatamente su exclusión de la comunidad. La liberación llevada a cabo por Solón de la “tierra esclavizada” supuso también, como hemos explicado más arriba⁸⁷, la

⁸³ Por lo menos así se lo atribuye Aristóteles, *Política*, 1266b 14-18 cuando habla de la prohibición de adquirir tanta tierra “como uno desease”; cf, *Frag.* 66 (Ruschenbusch). Ver al respecto la interpretación de Gschnitzer (1987: 109)

⁸⁴ Ver al respecto Valdés Guía (2006: 159) y la bibliografía que cita en la n. 86 acerca de la legislación soloniana que regula diferentes aspectos del cultivo de los campos. Cf. Gschnitzer (1987: 109-11) y Domínguez Monedero (2001: 56).

⁸⁵ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 7.3. ; Aristóteles, *Política*, 1273b 35-1274a 21. Cf. Whitehead (1981); Valdés Guía (2003; 2006: 159). Sobre el desarrollo de un régimen de pequeños campesinos desde Solón: Wood (1988: 98 y ss.); Isager & Skydsgaard (1992: 128); Burford (1992: 33 y ss.); Hanson (1995: 111-2, 121-6, 202-3).

⁸⁶ Sancho Rocher (1997: 99), el subrayado es nuestro.

⁸⁷ Al respecto, ver la nota 58 más arriba.

liberación de quienes se veían esclavizados en esas tierras. Uno de los correlatos de dicha liberación fue la (re)incorporación a la comunidad cívica de los que habían sido excluidos -y de los que nunca habían formado parte- de ella. Al garantizarse la “libertad” de los ciudadanos⁸⁸ “se iría asentando con claridad la antítesis libre-esclavo, en relación a estatutos personales, y en la medida en que eran o no reconocidos al individuo determinados derechos personales y políticos”⁸⁹.

Pero si bien con Solón se sentaron las bases a partir de las cuales se evitó que los vínculos entre el campesinado y la aristocracia se encaucen hacia relaciones de explotación sistemática; sin embargo, en términos generales (y especialmente al negarse Solón a redistribuir las tierras), no hubo grandes cambios ni en los medios de producción ni en las condiciones en las que los pequeños labradores desarrollaban sus labores. En consecuencia, las condiciones para que se desarrolle una nueva crisis agrícola estaban presentes y parecen haber irrumpido al poco tiempo cuando Pisístrato se haga con el poder en Atenas (561 a.C.)⁹⁰. La tiranía implicó un nuevo paso en la integración de los productores rurales en la ciudad, incluso de los más pobres de ellos que solemos asimilar con la clase de los *thêtes*. A ellos se refiere [Aristóteles] diciendo que formaban parte de la facción del tirano; mientras que unos lo hacían por “causa de su pobreza” en tanto “habían sido privados de los préstamos [*tà khréa*]”⁹¹, otros se sumaban a las filas de Pisístrato “por miedo” en tanto eran “de ascendencia impura” (es decir, no ciudadana)⁹². A estos sectores pobres de la ciudadanía, el tirano “les prestaba

⁸⁸ Solón, *Fr.*, 24.7 (Diehl).

⁸⁹ Sancho Rocher (1997: 100); cf. el trabajo de Finley (2000: 103-23) sobre la libertad del ciudadano en el mundo griego. Acerca de los vínculos entre las reformas de Solón y el desarrollo de la esclavitud mercancía en el plano práctico, ver más adelante.

⁹⁰ Así lo parece indicar [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 16.1-5; cf. Rhodes (1981: 213-6). Ver Domínguez Monedero (2001: 55).

⁹¹ Esto lo podemos vincular con el tema tratado más arriba en la nota 76 en tanto si las leyes de Solón dejan sin efecto la posibilidad de poner la propia persona como garantía de un préstamo (y en reemplazo se puede hipotecar la tierra), las posibilidades que tenían los *thêtes* en la nueva situación de obtener recursos a través de tomar deudas se habrían visto muy limitadas lo que habría llevado a que se vean sometidos a una inestabilidad severa al momento de garantizar su reproducción. Al respecto, Rhodes (1981: 127) afirma: “Solon did nothing to make economically viable a plot of land which had not been viable, and he may even have made life harder for some of the poor in that they would probably find it more difficult to borrow after his reform than before”. Cf. la interpretación de Hopper (1961: 195 y n.73) del pasaje para quien estaría haciendo referencia a “aquellos que fueron liberados de las deudas”.

⁹² [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 13.5.

dinero para sus trabajos, de manera que pudieran sostenerse cultivando la tierra”⁹³. Estos préstamos tuvieron dos implicancias muy importantes: por un lado, permitió que el pequeño labrador gane independencia frente a la aristocracia en tanto ya no debía recurrir a ella en busca de ayuda⁹⁴ puesto que ahora podían acceder a los préstamos a bajo interés que proporcionaba la *pólis* (en el mismo sentido operarían “los jueces por demos” también instaurados por el tirano)⁹⁵; por otro lado, estas medidas junto a algunas otras que favorecían a la agricultura permitieron un aumento en la extensión de los campos cultivados así como también una intensificación en el uso de la tierra lo que repercutió en la consolidación de las unidades agrícolas de producción de pequeña y mediana escala⁹⁶.

Luego de la tiranía acontecen las reformas de Clístenes que surgen de lo que para algunos autores habría constituido una verdadera “revolución”⁹⁷. Pero más allá de ello, lo cierto es que traen aparejadas importantes transformaciones que suponen un nuevo paso en la integración política del campesinado ático. Esta integración se dio a partir de la instauración de un sistema de funcionamiento institucional de la *pólis* basado en la comunidad de aldea (*dêmos*)⁹⁸ que operará como plataforma para la participación política⁹⁹. Según el relato de [Aristóteles], Clístenes:

⁹³ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 16.2. Cf. Plutarco, *Solón*, 31 y, de un modo más general, Aristóteles, *Política*, 1308b 11.

⁹⁴ Recordemos que, como hemos visto más arriba, la deuda continuaba siendo una necesidad estructural de la agricultura en pequeña escala.

⁹⁵ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 16.2-5. Es cierto que el pasaje también permite pensar que era el propio Pisístrato quien pagaba por adelantado los préstamos que luego recuperaría en tanto “percibía la décima parte de lo que se producía”. Pero no solamente gracias a los préstamos el campesinado gana independencia frente a la aristocracia ya que también se habría visto favorecido por la instauración de jueces de demos (quizás vinculados al sistema de préstamos descrito) que quitan el poder jurisdiccional de la aristocracia; cf. Cassola (1973); Sancisi-Weerdenburg (1993: 25-9).

⁹⁶ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 16.4. Cf. Dion Crisóstomo, 25.3; Claudio Eliano, *Historias curiosas*, 9.25. Ver también: Valdés Guía (2003: 83) y Sancisi-Weerdenburg (1993).

⁹⁷ Tal es la caracterización hecha por Ober (1996a: 32-52; 1996b; 1997) a la que se ha opuesto Raaflaub (1997a; 1997b). Cf. Heródoto, 5.66-73; [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 20-21.

⁹⁸ “una suerte de *póleis* en microcosmos” dirá Gallego (2005a: 109-10; 2009b: 171-2).

⁹⁹ Al respecto resulta central el análisis desarrollado por Osborne (1985a: 64-92; 1990; 1998: 344-61) sobre el papel de los demos del Ática en el funcionamiento de la democracia. Sobre las reformas de Clístenes y el papel de las aldeas en ellas, ver: Hignett (1952); Lewis (1963); Lévéque & Vidal-Naquet (1964: 13-24); Ostwald (1969: 96-173; 1988); Traill (1975: 73-103); Andrewes (1977); Stanton (1984); Whitehead (1986: 3-38). En términos generales sobre la integración entre aldea y *pólis*, ver los trabajos de Gallego (2005a: 21-50; 2009a: 31-93) con bibliografía.

“Dividió también el país por *demos*, en treinta partes, diez de los alrededores de la ciudad, diez de la costa y diez del interior [...] E hizo conciudadanos de *demo* a los que habitaban en cada uno, para que no quedaran en evidencia los nuevos ciudadanos al llevar el nombre de la familia, sino que llevasen el nombre de los *demos* [...] Estableció *demarcos*...”¹⁰⁰

Robin Osborne ha planteado al respecto que las reformas de Clístenes “politicized the Attic countryside and rooted political identity there”¹⁰¹; identidad política que se evidencia en el hecho de que, como vemos en el pasaje citado, a partir de las reformas se impone el uso de demótico en los nombres de los ciudadanos. Ello habría implicado una merma importante en el poder de la aristocracia sobre los pobladores rurales en tanto los *áristoi* ya no controlarían el acceso a la ciudadanía a través de su hegemonía sobre las redes familiares¹⁰². El sistema inaugurado por Clístenes supone, a la vez, una novedad radical al integrar a las aldeas como municipios de la ciudad¹⁰³ en tanto de ese modo se rompe una de las particularidades más importantes de las sociedades rurales preindustriales, a saber, la subordinación de la aldea al Estado¹⁰⁴. Ellen Meiksins Wood ha sintetizado de un modo bastante elocuente esta cuestión:

¹⁰⁰ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 21.4-6; cf. Heródoto, 5.69. Cf. Rhodes (1981: 251-60).

¹⁰¹ Osborne (1985a: 189). En el mismo sentido, Lewis (1963: 26), afirma: “obviously there were centers of population before Cleisthenes. Cleisthenes gave them corporate existence”.

¹⁰² Cf. Osborne (1985a: 11-4); Whitehead (1986: 67-75); Jones (1999: 51-7, 297-300); Anderson (2003: 34-42); Gallego (2008b: 190).

¹⁰³ Ver al respecto: Jones (1987: 3-11).

¹⁰⁴ Sobre las características especiales del campesinado ateniense hablaremos más adelante. Por otro lado, utilizamos aquí el término “Estado” sin preocuparnos por las consecuencias que tal uso trae aparejado. Sin embargo, el debate acerca de si caracterizar a las *póleis* como Estados es correcto o no es muy amplio; sólo a modo de ejemplo ver las posturas de: Berent (1996; 1998; 2000a; 2000b; 2004; 2006); Cartledge (1999; 2005); Faraguna (2000); Hansen (2002); Grinin (2004); van der Vliet (2005; 2008); Herman (2006: 216-57); Miyazaki (2007) y Anderson (2009). Cf. nuestra propuesta en Paiaro (*en prensa*) donde se critican algunos de estos trabajos y se cita la bibliografía pertinente sobre el tema.

“Aquí es donde la democracia ateniense representa una excepción radicalmente singular. Sólo allí se superó la barrera entre la aldea y el Estado, puesto que ésta se convirtió de hecho en una parte constitutiva del Estado, y los campesinos se volvieron ciudadanos. El ciudadano ateniense adquiría su status cívico en virtud de su pertenencia a una *deme*, unidad geográfica basada por lo general en las aldeas ya existentes”¹⁰⁵.

Ahora bien, se ha postulado, creemos que con cierta razón, que las reformas introducidas por Solón determinaron un avance del papel de la esclavitud mercancía en el campo ático acompañado de una mejor delimitación del estatuto del esclavo y del hombre libre¹⁰⁶. Las necesidades de mano de obra para trabajar en las tierras de (o controladas por) la aristocracia ya no podían ser satisfechas, como lo eran antes de la “liberación” del campesinado a principios del siglo VI a.C., por los hectémoros, los *thêtes* y los campesinos endeudados sometidos a diferentes mecanismos de sujeción. La nueva situación determinó que los ciudadanos atenienses se encuentren, incluso los más pobres de ellos, indisponibles para el trabajo compulsivo en los campos de los *áristoi*¹⁰⁷. Pero no es tanto la cuestión de la esclavitud mercancía lo que nos importa destacar sino que nuestro interés se centra en la otra dimensión del fenómeno, es decir, en cómo esa liberación del campesinado que hemos analizado supuso un límite a las posibilidades de desarrollo de relaciones de explotación entre el *dêmos* y los *áristoi* en la Atenas democrática.

Resumiendo lo planteado hasta aquí, debemos decir que en la Atenas de principios del siglo VI a.C., como consecuencia de la *stásis*, se inaugura una novedosa

¹⁰⁵ Wood (2000: 244; cf.1988: 101-7).

¹⁰⁶ Incluso se ha postulado que la legislación introducida por Solón se orientaba también a regular y delimitar más claramente la situación de los esclavos, ver Mactoux (1986).

¹⁰⁷ Esta es la conclusión fundamental a la que llega Finley (1982: 84-118; 2000: 188) y que le permite, entre otras cosas, explicar el porqué del desarrollo de una “sociedad esclavista”. Ver al respecto las reflexiones de Mossé (1982). Cf. Sallares (1991: 209); Morris (2002: 40). Que se encuentren indisponibles para el “trabajo compulsivo” no implicará, sin embargo, que se suspendan todos sus vínculos con las tierras controladas por la aristocracia ya que podrán trabajar esos campos, como se ha verificado empíricamente, a cambio del pago de un salario (*misthós*) o como arrendatarios; sobre esta última forma de relación de producción, ver más adelante el Cap. VII.i.

dinámica social que tiene su punto de partida en la interrupción de un proceso que se encontraba ya algo avanzado: la consolidación de una clase de productores rurales dependientes sometidos a diferentes formas de coacción que aseguraban su explotación en beneficio de otra clase. La actuación de Solón al revertir el proceso de “esclavización” de los campesinos endeudados y bajo el hectemorazgo supuso la eliminación de la población interna sometida ya que en adelante desapareció el status de hectémoro y quedaron prohibidos los préstamos garantizados en la persona del deudor (los dos principales métodos utilizados por la aristocracia para obtener mano de obra de forma compulsiva). Por su parte, con Pisístrato, se intensifica la independencia de los labradores con respecto a los terratenientes a partir de, entre otras medidas, la institución de un sistema de préstamos organizados por la propia *pólis*. Finalmente, con Clístenes, las aldeas se integran al funcionamiento de la ciudad garantizando la participación política de los pobladores rurales en un plano de igualdad en las instituciones de la *pólis*.

En cierta medida, tanto Solón como Pisístrato y Clístenes son figuras centrales en el camino hacia la democratización de la sociedad ateniense que llegará a su punto máximo durante el siglo V a.C.¹⁰⁸. Como consecuencia de los procesos que hemos analizado emergerá en Atenas una clase de labradores libres, no sometidos a explotación, que se constituirá en un elemento central de la *demokratía* ateniense formando una parte muy importante del cuerpo cívico¹⁰⁹. Explicar esta particularidad de Atenas será el objetivo de lo que sigue en el presente capítulo, comenzando por cómo repercutieron estos cambios en la participación política.

¹⁰⁸ Un análisis sobre las opiniones de los antiguos acerca de quién habría sido el fundador de la democracia puede leerse en Hansen (1994: 28-32).

¹⁰⁹ Wood (1988: 82-98); Osborne (1985a: 142 y n.47); Burford (1993: 85-6); Garnsey (1998: 91-105, 107-131, 134-148). Al respecto resultan relevantes algunas de las 11 características del granjero griego según aparecen en la perspectiva de Hanson (1995: 117) que, en cierta manera, permiten entender ese no sometimiento a la coacción extraeconómica: 1) no tenían deudas con los ricos; 3) no pagaban rentas o tasas; 5) tenían derechos políticos iguales; 6) realizaban un servicio militar consentido; 7) eran responsables de su propio status social; y 10) tenían claros títulos de sus granjas, reservas, esclavos, etc. Cf. Gallego (2003a: 37). Por su parte, de Ste. Croix (1988: 243-267) realizando una caracterización de los campesinos grecorromanos parece pensar que la condición de ciudadanía no constituía una garantía efectiva contra la explotación puesto que los labradores, en tanto excluidos de la “clase de los propietarios” pueden estar sometidos a entregar excedentes de forma directa o indirecta (deudas, impuestos, servicios laborales, servicios militares, etc.). Sin embargo hay que hacer notar que las “democracias” parecen escapar a estas situaciones como afirma este autor en (244, 252).

1.2 La participación política igualitaria y los límites a la elite

Si bien en el Cap. V.iii hemos visto que dentro del grupo de los ciudadanos de la democracia había disparidades en el acceso a la tierra, el principal medio de riqueza, hemos postulado también que esa desigualdad no impuso, durante la llamada “democracia radical”, muchos límites a la participación política a los sectores no pertenecientes a la elite ateniense. Esta liberación del campesinado que hemos analizado determinó que, durante el siglo V a.C., los productores directos del mundo rural se inserten en el gobierno de la ciudad en un plano de igualdad.

Las reformas impulsadas por Efiltes en el año 462 a.C. dieron por resultado una importante reducción del poder que hasta el momento disponía la aristocracia ateniense a través del Consejo del Areópago. Éste, aparentemente, había acrecentado sus atribuciones entre las transformaciones introducidas por Clístenes y las Guerras Médicas. El recorte de las facultades del aristocrático Consejo, especialmente la de ser “el guardián de la constitución” (*he tês politeías phylakê*), favoreció el desarrollo político del *dêmos* que, desde entonces, ejercerá la soberanía haciendo efectiva su participación en diferentes órganos colectivos como la Asamblea, el Consejo de los 500 y los Tribunales Populares¹¹⁰. Se iniciaba así el período conocido como de la “democracia radical” que se extenderá hasta que en el 404 los llamados Treinta Tiranos impongan en Atenas un régimen oligárquico¹¹¹ que, entre sus primeras medidas, se encargará de derogar, justamente, las citadas leyes de Efiltes sobre el Areópago¹¹².

El sistema político vigente durante la “democracia radical”, en tanto se basaba en la participación directa de los ciudadanos y no en un régimen representativo, requería del compromiso activo y masivo de los *politai* en el manejo de los asuntos de la ciudad efectivizado a partir de su intervención en diversas instancias institucionales. Tal evolución supuso la inclusión política de individuos que eran concebidos por el

¹¹⁰ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 25.1-2. Cf. Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 138-40); Sinclair (1999: 44-7); Finley (1986b: 135-6); Rhill (1995).

¹¹¹ Así es, por lo menos, la opinión de Mossé (1995: 121-3).

¹¹² [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 35.2; Cf. Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 140).

pensamiento oligárquico como incapaces para el gobierno de la ciudad¹¹³. Por ello, en el inicio del panfleto conocido como *La república de los atenienses*, luego de reprobar que éstos hayan “elegido” semejante *politeía*, el autor anónimo bautizado por la tradición anglosajona como “el Viejo Oligarca”¹¹⁴ afirmaba que, en la Atenas de aquél momento¹¹⁵, “constituye un derecho el que los pobres y el pueblo [*hoi pénetes kai ho dêmos*] tengan más que los nobles y los ricos [*tôn gennaíon kai tón plousíon*]”¹¹⁶.

Pero al mismo tiempo, es un dato del funcionamiento de la democracia ateniense la coexistencia de dicha intervención pópular con la presencia destacada de diferentes líderes políticos que son referidos en nuestras fuentes con diversos vocablos como *politeuómenos* (“alguien que participa activamente en la vida de la ciudad”), *politikós* (“político”), *prostátes toû dêmou* (“protector o dirigente del pueblo”), *rhétor* (“orador”), *demagogós* (“conductor del pueblo”), etc.¹¹⁷. La presencia de tales sujetos en la política democrática se dio hasta tal punto que llevó a Moses Finley, en un estudio ya clásico sobre los “demagogos atenienses”, a plantear que los llamados “demagogos” constituían “un elemento estructural en el sistema político” sin el cual éste no podía funcionar¹¹⁸.

De lo anterior surge la pregunta acerca de cómo logró la democracia compatibilizar la participación política popular con la existencia de importantes figuras que, reclutadas generalmente entre las familias más tradicionales de la aristocracia¹¹⁹, ejercieron la jefatura política. Desde nuestra perspectiva, creemos que tal coexistencia

¹¹³ Ya desde los propios términos utilizados por [Jenofonte] para referirse a las dos “clases” queda esto claro: *hoi pénetes* (“los pobres”), *hoi ponerói* (“los malos”), *hoi kheírou* (“los inferiores”), frente a los *hoi plousíoi* (“los ricos”), *hoi khrestói* (“los los buenos”), *hoi beltíous* (“los mejores”), etc.; Cf. Marr & Rhodes (2008: 24-6) y el cuadro elaborado por Osborne (2004: 20).

¹¹⁴ Marr & Rhodes (2008: 1-2).

¹¹⁵ Sobre las especulaciones acerca de la posible fecha de composición de la obra ver Osborne (2004: 8-9) y Marr & Rhodes (2008: 3-6) de donde surge que, en la actualidad y, más allá de los matices, el texto dataría de la segunda parte del siglo V, es decir, en plena vigencia de la “democracia radical”.

¹¹⁶ [Jenofonte], *República de los atenienses*, 1.2. En el mismo sentido pero de un modo más general, en Aristóteles (*Política*, 1317b 8-9) se afirma que “en las democracias [*en taís demokratías*] resulta que los pobres [*toús apórous*] son más poderosos [*kyriotérous*] que los ricos [*ton eupóron*]”.

¹¹⁷ Sinclair (1999: 239 n.4); Connor (1971: 99-119); sobre las implicancias de cada uno de estos términos, aunque centrado en el siglo IV a.C., ver Hansen (1989a: 1-24); Ober (1989: 105-8).

¹¹⁸ Finley (1981a: 31-2). Cf. Sinclair (1999: 76)

¹¹⁹ Esto fue por lo menos así hasta la muerte de Pericles (como se puede leer en [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 28.1-2) y la aparición en la escena política de lo que Connor (1971) llamó “los nuevos políticos” procedentes de una extracción social algo más humilde en cuanto a lo económico y mucho menos prestigioso en cuanto a lo familiar. Cf. Finley (1981a: 28).

fue posible porque la sociedad ateniense se organizó de una manera en la que conscientemente se realizaban esfuerzos para evitar la división entre gobernantes y gobernados; entre individuos que detentan el poder e individuos que están sujetos a dicho poder. Análogamente a cómo algunos antropólogos han descripto a las “sociedades primitivas” como “sociedades indivisas”¹²⁰, creemos que se puede pensar al cuerpo cívico ateniense durante la democracia como una *comunidad indivisa* que busca evitar que nazcan en su seno las distinciones que fracturen a dicha comunidad en dominantes y dominados. Comunidad que busca, en última instancia, acercarse al ideal democrático según este es formulado por Aristóteles: “Este es, pues, un segundo elemento definidor de la democracia, y de ahí vino el no ser gobernado preferentemente por nadie, y si no es posible, sólo serlo por turnos. Y de esta manera se contribuye a la libertad fundada en la igualdad”¹²¹.

Ahora bien, en el referido estudio sobre el liderazgo político durante la democracia, Finley postulaba que si fuera necesario “escoger una palabra que mejor caracterizara la condición del líder político en Atenas, esa palabra sería «tensión»”¹²². Creemos que tal situación de “tensión” es el resultado de la presencia en la *pólis* democrática de algunos mecanismos de control popular orientados a la vigilancia de los magistrados, de los líderes políticos y de los sectores ricos de la ciudadanía que tenían como objeto evitar la concentración del poder en uno o un grupo de ciudadanos¹²³, defendiendo, de esa manera, la libertad del *dêmos* ya que como afirmaba el [Jenofonte]: “el pueblo no quiere ser esclavo, aunque la *pólis* sea bien gobernada, sino ser libre y mandar [*eleúthros einai kai árkhlein*]”¹²⁴.

Dada su importancia política durante el siglo V a.C. y su estrecha vinculación con el sistema democrático, el mecanismo de control popular que tomaremos en cuenta en primera estancia será el ostracismo. Aunque todo el período en el cual surge resulte algo oscuro, se supone que es introducido por Clístenes en el año 508/7 a.C. en su disputa contra los *pisistrátidas*, los partidarios de Iságoras y las familias aristocráticas

¹²⁰ Clastres (2001: 111-112, 115, 122, 143, 158, 175-176; 2008: 40).

¹²¹ Aristóteles, *Política* 1317b 10.

¹²² Finley (1981a: 26).

¹²³ Cf. Finley (1981a: 33).

¹²⁴ [Jenofonte], *República de los atenienses*, 1.8.

enfrentadas con los Alcmeónidas¹²⁵. Dejando de lado los debates historiográficos en torno a su origen y temprana evolución, lo cierto es que desde los primeros años de la década de los ochentas del siglo V a.C., la Asamblea se reunía anualmente durante la sexta pritanía entre Enero y Febrero y se preguntaba al *dêmos* si suponía que alguien aspiraba a la tiranía¹²⁶. Si la votación llevada a cabo a mano alzada daba una respuesta afirmativa, dos meses después, durante la octava pritanía entre Abril y Mayo se realizaba finalmente la votación. Es debatido si se requería un quórum de al menos 6.000 ciudadanos para la elección o si tal cifra es el número de votos mínimos necesarios para una condena. Lo seguro es que el proceso de elección requería que cada uno de los ciudadanos asistentes inscriba en un trozo de cerámica llamado *ostrakon* un nombre. Aquel individuo que en el recuento final aparecía más veces inscripto, o por lo menos 6.000 veces, era condenado al ostracismo lo que suponía que debía alejarse de la *pólis* durante un decenio.

A pesar de su origen clistéico, el ostracismo fue por primera vez aplicado exitosamente en el 488/7 en perjuicio de Hiparco quien, habiendo sido arconte en 496/5 a.C., fue castigado por el pueblo ateniense como reacción a su política filopérsica¹²⁷. Pero éste no sería el único sino más bien el que da inicio a una larga lista de hombres políticos atenienses que, a lo largo del siglo V a.C., estuvieron cerca o fueron efectivamente condenados al ostracismo hasta que, finalmente, con la condena de Hipérbolo en el año 416 a.C., la herramienta queda en desuso.

Con la condena a Hiparco se abre un primer momento en el uso del ostracismo que estará dirigido principalmente contra figuras vinculadas a tiranía de finales del arcaísmo. Como se afirma [Aristóteles], luego de sufrir el ostracismo Megacles en el 486 a.C., siguieron tres años en los que los atenienses se encargaron de expulsar de la ciudad a los “amigos de los tiranos” [*toùs tôn tyránonn philous*] para luego, a partir del cuarto encargarse de “los otros” [*tôn állon*] “siempre que alguno fuese, a su parecer,

¹²⁵ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 22.1-4; Cf. Claudio Eliano, *Historias curiosas*, 13.24; Filócoro, *FGrH*, 328F 30. Ver al respecto Domínguez Monedero & Pascual González (1999: 27); Doenges (1996: 387-8); Kagan (1961: 363).

¹²⁶ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 43.5.

¹²⁷ Androción, *FGrH* 324 F6; [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 22.4. Cf. Plutarco, *Nicias*, 11

demasiado poderoso”¹²⁸. El primero en sufrir el exilio de entre los que no se vincularon a la tiranía fue Jántipo, el padre de Pericles, en el 485/4 a.C.

En efecto, el ostracismo no era una penalización por algún crimen cometido. Aquel que podía ser condenado no recibía ninguna acusación concreta ni disponía de derecho a defensa. Como expresa Plutarco, “El ostracismo no era un castigo, sino una especie de remedio y alivio que se ponía al envidiar, pues éste se complace en humillar a los que se destacan y deshonorándolos de esta manera se libera su malicia”¹²⁹.

Resulta claro que el ostracismo era una herramienta en manos del *dêmos* para evitar la concentración del poder y el desarrollo de una tiranía; es por ello que [Aristóteles] afirma que:

“...una vez que vencieron en la batalla de Maratón, bajo el arcontado de Fenipo y, transcurridos dos años desde la victoria, confiado en sí ya el pueblo [*tharroûntos éde toû démou*], entonces, por primera vez, utilizaron la ley del ostracismo, la cual fue instituida por desconfianza hacia los poderosos [*hòs etéthe dià tèn hypopsían tòn en taís dynámesin*], puesto que Pisístrato, cuando fue jefe del pueblo y estratego, se había convertido en tirano [*týrannos katéste*]”¹³⁰.

El carácter de instrumento antitiránico también está presente en la descripción que Plutarco hace de los casos de Arístides y de Temístocles. En relación al primero, el biógrafo afirmaba que le tocó en suerte ser primero amado y luego odiado:

“...sobre todo al difundir Temístocles entre las gentes el rumor de que Arístides había hecho inútiles los tribunales... y que se estaba organizando de forma clandestina una monarquía sin

¹²⁸ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 22.6,

¹²⁹ Plutarco, *Temístocles*, 22.5; Cf. Plutarco, *Arístides*, 7.3.

¹³⁰ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 22.3.

escolta [*monarkhían adoryphóreton*]. Ya entonces al pueblo, que estaba eufórico por la victoria y se consideraba merecedor de los más altos honores, le disgustaba que el nombre de Aristides gozara de una reputación superior a la de la mayoría [*dóxan hupèr tous pollùs*]... lo condenaron al ostracismo poniendo el temor a una tiranía [*phóbon tyrannídos*] como excusa de la envidia que sentían por su reputación”¹³¹.

En cuanto a Temístocles, luego de recordar que el héroe de Salamina irritaba al *dêmos*, entre otras cosas, al evocar sus hazañas una y otra vez, Plutarco afirma que:

“Finalmente, usaron el ostracismo contra él y cercenaron la consideración y autoridad que tenía, como solían hacer con todos aquellos a los que consideraban insoportables por su poder [*tê dynámei bareís*] e incompatibles con la igualdad democrática [*isóteta demokratikén asymmétrous*]”¹³².

Pero durante la vigencia de la “democracia radical” existieron también otros mecanismos corrientes para controlar a los líderes políticos y a los magistrados que tenían por objetivo evitar la concentración de poder y conjurar los peligros que ello suponía, especialmente, la ruptura de la *isonomía* democrática y, finalmente, el riesgo de que un ciudadano intente convertirse en tirano. Junto al ostracismo, existió la posibilidad de que los políticos atenienses sean condenados a multas, confiscaciones de propiedad, pérdida de los derechos de ciudadanía (*atimía*), exilio, ejecución y otro tipo de penas.

Un breve repaso sobre la historia de algunos líderes atenienses en el siglo V a.C. puede resultar clarificador acerca del alcance de estos mecanismos de control

¹³¹ Plutarco, *Aristides*, 7.1-2

¹³² Plutarco, *Temístocles*, 22.3.

popular¹³³. En relación a los dirigentes de la época de las guerras con Persia, sabemos que Milcíades, héroe en Maratón, fue condenado a pagar una multa de 50 talentos en 489 a.C. luego de que la expedición a Paros que comandaba fracasara; como hemos visto más arriba, Temístocles, héroe de Salamina, sufrió el ostracismo, al igual que Aristides y Jántipo aunque estos dos últimos fueron beneficiarios de una amnistía. En cuanto a los líderes de los '70s y '60s, se debe decir que Cimón, hijo de Milcíades y comandante exitoso en una serie de batallas de la temprana Liga Délica, fue condenado al ostracismo en 461 a.C. por su política conservadora y de alianza con Esparta y de Efiates se sabe que fue asesinado en forma poco clara. En relación a la época de Pericles, se puede citar el caso de Tucídides, hijo de Melesias y principal opositor a la política pericleana, que fue ostracizado en 443 a.C. y el del propio Pericles que fue multado y destituido del cargo de estratega cuando su estrategia militar se volvió impopular hacia el 430 a.C. También se podría citar el caso referido únicamente por Antifonte acerca de los *hellenotamiai* (magistrados encargados de recibir los tributos de la Liga) condenados a muerte erróneamente, error que fuera descubierto cuando ya nueve de los diez integrantes del cuerpo habían recibido la pena capital¹³⁴. Para las últimas décadas del siglo V a.C., tenemos los casos de Pitodoro y Sófocles condenados al exilio y Eurimedonte a una multa luego de regresar de Sicilia con un fracaso en 424 a.C.; el caso del historiador Tucídides exiliado luego de la pérdida de Anfiópolis y el ya referido ostracismo de Hypérbolo en 416 a.C. La lista podría seguir con Alcibiades quien partió al exilio voluntario en dos ocasiones para evitar procesos judiciales en 415 a.C. (donde fue condenado a muerte en ausencia y confiscadas sus propiedades) y en 407 a.C., o los ocho generales de las Arginusas que en el 406 a.C. fueron condenados a la pena capital por no recoger los cuerpos de los caídos en la lucha a pesar de salir victoriosos de la batalla, pena que fue ejecutada sobre los seis que regresaron a Atenas.

Un aspecto que merece ser destacado es que la vigencia del ostracismo como herramienta de control popular coincide a grandes rasgos con el período de la “democracia radical” aunque ésta comienza algunos años después de la instauración del ostracismo y se extiende por un tiempo más que la última condena. Pero más allá de

¹³³ Aquí y en lo que continúa seguimos a Knox (1985) donde se encuentra reunida la evidencia documental.

¹³⁴ Antifonte, *Herodes*, 69.

este desfasaje, lo que nos interesa postular es que tanto la “democracia radical” como el ostracismo y las demás herramientas de control popular requerían de un compromiso activo y masivo de los ciudadanos en la esfera política.

Esto explica a nuestro entender la *impasse* que se verifica entre la instauración de la ley de ostracismo en tiempos de Clístenes (508/7 a.C.) y la primera condena producida casi 20 años después. Como indica [Aristóteles] en el pasaje citado anteriormente, era necesario que el *dêmos*, debemos de suponer que como resultado de la victoria en Maratón, confie en sí mismo [*tharroúntos éde tou dêmou*], para que pueda producir la primera condena al ostracismo, en este caso, en perjuicio de Hiparco.

Pero si la autoconfianza fue lo que posibilitó a los atenienses hacer efectiva la clisténica ley del ostracismo, fue la falta de esa confianza en sí mismo lo que facilitó el golpe oligárquico de los Cuatrocientos en el año 411 a.C. y con él, el inicio del colapso de la “democracia radical”. Citaremos en extenso la descripción hecha por Tucídides del contexto y los hechos:

“Así y todo, el pueblo se seguía reuniendo y también se reunía el consejo designado por sorteo, pero no se tomaba ningún acuerdo que no contara con el beneplácito de los conjurados, sino que los oradores eran de los suyos y los discursos que se pronunciaban eran examinados previamente por ellos. No se manifestaba, además, ninguna oposición entre los otros ciudadanos debido al miedo [*dediòs*] que les causaba el número de los conjurados [...] ...el pueblo tenía quietud [*hesykhían eíkhei ho dêmos*] y era presa de un espanto [*katáplexis*] tal que quien no sufría violencia, aún sin decir palabra, se consideraba afortunado. [...] tenían el ánimo derrotado, y no podían averiguar la verdad, incapaces de llegar a ella a causa del gran tamaño de la ciudad y del recíproco desconocimiento entre los ciudadanos. Por esta misma razón, si uno estaba indignado, no tenía la posibilidad de expresar su pesar a otro con vistas a organizar una reacción; pues se habría encontrado con que aquel a quien iba a hablar, o

era un desconocido, o un conocido que no le inspiraba confianza [*ápiston*]. En efecto, todos los del pueblo se trataban con recelo unos a otros [*allélois gàr hápantes hypóptos prosêsan*] [...]. Y el hecho es que entre los demócratas había algunos de quienes nunca se hubiera creído de que se pasaran a la oligarquía; y fueron éstos los que causaron mayor desconfianza en la masa y los que más contribuyeron a la seguridad de los oligarcas, al proporcionarles el apoyo de la desconfianza del pueblo en sí mismo [*tèn apistían tô démo pròs heautòn*]¹³⁵.

El lenguaje utilizado por el historiador de la Guerra del Peloponeso no deja lugar a dudas; hace constantemente referencia al “miedo”: *dediós, katáplexis*; a la “desconfianza”: *ápiston, prosêsan*; y, finalmente, a la “inmovilidad” de la ciudadanía ateniense: *hesykhían*. La frase más elocuente es, quizás, la que cierra el pasaje: *tèn apistían tô démo pròs heautòn*; que podríamos traducir como “la desconfianza del pueblo en sí mismo”.

Es esa confianza en sí mismo la que en última instancia había favorecido la participación política popular y, como hemos podido ver, impulsó a los atenienses a utilizar plenamente las herramientas institucionales que, como el ostracismo, permitían garantizar la soberanía del *dêmos* frente a diversas amenazas. La pérdida de dicha confianza, que se podría rastrear ya en las convulsiones que se generan en el contexto del envío de la flota a Sicilia en el 415 a.C.¹³⁶, supuso el inicio del fin de la “democracia radical” que se verá golpeada por una cadena de catástrofes como son la pérdida de la flota en el sur de Italia, el golpe de los Cuatrocientos, la instalación de una guarnición espartana en Decelea, la capitulación de la ciudad frente a los peloponesios y, finalmente, el golpe oligárquico de los Treinta Tiranos en 404 a.C..

En síntesis, los líderes políticos y los magistrados de la democracia ateniense se encontraban en una posición bastante insegura ya que no sólo podían “sufrir” los

¹³⁵ Tucídides, 8.66.

¹³⁶ Tucídides, 6.27-9. Para una contextualización, Domínguez Monedero & Pascual González (1999, 288-90).

mecanismos de control popular sino que también, al no ocupar ninguna instancia formal en la *pólis*, aunque aun también ocupándola, carecían de herramientas para imponer su voluntad al resto de los ciudadanos y cada una de sus intenciones debían ser escrutadas por instancias colectivas, especialmente, la Asamblea. Lo visto hasta aquí nos permite afirmar que el cuerpo cívico ateniense fue capaz de mantener su propia libertad bajo la democracia a partir de una participación activa en el control de sus líderes. Lo que parece paradójico es que tal ordenamiento constitucional supuso un liderazgo político tan necesario como limitado en su poder real.

Pero junto con esos límites al desarrollo de poderes políticos fuertes y personalizados se dio una extendida participación política del *dēmos*. Esta no operó solamente en el plano concreto de la participación institucional sino que repercutió también en el plano del pensamiento en tanto favoreció el desarrollo de la idea de que la *pólis* democrática podía funcionar sin la necesidad de una *tékhne politiké* en tanto saber especializado que habilite a unos para hablar y mandar y condene a quienes carecen de ella a escuchar y obedecer. Por el contrario, como pensaba Protágoras, la virtud cívica (*aretês politikês*) era una cualidad universal y, entre los atenienses, cuando en la asamblea se discute algo relacionado al gobierno de la ciudad no se recurre a especialistas sino que toman la palabra “lo mismo un carpintero que un herrero, un curtidor, un mercader, un navegante, un rico o un pobre, el noble o el de oscuro origen”¹³⁷.

Uno de los mecanismos que encontró la democracia para favorecer esta participación política igualitaria fue a partir del establecimiento del *misthós* político, es decir, el pago en retribución a las funciones políticas ejercidas por los ciudadanos. Un ejemplo claro de esto fue el caso de los jurados populares. En tanto sus miembros eran seleccionados por sorteo¹³⁸, la introducción del *misthós* para los jueces permitió profundizar la participación popular en ellos. Esto queda claro, más aún, cuando

¹³⁷ Platón, *Protágoras*, 319d; ver también 322d-323^a. Una profundización sobre esta cuestión se puede ver en Solana Dueso (2000: 95-121). Cf. Wood (2000, 224-7); Berent (1998, 360-1). Gallego (2003c: 115) propone que en la asamblea no hay lugar para el discurso del sabio ya que todos participan o no habría ciudad. En el mismo sentido se pueden leer algunos fragmentos del *epitáphios lógos* de Pericles en Tucídides, 2.37; 2.40.2.

¹³⁸ El sorteo era concebido por Aristóteles, *Retórica*, 1365b 30-1 como el mecanismo más democrático en contraste con la elección por voto; cf. Heródoto, 3.80.6.

[Aristóteles] presenta, en un lenguaje claramente antidemocrático, la cuestión en los siguientes términos:

“[Pericles] así dispuso una retribución a los jueces; a esto algunos atribuyen la causa de que fue peor, ya que siempre tomaban más cuidado de entrar en el sorteo los hombres cualesquiera que los hombres de bien”¹³⁹.

En el mismo sentido, se puede hacer referencia al caso del Consejo de los 500. No podemos afirmar a ciencia cierta que existiera algún requisito económico para poder postularse en el sorteo para formar parte del consejo y de hecho no hay ninguna fuente que nos permita fundamentar tal suposición. Sin embargo, algunos autores han opinado que el acceso a la *boulé* estaría restringido a las tres primeras clases del censo soloniano no obstante lo cual suelen reconocer que no hay evidencias firmes al respecto¹⁴⁰. A pesar de lo anterior, la introducción del *misthós* como retribución al servicio en la *boulé* podría estar marcando el ingreso de hecho de los ciudadanos más pobres (*thêtes*) al Consejo¹⁴¹.

Fuera cual fuere el motivo a partir del cual Pericles introdujo la retribución por la participación pública (sobre el enfrentamiento entre éste y Cimón hablaremos más adelante, Cap. VII.ii) lo cierto es que permitió a los ciudadanos más pobres dedicar al menos parte de su tiempo a la actividad política y a la administración de la ciudad. Como ha planteado Claude Mossé, “al instituir el salario de los jueces, luego el de los bouleutas y quizás el de los arcontes y otros magistrados [...] permitió a una gran parte del *demos* participar de forma efectiva de la vida y adquirir una conciencia política”¹⁴².

Por otro lado, el hecho de que el sistema de clases censitarias elaborado por Solón haya continuado vigente durante el período clásico estaría hablando de un cierto

¹³⁹ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 27.4.

¹⁴⁰ Rhodes (1981: 251). En el mismo sentido se ha expresado Sinclair (1999: 123-4).

¹⁴¹ Al respecto, Tucídides, 8.69.4 señala que reciben un salario a pesar de que no especifica de qué cantidad.

¹⁴² Mossé (2007: 80-1).

límite a la participación política igualitaria. Las magistraturas más importantes de la ciudad estaban destinadas a ser ocupadas por las clases más elevadas del censo, especialmente las que implicaban el manejo de importantes sumas de dinero. Un caso importante es el del arcontado que, si bien como producto del avance de la democracia radical fue abierto para los *zeugítai*¹⁴³, continuó estando vedado para los miembros de la última clase censal durante todo el siglo V a.C. Sin embargo, si bien existían algunas desigualdades, el control que el *dêmos* tenía sobre los magistrados “restablecía el equilibrio político”¹⁴⁴.

II. LOS MECANISMOS DE REDISTRIBUCIÓN CONTRA LA POLARIZACIÓN SOCIAL

II.1 MISTOFORÍA

Sobre el pago en relación a la participación política hemos hablado en el apartado anterior (Cap. VI.ii.1). Lo que nos interesa destacar aquí es solamente que, si bien como quedó claro el *misthós* sirvió como una forma de garantizar que los ciudadanos más pobres puedan asegurar su participación política en diversas instancias de la ciudad, los pagos que la ciudad ofrecía a sus ciudadanos también cumplió un rol importante como mecanismo de redistribución económica.

Por lo tanto, si pasamos del *misthós* como herramienta que asegura la participación al salario como mecanismo de redistribución económica, debemos tomar en cuenta el planteo de [Aristóteles]:

“ganando ya confianza en sí misma la ciudad y teniendo muchas riquezas acumuladas, le aconsejó que se hicieran con la hegemonía [*antilambánesthai tês hegemonías*] y que bajando de los campos habitasen la ciudad; pues todos tendrían alimento

¹⁴³ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 26.2.

¹⁴⁴ Mossé (2007: 82).

[*trophé*], unos al servicio del ejército, otros de guardias de las fortificaciones, otros ocupados en los asuntos comunitarios [*tà koinà práttousi*], y de esta manera asegurarían la hegemonía.

[...] Aseguraron, además, a la masa de la población abundancia de alimento [*tois pollois trophês*], como Aristides había propuesto. Ocurría, pues, que de los tributos [*tôn phóron*], de los impuestos [*tôn telón*] y de los aliados [*tôn symmákhon*] se mantenían a más de veinte mil hombres [*pleíous è dismyríous ándras tréphesthai*]¹⁴⁵.

Aquellos que eran literalmente “alimentados” por los tributos, los impuestos y los aliados eran los 6.000 jueces, los 1.600 arqueros, los 1.200 que pertenecían a la caballería, los 500 miembros del Consejo, los 500 guardianes de los arsenales, los 50 guardias de ciudadela, los 700 magistrados de la ciudad y el Imperio¹⁴⁶, los mantenidos por el Pritanéο, los que habían quedado huérfanos por la guerra¹⁴⁷, y, finalmente los guardianes de la prisión; “todos éstos, tenían su manutención a expensas de las rentas de la ciudad [*tôn koinón he dioíkesis*]¹⁴⁸.

En el mismo sentido podemos leer en una comedia de Aristófanes que:

“hay actualmente mil ciudades que nos pagan el tributo [*tôn phóron*]. Si a cada una de ellas se le mandara a que diera de comer [*bóskein*] a veinte hombres, veinte mil personas de nuestra ciudad vivirían en medio de coronas, calostros, carne de liebre y requesón de todas clases, gozando de las ventajas a que se ha hecho acreedora nuestra ciudad y el trofeo de Maratón.

¹⁴⁵ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 24.1-3.

¹⁴⁶ Cf. Hansen (1980).

¹⁴⁷ Cf. Tucídides, 2.46; Aristóteles, *Política*, 1268a 8; Platón, *Menéxeno*, 248e. Así como también los heridos en la guerra: Plutarco, *Solón*, 31.2; Diógenes Laercio, 1.55.

¹⁴⁸ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 24.3. En el Cap. V.ii hemos trabajado este pasaje en torno a la cuestión del número de magistrados así como también de las cantidades de los elementos militares nombrados en el relato.

Ahora, en cambio, corréis como los jornaleros que vorean aceitunas al lado del que lleva la paga [*tó misthòn ékhonti*]¹⁴⁹.

Dos elementos debemos destacar de este pasaje aristofánico. En primer lugar, aparece aquí nuevamente la cifra de 20.000 ciudadanos viviendo, siendo “alimentados”, a expensas de ciudades aliadas que pagan tributo. Por otro lado, aparece la idea de que el pago por parte de la *pólis* puede liberar al ciudadano de la necesidad de trabajar para otro, por ejemplo, para aquél que “lleva la paga” del vareo de aceitunas. Más adelante veremos (Cap. VII) como el *misthós* competía con otras formas que permitían a los ciudadanos pobres obtener su manutención pero al precio de entrar en relaciones de subordinación con los que eran más ricos que ellos. Lo cierto es que 20.000 ciudadanos es un número nada despreciable¹⁵⁰ ya que, de ser correctas nuestras estimaciones sobre el total de ciudadanos atenienses (Cap. V.ii), correspondería a más de un 46 % del total de la población ciudadana¹⁵¹.

En síntesis, durante el período de auge de la “democracia radical” el *misthós* pagado por la ciudad a sus ciudadanos en diferentes circunstancias operó como un claro mecanismo de redistribución económica en favor de los elementos más pobres de la ciudadanía¹⁵². Es por ello que en [Jenofonte] podemos leer una amarga queja de que mientras que los ricos pagan las liturgias, son los pobres quienes cobran el *misthós*¹⁵³. Redistribución económica que habría tenido amplias consecuencias, no solamente en lo que hace a la participación institucional del pueblo, sino también para la dinámica política ateniense en tanto pondría límites a las formas tradicionales de patronazgo que vinculaban a la aristocracia ateniense con el *dêmos*¹⁵⁴. El *misthós* aseguraba a los ciudadanos más pobres cierta independencia política y económica y por ello será uno de

¹⁴⁹ Aristófanes, *Las avispas*, 707-14.

¹⁵⁰ Por otro lado, sabemos por Plutarco, *Pericles*, 37, que 14.000 fueron los atenienses que recibieron en el año 444 a.C. parte de los 40.000 medimnos de trigo enviados por el rey de Egipto como regalo para el pueblo de Atenas. Cf. Filócloro, *FGrHist.*, 328F 119.

¹⁵¹ Rhodes (1981: 301-2) considera posible que 20.000 atenienses hayan sido sostenidos con los recursos de la ciudad. Cf. Finley (1985a: 211-2) que considera que se trata de una exageración; Hansen (1979).

¹⁵² Plácido (2006).

¹⁵³ [Jenofonte], *La república de los atenienses*, 1.3; cf. Plácido (2006).

¹⁵⁴ Sobre esto, ver más adelante, Cap. VII.ii.

los elementos que buscarán modificar los grupos oligárquicos de fines del siglo V a.C.¹⁵⁵ así como también una de las principales preocupaciones del pensamiento antidemocrático del siglo IV a.C.

II.2 Cleruquías

El establecimiento de cleruquías, es decir, de asentamientos de ciudadanos atenienses en territorios allende el Ática (ciudadanos que, sin embargo, conservan sus derechos cívicos¹⁵⁶), fue otro de los mecanismos de redistribución económica activos durante la democracia. Con este tipo de dispositivos la *pólis* hacía frente a una doble problemática: por un lado, resolvía la cuestión del control de las ciudades aliadas ya que, muchas veces, las cleruquías eran guarniciones militares y sus clerucos soldados encargados del mantenimiento de la lealtad a la Liga de la ciudad en la que residían¹⁵⁷; por otro lado, el asentamiento de ciudadanos más o menos pobres en las ciudades aliadas operaba descomprimiendo la presión social a la vez que permitía a éstos ciudadanos ver incrementada su riqueza en tanto los colonos solían recibir un lote de tierra para auto sustentarse en su nuevo destino.

Al respecto resulta interesante una inscripción sobre el establecimiento de una colonia en Brea en torno al año 446 a.C. en la cual se menciona el hecho de que los beneficiarios del reparto de tierras en el nuevo destino serán ciudadanos provenientes de la clase de los *zeugítai* y los *thêtes*¹⁵⁸. En relación a ella, G.E.M. de Ste. Croix ha propuesto que si bien el decreto no excluye a los miembros de las otras dos clases (los *pentakosiomédimnoi* y los *hippeis*, es decir, los ciudadanos más ricos), éstos sin

¹⁵⁵ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 29.3, 30.2, 41.3; Jenofonte, *Helénicas*, 2.3.48; cf. Mossé (2007: 80); Plácido (1989; 2007).

¹⁵⁶ Meritt, Wade-Gery & McGregor (1950 III: 285-6); Jones (1957: 168); Graham (1964: 189); Brunt (1966: 75-9).

¹⁵⁷ Jones (1957: 174); Gauthier (1966: 65).

¹⁵⁸ *IG I³* 46, 43-6. Cf. *IG II²* 30 inscripción que recoge un decreto vinculado a Lemnos de 387/6 a.C. en donde existiría una disposición similar.

embargo, no se habrían visto tentados a emigrar y abandonar sus riquezas en el Ática¹⁵⁹. Por otro lado, también podemos citar el caso del establecimiento de la cleruquía¹⁶⁰ en Mitilene que, según Tucídides, recibió en 428/7 a.C. 2.700 clerucos atenienses¹⁶¹.

En virtud de ello, podemos suponer que una determinada cantidad de ciudadanos atenienses, provenientes principalmente de las dos últimas clases censales (*zeugítai* y *thêtes*), habrían encontrado en las colonias y cleruquías la forma de mejorar su situación fuera de Atenas. En este sentido, se ha llegado a plantear que, a mediados del siglo V a.C., el número de atenienses en las cleruquías podía ascender a 10.000 hombres, lo que implicaría que una parte importante de los ciudadanos más pobres del cuerpo cívico se vio beneficiada por este mecanismo de redistribución económica¹⁶². Mecanismo que podía llevar a que un ciudadano pobre y sin tierras en Atenas se convierta en uno de rango hoplítico que disponía de un lote agrícola fuera del Ática que garantizaba su subsistencia; incluso, como ha propuesto recientemente R. Zelnick-Abramovitz, podría haberse beneficiado de la explotación a la que sometían a las poblaciones locales¹⁶³.

II.3 La eisphorá y las liturgias

¹⁵⁹ de Ste. Croix (2004: 11). Por su parte para Rosivach (2002b: 36–37) se vincularía con el objetivo de “ensure that the new colony would benefit those at the lower end of the social scale”. Cf. Valdés Guía & Gallego (2010: 261).

¹⁶⁰ Cuando citamos el caso de Brea nos referíamos a él como “colonia” y, tomando el término latino, intentábamos dar cuenta de lo que los griegos denominaban *apoikia*. Por otro lado, nos hemos referido a la cleruquía (*kleroukhia*). Uno y otro asentamiento se encontraban distinguidos incluso legalmente para fines del siglo V a.C.; cf. *IG I³* 237 8-9. A pesar de ello, las fuentes literarias suelen ser, sin embargo, mucho más ambiguas: Brunt (1966: 73); Gauthier (1966: 64-5); Graham (1964: 168, 191)

¹⁶¹ Tucídides, 3.50.2. Según Hornblower (1991: 440-1) las 2 minas al año que estarían obligados a pagar los lesbios se corresponden con el pago a un hoplita; cf. Gauthier (1966: 64; 1973). Es decir que, quienes se establecen allí como clerucos serían o bien hoplitas, o bien *thêtes* promovidos a la clase de los hoplitas.

¹⁶² Finley (2000: 72-3) ha escrito que “El número de ciudadanos atenienses, normalmente de las clases sociales más pobres, que recibieron lotes de tierra confiscada [...] puede haber alcanzado la cifra de 10.000 durante el período imperial”; cf. (1986b: 146-7). Para Dominguez Monedero & Pascual González (1999: 212) 10.000 atenienses forman parte de la colonización durante la Pentecontecia y dejan de residir en el Ática; cf. Jones (1957: 169-73). Por su parte, para Hansen (1985: 8), la relación entre el número total de ciudadanos ateniense y el de ciudadanos residentes en el Ática es de 5:4 y durante algunos períodos de 4:3. Algunos autores incluso han hablado de 20.000 clerucos en el siglo V a.C.: Finley (1985: 57, 249 n.23) citando a Wagner, M. (1914), *Zur Geschichte de attischen Kleruchien*, Tubinga. Cf. Sinclair (1999: 379 y ss).

¹⁶³ Zelnick-Abramovitz (2004).

Si bien la democracia ateniense nunca forzó un reparto igualitario de la riqueza (así como tampoco Solón aceptó la *isomoria* reclamada por el *dêmos*), sin embargo, el pueblo ateniense tuvo a su disposición diferentes mecanismos para obligar a que los sectores más ricos de la ciudadanía se vean obligados a compartir su riqueza con el resto de la comunidad. El impuesto de guerra¹⁶⁴ (*eisphorá*)¹⁶⁵ y las liturgias (tanto las voluntarias como las obligatorias) fueron los dos principales mecanismos de redistribución económica que operaron en esta sentido. Entre las liturgias que podían imponerse a los ciudadanos acaudalados se encontraban las trierarquías que consistían en hacerse cargo de la construcción y la puesta en funcionamiento de un buque de guerra (trirreme) y las coregías relacionadas con los festivales dramáticos llevados a cabo en Atenas. Al respecto, Pericles trae a cuenta en su discurso fúnebre “los juegos y las fiestas religiosas que se suceden a lo largo del año”¹⁶⁶.

Pero más allá de los aspectos concretos que adquirirían las contribuciones de los ciudadanos ricos, lo que nos interesa destacar es que éstas eran un mecanismo de redistribución económica que operaba en dos sentidos: por un lado, imponían un límite a la acumulación de riqueza, y, por otro lado, eran una de las bases sobre las que se apoyaba la *pólis* democrática para solventar determinadas actividades y medidas que terminaban por beneficiar a los sectores más pobres de la ciudadanía. Es este carácter redistributivo de las liturgias que el *dêmos* impone a la elite lo que hace que éstas sean percibidas, incluso, como un sometimiento por algunos escritores oligárquicos¹⁶⁷. Esto aparece muy claramente enunciado en [Jenofonte]:

“en las coregías, gimnasiarquías y trierarquías reconocen que son coregos los ricos, pero que el pueblo se beneficia de los coregos, y que son gimnasiarcos y trierarcos los ricos, pero el pueblo se beneficia de gimnasiarcos y trierarcos. Así, el pueblo

¹⁶⁴ Aparentemente introducido durante la Guerra del Peloponeso, cf. Tucídides, 3.19. Ver Hornblower (1991: 403-5) donde se discute el pasaje y las diferentes interpretaciones a las que dio lugar.

¹⁶⁵ Cf. de Ste. Croix (1953); Thomsen (1977); Davies (1981a ; 1981b : 98) ; Rhodes (1982) ; Brun (1983 : 3-73).

¹⁶⁶ Tucídides, 2.38.

¹⁶⁷ Pero las liturgias también otorgan “prestigio” a quien las cumple, Rhodes (2000: 469-70),

considera positivo cobrar dinero por cantar, correr, danzar y andar en las naves para tener dinero él mismo y que los ricos se empobrezcan”¹⁶⁸.

En el mismo sentido, según Jenofonte, los ciudadanos de la clase litúrgica debían soportar fuertes imposiciones (*megála teleîn*), “alimentar” a los caballos (*hippotrophías*), sostener las coregías, las gimnasiarquías y otros patrocinios (*prostateías*), y, en caso de guerra, debían aportar para las trierarquías y otras contribuciones (*eisphorás*), además de celebrar sacrificios, hospedar a extranjeros, dar banquetes y regalos a sus conciudadanos¹⁶⁹. En síntesis, como ha propuesto Josiah Ober, el sistema de contribuciones existente durante la democracia ateniense, constituyó un instrumento de redistribución económica que transfería recursos desde los ricos hacia los pobres de la ciudadanía¹⁷⁰.

Retomando lo planteado hasta aquí debemos decir que, el desarrollo histórico de la igualdad política en la democracia ateniense tuvo sus consecuencias. Hemos visto que los productores directos del mundo rural ático se encontraban, a principios del siglo VI a.C., sometidos a múltiples vínculos de dependencia con respecto a la aristocracia. Las relaciones de sujeción se manifestaban de diferentes modos (hectemorazgo, endeudamiento, esclavización, etc.) pero se caracterizaban todos ellos por habilitar la explotación a partir de la degradación de las condiciones jurídicas y políticas de los explotados; lo que, en términos concretos, implicaba la exclusión de la comunidad de los sometidos en tanto perdían sus tierras, los derechos de ciudadanía o la libertad personal (o alguna combinación de estos tres). La actuación de Solón, Pisístrato y Clístenes, junto con las reformas asociadas a estos nombres, implicaron la liberación de aquellos productores directos a partir de su integración en la ciudadanía con plenos derechos a la participación política. Dicha inclusión política de los ciudadanos llevó a

¹⁶⁸ [Jenofonte], *La república de los atenienses*, 1.13; cf. 2.9 en donde los pobres aparecen como los principales beneficiarios del sistema.

¹⁶⁹ Jenofonte, *Económico*, 2.5-8.

¹⁷⁰ Ober (1989: 200).

que la ciudad desarrolle diferentes mecanismos de redistribución de la riqueza que operaban como un freno a la polarización social y que tuvieron importantes consecuencias para la sociedad ateniense. Sobre ellas, hablaremos en el próximo capítulo.

Capítulo VII

LOS LÍMITES A LAS RELACIONES DE DEPENDENCIA

En efecto, el pueblo no quiere ser esclavo, aunque la ciudad sea bien gobernada, sino ser libre y mandar [...]

Mas si buscas un buen gobierno, verás primero a los más capacitados establecer las leyes; después a las personas importantes castigando a los de baja condición, decidiendo en consejo sobre la ciudad y no permitiendo a hombres exaltados ser miembros del Consejo ni celebrar asambleas. Como consecuencia de estas excelentes medidas muy pronto el pueblo se verá abocado a la esclavitud

[Jenofonte] (La República de los atenienses, 1.8-9)

En el capítulo anterior hemos visto cómo se desarrolla históricamente el proceso por el cual los productores directos del mundo rural ateniense se van integrando a la ciudadanía hasta alcanzar la igualdad política plena en el período de la “democracia radical”. A su vez, observamos cómo esa integración política fue acompañada con el desarrollo de diversos mecanismos de distribución de la riqueza que frenaban la tendencia hacia la polarización social. El presente capítulo se encuentra estrechamente relacionado con el anterior ya que intentaremos, ahora, constatar empíricamente de qué manera la inclusión política supuso un fuerte límite al desarrollo de relaciones de dependencia entre los ciudadanos. Para ello nos basaremos en dos mecanismos que, de

haber sido posible, habrían resultado centrales para el establecimiento de lazos de sujeción entre ricos y pobres o entre terratenientes y campesinos: el arrendamiento de tierras privadas y las relaciones de patronazgo personal.

El epígrafe que encabeza este capítulo, de alguna manera, expresa –desde una perspectiva oligárquica- la situación que buscamos explicar. Allí aparece claramente vinculada la participación del *dêmos* –que para [Jenofonte] no son la totalidad de los ciudadanos sino estrictamente los pobres¹- en la toma de decisiones de la ciudad (*árkhein*) con su situación de no sujeción a la aristocracia (*eleútheros eínai*). A la vez, según el Viejo Oligarca, si la democracia fuera derrotada y reemplazada por un “buen orden” (*eunomía*), es decir, por un régimen oligárquico comandado por los *khrestoi*, el resultado sería la caída del *dêmos* en la esclavitud (*eis douleían katapésai*). Es decir que la democracia –un “mal orden” (*kakonomía*)- operaba según el pensamiento de [Jenofonte] como un mecanismo de protección que ponía a los pobres (*poneroi*) a resguardo ante el peligro de ser esclavizados y castigados (*kolázein*²) por los ricos (*plousioi*).

I. ARRENDAMIENTOS

Hace ya casi veinte años, Robin Osborne, uno de los más destacados investigadores del mundo rural griego antiguo de la actualidad, afirmaba en un breve artículo sobre el arrendamiento de tierras y propiedades en la Grecia clásica y helenística que “it should be abundantly clear that any account of the economy of the Greek city which leaves property leasing out of the account will be seriously deficient”³.

¹ Los “pobres” son, principalmente, todos los que no forman parte de la aristocracia. Quienes componen el *dêmos* para [Jenofonte] son los que reciben las calificaciones de *hoi pénetes* (“los pobres”), *hoi poneroi* (“los malos”), *hoi kheirous* (“los inferiores”). Frente a ellos se encontraba la aristocracia referida a través de términos como *hoi plousioi* (“los ricos”), *hoi khrestoi* (“los buenos”), *hoi beltious* (“los mejores”), etc.; Cf. Marr & Rhodes (2008: 24-6) y el cuadro elaborado por Osborne (2004: 20).

² El término tiene su interés ya que dentro de su campo semántico se podría pensar que quienes reciben el castigo ya no forman parte de la comunidad pudiendo llegar a ser, incluso, esclavos. Ver al respecto la discusión en Gallego (*en prensa*), donde se cita la bibliografía pertinente.

³ Osborne (1988: 323).

En lo que sigue analizaremos el arriendo de tierras privadas en la Atenas del siglo V a.C. en tanto relación productiva entre sectores terratenientes y campesinos de la ciudadanía. Para ello daremos por sentado dos situaciones que resultan fundamentales para enmarcar la cuestión: a) por un lado, como resultado de la *stásis* de la era arcaica, el campesinado ateniense contaba, en el período clásico, con una posesión segura de su lote de tierra (*klêros*) y amplios derechos de participación política que evitaban su explotación tanto por parte del Estado (a través de tributos o impuestos) como por parte de los terratenientes (a través de corveas, servidumbre, esclavitud por deudas, rentas, etc.); en este sentido, la integración de los productores directos en las instituciones de la *pólis* democrática impidió el desarrollo de distinciones jurídicas y/o políticas capaces de asegurar la transferencia regular y sistemática de excedentes desde las unidades domésticas de producción de los pequeños labradores hacia los terratenientes y/o el Estado⁴; b) por otro lado, observamos el desigual reparto de la tierra de labranza entre los miembros de la comunidad cívica lo que supone la existencia de una situación social diferenciada en la que conviven terratenientes, labradores medios autosuficientes y pobres con poca o ninguna tierra. En este sentido, en un polo del espectro social se comprueba la presencia de propietarios que concentran una cantidad de tierras que excede las posibilidades de trabajarlas sólo con la ayuda de la propia familia por lo que deberían proveerse de alguna otra forma de mano de obra por fuera de las relaciones de parentesco más cercanas; en el otro polo comprobamos que hay familias que poseen fincas cuyas dimensiones son inferiores a las necesarias para la reproducción material del grupo familiar (o, incluso, carecen totalmente de tierra) por lo que debemos suponer que contaron con el acceso a campos de labranza suplementarios y/o a otras fuentes de ingresos⁵. En síntesis, creemos que la igualdad política y la desigual distribución de la tierra justifican la indagación acerca de la existencia o no de mecanismos menos

⁴ Al respecto ver los desarrollos planteados en el Cap. VI. Cf. Finley (1982: 114; 1986a: 131). Ver asimismo Morris (1994b); Donlan (1997: 40); Raaflaub (1997c: 57) y Hanson (1995: 181-220) asignan un papel fundamental a la clase de granjeros medios en el desarrollo de la temprana *pólis*. Para la ausencia de mecanismos de “coacción extraeconómica” que garanticen la explotación de los productores directos ver: Wood (1988: 65-6; 2000: 211-76; 2002: 20). Para Finley (1986b: 114) la incorporación política del campesinado con plenos derechos resulta una excepcionalidad histórica; en el mismo sentido: Garnsey (1998: 91-4). La bibliografía que define al campesinado como un sector social sujeto políticamente y explotado económicamente por jerarquías externas (los terratenientes, el Estado, la ciudad, etc.) es bastísima, a modo de ejemplo ver Wolf (1971: 9-29); Shanin (1971: 296; 1976: 8; 1983: 54); Powell (1974: 52) y Worsley (1984: 170-1). Sobre esta cuestión, ver también el Cap. II.iii.

⁵ Sobre la distribución de la tierra remitimos al lector al Cap. V.iii.

formales y estables (que en tanto no están basados en una diferenciación jurídico-política serían “económicos”⁶) que relacionen al productor agrícola directo con los dueños de la tierra.

La tenencia es una relación socioproductiva que admite un amplio abanico de posibilidades y consiste en un tipo de posesión de la tierra en la cual el arrendatario ó tenente debe pagar regularmente una determinada cantidad de renta al terrateniente por el usufructo de la parcela. En las sociedades precapitalistas, en las que existe un amplio rango de posesiones condicionales y no hay una división tajante entre propietarios y no propietarios, las condiciones sobre las que se establecen las relaciones entre el terrateniente y el arrendatario pueden ser extremadamente variadas dependiendo de la demografía, la disponibilidad de tierras, las condiciones de acceso a las mismas, etc. Si bien para el caso ateniense el tema de la propiedad de la tierra no carece de ambigüedades⁷, es claro que la posesión del *klêros* por parte de los ciudadanos estaba asegurada políticamente, era estable a través de las generaciones y no se encontraba sujeta a una subordinación del productor directo al terrateniente o al Estado como en el feudalismo o en las formaciones de tipo tributario. De este modo, bajo el régimen de lo que Karl Marx denominaba la “forma de propiedad antigua”⁸, el acceso a la tierra está garantizado por la pertenencia a la comunidad encontrándose el productor directo libre de dependencia. En virtud de esto, creemos que sería errado intentar inferir, a partir de aquella ambigüedad en la definición de propiedad que se constata en el contexto griego, un argumento a favor de la existencia de las relaciones de arrendamiento como lo hace Ellen Meiksins Wood⁹. El hecho de que no exista una definición nítida de propiedad privada de la tierra como sucede en las sociedades modernas no implicó en Atenas que el acceso a ella no estuviera garantizado para los miembros de la comunidad (entre ellos

⁶ Plácido (1989: 69-70, 76). Sin embargo, acerca de la dificultad de pensar en lo estrictamente “económico” en contextos precapitalistas en general y en el caso griego en particular, ver el Cap. III y el Cap. IV.i respectivamente.

⁷ Ver al respecto el Cap. IV.ii.

⁸ Marx (1990: 72).

⁹ “The often ambiguous shadings of meaning in the spectrum between dependent labourer, tenant and freeholder reflects the complicated spectrum of condition and tenures typical of smallholders in many parts of the world. This is specially true where there is no concept of *absolute* private property but rather various shades of conditional property... The indeterminacy of peasant conditions and tenures would have been especially characteristic of classical Greece, which, before the development of Roman property law, had no clear conception of *ownership* at all”, Wood (1988: 75).

los medianos y pequeños labradores) siempre y cuando aquellos puedan mantener su relación con ésta en tanto miembros del cuerpo cívico. En síntesis, la relación de arrendamiento en el contexto ático no se basó en una diferencia política o jurídica entre el terrateniente y el productor ni fue, tampoco, la consecuencia de un acceso condicional a la tierra a causa de la ausencia de propiedad absoluta del medio de producción; es decir, no estuvo enmarcada en relaciones que se sustentaban en la coacción¹⁰. Por el contrario, la única base para el desarrollo de arrendamientos en el mundo rural ateniense que encontramos la constituye la existencia de una distribución desigual de la tierra entre los miembros del cuerpo cívico en tanto había ciudadanos con más tierras que las que podían trabajar con la ayuda de su familia y ciudadanos con escasas tierras que no les permitían asegurar la reproducción de su unidad doméstica¹¹.

Es el momento ahora, de analizar la evidencia con que contamos para dar cuenta de las relaciones de arrendamiento privado entre terratenientes y campesinos en el Ática clásica. La evidencia empírica, principalmente epigráfica, para el arrendamiento de “tierras públicas” (o pertenecientes a diferentes entidades colectivas o a los distintos cultos religiosos) es relativamente abundante y fue frecuentemente analizada por los investigadores modernos¹². Sin embargo, para el caso de las tierras pertenecientes a los

¹⁰ La comparación del labrador ático con los campesinos de la Europa feudal puede echar algo de luz a esta cuestión: “Como regla general del sistema económico vigente en la mayor parte de Europa durante el período medieval y comienzos de la Edad Moderna, las actividades productivas las realizaban campesinos en «posesión» de la tierra y el utillaje necesario para procurarse su subsistencia. Entrecorramos la palabra «posesión» por su carácter ambiguo y conflictivo –la condicionalidad de la propiedad feudal- que de hecho es la clave del desarrollo económico feudal. [...] la división de la soberanía también dificultaba el que los campesinos pudieran obtener la propiedad plena de la tierra en la medida en que les obligaba a acogerse a la «protección» de algún señor, con el fin de evitar que otros señores les arrebataran la tierra. En última instancia, la posesión campesina quedaba muy limitada por el poder señorial.”; Brenner (1988: 271-2).

¹¹ Esta situación también se comprueba para la época feudal aunque, a diferencia del caso ateniense, coexistiendo con la “compulsión extraeconómica”: “Tendría que quedar claro de una vez por todas que, bajo determinadas circunstancias, las clases dirigentes feudales podían obtener un excedente de los campesinos sin tener que recurrir a la normativa feudal formalmente establecida en torno a la compulsión extraeconómica, esto es, únicamente sobre la base de la propiedad de la tierra, e incluso sin monopolizarla. Donde la clase campesina en conjunto no disponía de tierra suficiente para garantizar su subsistencia, algunos de sus miembros no tuvieron más elección que arrendar tierra y/o enajenar su fuerza de trabajo convirtiéndose en asalariados.”, Brenner (1988: 272-3). Ver sin embargo los planteos de Morsel (2008: 205-65) que permiten pensar en esta problemática desde una perspectiva renovadora. En última instancia el problema se vincula a la diferenciación hecha por Duby (1999: 199-227) sobre las “tres formas de explotación señorial” (doméstica, banal y territorial) de los tipos de señoríos establecidos por Duby y criticados por Guerreau (1984: 199-241; 2002: 21-3) a partir de la noción de *dominium* que implica un poder que se ejerce de manera simultánea sobre la tierra y sobre los hombres.

¹² Ver por ejemplo, Finley (1952: 95-6); Osborne (1987: 42-3; 1988: 281-92); Andreyev (1974: 25-46); Jameson (1982); Jones (2004: 27-34); Whitehead (1986: 152-8); Foxhall (2007: 72-4).

ciudadanos, la evidencia con que contamos es sustancialmente menor, muchas veces ambigua, y proviene principalmente de finales del siglo V y el siglo IV a.C.¹³. Como afirmaba Finley hace más de cincuenta años, “no sabemos casi nada acerca de los arrendamientos de tierras de individuos privados en Atenas. Los acuerdos no eran tallados en piedra”¹⁴. El hecho de que los arrendamientos privados no se consignaban por escrito ni fueran llevados a los tribunales determina que la evidencia con que contamos para dar cuenta de ellos surge a partir de fuentes en las que el arriendo no es el objeto principal del discurso sino que aparece como un dato contextual, generalmente nombrado al pasar. Éste es el caso de uno de los documentos cualitativamente más importante para analizar la cuestión: el discurso VII de Lisias conocido como *Areopagítico: discurso de defensa sobre el tocón de un olivo sagrado*.

Muchas veces esta laguna en la documentación es citada como un dato que permite inferir la poca importancia de los arrendamientos en este contexto¹⁵. Del mismo modo, el hecho de que para el siglo IV sobreviva un *corpus* de evidencia mayor llevó a algunos investigadores a plantear que el arriendo de tierras creció en importancia una vez concluida la Guerra del Peloponeso o que se relaciona con la “crisis de la ciudad-estado”¹⁶. Sin embargo, hay que tener en cuenta dos elementos; en primer lugar, puede ser que los contratos entre privados quizás hayan simplemente desaparecido; en segundo término, debemos considerar el hecho de que la puesta por escrito de cualquier transacción legal era una práctica muy rara antes de mediados del siglo IV en tanto los acuerdos verbales frente a testigos eran concebidos como mecanismos más confiables¹⁷.

¹³ Osborne (1988: 304); Burford (1993: 178); Jones (2004: 27).

¹⁴ Finley (1952: 216 n.68).

¹⁵ Michell (1943: 44); Mossé (1980: 82) dirá: “Pero la pequeña explotación inferior a 10 hectáreas dominaba y a menudo era su propietario el que directamente la trabajaba, siendo el arrendamiento un fenómeno poco extendido en la Atenas clásica (si exceptuamos las tierras de los templos y los bienes pertenecientes a los niños que eran arrendados por sus tutores)”. Por su parte Zimmern (1961: 234) afirma: “Tenancy, in our sense of the word, was therefore practically unknown in Greece... When a Greek is a tenant at all he is a tenant for a public body”.

¹⁶ Al respecto Finley (1986b: 50) afirma: “Y lo que es más, como los pobres en su mayoría trabajaban por cuenta propia en el campo y en la ciudad, los campesinos *siempre* se veían libres de la carga de los arriendos. El agricultor con tierras en arriendo y el aparcerero fueron un fenómeno del mundo helenístico y de la Roma imperial (quizá comenzó a finales de la República), no de la ciudad-estado”, el subrayado es nuestro.

¹⁷ Osborne (1988: 306) destaca la ausencia de control legal sobre los términos y condiciones de los arrendamientos privados para explicar la ausencia de evidencia así como también el hecho de que no se llevara ante los tribunales; cf. Burford (1993: 180). Para Foxhall (2007: 27), la evidencia de

No sucede lo mismo con los arrendamientos de tierras pertenecientes a los cultos, a la *pólis* (o sus subdivisiones), ya que en estos casos, como decíamos más arriba, la documentación es más basta, posiblemente, por el hecho de tratarse de transacciones de carácter oficial que imponían la necesidad de ser públicas.

A pesar de lo escaso de la evidencia¹⁸, es interesante reflexionar acerca de la regularidad y la prolongación en el tiempo del arrendamiento como práctica en el mundo rural ático: por un lado, gracias a una estela de la Acrópolis de finales del siglo VI¹⁹ podemos saber que a los clerucos atenienses en Salamina se les prohibía arrendar los lotes de tierra que les eran asignados (lo que supone que esta era una práctica de hecho conocida en la ciudad madre). En el mismo sentido pero para la segunda mitad del siglo V, el pago de rentas por el usufructo de la tierra aparece mediado por la coacción ya que nos encontramos en el contexto de las acciones que emprende Atenas en represalia a la revuelta del 427:

“Después de esto [los atenienses] no fijaron un tributo [*phóron*] a los lesbios, sino que, tras dividir la tierra, salvo la de Metimna, en tres mil lotes [*klérous*], reservaron trescientos para consagrarlos a los dioses, y a los otros enviaron clerucos sacados a suerte [*klerouíkhous tous lakhóntas*] entre ellos [ciudadanos atenienses]; con éstos, los lesbios se comprometieron a pagar una suma de dos minas al año por cada lote, y ellos mismos siguieron trabajando la tierra [*autoi eirgázonto tèn gên*]”²⁰.

arrendamientos aparece de un modo muy particular o inusual por lo que no se puede pensar en ella una práctica “típica” de la economía rural del olivo.

¹⁸ Lo escaso, fragmentario y dispar de las fuentes para dar cuenta del arrendamiento privado de tierras no es un monopolio de dicha práctica agrícola; de hecho, como propone Foxhall (2007: 28), se puede decir que para la economía rural griega en general, la evidencia es muy fragmentaria y se debe trabajar con información proveniente de diferentes lugares, fuentes de dispar calidad y un espacio temporal de dos a tres siglos.

¹⁹ *IG I³*, 1; Cf. Bertrand (1992: 38-9).

²⁰ Tucídides, 3.50.2-3. Cf. Hornblower (1991: 440-1).

Otros casos similares nos permiten pensar que el arriendo de tierras a cambio de rentas era un modo de relación socioproductiva regular en la época clásica entre los colonos atenienses y los pueblos sometidos²¹.

Por otro lado, a partir de un panfleto de Isócrates sobre “los viejos buenos tiempos” de la democracia legislada por Solón y restaurada por Clístenes²² podemos entender algo acerca de cómo se organizaban las relaciones sociales en momentos en que estaba vigente la “constitución ancestral” (*pátrios politeía*). Más allá de que lo que se pueda apreciar en ese texto sean principalmente los problemas ideológicos de mediados del siglo IV²³ y no tanto la sociedad ateniense del siglo VI, es importante destacar que aparece en él la idea de que, en aquellos idílicos momentos de concordia entre las clases sociales, el arriendo de tierras era una práctica normal:

“Los ciudadanos más pobres estaban tan lejos de envidiar a los más hacendados que cuidaban tanto de las casas grandes como de las suyas propias por pensar que la felicidad de aquellos les procuraba bienestar. Quienes tenían haciendas [*hoi tàs ousías ékhontes*] no menospreciaban a los se hallaban en una situación más menesterosa, sino que consideraban que era para ellos una vergüenza la pobreza de los ciudadanos [*tèn tòn polotón aporían*] y socorrían sus necesidades, confiando a unos terrenos de labor por moderadas rentas [*georgías epì metríais misthósesi*]”²⁴.

Finalmente, si a la evidencia anterior le sumamos las referencias que esporádicamente aparecen diseminadas en los siglos V y IV a.C. (que analizaremos a

²¹ Ver Zelnick-Abramovitz (2004), 330-44 analiza el caso de Lesbos junto a otros ejemplos que apoyan esta idea.

²² Isócrates, 7.16.

²³ Plácido (1997: 286); Wood (1988: 97-8).

²⁴ Isócrates, 7.32. Cf. Plácido (2008c: 231-2).

continuación), podemos pensar que el arriendo de tierras fue, para la época clásica, una práctica conocida, común y continuada en el Ática desde por lo menos el siglo VI²⁵.

En síntesis, creemos que, a pesar de las carencias de documentación, los acuerdos de tenencia entre privados no deben ser totalmente desestimados como forma posible de relación entre terratenientes y campesinos²⁶. Los escasos datos con los que contamos, junto con el conocimiento del contexto social, político y económico de la Atenas democrática, constituyen una buena base para pensar como se podría haber desarrollado dicho tipo de relación productiva así como también para reflexionar en torno de su función y su lugar en el entramado social general.

Los arrendamientos de tierras privadas se desarrollaban de dos formas fundamentalmente diferentes: por un lado, las propiedades de aquellos ciudadanos que quedaban huérfanos eran arrendadas por la ciudad a un tercero hasta el momento en que el huérfano pudiera hacerse cargo del *oikos*²⁷; por otro lado, se encontraban las tierras puestas en arriendo por sus propios propietarios para obtener de ello una renta. Es este segundo tipo el que nos interesa ya que permitiría pensar la relación entre terratenientes y campesinos en tanto las propiedades de huérfanos eran arrendadas fundamentalmente por grandes propietarios puesto que se le exigía al arrendatario como garantía una propiedad capaz de cubrir el capital arrendado más la renta. Sin lugar a dudas, la estima social y la rentabilidad que ofrecían tales arriendos debieron de ser considerables y ello explicaría por qué varios grandes propietarios pusieron en riesgo incluso sus lotes ancestrales para tener acceso a ellos²⁸.

Pasemos ahora a analizar el discurso de Lisias en el cual el arriendo de tierras privadas aparece, como explicábamos más arriba, de un modo algo colateral. Gracias a este texto sabemos que a principios del siglo IV a.C. el propietario de una finca rural fue juzgado por el Areópago por un delito vinculado a los olivos sagrados. El “cliente” para el lexicógrafo produjo el discurso era acusado por un sicofanta²⁹ de arrancar, durante el

²⁵ Así lo supone Osborne (1988: 311).

²⁶ Cf. Wood (1988: 181-2).

²⁷ El arconte epónimo era el encargado de lo relacionado con el arriendo de las propiedades de los huérfanos: [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 56.6-7.

²⁸ Osborne (1988: 315-6; 2003: 192); Finley (1952: 38-44).

²⁹ Por ejemplo en Lisias, 7.38.

arcontado de Suníades (397/396)³⁰, un *sekós* designando esta palabra no ya a la empalizada que rodeaba al árbol sagrado (*moría*) sino al tocón o tronco que aún sin ramas ni hojas seguía consagrado a la diosa Atenea. Quizás por considerarse este delito como menor respecto del arrancar un olivo sagrado, la condena que le correspondía no era la muerte sino la confiscación y el exilio, la pérdida de “patria y hacienda”³¹. Pero más allá de ello, nuestro interés no gira en torno al tema principal del discurso sino, más bien, sobre algunos datos que en la estructura del texto son secundarios pero que son de principal importancia a la hora de entender el arrendamiento de tierra privada. Citemos en extenso los pasajes del discurso que refieren al arriendo de tierras:

“Esta tierra pertenecía a Pisandro. Cuando los bienes de éste fueron confiscados [*demeuthénton*], Apolodoro de Mégara los recibió como regalo de manos del pueblo y se dedicó a cultivarlos sin interrupción. Poco antes de los Treinta se la compró Anticles y la arrendó [*exemísthosen*]. Yo se la compré [*onoûmai*] a Anticles cuando se hizo la paz [...].

Pues bien, consejeros, sobre lo que sucedió anteriormente, considero suficiente lo ya dicho aunque puedo alegar numerosos detalles: cuando yo entré en posesión de la finca, antes de que pasaran cinco días, se la arrendé [*apemísthosa*] a Calístrato con Pitodoro de arconte. Éste la cultivó [*egeórgesen*] durante dos años sin que recibiera ningún olivo ni privado ni sagrado ni tocón alguno. Al tercer año la cultivó [*eirgásato*] Demetrio, aquí presente. El cuarto año se la cedí en arrendamiento [*emísthosa*] a Alcias, liberto de Antístenes, que ha fallecido. Después, durante tres años, la cultivó igualmente en arrendamiento [*emisthósato*] Proteas [...].

³⁰ Cf. Lisias, 7.11.

³¹ Sobre los olivos sagrados ver; [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 60.2; cf. Millett (2002: 31-2).

Cuando había transcurrido este tiempo, la cultivé yo mismo [*autòs georgô*]. El acusador afirma que, con Suníades de arconte, yo arranqué un tocón. Pero los que la cultivaron antes [*hoi próteron ergazómēnoi*] y los muchos que la tuvieron de mí en arrendamiento [*pollà éte gar'emoû memisthoménoi*] muchos años, os han testificado que no había ningún tocón en la finca³².

Los arrendamientos que aparecen en el discurso son claramente los de una propiedad privada y nada se desprende del relato que nos permita pensar que dichos acuerdos hayan sido consignados de forma escrita, lo que explicaría en parte, como afirmábamos más arriba, la carencia en la documentación para este tipo de contratos. En el discurso aparecen cuatro colonos sucesivos que usufructúan la parcela durante un período de siete años del siguiente modo: el primero por dos años, otros dos arrendatarios por un año cada uno y el último durante tres años. Se debe destacar el hecho de que tanto Anticles como el cliente de Lisias no parecieran haber tenido problemas a la hora de encontrar un arrendatario incluso en un período tan difícil como ser la salida de la Guerra del Peloponeso. Esto último se puede contrastar con la falta de testimonios literarios en el cual aparezcan quejas acerca de la dificultad para encontrar arrendatarios para alquilar una propiedad³³.

En resumen estamos frente a un terrateniente rico³⁴ propietario de una serie de pequeñas o medianas parcelas diseminadas por el Ática que eran trabajadas, por un lado, fuerza de trabajo esclava pero, por otro lado, también por arrendatarios que debían entregar a cambio u determinado valor en concepto de renta. El modo en que la fuente trata el asunto indicaría que se trata de una práctica común como lo demuestra el hecho

³² Lisias, 7.4, 9-11.

³³ Esto es destacado por Osborne (1988: 311).

³⁴ Es muy probable que el acusado, de quien no conocemos siquiera su nombre, haya sido un gran propietario ya que, además de pagar a un logógrafo (el más prestigioso de su época) para su defensa, afirma poseer “influencia y dinero”, diferentes fincas, una cantidad indeterminada de esclavos y haber pagado liturgias como trierarca y corego (Lisias, 7.21, 24, 31, 34). Por tal razón nos parece errada la caracterización de “granjero” empleada por Millett (2002: 31-3) pero no la de “ciudadano muy rico” o de provenir “del sector más acaudalado del cuerpo de ciudadanos”.

de que el propietario anterior, Aticles, la haya explotado de la misma manera³⁵. El hecho de que uno de los colonos sea un liberto (Alcias) indicaría que el arriendo de tierras a no ciudadanos era un práctica conocida.³⁶

Del mismo modo podemos interpretar un pequeño resto de evidencia que aparece en otro discurso de Lisias conocido como *Sobre los bienes de Eratón: contra el tesoro*. Este discurso fue elaborado para un proceso conocido como *diadikasía*: el abuelo del demandante prestó dos talentos a Eratón quien paga regularmente los intereses hasta su muerte acaecida en torno a la guerra del Peloponeso; los tres hijos del deudor (Eratón II, Erasifonte y Erasítrato) dejan de pagar al acreedor y el padre del demandante acusa a Erasítrato obteniendo su condena. Finalmente, la *pólis* confisca la totalidad de los bienes de Eratón y frente a ello el demandante inicia el proceso de *diadikasía* que da origen a este discurso. Más allá de ello, nos interesa el hecho de que el orador, para demostrar que las propiedades se encontraban bajo su propiedad al momento de ser confiscadas por el Estado, afirma que:

“Durante todo el tiempo que los familiares de Erasifonte nos disputaron estos bienes, yo los reclamaba todos como míos en razón de que Erasítrato perdió cuando litigaba con mi padre por toda la deuda. Las propiedades de Esfeto las tengo arrendadas [*emísthoka*] desde hace tres años, mientras que por las de Cicinna [que al igual que Esfeto es un demo de la tribu Acamántide] y por la casa he estado litigando con sus ocupantes. [...] Pues bien, para que veáis que ello es verdad, os presentaré como testigos, primero, a los que me tienen arrendada [*memisthoménous*] la finca de Esfeto”³⁷.

³⁵ Cf. Wood (1988: 73); Burford (1993: 178). A esta interpretación se opuso recientemente Foxhall (2007: 74-5) ya que para dicha autora, el caso en cuestión sería uno ciertamente peculiar: “Here the land in question may have been rented out because it was being ‘held in trust’ for the exiled oligarch Periander (the owner before it was confiscated by the state) by his friends, should he or his descendants ever return to Attica”. Sin embargo, se puede pensar, en base al pasaje que citamos más arriba, que la tierra fue comprada por lo que el argumento de Foxhall carecería de valor.

³⁶ Cohen (2000: 126-9) utiliza algunos de estos datos para plantear que la población rural no estaba fijada a su demo de origen y el campo se encontraba poblado por una importante cantidad de residentes no ciudadanos. Sobre los metecos como arrendatarios, ver Burford (1993: 179).

Del pasaje se desprenden algunos elementos sobre los que resulta interesante reflexionar. En primer lugar, al igual que en el discurso del olivo sagrado, el arriendo de tierras aparece como una práctica en modo alguno excepcional que no es formalizada (aparentemente) por un contrato escrito. Asimismo, el testimonio de los colonos es utilizado por el propietario para demostrar que la tierra era parte de sus posesiones. Por último, pareciera desprenderse del texto que la tierra que el demandante posee en el demo de Esfeto es arrendada a más de un colono por lo que debemos suponer que: a) se trata de colonos que sucesivamente arriendan un mismo lote; b) un único lote es subdividido y arrendado a diferentes familias; o, c) la propiedad se encuentra dispersa en distintas parcelas que son arrendadas simultáneamente de modo independiente³⁸. En cualquiera de los casos, la práctica del arriendo aparece como un mecanismo corriente para administrar una propiedad.

No es un dato menor el hecho de que las propiedades arrendadas tanto en este último caso como en el del olivo sagrado no pertenecen a lo que denominaríamos la “propiedad ancestral” de las familias. Por el contrario, la tierra en cuestión en el discurso citado en primer lugar fue adquirida recientemente por el orador a través de una compra mientras que la propiedad arrendada en el segundo discurso es obtenida como resultado de un proceso judicial (entablado por el padre del demandante) y se encuentra sujeta a una disputa legal por el hecho de haber sido confiscada por la *pólis*.

Es importante destacar que gran parte de la evidencia que tenemos para el arrendamiento de tierras en el Ática de época clásica proviene de las listas de propiedades de algunas familias ricas atenienses que llegaron hasta nosotros. Robin Osborne, basándose en el estudio de J.K. Davies³⁹, hizo un detallado análisis de estos casos en los que pudo verificar que en seis de las listas de propiedades aparece mencionado el arrendamiento de modo explícito, en dos casos éste se encuentra asumido implícitamente y en los cinco casos restantes pareciera que no existiera el arriendo pero, sin embargo, ellos son problemáticos como por ejemplo el de Lisias en

³⁷ Lisias, 17.5, 8.

³⁸ Osborne (1988: 314) se inclina por la segunda opción.

³⁹ Davies (1981a: 127, 202, 335, 553, 589-90).

tanto que al tratarse de una familia sin ciudadanía no podía ser propietaria (a menos de que se le conceda un derecho especial de *enktesis*⁴⁰) o el de Aristófanes para el que no contamos con toda la información sobre sus propiedades, etc.. De estos datos se puede inferir que si bien el arrendamiento de propiedad no es lo que domina el panorama de las familias acomodadas (de hecho entre los datos conservados, no hay ningún ateniense que haya arrendado toda su propiedad para vivir solo de rentas), sin embargo es significativo el hecho de que al menos una parte de las propiedades son arrendadas con bastante regularidad⁴¹. En este sentido, debemos pensar en las alternativas con que contaba un gran propietario a la hora de poner sus tierras en producción y esto nos lleva directamente al estudio de cómo administraban sus propiedades las familias prominentes de la Atenas clásica.

Como bien postula Jesper Carlsen, en *teoría*, todo propietario griego (y romano) tenía tres opciones para gestionar su hacienda sin que estas se excluyan las unas a las otras: a) el propietario y su familia administran la hacienda por cuenta propia; b) el propietario consigue un administrador asalariado, liberto o esclavo; o, c) la tierra es arrendada a un tercero⁴². Teniendo esto último en cuenta, no parecería raro el hecho de que se compruebe el arriendo de una parte de la propiedad de la mayoría de los ciudadanos ricos para los que contamos con datos sustanciales. La fragmentación y dispersión a lo largo del Ática de sus propiedades rurales (a pesar de que el terrateniente ateniense haya sido menos absentista si se lo compara con el romano⁴³) seguramente dificultó (y encareció) la supervisión directa de las mismas. En dicho contexto el arrendamiento a familias campesinas a cambio de una renta puede haber sido una opción más razonable que la explotación de aquellos lotes directamente a través de mano de obra esclava. De no ser así, el propietario se vería obligado a viajar constantemente para controlar el trabajo y las condiciones locales en los campos alejados o a conseguir un administrador. Estas dos posibilidades implicaban, sin embargo, que: a) el propietario debía disponer de tiempo suficiente para poder

⁴⁰ Sobre esto hemos hablado en el Cap. IV.ii.

⁴¹ Osborne (1988: 311-4). Los restantes ejemplos son: Fenipo, Platón y el padre de Demóstenes. Para Davies (1981a: 49) las rentas de casas urbanas, pero también de tierras agrícolas, aparecen como una forma corriente a través de la cual los ciudadanos ricos de Atenas obtenían sus ingresos.

⁴² Carlsen (2002: 117); cf. Burford (1993: 177).

⁴³ Carlsen (2002: 123).

trasladarse a zonas alejadas y ejercer el manejo de dichos lotes en persona restándole dedicación a su carrera política en la ciudad⁴⁴; o, b) el propietario debe incurrir en un gasto extra para comprar un esclavo administrador o pagar un salario al encargado de la supervisión de un lote que, dado su escaso tamaño, contaba con una baja dotación de mano de obra⁴⁵.

Es menester suponer, entonces, que ante tal situación una opción común adoptada por los terratenientes frente a una parcela de tales características (es decir, de pequeña dimensión, aislada de las otras propiedades y situada en zonas alejadas) haya sido el arriendo a familias campesinas a cambio de una renta como modo de, por un lado, obtener un ingreso sobre esas propiedades pero, por otro lado, también mantener la capacidad productiva de dicho terreno agrícola⁴⁶.

Detengámonos ahora por un momento en el hecho de que el pago de rentas a los dueños de la tierra puede haber significado una fuente de ingreso regular de dinero más allá de que su valor cuantitativo nos es imposible de estimar. Un modo de pensar la función de esa renta es a partir de la importancia que el dinero ocupa en el modo de vida de los ciudadanos acaudalados de la democracia ateniense⁴⁷. En su artículo donde se analizan algunas de las estrategias de la clase acaudalada ateniense, Robin Osborne destaca que los ciudadanos más ricos necesitaban de un ingreso regular en efectivo. A partir del estudio de la propiedad de Fenipo y de su oponente Demóstenes, el autor destaca la preferencia de los miembros de la clase litúrgica hacia “empresas de alto

⁴⁴ Sin lugar a dudas no todos los propietarios podrían hacer como el idílico *gentleman farmer* Iscómaco que vigilaba las tareas en sus campos por la mañana y regresaba a la ciudad para el momento del almuerzo, Jenofonte, *Económico*, 11.15-8; cf. Pomeroy (1994: 311-3); Carlsen (2002: 119).

⁴⁵ Cf. Wood (1988: 73; 2002: 19-20). Sobre la fragmentación y dispersión de las propiedades de los ciudadanos ricos, ver el Cap. VI nota 37 más arriba. Sin embargo, recientes datos arqueológicos permiten pensar que incluso en parcelas alejadas y de poco tamaño habría mano de obra esclava como parece indicar el descubrimiento en el Ática de una serie de torres rurales (*pyrgos*); cf. Morris & Papadoupoulos (2005) y Foxhall (2007: 75). Ver al respecto, el Cap. V n. 41.

⁴⁶ Sobre esto último no se conservan datos pero podríamos proceder por analogía, tomando las reservas respectivas que el caso amerita, con los arriendos de “tierras públicas” donde hay evidencia epigráfica en la cual consta, en los términos del arriendo, las condiciones en que el arrendatario debe dejar el lote, sus árboles y sus construcciones una vez terminado el contrato; ver al respecto Burford (1993: 180-1).

⁴⁷ Más allá de que no podamos saber si las rentas eran pagadas directamente en dinero o si, por el contrario, se entregaba al propietario una parte del producto; seguramente el receptor de la renta podía transformar esas especies en dinero. El hecho de que, según Plutarco, *Vida de Pericles*, 16, Pericles vendiera inmediatamente después de la cosecha todo el producto de su tierra permitiría avalar esta posibilidad.

rendimiento en efectivo” puesto que, por ejemplo, “Fenipo tenía un ojo en el mercado” y organizaba la explotación de su hacienda para obtener un ingreso en efectivo lo más regular posible⁴⁸. Este ingreso en numerario tenía como objetivo hacer frente a una serie de necesidades u actividades como por ejemplo elevar la cuantía de la dote, arrendar haciendas de los ciudadanos huérfanos, comprar nuevas tierras, hacerse cargo de los gastos del funeral de algún familiar, atravesar crisis temporarias, pagar las diferentes obligaciones que la ciudad imponía a los estratos superiores del cuerpo de los ciudadanos, etc. La necesidad de dinero (y la presión social) era tal que llevó a muchos atenienses ricos a hipotecar sus propiedades rurales en pos de obtener préstamos para hacer frente a tales situaciones⁴⁹. Asimismo, el arriendo de “tierras públicas” puede entenderse en esta misma línea ya que, además de ser un motivo de orgullo de cara a la comunidad, responde también, no a las necesidades de subsistencia, sino a la búsqueda de capital (exento en algunos casos de ciertas responsabilidades tributarias) para cumplir con los requerimientos de la vida política, social y familiar de los sectores más acomodados⁵⁰. Del mismo modo, podríamos pensar que el arriendo de lotes privados era un modo a partir del cual los ricos podrían, por un lado, obtener rentas en tanto que propietarios de la tierra⁵¹ pero, por otro lado, también utilizar ciertas ventajas económicas en tanto que arrendatarios: hacer un uso más eficiente de la fuerza de trabajo (principalmente esclava), diversificar su producción y obtener una ganancia rápida sin la necesidad de tener que hacer frente a las consecuencias de malas prácticas agrícolas propias de los arrendamientos de corto plazo⁵². En relación a esta última cuestión se puede entender una metáfora elaborada por Jenofonte en un texto en el cual la agricultura dista mucho de ser el tema principal:

“Lo cierto es que quien sólo presta atención a la belleza corporal pienso que se asemeja al que ha tomado un terreno en arriendo [*misthoméno khóron*], que no se preocupa de mejorarlo y

⁴⁸ Osborne (2003: 194). Sobre las propiedades de la clase litúrgica hemos hablado en el Cap. V.iii.

⁴⁹ Es el conocido caso de los *hóroi* hipotecarios: Finley (1952: 2000: 85-102); Osborne (2003: 192).

⁵⁰ Osborne (2003: 198-9).

⁵¹ Burford (1993: 177).

⁵² Osborne (2003: 199).

aumentar su valor, sino de sacar la mayor cantidad de frutos de la cosecha”⁵³.

Más allá de que se trate de una metáfora que no busca describir la situación real de la administración de terrenos agrícolas, lo importante de ella es el hecho de que se da por sentado que el arriendo de un lote implica una utilización abusiva de la tierra que busca obtener el mayor provecho en poco tiempo sin mantener o mejorar la capacidad productiva de la parcela.

Pero no solo se debe pensar el arriendo de tierras en el contexto de lotes pequeños, dispersos y alejados o como un mecanismo utilizado por los ciudadanos ricos para hacer frente a sus necesidades de efectivo. También podemos suponer que el gran propietario ateniense utilizaría los arrendamientos como un modo de asegurarse mano de obra adicional a la fuerza de trabajo de los esclavos, especialmente para los períodos de alza en la actividad agrícola o para la realización de tareas especializadas, dos circunstancias para las cuales sabemos que era común el contrato de braceros asalariados⁵⁴. De este modo, no hace falta que pensemos al arriendo de tierras, como lo hace Wood⁵⁵, en detrimento de la explotación de mano de obra esclava sino en confluencia con la producción esclavista. De todos modos, la evidencia con que contamos para avanzar en esta línea es casi inexistente y sólo podemos proceder por analogía con el caso de las haciendas esclavistas romanas. A este respecto, los estudios de Peter Garnsey sobre la agricultura romana resultan esenciales en tanto plantean que la viabilidad económica de la *villa* esclavista dependía de la disponibilidad de trabajo libre principalmente en los períodos de mayor actividad agrícola, especialmente en las cosechas. En este sentido, el arriendo de tierras a familias campesinas permitiría contar tanto con trabajadores para los momentos picos de demanda de trabajo como así también con encargados de la supervisión de la mano de obra esclava⁵⁶. Sin embargo,

⁵³ Jenofonte, *Banquete*, 8, 25; cf. Ste. Croix, (1988: 149-50).

⁵⁴ Cf. Burford (1993: 186-93); Wood (1988: 71-2).

⁵⁵ Wood (1988: 64-80).

⁵⁶ Garnsey (1988: 43-5; 1990; 1998: 91-106); cf. García Mac Gaw (2006; 2007); Foxhall (2007: 251).

no creemos que se pueda avanzar más en la analogía, pues la ausencia de fuentes para el caso ateniense lo hace imprudente.

A partir de la evidencia que venimos analizando, parecería que la lógica que se encuentra detrás del arriendo de tierras en las condiciones de la Atenas clásica responde más a un mecanismo utilizado por los grandes propietarios para acceder a mano de obra extra para sus posesiones o a ingresos en efectivo que a una forma por la cual los sectores labradores podían tener acceso a la tierra de un modo estable. El hecho de que en las fuentes predominen los arriendos de corta duración implicaría una situación de debilidad del campesino frente al propietario, como sugiere Wood⁵⁷, o un escenario de desesperación del arrendatario como plantea Robin Osborne⁵⁸. Tal vez sea una evidencia de ello el empleo de *misthós* y el verbo derivado para referirse al arrendamiento en tanto el mismo concepto se articula a un campo semántico que se expande a lo que habitualmente se traduce por “salario”⁵⁹. Sin embargo, el corto período a partir del cual se establecería esta relación social entre arrendatario y colono no permitiría pensar en una forma sistemática y regular de explotación sino más bien que esta se daba en determinadas coyunturas⁶⁰.

Si bien no podemos descartar totalmente la posibilidad del arriendo como un mecanismo de explotación de los terratenientes sobre los pobladores rurales pobres, sin embargo, creemos que los arriendos de corta duración podrían responder también a las necesidades de la familia campesina en un determinado momento del ciclo de vida de su unidad doméstica. Las cambiantes cantidades de trabajo disponible y de alimentos necesarios que enfrenta una familia campesina a lo largo de su ciclo vital determinan que, en algunas etapas, sea necesario el acceso a tierras suplementarias durante cortos períodos de tiempo, esto es, hasta que se pase a otro momento del ciclo. Si bien la necesidad de tierras extras para alcanzar la subsistencia se da durante períodos cortos,

⁵⁷ Wood (1988: 183).

⁵⁸ “*De facto* the poor were excluded from the leasing of public and corporate property; *de iure* they were excluded from the leasing of orphan estates; private plots on unfavorable terms may have been all that the poor could lease: they had to make the best of a bad job”, Osborne (1988: 317-8, en 318).

⁵⁹ Se debe destacar que para las fuentes, aquel que depende del *misthós* para su reproducción es un sujeto de condición degradada que, a pesar de ser libre, se asimila a los esclavos; al respecto ver Plácido (2008c).

⁶⁰ Burford (1993: 178).

los arriendos de uno a tres años que aparecen en las fuentes discutidas más arriba (principalmente Lisias 7 y 17) resultan, para Osborne⁶¹, demasiado breves para hacer frente a cualquier etapa del ciclo de vida de la familia. Sin embargo, tal interpretación no contempla la posibilidad de que una misma familia pueda ir arrendando sucesivamente diferentes lotes por períodos cortos de tiempo ni que las necesidades de tierras de una familia en un determinado momento de su ciclo vital pueden cambiar en muy poco tiempo.

En uno de los más logrados trabajos sobre las condiciones agrícolas en la Grecia antigua, Thomas Gallant plantea un modelo de ciclo de vida del hogar antiguo de 24 años (divididos en 8 trienios) basándose en una multiplicidad de datos de la Grecia antigua, moderna y de otras sociedades mediterráneas⁶². Según este modelo, las necesidades de alimento (y por ende de tierras a ser sembradas) y las capacidades de trabajo de una unidad doméstica pueden cambiar en lapsos muy breves de tiempos. A medida que el hogar familiar gana o pierde tamaño de acuerdo a su edad, lo mismo pasa con sus capacidades laborales, sus necesidades de alimento y su demanda de tierras; es decir, el tamaño de los campos de labranza con que una unidad doméstica cuenta no es estático a lo largo del ciclo⁶³. En este cuadro dinámico existen distintos mecanismos de acceso a la tierra: herencia, dote, compra, fragmentación, y, el que nos interesa, arriendo⁶⁴.

Durante el segundo trienio, por ejemplo, existe un hogar extendido tanto de forma horizontal (descendencia) como vertical (corresidencia de parientes): una pareja conyugal con su descendencia, un sobreviviente de la generación de los padres (generalmente la madre viuda) y un hermano solitario. Este tipo de disposición familiar requiere, según Gallant, una cantidad de tierras en torno a las 3,5 ha. para alcanzar la

⁶¹ Osborne (1988: 318-9). Desde nuestra perspectiva la sugerencia de que si alguien en Lisias 7 está haciendo frente a un período del ciclo de vida en estos arriendos es el orador, debe ser desestimada en tanto consideramos que el acusado es propietario de tierras que exceden a las de una familia campesina que busca en el arriendo una fuente de ingresos en dinero (para pagar por ejemplo las contribuciones que la ciudad le impone) o de mano de obra suplementaria a los esclavos de su posesión.

⁶² Gallant (1991: 27-30).

⁶³ Cf. Chayanov (1985: 47-68). Ver al respecto el cuadro en Gallant (1991: 83) sobre las tierras necesarias para producir un mínimo de subsistencia de acuerdo en cada fase del ciclo de vida de la familia campesina.

⁶⁴ Gallant (1991: 41-5, 82-7).

producción mínima de subsistencia. Sin embargo, esta configuración habría continuado sólo por un corto lapso⁶⁵ y en un momento posterior (en el cual la madre viuda moriría y el hermano se casaría estableciendo un nuevo *oikos*) los requerimientos de tierras serían sustancialmente menores ya que estamos frente a una familia nuclear que alcanzaría la subsistencia labrando 2,5 ha.⁶⁶ En este sentido, podemos pensar que los arriendos cortos (que se verifican en la documentación analizada) pueden responder perfectamente a esas necesidades y capacidades cambiantes en una determinada fase del ciclo⁶⁷.

Partiendo de la base de que en la Atenas clásica coexistieron la igualdad política (que impidió el desarrollo de mecanismos coactivos que garanticen la explotación de los ciudadanos) y el desigual reparto de la tierra (que supone familias con menos tierras de las necesarias para subsistir y propietarios con más tierras de las que pueden trabajar con la ayuda de su familia), la evidencia analizada nos permite pensar que contamos con indicios para suponer que la práctica del arriendo de tierras privadas fue más común de lo que se pensó tradicionalmente (aunque no podamos siquiera estimar su importancia cuantitativa). El arriendo fue un mecanismo posible de vinculación entre los terratenientes (que requerían trabajo para sus propiedades, ingresos en efectivo, etc.) y los sectores ciudadanos que por el reducido tamaño de su propiedad, o por encontrarse en una determinada fase del ciclo de vida de su unidad doméstica, necesitaban tierras suplementarias para garantizar su supervivencia⁶⁸. A pesar de ello, creemos que el arriendo no constituyó en las condiciones sociales y políticas de la Atenas clásica un mecanismo de explotación lo suficientemente estable y sistemático como para ser la base sobre la que se asiente la riqueza de los sectores más ricos de la ciudadanía⁶⁹.

⁶⁵ Gallant (1991: 30).

⁶⁶ Algo similar se produce entre los años 15 y 18 del ciclo en el cual se pasa de necesitar 4 a 3 ha.

⁶⁷ "Depending on its economic circumstances or its life cycle phase, a household could find itself enmeshed in a number of different combinations of tenurial arrangements", Gallant (1991: 164).

⁶⁸ En esto concordamos con Gallant (1991: 164): "it seems likely that in ancient Greece a sizable, but not precisely quantifiable, sector of the peasantry obtained access to land by contracting some type of conditional tenure agreement with large land-owners"; del mismo modo: Burford (1993: 177).

⁶⁹ Si bien compartimos la conclusión de Osborne (1988: 319), creemos que debe ser matizada la importancia que le atribuye al arriendo como fuente de ingreso de los ciudadanos ricos: "Scanty though the evidence is, it seems reasonable to suggest that leasing of private property went on a large scale in Athens and was an important source of income for the majority of wealthy men". Cf. Wood (1988: 78-80); Kyrtatas (2002: 152) y Foxhall (2002: 216-7).

En este sentido, la inclusión de los productores directos en el plano político como ciudadanos de pleno derecho habilitó el desarrollo de una serie de mecanismos que, como hemos apreciado (Cap. VI.ii), por un lado, limitaron la capacidad de acumulación de los ciudadanos ricos, y por otro lado, permitieron a los sectores pobres acceder a recursos económicos sin la necesidad de entrar en relaciones de subordinación respecto de los terratenientes.

II. PATRONAZGO

Ahora bien, son estas mismas condiciones estructurales que determinan las características del arrendamiento de tierras privadas las que enmarcan, a nuestro entender, una problemática de la que nos ocuparemos inmediatamente: el patronazgo personal en la Atenas democrática⁷⁰. Las relaciones de patronazgo/clientelismo fueron objeto de la atención de diferentes disciplinas de las ciencias humanas que han ido generando una definición bastante aceptada de lo que implica el fenómeno. En términos generales se supone que las relaciones de patronazgo consisten en el intercambio de distinto tipo de bienes y/o servicios; intercambio que se da de forma más o menos voluntaria y que constituye un modo de vinculación asimétrico pero en cierta medida recíprocaro y estable entre sujetos. A la vez, las relaciones de patronazgo se ubican en algún sitio dentro del *continuum* que va desde los lazos personales y voluntarios entre iguales hasta los vínculos puramente coercitivos entre sujetos de diferente *status* social⁷¹. Sin embargo, estas relaciones, no formalizadas, son potencialmente inestables y pueden llevar con cierta regularidad a la mutación de la reciprocidad entre las partes a la explotación de una de ellas en favor del patrono⁷². A pesar de ello, creemos que no es necesario pensar al patronazgo como una alternativa a la explotación sino que es posible

⁷⁰ Ver por ejemplo Gallant (1991: 159).

⁷¹ Para el tratamiento de las relaciones de patronazgo en términos generales, han sido útiles los trabajos de Wolf (1980); Eisenstadt & Roniger (1984) y Gellner (1985). Sobre el patronazgo en las sociedades del Mediterráneo, ver los artículos reunidos en Gellner & Waterbury (eds. 195). Para el contexto de la antigüedad clásica se pueden consultar los estudios que componen Wallace-Hadrill (ed. 1989).

⁷² Cf. Scott (1985); Silverman (1985); Garnsey (1988: 43-68).

entenderlo como una práctica que confluye con ella y algunas veces la genera y mantiene⁷³.

Como hemos analizado más arriba (Cap. VI.i) las reformas de Solón, Pisístrato y Clístenes restringían de diferentes maneras el poder que la elite ateniense tenía sobre la masa de los labradores que paulatinamente se iban integrando a la ciudadanía encontrando en las instituciones de la *pólis* un espacio de participación política. Un ejemplo claro de esto lo constituyen ciertas modificaciones introducidas por Pisístrato que, a partir del establecimiento de un sistema de créditos “públicos” y la creación de jueces en los demos, permitieron, por un lado, que los pequeños y medianos campesinos obtuvieran un seguro que garantizara su subsistencia sin tener que recurrir a los préstamos otorgados por los terratenientes, y, por otro lado, quitar cierto poder jurisdiccional que tendría la aristocracia a partir de su tradicional hegemonía en las aldeas⁷⁴.

Como consecuencia de lo anterior, y a partir de las reformas de Clístenes, al instaurarse en el nivel de los demos la identidad política, los ciudadanos más acaudalados debieron cambiar su estrategia y volcarse hacia sus aldeas en la búsqueda de apoyos para sustentar el desarrollo de su carrera política en su demo y en la ciudad. Al respecto, teniendo en mente que “toda la tradición sobre la política ateniense arcaica tiende al demos, al vecindario”, Moses Finley ha planteado que si bien los miembros de la clase más rica del censo (*pentakosiomédimnoi*) no residían necesariamente en su demo de origen⁷⁵, sin embargo, allí es donde estaban situadas sus tierras ancestrales y allí era donde debían desarrollar sus carreras políticas a través del despliegue de su riqueza y el ejercicio del patronazgo local⁷⁶.

Pero si pasamos de una época arcaica que sentó las bases del desarrollo político del período clásico al siglo V a.C., dos son las figuras que resultan centrales para pensar

⁷³ Al respecto resultan estimulantes las comparaciones con el caso romano: Roldán Hervás (1978); Saller (1982: 7-39); Drummond (1989) y Garnsey & Saller (1991: 177-89).

⁷⁴ A la bibliografía citada cuando tratamos este tema, se debería sumar ahora el análisis de Finley (1986b: 67) sobre las medidas de Pisístrato y su relación con los vínculos entre patronos y clientes.

⁷⁵ Ver al respecto el trabajo de Thompson (1970) sobre la distribución de los *pentakosiomédimnoi* en los diferentes demos áticos sobre el cual se basa Finley para demostrar la importancia de lo local en la construcción de las carreras políticas.

⁷⁶ Finley (1986b: 66-7).

el tema del patronazgo: Cimón y Pericles. Al respecto del primero, que no por casualidad fue frecuentemente comparado con un tirano y en particular con Pisístrato⁷⁷, en la *Constitución de los atenienses* podemos leer:

“Cimón, que tenía la riqueza de un tirano [*tyrannikèn ékhon ousían*], en primer lugar desempeñaba las cargas públicas con gran esplendor, y además mantenía a muchos de los de su demo [*tôn demotôn étrephe polloús*]: pues todo el que quería de entre los laciadas podía ir a su casa diariamente y obtener una moderada provisión [*tà métria*]; incluso todas sus fincas [*tà khoría*] estaban abiertas [*áphrakta*], de manera de que el que quería podía disfrutar de las cosechas [*tés opóras apolaúein*”⁷⁸.

Por su parte, en su biografía de Cimón, Plutarco propone un relato en parte basado en [Aristóteles] pero que a su vez, lo completa:

“En tanto ya era rico, Cimón usó con gran generosidad en beneficio de los ciudadanos [*toùs politas*] los ingresos procedentes de su campaña [...]. Quitó las vallas [*toùs phragmoús*] de sus campos [*tôn agrôn*], para que los extranjeros y los ciudadanos [*tois xénois kai tón politón*] que lo necesitaran pudieran participar sin problemas de las cosechas [*tés opóras*]; y en su casa [*oikoi*] cada día se hacía una comida simple, pero suficiente para muchos, a la que acudían los pobres que lo desearan [*tôn penéton ho boulómenos*] obteniendo su alimento sin trabajar [*skholázon*], con lo que le quedaba el tiempo libre para los asuntos públicos. Sin embargo, según dice Aristóteles,

⁷⁷ Por ejemplo, para [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 27.3 Cimón “tenía la riqueza de un tirano [*tyrannikèn ékhon ousían*]”. Mientras tanto, Teopompo, *FGrH* 115 F 135 hace explícita la comparación entre Pisístrato y Cimón en el segundo habría imitado al primero dejando a sus vecinos entrar a sus fincas para que tomen de allí lo que necesiten. Cf. Gallego (2008b: 189-90).

⁷⁸ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 27.3; cf. Rhodes (1981: 338-40).

la comida no se preparaba para cualquiera de los atenienses sino para sus compañeros del *demo* de los *laciadas* [*tôn demotôn autoû Lakiadôn*]. Siempre iba acompañado por unos jóvenes hermosamente vestidos, y uno de ellos, si algún viejo ciudadano [*tôn astôn presbýteros*] mal vestido se encontraba con Cimón, intercambiaba con él los mantos, y que eso fuera así resultaba fuente de prestigio. Ésos mismos acompañantes, provistos de dinero abundante, se colocaban en el *ágora* junto a los pobres [*tôn penéton*] que se mostraran tímidos y les daban silenciosamente monedas en las manos. [...] Al convertir su casa [*oikían*] en *prytaneo* común [*prytaneíon koinón*] para los ciudadanos [*toís politais*] y al permitir que los extranjeros se sirvieran de las primicias de los frutos disponibles en la tierra [*en tê khóra karpôn*] y de cuantas cosas hermosas producen las estaciones y que tomaran todo [*lambánein hápanta*], de alguna manera trajo de nuevo a la vida la mítica comunidad de tiempos de Crono”⁷⁹.

De esta manera, las fuentes nos presentan un cuadro bastante completo acerca del modo de actuación del Cimón. Algunos aspectos de los pasajes citados merecen ser destacados para entender la forma de funcionamiento del patronazgo “al estilo Cimón” en la Atenas del siglo V a.C. Luego de presentarlo como un sujeto inmensamente rico, tanto una como otra descripción destacan el uso “público” o comunitario que el líder ateniense hacía de su riqueza, no solamente en lo que respecta a las “cargas públicas” (que se supone eran una obligación impuesta por la ciudad) sino también en los distintos tipos de ayuda que prestaba a los ciudadanos pobres. Al respecto, las informaciones presentadas por Plutarco parecen indicar una estrategia orientada a obtener apoyos políticos en la ciudad (a ello se avocarían los jóvenes que lo acompañan así como también las comidas que se ofrecían en su casa).

⁷⁹ Plutarco, *Vida de Cimón*, 10.1-6; cf. Plutarco, *Pericles*, 9.2; Teopompo, *FGrHist* 115 F 89.

Pero, a su vez, un aspecto merece ser destacado y es el vínculo que Cimón desarrolla con sus compañeros de demos (*tôn demotôn autoû Lakiadôn*) algo que, como vimos más arriba, resultaba determinante luego de la introducción de las reformas de Clístenes. Son esos miembros de su propio demo a quienes se les permite ingresar a su hacienda (que carece de cerca) y tomar lo que sea necesario Sin lugar a dudas, estamos frente a un sujeto que desde el ámbito local del vecindario desarrolla un patronazgo que le permite integrar y subordinar a ciudadanos del mundo rural. Pero, en principio, las fuentes no parecen indicar que Cimón obtenía, a cambio de su “generosidad”, trabajo, mano de obra u otro tipo de bienes y servicios. Sin embargo, al final del pasaje citado de [Aristóteles], se afirma que las fincas de Cimón no se encontraban cercadas para que los miembros del demo puedan “disfrutar de las cosechas” *tês opóras apolaúein*. Al respecto se ha planteado que de lo que estaría hablando el texto en cuestión es del papel que jugarían los clientes de Cimón como mano de obra en los períodos de gran demanda de trabajo agrícola como son las cosechas:

“el término *opóra*, de la misma raíz que el verbo *oporizo*, «recolectar», alude también a la estación de los frutos, el final del verano y, por ende, el momento de la recolección. Los haciendas que lo desearan podían disfrutar de las cosechas pero debían asimismo recolectarlas, es decir, aportar su trabajo en los campos de Cimón”⁸⁰.

En síntesis, el patronazgo desarrollado por Cimón, que quizás representaba el modo de actuar de su clase⁸¹, operaría en dos frentes: por un lado, en el ámbito ampliado de la ciudad como forma de obtener apoyos para el impulso de su carrera política; por otro lado, en el ámbito restringido del demos, se desarrollaría un

⁸⁰ Gallego (2008b: 193). En el mismo sentido irían las referencias a las “ayudas” prestadas por ciudadanos ricos en sus demos: Iseo, 2.31, 36, 42, 44; Lisias, 16.14; 31.15.

⁸¹ Cf. Connor (1971: 3-84); Humphreys (1977/8); Davies (1981a: 88-131); Rhodes (1986); Gallego (2008b: 197).

patronazgo de tipo más “tradicional” orientado a la obtención de determinados servicios entregados por los *demótai*⁸².

Las fuentes transmiten la idea de que la actuación política de Pericles estuvo orientada y permitió restar importancia al tipo de patronazgo que, como pudimos analizar en el caso de Cimón, tradicionalmente desarrollaban los líderes aristocráticos⁸³. Según lo plantea [Aristóteles], es en el contexto del enfrentamiento político directo entre los dos líderes que Pericles, en tanto era inferior en propiedades (*tê ousía*), decidió seguir el consejo de Damónides de Oie quien le había propuesto “que como en la fortuna personal era vencido, diese a la muchedumbre lo que era de ella [*didónai toís polloís tà hautón*], y así dispuso una retribución [*misthophoràn*] a los jueces”⁸⁴. Plutarco, que hace referencia al texto de [Aristóteles], completará el relato diciendo que “rápidamente corrompió a la multitud con el dinero de los espectáculos y la paga de los juicios y con otros salarios y ayudas”⁸⁵.

Según la postura del Paul Millett, y en cierta medida de Finley, a partir de la radicalización de la democracia con Efiltes y con las modificaciones en el funcionamiento político introducidas por Pericles, el patronazgo privado habría desaparecido, o habría tenido una existencia periférica (quizás en el ámbito de los demos rurales), en virtud de una nueva forma de relación social que va a llamar “patronazgo público o comunitario” basada en los diferentes mecanismos de redistribución puestos en práctica por la *pólis* democrática (sobre los que hemos hablado más arriba, Cap. VI.ii)⁸⁶. Esto habría permitido a los campesinos contar con la alternativa de no tener ya que recurrir al terrateniente en contextos de crisis; con la

⁸² Rhodes (1981: 338-40); Finley (1986b: 66-68); Whitehead (1986: 305-12); Millett (1989: 23-25); Mossé (1994/1995: 143-45); Zelnick-Abramovitz (2000: 72); Jones (2004: 73-78); cf. Gallego (2008b: 196-7).

⁸³ Gallego (2003c: 69-70).

⁸⁴ [Aristóteles], *Constitución de los atenienses*, 27.4.

⁸⁵ Plutarco, *Pericles*, 9.3.

⁸⁶ Millett (1989: 30-6); en el mismo sentido, Finley (1986b: 66-8). Sin lugar a dudas, los recursos con los que contaba Atenas provenientes de sus aliados de la Liga debieron de resultar fundamentales para financiar estas prácticas redistributivas entre los ciudadanos; cf. Plácido (1995b: 82-4); Rhodes (1986: 138-42).

democracia radical, aparecía ante ellos la alternativa de recurrir a la *pólis* y sus diversos mecanismos de redistribución económica⁸⁷.

En un estudio sobre el mundo rural ateniense durante la democracia, Nicholas Jones ha propuesto que en los demos del Ática habría operado, incluso luego de la instauración plena de la democracia con las reformas de Efiltes, un extendido sistema de patronazgo personal entre los sectores más pobres y los más ricos de las aldeas. Éste sistema encontraría su base en la desigual distribución de la tierra (sobre la cual hemos trabajado en el Cap. V.iii) en virtud de la cual, por un lado, las unidades domésticas más pobres se encontrarían en una situación de constante riesgo de subsistencia, y, por otro lado, las unidades de producción de los ciudadanos más ricos habrían requerido de mano de obra extra en determinados períodos del año para hacer frente a las necesidades impuestas por los ciclos agrícolas. Esta estructura agraria encontraría en el patronazgo la resolución asimétrica de las necesidades; es decir, mientras que los ciudadanos más pobres podrían contar con los más ricos para enfrentar los riesgos de subsistencia, los más ricos obtendrían, en contrapartida, la mano de obra estacional requerida para el laboreo de sus campos. En síntesis, según la postura de Jones, el patronazgo respondería, principalmente, a las necesidades “económicas” de los diferentes sectores sociales involucrados en él⁸⁸.

Desde nuestra perspectiva, la estructura agraria y las necesidades de las diferentes clases del mundo rural son correctamente aprehendidas por la perspectiva de Jones; de hecho, nosotros mismos nos hemos basado más arriba en un enfoque similar para entender el problema de los arrendamientos de tierras entre los ciudadanos de la democracia. Creemos, incluso, que esa estructura agraria sería un campo fértil para el desarrollo de relaciones de patronazgo. Sin embargo, sabemos también que, el aspecto material, es solamente una de las caras de la cuestión. Si nos movemos de las necesidades materiales a la estructura política de la ciudad (algo sobre lo cual Jones no profundiza) nos damos cuenta que la inclusión política igualitaria de patronos y clientes en el plano cívico implicó un fuerte límite a las posibilidades de que esas relaciones de patronazgo deriven en relaciones de explotación estables y sistemáticas. Si bien los

⁸⁷ Al respecto Finley (1986b: 60) trae a cuenta la alternativa planteada por Aristóteles de convertirse en cliente de Cimón o del Estado.

⁸⁸ Jones (2004: 59-85).

patronos tenían la capacidad de ofrecer a sus clientes recursos económicos para garantizar la subsistencia, sin embargo, al menos durante el siglo V a.C.⁸⁹, carecían de mecanismos políticos o jurídicos para mantener el vínculo o forzar su constitución cuando los clientes no tenían la voluntad de crear tal relación social.

A su vez, estos vínculos debieron adecuarse a los tiempos democráticos a través del lenguaje de la *philia* que permitía, de alguna manera, enmascarar relaciones asimétricas en un contexto isonómico⁹⁰; o, también, mutar hacia formas de evergetismo adaptadas a la situación política democrática que permitieron a la aristocracia encontrar en la *euergesía* un mecanismo para presentarse frente al *dêmos* como benefactora de la ciudad y, de ese modo, sustentar la carrera política de los líderes⁹¹. A ello se suma, la posibilidad de que existieran relaciones entre patronos y clientes vinculadas al funcionamiento político concreto y cotidiano de la ciudad, en particular, como lo ha destacado Claude Mossé, relacionadas a la constitución y mantenimiento de los grupos de seguidores que acompañan a los líderes y cumplen diferentes tareas en su favor (como es el caso de los jóvenes que acompañan a Cimón en el pasaje citado de Plutarco)⁹².

En síntesis, la plena participación de los sectores pobres en la ciudadanía actúa inhibiendo su sometimiento a la elite de patronos y terratenientes ya que los miembros del *dêmos* contaban, gracias a su inclusión en la *politeía*, con un abanico de posibilidades para acceder a recursos económicos alternativos sin la necesidad de entrar en relación directa con los ciudadanos más acaudalados⁹³. Al mismo tiempo, la igualdad

⁸⁹ En relación a la evolución de las relaciones clientelísticas luego de la Guerra del Peloponeso, ver Plácido (2008c).

⁹⁰ Ver al respecto el detallado estudio de Zelnick-Abramovitz (2000) quien relaciona esto con la *amicitia* del caso romano. Pero también otros términos que daban cuenta de la asimetría forman parte del lenguaje del patronazgo como es el caso de *kólax* (adulador) a veces utilizado como sinónimo de *philos*: Jenofonte, *Memorabilia*, 2.9.4-8; Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1159a 14-15; Lisias, 28.4; cf. Millett (1989: 33); Gallego (2009b: 166-70).

⁹¹ Esta es la propuesta de Gallego (2008b: 197-9; 2009b: 170-1); cf. Schmitt-Pantel (1992: 179-208). Ver también al respecto el planteo de Plácido (2008c) sobre los vínculos entre evergetismo y *kháris*.

⁹² Mossé (1994; 1994/5: 147-9).

⁹³ Para algunos autores como Ober (1996a: 232-52; 1996b: 87) y Dillon (1995: 32), son las reformas de Clístenes las que quitan el poder a la aristocracia eliminando las formas tradicionales de clientelismo.

jurídica y política entre ricos y pobres hacía imposible que los primeros puedan someter a los segundos a relaciones de dominio que por definición implican la desigualdad. Patronazgo y arrendamiento se encontraban, por tanto, sujetos a los mismos condicionantes políticos y sociales que; si bien, por un lado, habilitaban su existencia, por otro lado, inhibían su evolución hacia formas explotativas estables y sistemáticas de relación entre las clases ciudadanas del mundo rural⁹⁴. Las condiciones sociales y políticas que imperaron durante la “democracia radical” ateniense permitieron la independencia de los pequeños y medianos labradores a la vez que garantizaron su capacidad de implementar medidas que contrarresten las tendencias a la subordinación social; tendencias que, si bien eran estimuladas por la desigualdad material en la distribución de los recursos, por otro lado, en virtud de la *isonomía*, nunca pudieron consolidarse en mecanismos de coacción que garanticen la dominación política y la explotación entre ciudadanos.

Para otros, como Millett (1989: 25-37) habrá que esperar a la actuación de Efiltes y Pericles para que finalmente se vean desactivados los mecanismos utilizados por la aristocracia para sujetar al pueblo.

⁹⁴ Lo anterior no implica desconocer la posibilidad de que hayan existido formas de explotación basadas en las necesidades “puramente económicas” generadas por la pobreza de los ciudadanos. Al respecto Plácido (1989: 66, 69-70) ha planteado que “Estos textos sucintan la cuestión de que, en la Antigüedad clásica, existieran, en determinadas circunstancias, formas de explotación del trabajo en que no hubiera coacción extraeconómica, sino que el individuo se viera obligado a trabajar, e incluso de modo que pudiera identificarse con el trabajo de los esclavos, pero lo hiciera a causa de la pobreza, y por dinero, salario o manutención [...] Lo evidente es que, en el siglo IV, las condiciones permitían forzar (*perióra*), incluso a parientes propios, a someterse a trabajos asalariados, *toùs misthoús* por necesidad o carencia de medios de vida (*di éndeian tòn epítedeion*)... Los motivos son, en estos casos, las necesidades y la pobreza, es decir, la presión puramente económica”. Sin embargo, consideramos que estas formas de explotación, por su propia naturaleza, carecen de la estabilidad y sistematicidad necesaria para definir el orden social.

CONCLUSIONES

Llega finalmente el momento de concluir. En lo que sigue intentaremos presentarle al lector un breve recorrido por el trabajo realizado a través del eje central que estructura nuestro estudio. Quizás una nueva lectura de ideas que ya han sido expresadas resulte algo redundante pero tenemos la esperanza de que la exposición de los núcleos sustanciales permita un balance claro de las ideas propuestas y de los temas discutidos.

El problema principal que guió nuestra investigación fue la necesidad de proporcionar una explicación satisfactoria acerca de aquello que se denominó la “paradoja” de la democracia ateniense. En concreto se trataba de saber de qué manera operó la igualdad y la participación política de los ciudadanos en relación a las asimetrías sociales en torno de las cuales se estructuró la sociedad ateniense durante el siglo V a.C. En términos cronológicos, la indagación se centró en lo que comúnmente la historiografía ha llamado la “democracia radical” ateniense que, de acuerdo a nuestro parecer, se extiende entre las reformas de Efialtes (462/1 a.C.) y la capitulación de Atenas frente a los ejércitos de la Liga del Peloponeso (404 a.C.). El período en cuestión se caracterizó por ser el momento de mayor desarrollo del poder soberano del

dêmos proporcionado por el grado de igualdad política (*isonomía*) alcanzada entre los ciudadanos. Igualdad y poder que no constituyeron elementos puramente formales del funcionamiento político sino que, por el contrario, significaron una innovación radical que implicó el ejercicio efectivo de la soberanía por parte del pueblo que se concretizaba a partir de su participación en la asamblea como instancia máxima de autoridad y, en menor medida, en las demás instituciones de la *pólis* como ser el Consejo y las diversas magistraturas.

Desde nuestra perspectiva, la relación entre la igualdad política y las asimetrías sociales solamente puede ser entendida a partir de situar a la sociedad ateniense y sus problemáticas dentro del contexto más amplio de las sociedades precapitalistas. Al respecto, en una primera aproximación pudimos ver que entre estas y el sistema capitalista hay una diferencia central: mientras que en el capitalismo la apropiación de los excedentes que generan los productores directos se desarrolla a través de la concurrencia mercantil del capital y la fuerza de trabajo asalariada, en las sociedades preindustriales –al no verse el productor directo separado totalmente de los medios de producción- tal mecanismo “económico” resulta inviable de modo que se hace necesario la apelación a mecanismos de “coacción extraeconómica” para asegurar la transferencia de excedentes desde los productores directos hacia la clase dominante. En este sentido es que se ha planteado que las instancias “superestructurales” son integrantes de las relaciones de producción puesto que las relaciones de explotación y de apropiación de excedentes solo pueden realizarse a través de estas. Sin embargo, en una segunda aproximación y luego de repasar la literatura especializada sobre la problemática, llegábamos a la conclusión de que mantener semejante diferenciación en “instancias económicas” y “extraeconómicas” – proponiendo a las segundas como “dominantes” y a las primeras como “determinantes” – implicaba proyectar hacia las sociedades precapitalistas una serie de características comprensivas y analíticas sólo válidas para la forma particular y exclusiva en que las sociedades modernas conceptualizan y viven sus propias relaciones sociales. Por consiguiente y en reemplazo de aquella manera de abordar la problemática, propusimos que la *política* bajo la democracia ateniense no constituye meramente una “instancia” que cohesiona la totalidad social; sino que la concebimos como la forma específica que asume la estructuración práctica de las relaciones materiales e imaginarias de los sujetos en tanto regulaba el acceso a la tierra,

la pertenencia a la comunidad, la distribución y redistribución de bienes materiales, la protección y desprotección contra las diversas formas de coacción, etc. Por consiguiente, no se trató de plantear – como lo hizo Marx y otros después de él – la necesidad de buscar una “historia secreta” a partir de la cual explicar la vida política del mundo antiguo como si dicho “secreto” se encontrase por fuera de la manera en que los sujetos vivían su propio tiempo. No concebimos, entonces, la *política* como un reflejo de las relaciones de producción, o una máscara, o un aspecto interdependiente de éstas, sino como siendo *ella misma* la forma a partir de la cual los sujetos organizaron su existencia.

En relación a esto último situamos la cuestión de las características excepcionales del campesinado ateniense que, al encontrarse incluido en la ciudadanía, no cumplía con las características que definen al campesinado como un sector social dominado políticamente y explotado económicamente.

Asimismo, estudiamos las dificultades con que se encuentran aquellas concepciones que piensan a la Atenas clásica como una “sociedad esclavista” o dominada por el *modo de producción esclavista*. Al respecto, hemos analizado los límites epistemológicos que tales caracterizaciones supusieron a la hora de pensar a la sociedad ateniense en su conjunto y, específicamente, como marco interpretativo para aprehender las relaciones entre la igualdad política y la evolución de la estructura social. En este punto, destacamos la necesidad de un acercamiento a la sociedad ateniense que tenga en cuenta el importante papel jugado por los pequeños y medianos productores del mundo rural tanto en relación a los aspectos materiales como así también en cuanto a su papel destacado en la política de la ciudad democrática.

Teniendo en mente las problemáticas teóricas enunciadas, el siguiente punto consistió en analizar dos cuestiones diferentes pero que encontraban su unidad en tanto permitían mostrar la dificultad de aprehender a la sociedad ateniense a partir de la separación en instancias “económicas” y “extraeconómicas”. En primer lugar, a partir del estudio conjunto de cómo los historiadores modernos pensaron a la “economía” antigua y cómo los griegos pensaban su *oikonomía* llegamos a la conclusión de que la cuestión de la “economía” en la Grecia Antigua no podía ser planteada de forma aislada de los aspectos sociales, políticos, familiares y culturales que operaban junto a ella de

manera inseparable. En segundo lugar, examinamos las características particulares que la posesión de la tierra adquiría en la democracia ateniense. Al respecto resultó central el rol jugado por los derechos de ciudadanía en tanto solo los *politai* podían acceder a la tierra de la ciudad. Lo anterior supuso un claro control político de la tierra en tanto era la *pólis* a través de sus instituciones —especialmente a través de la asamblea de ciudadanos— la que decidía en última instancia a quien podía concedérsele o quitársele la capacidad de disponer de campos de labranza. Tanto en el caso de la “economía” como en el caso de la “propiedad” lo cierto es que la política aparecía como la práctica estructurante tanto de las tradicionales “instancias económicas” como de las “extraeconómicas”.

Pero si el estudio proponía un análisis de la estructura social ateniense, entonces, necesariamente se debía hacer una referencia a la posesión de la tierra que constituía el principal medio de producción y riqueza de la sociedad. En tanto solamente los ciudadanos podían tener la tierra, debimos profundizar sobre tres aspectos principales para el desarrollo de nuestro análisis: la cantidad de tierra arable, la cantidad de ciudadanos y la manera en que podían encontrarse distribuidos los lotes de tierra entre los *politai*. El análisis de la tierra del Ática —que habría resultado imposible de no ser por la renovación historiográfica y arqueológica de las últimas décadas— fue acompañado de un intento por establecer las características demográficas del cuerpo cívico ateniense. Para ello se apeló tanto a datos cuantitativos como cualitativos así como también al estudio de fuentes arqueológicas, literarias, epigráficas y, cuando las fuentes fueron inexistentes, a datos comparativos de otras sociedades preindustriales. Como resultado obtuvimos un cuadro de distribución de la propiedad agrícola en el que se destacan dos elementos: en primer lugar, la existencia de una distribución desigual de la tierra entre los ciudadanos, y, en segundo término, el hecho de que la mayor parte de las tierras de labranza se encontraban bajo el control del sector de los pequeños y medianos agricultores.

El análisis de la situación ateniense desde el arcaísmo hasta la época clásica nos permitió entender el desarrollo histórico de la igualdad política y las consecuencias que esta trajo aparejadas. Al respecto, el proceso que hemos llamado la “liberación del campesinado” supuso la evolución del sector de pequeños y medianos agricultores desde una situación de pauperización relativa y caída en relaciones de dependencia a

principios del siglo VI a.C. hasta su integración plena en las estructuras políticas de la ciudad a través del derecho de ciudadanía. El aspecto que resultó más relevante para la problemática abordada fue el hecho de que la situación de dependencia y explotación (esclavización, hectemorazgo, endeudamiento, etc.) iba acompañada por la exclusión de la comunidad política. El campesino en relación de dependencia era un sujeto que perdía sus derechos a pertenecer a la comunidad y, en los casos más extremos, podía ser vendido como esclavo fuera de Atenas. La “liberación” del campesinado operada por Solón -y profundizada con la actuación de Pisístrato y las reformas de Clístenes- implicó la posibilidad de ver la misma situación pero en su reverso: la eliminación de las relaciones de dependencia que ataban a los pequeños y medianos agricultores a la aristocracia terrateniente supuso, a la vez, su integración a la comunidad de ciudadanos con plenos derechos a la participación política. Si bien esta situación puede aparecerse como una vuelta a las ya mencionadas divisiones entre “instancias” y sus posibles articulaciones, se hace necesario remarcar el hecho importante de que la *stásis* arcaica se desarrolló en el marco de la construcción y consolidación de la *pólis*. En ella la disputa por la exclusión de ciertos sujetos en favor de otros o la permanencia y ampliación de los derechos de las masas suponía el reconocimiento *de facto* de la pertenencia a la comunidad que se encontraba dividida en función del conflicto. Como hemos señalado, fundamentalmente a través de lo actuado por Solón, las políticas llevadas adelante por el legislador implicaron el reconocimiento implícito de la pertenencia a la comunidad de los implicados en la lucha y, por consiguiente, la capacidad vinculante de las acciones tomadas en cuanto a la conformación efectiva del cuerpo cívico, más allá del grado en que se definieron los deberes y derechos de acuerdo a la ubicación en la estructura social de los participantes.

Esta integración política trajo aparejadas importantes consecuencias. En cuanto a la participación igualitaria en las diferentes instituciones de la ciudad, esta se dio en términos reales y no meramente formales e implicó el desarrollo de diferentes mecanismos para resguardar la *isonomía* orientados tanto al control de los liderazgos políticos así como también a garantizar la participación efectiva de los ciudadanos en los asuntos de la *pólis*. A su vez, con el acceso a la ciudadanía, los productores directos encontraron la oportunidad de verse beneficiados por los diferentes mecanismos de redistribución de la riqueza puestos en marcha por la ciudad democrática que limitarán,

aún más, la capacidad de la aristocracia para entablar relaciones asimétricas con estos sectores sociales. Por último y vinculado con lo anterior, el estudio de las relaciones de arrendamiento de tierras privadas y de patronazgo personal permitió ejemplificar cómo, al ser la política la práctica que estructuraba a la sociedad ateniense y al encontrarse los productores directos situados en una condición de igualdad en el plano político respecto a la aristocracia, los sectores ricos de la ciudadanía encontraron límites muy estrictos a la hora de someter a los sectores pobres de la ciudadanía a relaciones de explotación estables y sistemáticas. La *isonomía* actuó inhibiendo la capacidad de la aristocracia de explotar a los miembros del *dêmos* en tanto dicha igualdad política supuso un freno para el desarrollo de relaciones fundadas en la coacción.

En síntesis, el recorrido propuesto intentó mostrar la imposibilidad de concebir de modo separado lo “económico” y lo “extraeconómico” en una sociedad precapitalista como es el caso ateniense durante la democracia. Al respecto, el pensar a la política como la práctica estructurante de la sociedad permitió ver la importancia que esta adquirió el momento de comprender las relaciones entre sectores socialmente diferenciados de la ciudadanía en tanto la igualdad política se constituyó en el límite efectivo al desarrollo de relaciones de dependencia entre ciudadanos.

En este sentido, lo que se ha señalado como la “paradoja” de la ciudad antigua solamente es admisible en tanto se acepte una distancia irreductible entre la “igualdad política” y la “desigualdad económica”. Pero como hemos intentado demostrar semejante espacio no puede ser aceptado para la realidad antigua, al menos para el caso ateniense. Por el contrario, la manera en que se organiza la ciudad democrática pone de manifiesto que no hay posibilidad de diferenciar entre “instancias económicas” e “instancias políticas” que permitan establecer igualdades y asimetrías según corresponda. Las asimetrías que se constatan en la ciudad hacen al entramado político sobre el cual se organiza la *pólis*, permitiendo tensiones que le otorgan su particular dinamismo pero que quedan circunscriptos al control comunitario. Y dicho control solamente pudo surgir y desarrollarse en el marco del triunfo de la *isonomía* de los miembros de la ciudad, es decir, sobre la base de que la comunidad se construyó como una comunidad de iguales.

El análisis propuesto hasta aquí abre una serie de interrogantes que exceden nuestra indagación. Quizás el más importante de estos se relacione a la evolución de la democracia ateniense a lo largo del siglo IV a.C., fundamentalmente, acerca de si, la igualdad política que protegía a los ciudadanos pobres sufrió un paulatino debilitamiento desde la finalización de la Guerra del Peloponeso. De ser así ello habría llevado progresivamente a que se desarrolle la posibilidad de que emerjan relaciones de dependencia entre miembros del cuerpo cívico. Las modificaciones introducidas en la democracia restaurada de finales del siglo V a.C., que como hemos visto para algunos autores supusieron el paso de la “soberanía popular” a la “soberanía de la ley”, quizás permitan enmarcar la evolución posterior en un proceso de debilitamiento del poder político del *dêmos* que le habrían hecho cada vez más difícil mantener su independencia de los sectores ricos de la ciudadanía. De lo que se trata, entonces, es de continuar pensando la manera en que las igualdades y asimetrías siguieron operando en el trascurso de la vida la *pólis*; se trata de dilucidar si las igualdades y las asimetrías que funcionaron de la forma descrita en este trabajo durante el siglo V a.C. se mantuvieron o, por el contrario, evolucionaron hacia una consolidación de las desigualdades sociales en el plano político a través de la disminución de las consecuencias prácticas de la *isonomía*.

BIBLIOGRAFÍA

I. TEXTOS ANTIGUOS: EDICIONES Y TRADUCCIONES

ALCEO:

Loeb, E. & Page, D.L. (1968), *Poetarum Lesbiorum Fragmenta*, Oxford.

Rodríguez Adrados, F. (2001), *Lírica griega arcaica*, Madrid.

ANDÓCIDES:

Maidment, K. (1968), *Minor Attic orators in two volumes. I: Antiphon, Andocides*, Londres.

Ramírez Vidal, G. (1996), *Andócides. Discursos*, México.

Redondo Sánchez, J. (2008), *Antifonte – Andócides. Discursos y fragmentos*, Madrid.

ANTIFONTE:

Maidment, K. (1968), *Minor Attic orators in two volumes. I: Antiphon, Andocides*, Londres.

Redondo Sánchez, J. (2008), *Antifonte – Andócides. Discursos y fragmentos*, Madrid.

ARISTÓFANES:

Coulon, V. & van Daele, M. (1963-1967), *Aristophane*, 5 vols., Paris.

Fernández, C. (2009), *Aristófanes. Las asambleístas*, Buenos Aires.

García López, J. & Gil Fernández, L. (2000), *Aristófanes. Comedias. Los acarnienses. Los caballeros*, Madrid.

Hall, F. W. & Geldart, W. (1906-1907), *Aristophanes. Comoediae*, Oxford.

Macía Aparicio, L. (2007), *Aristófanes. Comedias*, 3 vols., Madrid.

Rodríguez Adrados, F. (1996), *Aristófanes. Los acarnienses. Los caballeros. Las tesmoforias. La asamblea de mujeres*, Madrid.

Rodríguez Adrados, F. (2000), *Aristófanes. Las avispas. La paz. Las aves. Lisístrata*, Madrid.

Rodríguez Adrados, F. & Rodríguez Somolinos, J. (1999), *Aristófanes. Las nubes. Las ranas. Pluto*, Madrid.

Sommerstein, A. (1980-2001), *Aristophanes. The comedies of Aristophanes*, Warminster.

ARISTÓTELES:

Araujo, M. & Marías, J. (2002), *Ética a Nicómaco*, Madrid.

Bywater, J. (1962), *Aristotelis Ethica Nicomachea*, Oxford.

García Gual, C. & Pérez Jiménez, A. (1986), *Aristóteles. Política*, Madrid.

García Valdés, M. (1988), *Aristóteles. Política*, Madrid.

Lee, H.D.P. (1952), *Aristotle. Meteorologica*, Londres.

Marías, J. & Aaújo, M. (2005), *Aristóteles. Política*, Madrid.

Pallí Bonet, J. & Llendó Iñigo, E. (1998), *Aristóteles. Ética nicomáquea. Ética eudemia*, Madrid.

Racionero, Q. (2000), *Aristóteles. Retórica*, Madrid.

Ross, W. D. (1957), *Aristotelis politica*, Oxford.

Ross, W. D. (1959), *Aristotelis Ars Rhetorica*, Oxford

Tovar, A. (1999), *Aristóteles. Retórica*, Madrid.

[ARISTÓTELES]:

García Valdés, M. (1995), *Aristóteles. Constitución de los atenienses. Pseudo-Aristóteles. Económicos*, Madrid.

Kenyon, F.G. (1920), *Athenaion Politeia*, Oxford.

Oppermann, H. (1928), *Aristotelis: Athenaion Politeia*, Leipzig

Tovar, A. (2000), *Aristóteles. La constitución de Atenas*, Madrid.

van Groningen, B.A. & Wartelle, A. (1968), *Aristote. Économique*, Paris.

CLAUDIO ELIANO:

Cortes Copete, J.M. (2006), *Claudio Eliano. Historias curiosas*, Madrid.

Wilson, N.G. (1997), *Aelian, Historical Miscellany*, Londres.

COLUMELA

Boy Ash, H.; Forster, E.S. & Hellner, E.H. (1941-1955), *Columella. On agriculture*, 3 vols., Londres.

DEMÓSTENES / [DEMÓSTENES]:

Butcher, S.H. & Rennie, W. (1906-1931), *Demosthenis orationes*, 3 vols., Oxford.

Colubi, J.M. (1983), *Demóstenes. Discursos privados*, 2 vols., Madrid.

López Eire, A. (1985-1993), *Demóstenes. Discursos políticos*, 3 vols., Madrid.

DIODORO DE SICILIA:

Oldfather, C.H. *et al.* (1933-1967), *Diodorus Siculus. Library of History*, 12 vols., Cambridge.

Parreau Alasá, F. & Torres Esbarranch, J. (2001-2008), *Diodoro de Sicilia. Biblioteca histórica*, 4 vols., Madrid.

DIÓGENES LAERCIO:

García Gual, C. (2007), *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres. Diógenes Laercio*, Madrid.

Hicks, R.D. (1972), *Lives of Eminent Philosophers. Diogenes Laertius*, Cambridge.

DION CRISÓSTOMO:

Cohoon, J.W. (1939), *Dio Chrysostom: Discourses 12-30*, Londres.

del Cerro Calderón, G. (1989), *Dion de Prusa. Discursos XII-XXXV*, Madrid.

DIONISIO DE HALICARNASO:

Cary, E. (1937-1950), *Dionysius of Halicarnassus: Roman Antiquities*, 9 vols., Londres.

Oliver Segura, J.P. (2005). *Tratados de crítica literaria. Sobre los oradores antiguos. Sobre Lisias. Sobre Isócrates. Sobre Iseo. Sobre Demóstenes. Sobre Tucídides. Sobre la imitación*, Madrid.

Usher, S. (1974), *Dionysius of Halicarnassus: critical essays. I: Ancient Orators. Lysias. Isocrates. Isaeus. Demosthenes. Thucydides*, Londres.

ESTRABÓN:

Aujac, G.; Lasserre, F.; Baladié, R. (1966-96), *Strabon. Géographie*, 9 vols., Paris.

Jones, H. L. (1917-32), *The Geography of Strabo with and English translation by Leonard Horace Jones*, 8 vols., Londres.

Meineke, A. (1852-3), *Strabonis Geographica*, 3 vols., Leipzig.

Torres Esbarranch, J. (2001), *Estrabón. Libros VIII-X*, Madrid.

ESQUILO:

Murray, G. (1955), *Aeschyli Tragoediae*, Oxford.

Perea Morales, B. (2000), *Esquilo. Tragedias*, Madrid.

Weir Smyth, H. (1926), *Aeschylus. Aeschylus, with an English translation*, 2 vols., Cambridge.

EURÍPIDES:

Kovacs, D. (1994), *Euripides. Euripides, with an English translation*, Cambridge.

Medina González, A. & López Férez, J.A. (2000), *Eurípides. Tragedias*, 3 vols., Madrid.

Murray, G. (1966), *Euripidis Fabulae*, Oxford.

HERÓDOTO:

Balash, M. (1999), *Heródoto. Historia*, Madrid.

Godley, D. (1920), *Herodotus, with an English translation*, Cambridge.

Legrand, Ph.E. (1932-1954), *Hérodote. Histories*, 9 vols., Paris.

Schrader, C. (2000), *Heródoto. Historia*, 4 vols., Madrid.

HESÍODO:

Pérez Jiménez, A. & Martínez Diez, A. (2000), *Hesíodo. Obras y fragmentos*, Madrid.

Solmsen, F. (1970), *Hesiodi Opera*, Oxford.

West, M.L. (1966), *Hesiod. Theogony*, Oxford.

HESIQUIO:

Latte, K.; Hansen, P.A. & Cunningham, I.C. (1953-2009), *Hesychii Alexandrini Lexicon*, 4 vols., Berlin.

HISTORIADORES GRIEGOS (Fragmentos):

Jacoby, F. (1957-1969), *Die Fragmente de griechischen Historiker*, 3 vols., Leiden.
[FGrH]

HOMERO:

Allen, T.W. (1931), *Homeri Ilias*, Oxford.

Crespo, E. (1991), *Homero. Iliada*, Madrid.

Pabón, J.M. (2000), *Homero. Odisea*, Madrid.

von Der Mühl, P. (1962), *Homeri Odyssea*, Basel.

INSCRIPCIONES:

Bertrand, J.-M. (1992), *Inscriptions historiques grecques*, París.

Collitz, H. & Bechtel, F. (1985-1915), *Sammlung der gnechischen Dialekt-Inschriften*, 4 vols., Gotinga. [SGDI]

Cortés Copete, J.M. (1999), *Epigrafía griega*, Madrid.

Gieben, J.C. *et al.* (1923-2006), *Supplementum Epigraphicum Graecum*, 56 vols., Leiden. [SEG]

Kirchner, J. (1913-40), *Inscriptiones Graecae: Inscriptiones Atticae Euclidis Anno Posteriores*, 7 vols., Berlin. [IG II²]

Lewis, D.M. et al. (1981-1998), *Inscriptiones Graecae: Inscriptiones Atticae Euclidis Anno Anteriores*, 3 vols., Berlin. [IG I³]

Meiggs, R. & Lewis, D. (eds. 1989), *A selection of Greek inscriptions to the end of the fifth century BC*, Oxford.

Rhodes, P.J. & Osborne, R. (2003), *Greek historical inscriptions 404-323 BC*, Oxford.

Tod, M.N. (ed. 1946-1948), *A selection of Greek historical inscriptions. I: To the end of the fifth century B.C. II: From 403 to 323 B.C.*, Oxford.

ISEO:

Forster, E.S. (1962), *Isaeus. Isaeus with an English translation*, London.

Jiménez López, M.D. (2002), *Iseo. Discursos*, Madrid.

ISÓCRATES:

Guzmán Hermida, J. (1979), *Isócrates. Discursos*, Madrid.

Mathieu, G. (ed.) (1942), *Isocrate. Discours*, 3 vols., París.

JENOFONTE:

Gutiñas Tuñón, O. (1984), *Jenofonte. Obras menores. Pseudo-Jenofonte. La república de los atenienses*, Madrid.

Gutiñas Tuñón, O. (2000), *Jenofonte. Helénicas*, Madrid.

Marchant, E.C. (1961-1970), *Xenophontis Opera Omnia*, 5 vols., Oxford.

Plácido, D. (1989), *Jenofonte. Helénicas*, Madrid.

Zaragoza, J. (1993), *Jenofonte. Recuerdos de Sócrates. Banquete. Económico. Apología de Sócrates*, Madrid.

[JENOFONTE]:

Gutiñas Tuñón, O. (1984), *Jenofonte. Obras menores. Pseudo-Jenofonte. La república de los atenienses*, Madrid.

Marr, J.L. & Rhodes, P.J. (2008), *The «Old oligarch»: The Constitution of the Athenians attributed to Xenophon*, Oxford.

Osborne, R. (2004), *The old oligarch. Pseudo-Xenophon's Constitution of the Athenians*, Cambridge.

JUSTINO:

Castro Sánchez, J. (1995), *Justino. Epítome de las «historias filípicas» de Pompeyo Trogo. Prólogos. Pompeyo Trogo: Fragmentos*, Madrid.

Seel, O. (1985), *M. Iuniani Iustini «Epitoma historiarum Philippicarum» Pompei Trogi. Accedunt «Prologi» in Pompeium Trogum*, Leipzig.

LICURGO:

García Ruiz, J.M. (2000), *Oradores menores. Discursos y fragmentos*, Madrid.

Burt, J.O. (1954), *Minor Attic orators in two volumes. II: Lycurgus, Dinarchus, Demades, Hyperides*, Londres.

LISIAS:

Albini, U. (ed.) (1955), *Lisia. I discorsi*. Florencia.

Calvo Martínez, J. (1991), *Lisias. Discursos*, Madrid.

MENANDRO:

Bádenas de la Peña, P. (2000), *Menandro. Comedias. El misántropo. El arbitraje. La samia*, Madrid.

Ramirez Trejo, A. (1987), *Menandro. Comedias*, 2 vols., México.

Sandbach, F.H. (1972), *Menandri reliquiae selectae*, Oxford.

NEPOTE:

Rolfe, J.C. (1929), *Cornelius Nepos: On Great Generals. On Historians*, Edimburgo.

Segura Moreno, M. (1985), *Cornelio Nepote. Vidas*, Madrid.

PAUSANIAS:

Jones, W.H.S. (1918-1935), *Pausanias, Description of Greece*, 5 vols., Cambridge.

Herrero Ingelmo, M.C. (1993-1994), *Pausanias. Descripción de Grecia*, 3 vols., Madrid.

Spiro, F. (1903), *Pausaniae Graeciae Descriptio*, 3 vols., Leipzig.

PLATÓN / [PLATÓN]:

Burnet, J. (1967-1968), *Platonis Opera*, 5 vols., Oxford.

Pabón, J.M. & Fernández Galiano, M. (1983), *Platón. Leyes*, Madrid.

García Gual, C. et. al (2008), *Platón. Diálogos*, 9 vols., Madrid.

PLINIO

Rackham, H. (1938-1963), *Pliny. Natural history*, 10 vols., Londres.

PLUTARCO:

Heinemann, W. (1914-1916), *Plutarch. Plutarch's Lives, with an English Translation*, 4 vols., Londres.

Pérez Jiménez, A. (2000-2009), *Plutarco. Vidas paralelas*, 7 vols., Madrid.

Perrin, B. (1914-1926), *The parallel lives*, 11 vols., Londres.

PÓLUX:

Bethe, E. (1967), *Pollucis Onomasticon*, 2 vols., Leipzig.

SÓFOCLES:

Alamillo, A. (2000), *Sófocles. Tragedias*, Madrid.

Dain, A. & Mazon, P. (1967-1968), *Sophocle*, 3 vols., Paris.

SOLÓN / LEYES DE SOLÓN:

Diehl, E. (1925), *Anthologia lyrica Graeca*, Leipzig. [Fr.]

García Gual, C. (1980), *Antología de la poesía lírica griega*, Madrid.

Rodríguez Adrados, F. (1957-1959), *Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos*, 2 vols., Barcelona.

Ruschenbusch, E. (1966), *Solonos Nomoi: die Fragmente des Solonischen Gesetzeswerkes mit einer Text- und Überlieferungsgeschichte*, Wiesbaden. on E. [Frag.]

West, M.I. (1972), *Iambi et Elegi Graeci*, vol. 2, Oxford.

SUDA:

Adler, A. (1928-1938), *Suidae Lexicon*, 5 vols., Stuttgart.

TEOFRASTO:

Diels, H. (1909), *Characters. Theophrastus*, Oxford.

Diggle, J. (2004), *Theophrastus. Characters*, Cambridge.

Hort, A. (1916), *Theophrastus: enquiry into plants and minor works on odours and weather signs*, 2 vols., Londres.

Ruíz García, E. (2000), *Teofrasto. Caracteres. Alcifrón. Cartas*, Madrid.

TUCÍDIDES:

Hammond, M. & Rhodes, P.J. (2009), *Thucydides. The Peloponessian war*, Oxford.

Jones, H. & Powell, J. (eds.) (1942), *Thucydidis historiae*, 2 vols. Oxford.

Torres Esbarranch, J. (2000), *Tucidides. Historia de la Guerra del Peloponeso*, 4 vols., Madrid.

II. ARTÍCULOS Y LIBROS

AA.VV. (1977), *Clases y luchas de clases en la Grecia Antigua*, Madrid.

AA.VV. (1979) *Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la antigüedad clásica*, Madrid.

AA. VV. (1981), *El marxismo y los estudios clásicos*, Madrid.

AA. VV. (1986), *El modo de producción esclavista*, Madrid.

AA.VV. (1989), *Esclavos y semilibres en la Antigüedad clásica*, Madrid.

Acién Almansa, M. (1998), "Sobre el papel de la ideología en la caracterización de las formaciones sociales. La formación social islámica", *Hispania. Revista Española de Historia*, 200.58.3, 915-68.

Almeida, J.H. (2003), *Justice as an aspect of the polis idea in Solon's political poems*, Leiden-Boston.

Althusser, L. (1999), *La revolución teórica de Marx*, México.

Amin, S. (1986), *El desarrollo desigual*, Barcelona.

- Amin, S. (1989), *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*, México.
- Amit, M. (1965), *Athens and the sea: a study in Athenian sea power*, Bruselas.
- Amouretti, M.-C. (1986), *Le pain et l'huile dans la Grèce antique. De l'araire au moulin*, París.
- Amouretti, M.-C. & Brun, J.-P. (eds. 1993), *La production du vin et l'huile en Méditerranée*, París.
- Amyx, D. (1958), "The Attic Stelai: Part III. Vases and other containers", *Hesperia*, 27.3, 163-254.
- Anderson, G. (2003), *The Athenian experiment. Building an imagined political community in ancient Attica, 508-490 B.C.*, Ann Arbor.
- Anderson, G. (2009), "The personality of the Greek State", *The Journal of Hellenic Studies*, 129, 1-22.
- Anderson, P. (1979), *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, México.
- Anderson, P. (1992), *Campos de batalla*, Barcelona.
- Anderson, P. (1994), *El estado absolutista*, Madrid.
- Ando, H. (1988), "A study of servile peasantry of ancient Greece: centering around hectemoroí of Athens", en: Yuge, T. & Doi, M. (eds.), 323-31.
- Andrewes, A. (1956), *The Greek tyrants*, Londres.
- Andrewes, A. (1977), "Kleisthenes' reform bill", *The Classical Quarterly*, 27, 241-48.
- Andrewes, A. (1981), "The hoplite katalogos", en: Shrimpton, G.S. & McCargar, D.J. (eds.), *Classical contributions: studies in honor of M.F. McGregor*, Nueva York, 1-3.
- Andrewes, A. (1982), "The growth of the Athenian state", en: Boardman, J. & Hammond, N.G.L. (eds.), *The Cambridge ancient history. Volume III. Part 3. The expansion of the Greek world, eighth to sixth century B.C.*, Cambridge, 360-91.
- Andreyev, V.N. (1974), "Some aspects of agrarian conditions in Attica in the fifth to third centuries BC", *Eirene*, 12, 5-46.

- Annequin, J., Clavel-Lévêque, M. & Favory, F. (1979), "Presentación: Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la antigüedad clásica", en: AA.VV. (1979), 5-54.
- Archetti, E. (1981), "Una visión general de los estudios sobre el campesinado", en: *Campesinado y estructuras agrarias en América Latina*, Quito, 15-48.
- Arnott, P.D. (1989), *Public and performance in Greek theatre*, Londres.
- Ascani, K., Gabrielsen, V., Kvist, K. & Rasmussen, A.H. (eds. 2002), *Ancient history matters. Studies presented to Jens Erik Skydsgaard on his seventieth birthday*, Roma.
- Aschmann, H. (1985), "A restrictive definition of Mediterranean climates", *Bulletin de la Société Botanique de France*, 131, 21-30.
- Asheri, D. (1963), "Laws of inheritance, distribution of land and political constitutions in ancient Greece", *Historia: zeitschrift für alte geschichte*, 12, 1-21.
- Asheri, D. (1969) "Leggi greche sul problema dei debiti", *Studi Classici e Orientali*, 18, 5-122.
- Astarita, C. (1994), "La discutida universalidad del sistema tributario", *Studia Historica. Historia Medieval*, 12, 191-201.
- Astarita, C. (2003), "El factor político en los modos de producción feudal y tributario. Génesis y estructura en perspectiva comparada", en: García Mac Gaw, C. & Haldon, J. (eds.), 133-74.
- Austin, M. & Vidal-Naquet, P. (1986), *Economía y sociedad en la antigua Grecia*, Barcelona.
- Badian, E. (ed. 1966), *Ancient society and institutions. Studies presented to Victor Ehrenberg on his 75th birthday*, Oxford.
- Baldwin, B. (1967), "Medical grounds for exemptions from military service at Athens", *Classical Philology*, 62.1, 42-3.
- Balibar, E. (1998), "Acerca de los conceptos fundamentales del materialismo histórico", en: Althusser, L. & Balibar, E., *Para leer El Capital*, México, 216-335.
- Baudrillard, J. (2000), *El espejo de la producción o la ilusión crítica del materialismo histórico*, Barcelona.

- Beloch, K.J. (1886), *Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt*, Leipzig.
- Berent, M. (1996), "Hobbes and the «Greek tongues»", *History of Political Thought*, 17.1, 36-59.
- Berent, M. (1998), "Stasis, or the Greek invention of politics", *History of Political Thought*, 19.3, 331-362.
- Berent, M. (2000a), "Anthropology and the classics: war, violence and the stateless polis", *The Classical Quarterly*, 50.1, 257-89.
- Berent, M. (2000b), "Sovereignty: ancient and modern", *Polis. The Journal of the Society for Greek Political Thought*, 17.1, 2-34.
- Berent, M. (2004), "In search of the Greek State: a rejoinder to M.H. Hansen", *Polis. The Journal of the Society for Greek Political Thought*, 21.1, 107-46.
- Berent, M. (2006), "The stateless polis: a reply to critics", *Social Evolution & History*, 5.1, 141-63.
- Berktaf, H. (1987), "The feudalism debate: the Turkish end. Is «tax-vs.-rent» necessarily the product and sign of a modal difference?", *The Journal of Peasants Studies*, 14.3, 291-333.
- Bintliff, J.L. (1992), "Erosion in the Mediterranean lands: A reconsideration of pattern, process and methodology", en: Boardman, J. & Bell, M. (eds.), *Past and Present Soil Erosion*, Oxford, 125-31.
- Bintliff, J.L. (1997), "Regional survey, demography, and the rise of complex societies in the ancient Aegean: core-periphery, neo-malthusian, and other interpretative models", *Journal of Field Archaeology*, 24, 1-38.
- Bintliff, J.L. (1999), "The origins and nature of the Greek city-state and its significance for world settlement history", en: Ruby, P. (ed.), *Les Princes de la protohistoire et l'émergence de l'état*, Roma, 43-56.
- Bintliff, J.L. (2006a), "City-country relationships in the 'normal polis'", en: Rosen, R.M. & Sluiter, I. (eds.), *City, countryside, and the spatial organization of value in classical Antiquity*, Leiden, 13-32.

Bintliff, J.L. (2006b), "Issues in the economic and ecological understanding of the *chora* of the classical *polis* in its social context: a view from intensive survey tradition of the Greek homeland", en: Bilde, P.G. & Stolba, V.F. (eds.), *Surveying the Greek chora: the Black Sea region in a comparative perspective* (*Black Sea studies*; 4.), Aarhus, 13–26.

Biscardi, A. (1982), *Diritto Greco Antico*, Bari.

Blok, J.H. y Lardinois, A.P.M.H. (eds. 2006), *Solon of Athens. New Historical and Philological Approaches*. Leiden.

Blondel, J. & Aronson, J. (1999), *Biology and wildlife of the Mediterranean region*, Oxford.

Bloedow, E.F. (1975), "Corn supply and Athenian imperialism", *L' Antiquité Classique*, 44, 20-9.

Boardman, J.; Griffin, J. & Murray, O. (1986), *The Oxford history of the classical world*, Oxford.

Bobbio, N. (1989), *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, México.

Boegehold, A.L. (1994), "Perikles' citizenship law of 451/0 B.C.", en: Boegehold, A.L. & Scafuro, A.C. (eds.), 57-66.

Boegehold, A.L. & Scafuro, A.C. (eds. 1994), *Athenian indetity and civic ideology*, Baltimore.

Boyd, T. & Jameson, M.H. (1981), "Urban and rural land division in ancient Greece", *Hesperia*, 50, 327-42

Bradford, J. (1956), "Fieldwork on aerial discoveries in Attica and Rhodes. Part 2 Ancient Field Systems on Mt. Hymettos, near Athens", *The Antiquaries Journal*, 36, 172-80.

Braudel, F. (1976), *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 tomos, México.

Braun, T. (1995), "Barley cakes and emmer bread", en: Wilkins, J. *et al.* (eds.), *Food in Antiquity*, Exeter, 25-37.

- Bravo, B. (1990), "Theognidea, 825-830: un témoignage sur les *horoi* hypothécaires à l'époque archaïque", en: Mactoux, M.-M. & Geny, E. (eds.), 41-51.
- Bravo, B. (1992), "I *thetes* ateniesi e la storia della parola *thes*", *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia. Università degli studi di Perugia. I. Studi classici*, 15, 69-97.
- Bravo, B. (1996), "Pelates: storia di una parola e di una nozione", *La Parola del Passato*, 51, 268-89.
- Brenner, R. (1988), "Las raíces agrarias del capitalismo europeo", en: Aston, T.H. & Philpin, C.H.E. (eds.), *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Barcelona, 224-386.
- Brenne, S. (2001), *Ostrakismos und Prominenz in Athen. Attische Bürger des 5. Jhs. v. Chr. auf den Ostraka (Tyche, Suppl. 3)*, Viena.
- Brock, R. & Hodkinson, S. (eds. 2000), *Alternatives to Athens. Varieties of political organization and community in Ancient Greece*, Oxford.
- Bruit Zaidman, L. & Schmitt Pantel, P. (2002), *La religión griega en la polis de la época clásica*, Madrid.
- Brumfield, A.C. (1981), *The Attic festivals of Demeter and their relation to the agricultural year*, Salem.
- Brun, J.-P. (2003), *Le vin et l'huile dans la Méditerranée antique. Viticulture, oléiculture et procédés de fabrication*, Paris.
- Brun, P. (1983), *Eisphora, syntaxis, stratiotika. Recherches sur les finances militaires d' Athènes au IVe siècle av. J.-C.*, Besançon.
- Brunet, M. (1990), "Terrasses de cultures antiques: l'exemple de Délos, Cyclades", en: Provansal, M. (ed.), 5-11.
- Brunt, P.A. (1966), "Athenian settlements abroad in the fifth century B.C.", en: Badian, E. (ed.), 71-92.
- Buckley, T. (2005), *Aspects of Greek history 750-323BC. A source-based approach*, Londres.
- Buis, E. (2010), "De la consolidación política a la ficción jurídica: aproximaciones al léxico del uso, la posesión y la propiedad privada en la antigüedad griega", en: Conte,

- E. & Madero, M. (eds.), *Entre hecho y derecho: tener, poseer, usar, en perspectiva histórica*, Buenos Aires, 13-32.
- Bugh, G.R. (1988), *The horsemen of Athens*, Princeton.
- Burford, A. (1977/8), "The family farm in Ancient Greece", *The Classical Journal*, 73.2, 162-75.
- Burford, A. (1993), *Land and labor in the Greek world*, Baltimore & Londres.
- Burke, E.M. (1992), "The economy of Athens in the classical era: some adjustments to the primitivist model", *Transactions of the American Philological Association*, 122, 199-226.
- Busolt, G., & Swoboda H. (1926), *Griechische Staatskunde*, ii, Munich.
- Buxó, R. (1997), *Arqueología de las plantas. La explotación de las semillas y los frutos en el marco mediterráneo de la Península Ibérica*, Barcelona.
- Cambiano, G. (1993), "Hacerse hombre", en: Vernant, J-P- (ed.), 101-37.
- Campagno, M. (2003), "El modo de producción tributario y el antiguo Egipto. Reconsiderando las tesis de Samir Amin", en: García Mac Gaw, C.G. & Haldon, J. (eds.), 61-80.
- Canfora, L. (1982), "Il soggetto passivo della polis classica", *Opus. Rivista Internazionale per la Storia Economica e Sociale dell' antichità*, 1, 33-48.
- Canfora, L. (1993), "El ciudadano", en: Vernant, J-P (ed.), 139-73.
- Cartledge, P. (1993) "Classical Greek agriculture: recent work and alternative views", *The Journal of Peasants Studies*, 21.1, 127-36.
- Cartledge, P. (1995), "Classical Greek agriculture II: two more alternative views", *The Journal of Peasants Studies*, 23.1, 131-9.
- Cartledge, P. (1996), "Comparatively equal", en: Ober, J. & Hedrick, C. (eds.), 175-86.
- Cartledge, P. (1999), "Laying down polis law", *The Classical Review*, 49.2, 462-9.
- Cartledge, P. (2002), *Sparta and Lakonia. A regional history 1300-362 BC*, Londres.

- Cartledge, P. (2005), "Greek political thought: the historical context", en: Rowe, CH. & Schofield, M. (eds.), *The Cambridge history of Greek and Roman political thought*, Cambridge, 11-22.
- Cartledge, P.; Cohen, E. & Foxhall, L. (eds. 2002), *Money, labour and land. Approaches to the economies of ancient Greece*, Londres & Nueva York.
- Cartledge, P. & Harvey, F.D. (eds. 1985), *Crux. Essays in Greek history presented to G.E.M. de Ste. Croix on his 75th birthday*, Londres.
- Cartledge, P., Millet, P. & Todd, S. (eds. 1990), *Nomos. Essays in Athenian law, politics and society*, Cambridge.
- Carlsen, J. (2002), "Estate managers in ancient Greek agriculture", en: Ascani, K., Gabrielsen, V., Kvist, K. & Rasmussen, A.H. (eds.), 117-26.
- Cary, M. (1949), *The geographic background of Greek & Roman history*, Oxford.
- Cassola, F. (1964), "Solone, la terra e gli ectemori", *La Parola del Passato*, 19, 26-68.
- Cassola, F. (1973), "La proprietà del suolo in Attica fino a Pisistrato", *La Parola del Passato*, 28, 75-87.
- Cataudella, M.R. (1966), *Atene fra il VII e il VI secolo. Aspetti economici e sociali dell'Attica arcaica*, Catania.
- Cavanaugh, M.B (1996), *Eleusis and Athens: documents in finance, religion and politics in the fifth century B.C.*, Atlanta.
- Chaniotis, A. & Ducrey, P. (eds. 2002), *Army and power in the Ancient World*, Stuttgart.
- Chantraine, P. (1999), *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, Paris.
- Chayanov, A. V. (1985), *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires.
- Chayanov, A.V., Kerblay, B., Thorner, D. y Harrison, M. (1981) *Chayanov y la teoría de la economía campesina*, México.

- Chesneaux, J. (1984), *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, Buenos Aires.
- Chevitarese, A.L. (2000), *O espaço rural da pólis grega. O caso ateniense no período clássico*, Río de Janeiro.
- Chevitarese, A.L. (2005), "Política e religião na delimitação da fronteira políade ateniense", en: Nobre, Ch.K.; Cerqueira, F.V. & Pozzer, K.M.P. (eds.), *Fronteiras & etnicidade no mundo antigo*, Pelotas, 47-67.
- Christ, M.R. (1990), "Liturgy avoidance and antidosis in classical Athens", *Transactions of the American Philological Association*, 120, 147-69.
- Christ, M.R. (2001), "Conscription of hoplites in classical Athens", *The Classical Quarterly*, 51.2, 398-422.
- Clastres, P. (2001), *Investigaciones en antropología política*, Barcelona
- Clastres, P. (2008), *La sociedad contra el Estado*, Buenos Aires.
- Clerc, M. (1883), *Les métèques athéniens*, Paris.
- Clinton, K. (1974), *The sacred officials of the Eleusinians Mysteries* (Transactions of the American Philosophical Society, 64), Filadelfia.
- Cohen, E.E. (1992), *Athenian economy and society. A banking perspective*, Princeton.
- Cohen, E.E. (2000), *The Athenian nation*, Princeton.
- Connor, W. R. (1971), *The new politicians of fifth-century Athens*, Princeton.
- Connor, W.R. (1990), "City Dionysia and Athenian democracy", en: Rufus Fears, J. (ed.), *Aspects of Athenian democracy*, Copenhagen, 7-32.
- Cornell, T.J. (1999), *Los orígenes de Roma c. 1000-264 a.C. Italia y Roma de la Edad del Bronce a las guerras púnicas*, Barcelona.
- Coscolla, M.J. (2007), "Endeudamiento, inversión y dinámica de los intercambios sociales en la comedia aristofánica", en: Gallego, J. & García Mac Gaw, C.G. (comps.), 127-54.
- Cox, C.A. (1998), *Household interests. Property, marriage strategies, and family dynamics in ancient Athens*, Princeton.

- Craik, E. (1995), "Diet, *diatia* and dietetics", en: Powell, A. (ed.), 387-402.
- Dabdab Trabulsi, J.A. (1991), *Essai sur la mobilisation politique dans la Grèce ancienne*, Besançon.
- Dalby, A. (1996), *Siren feasts. A history of food and gastronomy in Greece*, Londres.
- Davies, J.K. (1971), *Athenian propertied families. 600-300 B.C.*, Oxford.
- Davies, J.K. (1977/8), "Athenian citizenship: the descent group and the alternatives", *The Classical Journal*, 73.2, 105-21.
- Davies, J.K. (1981a), *Wealth and the power of wealth in classical Athens*, Nueva York.
- Davies, J.K. (1981b), *La democracia y la Grecia clásica*, Madrid.
- de Reparaz, A. (1990), "La culture en terrasses, expression de la petite paysannerie méditerranéenne traditionnelle", en: Provansal, M. (ed.), 23-29.
- de Ste. Croix, G.E.M. (1953), "Demosthenes TIMHMA and Athenian eisphora in the fourth century b.C.", *Classica et Mediaevalia*, 14, 30-70.
- de Ste. Croix, G.E.M. (1954/5), "The character of the Athenian empire", *Historia: zeitschrift für alte geschichte*, 3, 1-41.
- de Ste. Croix, G.E.M. (1966), "The estate of Phaenippus (Ps-Dem., xlii)", en: Badian, E. (ed.), 109-14.
- de Ste. Croix, G.E.M. (1972), *The origins of the Peloponnesian war*, Londres.
- de Ste. Croix, G.E.M. (1981), "Karl Marx y la historia de la antigüedad clásica", en: AA.VV. (1981), 7-35.
- de Ste. Croix, G.E.M. (1988), *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona.
- Descat, R. (1990), "De l'économie tributaire à l'économie civique: le rôle de Solon", en: Mactoux, M.-M. & Geny, E. (eds.), 85-100.
- Descat, R. (1993), "La loi de Solon sur l'interdiction d'exporter les produits attiques", en : Bresson, A. & Rouillard, P. (eds.), *L'emporion*, París, 145-61.
- Detienne, M. (1963), *Crise agraire et attitude religieuse chez Hésiode*, Bruselas.

- Diamant, S. (1982), "Theseus and the unification of Attica", *Hesperia Suppl.*, 19, 38-47.
- Dillon, M.P.J. (1995), "Payments to the disabled at Athens. Social justice or fear of aristocratic patronage?", *Ancient Society*, 26, 27-57.
- Doenges, N.A. (1996), "Ostracism and the boulai of Kleisthenes", *Historia: zeitschrift für alte geschichte*, 45, 387-404.
- Domínguez Monedero, A. (1993), *La polis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI*, Madrid.
- Domínguez Monedero, A. (2001), *Solón de Atenas*, Barcelona.
- Domínguez Monedero, A. & Pascual González, J. (1999), *Esparta y Atenas en el siglo V a.C.*, Madrid.
- Donlan, W. (1997), "The relations of power in the pre-state and early state polities", en: Mitchell, L. & Rhodes, P.J. (eds.), 39-48
- Doukellis, P. & Mendoni, L. (eds. 1994), *Structures rurales et sociétés antiques*, París.
- Dover, K.J. (1981), *A historical commentary on Thucydides*, vol. 5, Oxford.
- Drummond, A. (1989), "Early Roman *clientes*", en: Wallace-Hadrill, A. (ed.), 89-115.
- Duby, G. (1999), *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, México.
- Duncan-Jones, R.P. (1980), "Metic numbers in Periclean Athens", *Chirion*, 10, 101-9.
- Duplá, A.(2003), *La república romana arcaica (509-264 a.C.)*, Madrid.
- Durston, J.W. (1982), "Clase y cultura en la transformación del campesinado", *Revista de la CEPAL*, 16, 155-77.
- Dussel, E. (1998), *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse*, México.
- Echeverría Rey, F. (2005), "Identidad cívica y participación militar en la Grecia arcaica", en: Plácido, D.; Valdéz, M.; Echeverría, F & Montes, M.Y. (eds.), 87-108.
- Echeverría Rey, F. (2008), *Ciudadanos, campesinos y soldados. El nacimiento de la «polis» y la teoría de la «revolución hoplita»*, Madrid.

- Edwards, A.T. (2004), *Hesiod's Asca*, Berkeley.
- Eginitis, D. (1908), "Le climat de l'Attique", *Annales de géographie*, 17, 413-32.
- Ehrenberg, V. (1962), *The people of Aristophanes: a sociology of old attic comedy*, Nueva York.
- Eisenstadt, S. & Roniger, L. (1984), *Patrons, clients and friends: interpersonal relations and the structure of trust in society*, Cambridge.
- Engels, F. (1992), *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid.
- Erskine, A. (ed. 2009), *A companion to ancient history*, Chichester & Malden.
- Faraguna, M. (2000), "Individuo, stato e comunità. Studi recenti sulla polis", *Dike. Rivista di storia del diritto greco ed ellenistico*, 3, 217-29.
- Farrington, B. (1949), *El cerebro y la mano en la antigua Grecia*, Buenos Aires.
- Farrington, B. (1965), *Ciencia y política en el mundo antiguo*, Madrid.
- Farrington, B. (1984), *Ciencia y filosofía en la antigüedad*, Barcelona
- Fawcus, G.E. (1909), "The Athenian army in 431 B. C.", *The Journal of Hellenic Studies*, 29, 23-8.
- Fernández Ubiña, J. (1977), "Aspectos sociales de la Grecia arcaica", en: Mossé, C.; Vidal-Naquet, P.; Fernández Ubiña, J.; González-Román, C. (eds.), 79-102.
- Ferrara, G. (1960), "Su un'interpretazione delle riforme di Solone", *La Parola del Passato*, 15, 20-39.
- Fine, J.V.A. (1951), *Horoi. Studies in mortgage, real security and land tenure in ancient Athens*, Princeton.
- Finley, M.I. (1973), "Introduction", en: Finley, M.I. (ed.), 9-12.
- Finley, M.I. (1977), "¿Se basó la civilización griega en el trabajo de los esclavos?", en: AA.VV. (1977), 103-27.
- Finley, M.I. (1978), *El mundo de Odiseo*, México.
- Finley, M.I. (1981a), "Demoagogos atenienses", en Finley, M.I. (ed.), 11-36.

- Finley, M. I. (1981b), "Aristóteles y el análisis económico", en: Finley, M. I. (ed.), 37-64.
- Finley, M. I. (1982), *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Barcelona.
- Finley, M.I. (1983), *La Grecia primitiva: edad del Bronce y era arcaica*, Barcelona.
- Finley, M.I. (1984), *Uso y abuso de la historia*, Barcelona.
- Finley, M.I. (1985), *Studies in land and credit in ancient Athens, 500-200 BC. The Horos inscriptions. With a new introduction by Paul Millett*, New Brunswick.
- Finley, M.I. (1986a), *La economía de la antigüedad*, México.
- Finley, M.I. (1986b), *El nacimiento de la política*, Barcelona.
- Finley, M. I. (1986c), *Historia antigua. Problemas metodológicos*, Barcelona.
- Finley, M. I. (1990), "La revolución en la antigüedad", en: Porter, R. & Teich, M. (eds.), *La revolución en la historia*, Barcelona, 71-87.
- Finley, M.I. (2000), *La Grecia Antigua. Economía y sociedad*, Barcelona.
- Finley, M.I. (ed. 1973), *Problemes de la terre en Grèce ancienne*, París-La Haya.
- Finley, M.I. (ed. 1981), *Estudios sobre historia antigua*, Madrid.
- Finley, M.I., Winton, R.I. & Garnsey, P. (1983), "Política y teoría política", en Finley, M. I. (ed.), *El legado de Grecia*, Barcelona, 33-76.
- Fioravanti, E. (1983), *El concepto de modo de producción*, Barcelona.
- Forbes, H.A. (1992), "The ethnoarchaeological approach to ancient Greek agriculture", en: Wells (ed.), 87-101.
- Forbes, H.A. (1993), "Ethnoarchaeology and the place of the olive in the economy of the southern Argolid, Greece", en: Amouretti, M.-C. & Brun, J.-P. (eds.), 213-226.
- Forbes, H.A. (1996), "The uses of the uncultivated landscape in modern Greece: a pointer to the value of the wilderness in Antiquity", en: Shipley, G. & Salmon, J. (eds.), 68-97.

- Forbes, H.A. (2000), "The agraria economy of the Ermionidha around 1700: an ethnohistorical reconstruction", en: Sutton, S. (ed.), *Contingent countryside. Settlement, economy and land use in the southern Argolid since 1700*, Stanford, 41-70.
- Fornis, C. (2003), *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*, Barcelona.
- Forrest, W.G. (1988), *Los orígenes de la democracia griega. El carácter de la política griega, 800-400 a. de C.*, Madrid.
- Forrest, W.G. (2000), "The pre-polis polis", en: Brock, R. & Hodkinson, S. (eds.), 281-92.
- Forsdyke, S. (2005), *Exile, ostracism, and democracy: the politics of expulsion in ancient Greece*, Princeton.
- Foster, G.M. (1964), *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*, México.
- Fouchard, A. (1997), *Aristocratie et démocratie. Idéologies et sociétés en Grèce ancienne*, Besançon.
- Foxhall, L. (1989), "Household, gender and property in classical Athens", *The Classical Quarterly*, 39.1, 22-44.
- Foxhall, L. (1992), "The control of the Attic landscape", en: Wells, B. (ed.), 155-59.
- Foxhall, L. (1996), "Feeling the earth move: cultivation techniques on steep slopes in classical Antiquity", en: Shipley, G. & Salmon, J. (eds.), 44-67.
- Foxhall, L. (1997), "A view from the top: evaluating the Solonian property class", en: Mitchell, L. & Rhodes, P.J. (eds.), 113-36.
- Foxhall, L. (2002), "Access to resources in classical Greece. The egalitarianism of the polis in practice", en: Cartledge, P.; Cohen, E. & Foxhall, L. (eds.), 209-20.
- Foxhall, L. (2003a), "Labranza y combate en la Grecia antigua", en: Gallego, J. (ed.), 210-21.
- Foxhall, L. (2003b), "Cultures, landscapes, and identities in the Mediterranean world", *Mediterranean Historical Review*, 18, 75-92.

- Foxhall, L. (2007), *Olive cultivation in Ancient Greece. Seeking the ancient economy*, Oxford.
- Foxhall, L. & Forbes, H.A. (1982), "Sitometreía: the role of grain as a staple food in classical Antiquity", *Chiron*, 12, 41-90.
- French, A. (1956), "The economic background to Solon's reform", *The Classical Quarterly*, 6.1, 11-25.
- French, A. (1963), "Land tenure and the Solon problem", *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 12.2, 242-7.
- French, A. (1964), *The Growth of the Athenian Economy*, Londres.
- Fuks, A. (1979/80), "Toís aporouménois koinoneîn: the sharing of property by the rich with the poor in Greek theory and practice", *Scripta Classica Israelica*, 5, 46-63.
- Gabrielsen, V. (1994), *Financing the Athenian fleet. Public taxation and social relations*, Londres.
- Gabrielsen, V. (2002a), "The impact of armed forces on government and politics in archaic and classical Greek poleis: a response to Hans van Wees", en: Chaniotis, A. & Ducrey, P. (eds.), 83-98.
- Gabrielsen, V. (2002b), "Socio-economic classes and ancient Greek warfare", en: Ascani, K.; Gabrielsen, V. et al. (eds.), 203-20.
- Gagarin, M. (1986), *Early Greek Law*, Berkeley.
- Gallant, T.W. (1982), "Agricultural systems, land tenure, and the reform of Solon", *The Annual of the British School at Athens*, 77, 111-24.
- Gallant, T.W. (1991), *Risk and survival in ancient Greece. Reconstructing the rural domestic economy*, Cambridge
- Gallego, J. (1996), "La sociedad campesina: del territorio rural al espacio cívico. Tierra y política en la Grecia antigua", *Anuario del Instituto de Estudios Histórico Sociales*, 11, 273-99.
- Gallego, J. (1997), "«Costumbres en común», de Hesíodo a Aristófanes. Las prácticas de sociabilidad campesina en la Grecia antigua", *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 30, 7-70.

- Gallego, J. (2001), “¿*Peasant* o *Farmer*? Definiendo a los antiguos labradóres griegos”, *Ancient History Bulletin*, 15, 172-85.
- Gallego, J. (2003a), “La historia agraria en la Grecia antigua. Una introducción a las interpretaciones recientes”, en: Gallego, J. (ed.), 13-42.
- Gallego, J. (2003b), “Comunidad aldeana y sociabilidad campesina en la Grecia antigua”, en: Gallego, J. (ed.), 327-80.
- Gallego, J. (2003c), *La democracia en tiempos de tragedia. Asamblea ateniense y subjetividad política*, Buenos Aires.
- Gallego, J. (2005a), *Campesinos en la ciudad. Bases agrarias de la pólis griega y la infantería hoplita*, Buenos Aires.
- Gallego, J. (2005b), “La imagen aldeana de la *pólis*: construcción de una identidad igualitaria de base agraria”, en: Plácido, D.; Valdéz, M.; Echeverría, F & Montes, M.Y. (eds.), 67-86.
- Gallego, J. (2007a). “*Katà nómon doûlos* y la idea de hombre en la Grecia clásica”, en: Serghidou, A. (ed.), 75-88.
- Gallego, J. (2007b), “Farming in the ancient Greek world: how should the small free producers be defined?”, *Studia Humaniora Tartuensia*, 8.A.3, 1-21.
- Gallego, J. (2008a), “Una aldea beocia ante los comienzos de la *pólis*”, *Ordia Prima*, 7, 161-78.
- Gallego, J. (2008b), “Control social, participación popular y patronazgo en la Grecia clásica”, *Circe de Clásicos y Modernos*, 12, 187-206.
- Gallego, J. (2009a), *El campesinado en la Grecia antigua. Una historia de la igualdad*, Buenos Aires.
- Gallego, J. (2009b), “El patronazgo rural en la democracia ateniense”, *Studia Historica. Historia Antigua*, 27, 163-75
- Gallego, J. (en prensa), “La propuesta del Viejo Oligarca sobre los *poneroí* y la crisis de la democracia radical ateniense”, en: Reduzzi, F. (ed.), *Dipendenza ed emarginazione nel mondo antico e moderno. XXXIII Convegno Internazionale GIREA*, Napoli.
- Gallego, J. (ed. 2003), *El mundo rural en la Grecia antigua*, Madrid.

Gallego, J. & García Mac Gaw, C.G. (comps. 2007), *La ciudad en el Mediterráneo antiguo*, Buenos Aires.

Gallego, J. & Lewkowicz, I. (1996), "En búsqueda del eslabón perdido: el hombre griego", *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 29, 147-67.

Gallo, L. (1983), "Alimentazione e classi sociali: una nota su orzo e frumento in Grecia", *Opus. Rivista Internazionale per la storia economica e sociale dell'antichità*, 2, 449-72.

Gallo, L. (1984), *Alimentazione e demografia della Grecia antica*, Salerno.

Gallo, L. (1989), "Alimentazione urbana e alimentazione contadina nell'Atene classica" en: Longo, O. & Scarpi, P. (eds.), *Homo edens. Regime, rite e pratiche dell'alimentazione nella civiltà del Mediterraneo*, Verona, 213-30.

Gallo, L. (1999), "Solone, gli Hektemoroi e gli horoi", *Annali di Archeologia e Storia Antica*, 6, 59-71.

Game, J. (2008), *Actes de vente dans le monde grec. Témoignages épigraphiques des ventes immobilières*, Paris.

García Mac Gaw, C. (2003a), "Roma: la crisis del siglo III y el modo de producción tributario", en: García Mac Gaw, C. & Haldon, J. (eds.), 97-119.

García Mac Gaw, C. (2003b), "Conclusiones. Sobre la importancia de los elementos superestructurales en la caracterización de los modos de producción", en: García Mac Gaw, C. & Haldon, J. (eds.), 219-32.

García Mac Gaw, C. (2006), "La transición del esclavismo al feudalismo y la villa esclavista", *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 32.2, 27-42.

García Mac Gaw, C. (2007), "La ciudad-estado y las relaciones de producción esclavistas en el Imperio Romano", en: Gallego, J. & García Mac Gaw, C. (eds.), *La ciudad en el Mediterráneo antiguo*, Buenos Aires, 87-124.

García Mac Gaw, C.G. (2008a), "Las deudas y las clases sociales en la primitiva república romana", *Circe de Clásicos y Modernos*, 12, 243-63.

García Mac Gaw, C.G. (2008b), "La ciudad antigua: aspectos económicos e historiográficos", *Studia Historica. Historia Antigua*, 26, 237-69.

García Mac Gaw, C. & Haldon, J. (eds. 2003), *El modo de producción tributario* (número monográfico de *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, vol. 35), Buenos Aires.

García Valdés, M. (1995), "Introducción", en: Aristóteles & Pseudo-Aristóteles, *Constitución de los Atenienses / Económicos*, Madrid, 231-46

Garlan, Y. (1989), *Guerre et économie en Grèce ancienne*, Paris.

Garlan, Y. (2003), *La guerra en la antigüedad*, Madrid.

Garnsey, P. (1988), *Famine and food supply in the graeco-roman world. Responses to risk and crisis*, Cambridge.

Garnsey, P. (1990), "Non-slave labour in the roman world", en: Garnsey, P. (ed.), *Non-slave labour in the Greco-Roman world*, Cambridge, 34-47.

Garnsey, P. (1998), *Cities, peasants and food in classical Antiquity. Essays in social and economic history*, Cambridge.

Garnsey, P. (1999), *Food and society in classical Antiquity*, Cambridge.

Garnsey, P. (2007), *Thinking about property. From Antiquity to the Age of Revolution*, Cambridge.

Garnsey, P. & Saller, R.P. (1991), *El imperio romano. Economía, sociedad y cultura*, Barcelona.

Garnsey, P. & Whittaker, C.R. (eds. 1983), *Trade and famine in classical Antiquity*, Cambridge.

Gauthier, P. (1966), "Les clérouques de Lesbos et la colonization athénienne au Ve siècle", *Revue des Études Grecques*, 79, 64-88.

Gauthier, P. (1973), "A propos des clérouques athéniennes du V^e siècle", en : Finley, M.I. (ed.), 163-78.

Gehrke, H.J. (1994), "La storia politica ateniense arcaica a l'athenaion politeia", en: Maddoli, G. (ed.), *L'Athenaion Politeia di Aristotele 1981-1991*, Perugia, 191-215.

Gelner, E. (1985). "Patronos y clientes" en Gellner, E. & Waterbury, J. (eds.), 9-16.

- Gelner, E. & Waterbury, J. (eds. 1985), *Patronos y clientes en las sociedades mediterráneas*, Madrid.
- Gernet, L. (1909), "L'approvisionnement d'Athènes en blé au V^e et au IV^e siècle", en: Bloch, G. (ed.), *Mélanges d'histoire ancienne*, Paris, 269-391.
- Gernet, L. (1980), *Antropología de la Grecia antigua*, Madrid.
- Gernet, L. (1955), *Droit et société dans la Grèce ancienne*, Paris.
- Godelier, M. (1970a), *Teoría marxista de las sociedades precapitalistas*, Barcelona.
- Godelier, M. (1970b), *Racionalidad e irracionalidad en economía*, México.
- Godelier, M. (1971), *Sobre el modo de producción asiático*, Buenos Aires.
- Godelier, M. (1978), "Infraestructures, society and history", *Current Anthropology*, 19.4, 763-71
- Godelier, M. (1989), *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*, Madrid.
- Godelier, M. (2000), *Economía fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, Madrid.
- Gomme, A.W. (1927), "The Athenian hoplite force in 431 B. C.", *The Classical Quarterly*, 21.3/4, 142-50.
- Gomme, A.W. (1933), *The population of Athens in the fifth and fourth centuries B.C.*, Oxford.
- Graham, A.J. (1964), *Colony and Mother City in Ancient Greece*, Manchester .
- Grinin, L. (2004), "Democracy and early State", *Social Evolution & History*, 3.2, 93-149.
- Grove, A. T. & Rackham, O. (2001) *The nature of Mediterranean Europe. An ecological essay*, Londres.
- Gschntzer, F. (1987), *Historia social de Grecia. Desde el período micénico hasta el final de la época clásica*, Madrid.
- Guerreau, A. (1984), *El feudalismo. Un horizonte teórico*, Barcelona.

Guerreau, A. (1998), "El concepto de feudalismo: génesis, evolución y significación actual", en: Trias Vejarano, J. (ed.), 91-116.

Guerreau, A. (2002), *El futuro de un pasado. La Edad Media en el siglo XXI*, Barcelona.

Guinis, S.C. (1976), "New evidence on the stability of the Greek climate in historical times" (en griego modrno), *Praktika tes Akademias Athenon*, 51, 323-9.

Haldon, J. (1989), "The Ottoman state and the question of state autonomy: Comparative perspectives", *The Journal of Peasant Studies*, 18.3, 18-108.

Haldon, J. (1993), *The State and the tributary mode of production*, London

Haldon, J. (1998a), "La transición en Oriente", en: Trias Vejarano, J. (ed.), 69-82.

Haldon, J. (1998b), "El modo de producción tributario: concepto, alcance y explicación", *Hispania. Revista Española de Historia*, 200.58.3, 797-822.

Haldon, J. (1998c), "La estructura de las relaciones de producción tributarias: Estado y sociedad en Bizancio y el Islam primitivo", *Hispania. Revista Española de Historia*, 200.58.3, 841-80

Haldon, J. (2003), "Bizancio y el temprano islam: análisis comparativo de dos formaciones sociales tributarias medievales", en: García Mac Gaw, C. & Haldon, J. (eds.), 7-60.

Hall, L.G.H. (1990), "Ephialtes, the Areopagus and the Thirty", *The Classical Quarterly*, 40.2, 319-28.

Halstead, P. (1987), "Traditional and ancient rural economy in Mediterranean Europe: plus ça change?", *The Journal of Hellenic Studies*, 107, 77-87.

Halstead, P. & O'Shea, J., (eds. 1989), *Bad year economics. Cultural responses to Risk and Crisis*, Cambridge

Hammond, N.G.L. (1961), "Land tenure in Attica and Solon's Seisachtheia", *The Journal of Hellenic Studies*, 81, 76-98.

Hammond, N.G.L. (ed. 1981), *Atlas of the Greek and Roman world in antiquity*, New Jersey.

- Hansen, M.G. (1976a), "How Many Athenians Attended the "Ecclesia"?", *Greek, Roman & Byzantine Studies*, 17.2, 115-34.
- Hansen, M. (1976b), *Apagoge, Endeixis and Ephegesis against Kakourgou, atimoi and Pheugontes: a study in the Athenian administration of justice in the fourth century B.C.*, Odense.
- Hansen, M.H. (1979), "Misthos for magistrates in classical Athens", *Symbolae Osloenses*, 54, 5-22.
- Hansen, M.H. (1980), "Seven hundred *archai* in classical Athens", *Greek, Roman & Byzantine Studies*, 21.1, 151-73.
- Hansen, M.H. (1981), "The number of Athenian hoplites in 431 B.C.", *Symbolae Osloenses*, 56, 19-32.
- Hansen, M.H. (1982), "Demographic reflections on the number of Athenian citizens 451-309 B.C.", *American Journal of Ancient History*, 7.2, 172-89.
- Hansen, M.H. (1983), *The Athenian Ecclesia: a collection of articles 1976-1983. Volume I*, Copenhagen.
- Hansen, M.H. (1985), *Demography and democracy. The number of Athenian citizens in the fourth century B.C.*, Copenhagen.
- Hansen, M.H. (1988), *Three studies in Athenian demography*, Copenhagen.
- Hansen, M. (1989a), *Was Athens a Democracy? Popular Rule, Liberty and Equality in Ancient and Modern Political Thought*, Copenhagen.
- Hansen, M. (1989b), *The Athenian Ecclesia: a collection of articles 1983-1989. Volume II*, Copenhagen
- Hansen, M.H. (1990), "When was selection by lot of magistrates introduced in Athens?", *Classica et Medievalia*, 41, 55-61.
- Hansen, M.H. (1991), *The Athenian democracy in the age of Demosthenes. Structure, principles and ideology*, Oxford.
- Hansen, M.H. (1994), "The 2500th anniversary of Cleisthenes' reforms and the tradition of Athenian democracy", en: Osborne, R. & Hornblower, S. (eds.), 25-37.

- Hansen, M.H. (2002), "Was the polis a State or a Stateless society?", en: Nielsen, T.H. (ed.), *Even more. Studies in the ancient Greek polis*, Stuttgart, 17-47.
- Hansen, M.H. (2004a), "Attika", en: Hansen, M.H. & Nielsen, T.H. (eds.), *An inventory of archaic and classical poleis*, Oxford, 624-42.
- Hansen, M.H. (2004b), "The concept of the consumption city applied to the Greek polis", en: Nielsen, T.H. (ed.), 9-47.
- Hansen, M.H. (2006), *The shotgun method. The demography of the ancient Greek city-state culture*, Londres.
- Hanson, V.D. (1992a), "Practical aspects of grape-growing and the ideology of Greek viticulture", en: Wells, B. (ed.), 161-66.
- Hanson, V.D. (1992b), "Thucydides and the desertion of slaves during the Decelean war", *Classical Antiquity*, 11.2, 210-28.
- Hanson, V.D. (1995) *The other Greeks. The family farm and the agrarian roots of western civilization*, Nueva York.
- Hanson, V.D. (1998), *Warfare and agriculture in classical Greece*, Berkeley.
- Hanson, V.D. (2000), *The Western way of war. Infantry battle in classical Greece*, Berkeley.
- Harding, P. (1974), "Androtion's view of Solon's «seisachtheia»", *Phoenix*, 28.3, 282-9.
- Harding, P. (1976), "Androtion's political career", *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 25.2, 186-200.
- Harding, P. (1994), *Androtion and the «Atthis»*, Ontario.
- Harris, E.M. (1997), "A new solution to the riddle of the *seisachtheia*", en: Mitchell, L.G. & Rhodes, P.J. (eds.), 103-12.
- Harris, E.M. (2002), "Did Solon abolish debt-bondage?", *The Classical Quarterly*, 52.2, 415-30.
- Harrison, A.R.W. (1955), "Law-making at Athens at the end of the fifth century B. C.", *The Journal of Hellenic Studies*, 75, 26-35 .

- Herman, G. (2006), *Morality and behaviour in democratic Athens. A social history*, Cambridge.
- Heying, K. (1982), "Principales enfoques sobre la economía campesina", *Revista de la CEPAL*, 16, 115-42.
- Hignett, C. (1952), *A history of the Athenian constitution to the end of the fifth century B.C.*, Oxford.
- Hilton, R. (1985), *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*, Madrid.
- Hindess, B. & Hirst, P. (1979), *Los modos de producción precapitalistas*, Barcelona.
- Hitchner, R.B. (2009), "The Mediterranean and the history of antiquity", en: Erskine, A. (ed.), 429-35.
- Hobsbawm, E.J. (1990), "Introducción", en: Marx, K. & Hobsbawm, E.J., 9-64.
- Hodkinson, S. (1986), "Land tenure and inheritance in classical Sparta", *The Classical Quarterly*, 36.2, 378-406.
- Hodkinson, S. (2000), *Property and wealth in classical Sparta*, Londres.
- Hopkins, K. (1981), *Conquistadores y esclavos*, Barcelona.
- Hopper, R.J. (1961), "«Plain», «shore», and «hill» in early Athens", *The Annual of British School at Athens*, 56, 189-219.
- Hopper, R.J. (1966), "The solonian «crisis»", en: Badian, E. (ed.), 139-46.
- Horden, P. & Purcell, N. (2000), *The corrupting sea: a study of Mediterranean history*, Oxford.
- Hornblower, S. (1991), *A commentary on Thucydides. Volume I. Books I-III*, Oxford.
- Hornblower, S. (2008), *A commentary on Thucydides. Volume III – Books 5.25 – 8.109*, Oxford.
- How, W.W. & Wells, J. (1989-1990), *A Commentary on Herodotus, with introduction and appendixes*, 2 vols., Oxford.
- Hughes, J. (1994), *Pan's travail: environmental problems of the ancient Greeks and Romans*, Baltimore.

- Hughes, J. (2005), *The Mediterranean: an environmental history*, Santa Barbara.
- Humphreys, S.C. (1977/8). "Public and private interests in classical Athens", *The Classical Journal*, 73, 97-104.
- Humphreys, S.C. (1991), "A historical approach to Drakon's law on homicide", en: Gagarin, M. (ed.), *Symposion 1990. Papers on Greek and Hellenistic legal history*, Colonia, 17-45.
- Isager, S. (1992), "Sacred and profane ownership of land", en: Wells, B (ed. 1992), 119-22.
- Isager, S. & Hansen, M.H. (1975), *Aspects of Athenian society in fourth century BC*, Odense.
- Isager, S. & Skydsgaard, J.E. (1992), *Ancient Greek agriculture. An introduction*, Londres.
- Jacob, Ch. (2008), *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona.
- Jameson, M.H. (1977/8), "Agriculture and slavery in classical Athens", *The Classical Journal*, 73, 122-45.
- Jameson, M.H. (1982), "The leasing of land in Rhamnous", en: *Studies in Attic epigraphy, history, and topography presented to Eugene Vanderpool* (Hesperia Suppl. 19), Princeton, 66-74.
- Jameson, M.H. (1983), "Famine in the Greek world", en: Garnsey, P. & Whittaker, C.R. (eds.), 6-16.
- Jameson, M.H. (1990), "Private space and the Greek city", en: Murray, O. & Price, S. (eds.), 171-95.
- Jameson, M.H., (1992), "Agricultural labour in ancient Greece", en: Wells, B. (ed.), 135-46.
- Jameson, M.H. (1994), "Class in the ancient Greek countryside", en: Doukellis, P. & Mendoni, L. (eds.), 55-63.
- Jameson, M.H. (2002a), "Attic *eschatia*", en: Ascani, K., Gabrielsen, V., Kvist, K. & Rasmussen, A.H. (eds.), 63-68.

- Jameson, M.H. (2002b), "On Paul Cartledge, The political economy of Greek slavery", en: Cartledge, P., Cohen, E.E. and Foxhall, L. (eds.), 167-74.
- Jardé, A. (1925), *Les céréales dans l'Antiquité grecque*, Paris.
- Jeffery, L.H. (1976), *Archaic Greece: the city states c. 700-500 B.C.*, Londres.
- Jones, A.H.M. (1957), *Athenian democracy*, Oxford.
- Jones, J.W. (1956), *Law and Legal Theory of the Greeks*, Oxford.
- Jones, L.A. (1987), "The role of Ephialtes in the rise of Athenian democracy", *Classical Antiquity*, 6.1, 53-76.
- Jones, N.F. (1987), *Public organization in ancient Greece. A documentary study*, Filadelfia.
- Jones, N.F. (1999), *The associations of classical Athens. The response to democracy*, Oxford.
- Jones, N.F. (2000), "Epigraphic evidence for farmstead residence in Attica", *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 133, 75-90.
- Jones, N.F. (2004), *Rural Athens under the democracy*, Filadelfia.
- Jordan, B. (1975), *The Athenian navy in the classical period*, Berkéley & Los Ángeles.
- Kagan, D. (1961), "The origin and purposes of ostracism", *Hesperia*, 30, 393-401.
- Kayser, B. & Thompson, F. (1964), *Economic and social Atlas of Greece*, Atenas.
- Kerényi, K. (2004), *Eleusis*, Madrid.
- Kirk, G. (1977), "The Hektemoroi of pre-Solonian Athens reconsidered", *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 26.3, 369-70.
- Knox, R. (1985), "«So mischievous a beast»? The athenian *demos* and its treatment of its politicians", *Greece & Rome*, 32, 132-61.
- Konstan, D. (1981), "Marxismo y esclavismo romano", en: AA.VV., 127-48.
- Konstan, D. & Dillon, M. (1981), "The Ideology of Aristophanes' *Wealth*", *American Journal of Philology*, 102, 371-94.

- Krasilnikoff, J. (2000), "On the gardens and marginal lands of classical Attica", en: Isager, S. & Nielsen, I. (eds.) *Proceedings of the Danish Institute at Athens III*, Atenas, 177-93.
- Kroeber, A. (1948), *Anthropology*, Nueva York.
- Kroll, J.H. & Waggoner, N.M. (1984), "Dating the earliest coins of Athens, Corinth and Aegina", *American Journal of Archaeology*, 88, 325-40.
- Kuchenbuch, L. & Michael, B. (1986), "Estructura y dinámica del modo de producción feudal en la Europa preindustrial", *Studia Historica. Historia medieval*, 4.2, 7-57.
- Kyrtatas, D. (2002), "Domination and exploitation", en : Cartledge, P.; Cohen, E. & Foxhall, L. (eds.), 140-55.
- Lane Fox, R. (1996), "Ancient hunting: from Homer to Polybios", en: Shipley, G. & Salmon, J. (eds.), 119-53.
- Langdon, M. (1976), *A Sanctuary of Zeus on Mount Hymettos*, Princeton.
- Lape, S. (2002/3), "Solon and the institution of the «democratic» family form", *The Classical Journal*, 9.2, 117-39.
- Leduc, C. (1994/5), "Citoyenneté et parenté dans la cité des Athéniens. De Solon a Périclès", *Mètis. Anthropologie des mondes grecs anciens*, 9-10, 51-68.
- Lekas, P. (1988), *Marx on classical Antiquity. Problems of historical methodology*, Nueva York.
- Lévêque, P. (1973), "Les dépendants du type hilote. Les hectémores", en: Welskopf, E.C. (ed.), 114-9.
- Lévêque, P. & Vidal-Naquet, P., (1964), *Clisthène l'athénien. Essai sur la représentation de l'espace et du temps dans la pensée politique grecque de la fin du VI^e siècle à la mort de Platon*, Paris.
- Lévy, E. (1975) "Réformes et date de Solon. Réponse a F. Cassola", *La Parola del Passato*, 28, 88-91.
- Lévy, E. (1985), "Astos et politès d'Homère à Hérodote" *Ktèma. Civilisations de l'Orient, de la Grèce et de Rome antiques*, 10, 53-66.

- Lewis, D.M. (1963), "Cleisthenes and Attica", *Historia: zeitschrift für alte geschichte*, 12, 22-40.
- Lewis, D.M. (1973), "The Athenian *rationes centesimarum*", en: Finley, M.I. (ed.), 187-212.
- Lewis, D.M. (1990), "Public property in the city", en: Murray, O. & Price, S. (eds.) 245-63.
- Lewis, J. (2004), "Slavery and Lawlessness in Solonian Athens," , *Dike. Rivista di storia del diritto greco ed ellenistico*, 7, 19-40.
- Lewis, N. (1941), "Solon's agrarian legislation", *The American of Journal Philology*, 62, 144-56.
- Liddle, H.G. & Scott, R. (1996), *A Greek-English Lexicon, with a Revised Supplement*, Oxford.
- Lohmann, H. (1992), "Agriculture and country life in classical Attica", en: Wells, B. (ed.), 29-57.
- Longo, O. (1974), "Ad Alceo 112 L.P.: per la storia di un *topos*", *Bolletino dell'Istituto di filologia greca*, 1, 211-28.
- Longo, O. (1975), "La *polis*, le mura, le navi (Tucidide VII 77,7)", *Quaderni di Storia*, 1, 87-113.
- Lonis, R. (1983), "Astu et Polis. Remarques sur le vocabulaire de la ville et de l'État dans les inscriptions attiques du V au milieu du II s. av. J.-C.", *Ktèma. Civilisations de l'Orient, de la Grèce et de Rome antiques*, 8, 95-107.
- Lonis, R. (1994), *La cité dans le monde grecque. Structures, fonctionnement, contradictions*, Paris.
- Loroux, N. (1979), "Aux origines de la démocratie. Sur la «transparence» démocratique", *Raison Présente*, 49, 3-13.
- Loroux, N. (1993), *L'Invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la «cité classique»*, Paris.
- Loroux, N. (2003), *La experiencia de Tiresias. Lo femenino y el hombre griego*, Buenos Aires.

- Loraux, N. (2007), "Notas sobre el uno, el dos y lo múltiple", en: Abensour, M. (comp.), *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*, Buenos Aires, 243-64.
- Loraux, N. (2008a), *La guerra civil en Atenas. La política entre la sombra y la utopía*, Madrid.
- Loraux, N. (2008b), *La ciudad dividida. El olvido en la memoria de Atenas*, Madrid.
- Lukács, G. (2009), *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, Buenos Aires.
- MacDowell, D. (1986), "Law-making at Athens in the fourth century B.C.", *The Journal of Hellenic Studies*, 95, 62-74.
- MacDowell, D. (1986), *The law in classical Athens*, Nueva York.
- Mactoux, M.-M. (1988), "Lois de Solon sur les esclaves et formation d'une société esclavagiste", en : Yuge, T. & Doi, M. (eds.), 331-54
- Mactoux, M.-M. & Geny, E. (eds. 1990), *Mélanges Pierre Lévêque. V: Anthropologie et société*, París.
- Mandel, E. (1968), *La formación del pensamiento económico de Marx, de 1843 a la redacción de El Capital: estudio genético*, México.
- Manville, P.B. (1980), "Solon's law of *stasis* and *atimia* in archaic Athens", *Transactions of the American Philological Association*, 110, 213-21.
- Manville, P.B. (1990), *The origins of citizenship in ancient Athens*, Princeton.
- Manville, P.B. (1994), "Toward a new paradigm of Athenian citizenship", Boegehold, A.L. & Scafuro, A.C. (eds.), 21-33.
- Manzano Moreno, E. (1998), "Relaciones sociales en sociedades precapitalistas: una crítica al concepto de «modo de producción tributario»", *Hispania. Revista Española de Historia*, 200.58.3, 881-914.
- Mariolopoulos, E.G. (1925), *Etude sur le climat de la Grèce*, Paris.
- Mariolopoulos, E.G. (1971), "Has the climate changed?" (en griego moderno), *Praktika tes Akademias Athenon*, 46, 38-53.

- Markle, M.M. (1985), "Jury pay and assembly pay at Athens", en: Cartledge, P. & Harvey, F.D. (eds.), 265-97.
- Marx, K. (1971), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, t. I, México.
- Marx, K. (1980), *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa*, México.
- Marx, K. (1994) *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires.
- Marx, K. (1997), *Introducción general a la crítica de la economía política / 1857*, México.
- Marx, K. (1975), *El Capital. Crítica de la economía política. Tomo I. El proceso de producción del capital*, 3 vols., México.
- Marx, K. & Engels, F. (1972), *Correspondencia*, Buenos Aires.
- Marx, K. & Hobsbawm, E.J. (1990), *Formaciones económicas precapitalistas*, México.
- Masaracchia, A. (1958), *Solone*, Florencia.
- McInerney, J. (2010), *The cattle of the sun. Cows and culture in the world of the Ancient Greeks*, Princeton & Oxford.
- Meier, Ch. (1985), *Introducción a la antropología política de la Antigüedad clásica*, México.
- Meier, Ch. (1990), *The Greek discovery of politics*, Londres.
- Meikle, S. (1995a), *Aristotle's economic thought*, Oxford.
- Meikle, S. (1995b), "Modernism, economics, and the ancient economy", *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, 41, 174-91.
- Meritt, B.D., Wade-Gery, H.T. & McGregor, M.F. (1950), *The Athenian Tribute Lists*, vol. III, New Jersey.
- Miceli, P. (2008), "Según la tradición de la tierra. Comunidad rural y práctica jurídica en los fueros medievales", en Miceli, P. & Gallego, J. (eds.), 291-308.
- Miceli, P. & Gallego, J. (eds. 2008), *Habitar, producir, pensar el espacio rural. De la Antigüedad al Mundo Moderno*, Buenos Aires.

- Michell, H. (1943), *The economics of ancient Greece*, Cambridge.
- Michell, H. (1953), "Land tenure in ancient Greece", *The Canadian Journal of Economics and Political Science*, 19.2, 245-53.
- Millett, P. (1982), "The Attic *horoi* reconsidered in the light of recent discoveries", *Opus. Rivista Internazionale per la storia economica e sociale dell'antichità*, 1, 219-49.
- Millett, P. (1984), "Hesiod and his world", *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, 210, 84-115.
- Millett, P. (1989), "Patronage and its avoidance in ancient Athens", en: Wallace-Hadrill, A. (ed.), *Patronage in ancient society*, Londres, 15-47.
- Millett, P. (1990), "Sale, credit and exchange in athenian law and society", en: Cartledge, P., Millett, P. & Todd, S. (eds.), 167-94.
- Millett, P. (1991), *Lending and borrowing in ancient Athens*, Cambridge.
- Millett, P. (2002), "La economía", en: Osborne (ed. 2002), 31-62.
- Mirón Pérez, M.D. (2004), "*Oikos* y *oikonomia*: El análisis de las unidades domésticas de producción y reproducción en el estudio de la Economía antigua", *Gerión*, 22.1, 61-79.
- Mitchell, L.G. & Rhodes, P.J. (eds. 1997), *The development of the polis in archaic Greece*, Londres.
- Miyazaki, M. (2007), "Public coercive power of the Greek polis. On recent debate", *Bulletin of the institute for Mediterranean Studies*, 5, 87-100.
- Molina, L.A. (1998), "Solon and the evolution of athenian agrarian economy", *Pomoerivn*, 3, 5-18.
- Moreno, A. (2007), *Feeding the democracy. The Athenian grain supply in the fifth and fourth centuries BC.*, Oxford.
- Morris, I. (1987), *Burial and ancient society. The rise of the Greek city-state*, Cambridge.
- Morris, I. (1991), "The early *polis* as city and state", en: Rich, J. & Wallace-Hadrill, A. (eds.), 25-57.

- Morris, I. (1994a), "The Athenian economy twenty years after *The Ancient Economy*", *Classical Philology*, 89. 4, 351-66.
- Morris, I. (1994b), "Village society and the rise of the Greek state", en: Doukellis & Mendoni (eds.), 49-53.
- Morris, I. (1996), "The strong principle of equality and the archaic origins of greek democracy", en: Ober, J. & Hedrick, C. (eds. 1996), 19-48.
- Morris, I. (2002), "Hard surfaces", en: Cartledge, P.; Cohen, E. & Foxhall, L. (eds.), 8-43.
- Morris, I. (2003), "Mediterraneanization", *Mediterranean Historical Review*, 18, 30-55.
- Morris, I. (2007), *Historia y cultura. La revolución de la arqueología*, Barcelona.
- Morris, I. & Powell, B.B. (2006), *The Greeks: history, culture, and society*, New Jersey.
- Morris, I. & Raaflaub, K.A. (eds. 1997), *Democracy 2.500: questions and challenges*, Atlanta.
- Morris, S. & Papadopoulos, J. (2005), "Greek towers and slaves: an archaeology of exploitation", *American Journal of Archaeology*, 109, 155-225.
- Morsel, J. (2008), *La aristocracia medieval. El dominio social en Occidente (siglos V-XV)*, Valencia.
- Mossé, C. (1962), *La fin de la démocratie athénienne. Aspects sociaux et politiques du déclin de la cité grecque*, Paris.
- Mossé, C. (1973), "Le statut des paysans en Attique au IV^e siècle", en: Finley, M.I. (ed.), 179-86.
- Mosse, C. (1977) "La esclavitud en Grecia", en: AA.VV., 7-18.
- Mossé, C. (1980), *El trabajo en Grecia y Roma*, Madrid.
- Mossé, C. (1982), "Quelques réflexions sur «la condition négative» de l'apparition d'une société esclavagiste, et sur l'ambiguïté du statut servile", *Opus. Rivista Internazionale per la Storia Economica e Sociale dell' antichità*, 1, 53-5.
- Mossé, C. (1984), *La Grèce archaïque d'Homère à Eschyle, VIII^e-VI^e siècles a. J.-C.*, Paris.

- Mossé, C. (1987), *Historia de una democracia: Atenas*, Madrid.
- Mossé, C. (1993a), *Le Citoyen dans la Grèce antique*, Paris.
- Mossé, C. (1993b), “El hombre y la economía”, en: Vernant, J.-P. (ed.), 33-63.
- Mossé, C. (1994), “Peut-on parler de patronage dans l’Athènes archaïque et classique?”, en: Annequin, J. & Garrido-Hory, M. (eds.), *Religion et anthropologie de l’esclavage et des formes de dépendance. XXe Colloque du GIREA, Besançon 4-6 novembre 1993*, Besançon, 29-36.
- Mossé, C. (1994/5), “Les relations de «clientèle» dans le fonctionnement de la démocratie athénienne”, *Métis*, 9/10, 143-50.
- Mossé, C. (1995), *Politique et société en Grèce ancienne. Le “modèle” athénien*, Paris.
- Mossé, C. (2007), *Pericles. El inventor de la democracia*, Madrid.
- Mossé, C.; Vidal-Naquet, P.; Fernández Ubiña, J.; González-Román, C. (eds. 1977), *Clases y luchas de clases en la Grecia Antigua*, Madrid.
- Murray, O. (1983), *Grecia arcaica*, Madrid.
- Murray, O. & Moreno, A. (eds. 2007), *A commentary on Herodotus. Books I-IV*, Oxford.
- Murray, O. & Price, S. (eds. 1990), *The Greek city from Homer to Alexander*, Oxford.
- Musti, D. (2000), *Demokratía. Orígenes de una idea*, Madrid.
- Mylonas, G.E. (1961), *Eleusis and the Eleusinian Mysteries*, Princeton.
- Nagle, D.B. (2006), *The household as the foundation of Aristotle’s polis*, Cambridge.
- Nelson, S.A. (1998), *God and the land. The metaphysics of farming in Hesiod and Vergil*, Oxford.
- Nielsen, T.H. (ed. 2004), *Once again. Studies in the ancient Greek polis*, Stuttgart.
- Nixon, L. & Price, S. (1990), “The size and resources of Greek cities”, en: Murray, O. & Price, S. (eds.), 137-70.
- Ober, J. (1985), *Fortress Attica. Defense of the Athenian land frontier 404-322 BC*, Leiden.

Ober, J. (1989), *Mass and Elite in Democratic Athens. Rhetoric, Ideology and the Power of the People*, Princeton.

Ober, J. (1991), "Aristotle's political sociology: class, status and order in the *Politics*", en: Lord, C. & O'Connor, D. (eds.), *Essays on the foundations of Aristotelian political science*, Oxford, 112-35.

Ober, J. (1996a), *The Athenian revolution. Essays on ancient Greek democracy and political theory*, Princeton.

Ober, J. (1996b), "«I besieged that man». Democracy's revolutionary start", en: Ober, J. & Hedrick, C. (eds.), 83-104.

Ober, J. (1997), "Revolution matters: democracy as demotic action, response to Kurt Raaflaub", en: Morris, I. & Raaflaub, K.A. (eds.), 67-85.

Ober, J. (2008), *Democracy and knowledge: innovation and learning in classical Athens*, Princeton.

Ober, J. & Hedrick, C. (eds. 1996), *Demokratia: A conversation on democracies, ancient and modern*, Princeton.

Oliva, P. (1983), *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid.

Olson, S.D. (1990), "Economics and ideology in Aristophanes' *Wealth*", *Harvard Studies in Classical Philology*, 93, 223-42.

Osborne, R. (1985a), *Demos: the discovery of classical Attika*, Cambridge.

Osborne, R. (1985b), "Buildings and residence on the land in classical and Hellenistic Greece: the contribution of epigraphy", *The Annual of the British School at Athens*, 80, 119-28.

Osborne, R. (1985c), "Law in action in classical Athens", *The Journal of Hellenic Studies*, 105, 40-58.

Osborne, R. (1987), *Classical landscape with figures. The ancient Greek city and its countryside*, Londres.

Osborne, R. (1988), "Social and economic implications of the leasing of land and property in classical and hellenistic Greece", *Chiron*, 18, 279-323.

- Osborne, R. (1990), "The *demos* and its divisions in Classical Athens", en: Murray, O. & Price, S. (eds.), 265-93.
- Osborne, R. (1992), "«Is it a farm?» The definition of agricultural sites and settlements in ancient Greece", en: B. Wells (ed.), 21-7.
- Osborne, R. (1995), "The economics and politics of slavery at Athens", en: Powell, A. (ed.), 27-43.
- Osborne, R. (1998), *La formación de Grecia, 1200-479 a.C.*, Barcelona.
- Osborne, R. (2003), "Orgullo y prejuicio, sensatez y subsistencia: intercambio y sociedad en la ciudad griega", en: Gallego, J. (ed. 2003), 185-209
- Osborne, R. (2004), *Greek history*, Londres.
- Osborne, R. (ed. 2002), *La Grecia clásica, 500-323 a.C.*, Barcelona.
- Osborne, R. & Hornblower, S. (eds. 1994), *Ritual, finance, politics. Athenian democratic accounts presented to David Lewis*, Oxford.
- Ostwald, M. (1969), *Nomos and the beginnings of the Athenian democracy*, Oxford.
- Ostwald, M. (1986), *From popular sovereignty to the sovereignty of law. Law, society and politics in fifth-century Athens*, Berkeley.
- Ostwald, M. (1988), "The reform of the Athenian state by Cleisthenes", en: Boardman, J.; Hammond, N.G.L.; Lewis, D.M. & Ostwald, M. (eds.), *The Cambridge ancient history. Volume IV. Persia, Greece and the Western Mediterranean C. 525 to 479 B.C.*, Cambridge, 303-46.
- Padgug, R.A. (1972), "Eleusis and the union of Attica", *Greek, Roman & Byzantine Studies*, 13, 135-50.
- Padgug, R.A. (1981), "Clases y sociedad en la Grecia clásica.", en: AA.VV., 73-103.
- Païaro, D (2007), "La «invención de la tradición» en Atenas. Algunas reflexiones en torno a *The Athenian Experiment* de Greg Anderson", *Ordia Prima. Revista de Estudios Clásicos*, 6, 173-96.

- Paiaro, D. (*en prensa*), “Ambigüedades del Estado en la democracia ateniense: entre la libertad y la coacción”, en: Campagno, M., Gallego, J. & García Mac Gaw, C. (comps.), *El Estado en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Buenos Aires.
- Palerm, A. (1982), “Los estudios campesinos: orígenes y transformaciones”, en: *Antropología y marxismo*, México, 147-68.
- Parain, Ch. (1986), “Los caracteres específicos de la lucha de clases en la Antigüedad clásica”, en: AA.VV., 257-87.
- Payen, P. (1997), *Les îles nomades. Conquérir et résister dans l'Enquête d'Hérodote*, París.
- Patterson, C. (1981), *Pericles' citizenship law of 451-50 B.C.*, Nueva York.
- Pečírka, J. (1966), *The formula for the grant of enktêsis in Attic inscriptions*, Praga
- Pečírka, J. (1973), “Homestead farms in classical and hellenistic Hellas”, en: Finley, M.I. (ed.), 113-47.
- Petit, P. (1986), “La esclavitud antigua en la historiografía soviética”, en: AA.VV., 23-48.
- Philippon, A. (1948), *Das Klima Griechenlands*, Bonn.
- Philippon, A. (1952), *Die griechischen Landschaften*, Fráncfort.
- Picard, O. (1997), “Monnaies et législateurs”, en: Brulé, P. & Ouhlen, J. (eds.), *Esclavage, guerre, économie en Grèce ancienne, Hommages à Yvon Garlan*, Rennes, 213-27.
- Plácido, D. (1989), “«Nombres de libres que son esclavos» (*Pólux*, III, 82)”, en: AA.VV., 55-79.
- Plácido, D. (1995a), *Introducción al mundo antiguo: problemas teóricos y metodológicos*, Madrid.
- Plácido, D. (1995b), “Imperialismo y democracia: coherencia y paradoja en la Atenas del siglo V a.C.”, *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 28, 73-87.
- Plácido, D. (1997), *La sociedad ateniense. La evolución social en Atenas durante la guerra del Peloponeso*, Barcelona.

Plácido, D. (2001), "El territorio del Ática, entre unidad y dispersión.", en: López Barja, P. & Reboreda Morillo, S. (eds.), *Fronteras e identidad en el mundo griego antiguo*, Santiago de Compostela - Vigo, 181-94.

Plácido, D. (2006), "Liturgias, evergetismo y mistoforía: los modos de redistribución de la ciudad democrática", en: Marco, F.; Pina, F. & Remesal, J. (eds.), *Repúblicas y ciudadanos: modelos de participación cívica en el mundo antiguo*, Barcelona, 41-54.

Plácido, D. (2007), "Resistencia, sumisión e interiorización de la dependencia. La dependencia como protección", *Studia Historica. Historia Antigua*, 25, 163-70.

Plácido, D. (2008a), *Poder y discurso en la antigüedad clásica*, Madrid.

Plácido, D. (2008b), "El territorio de la *pólis*. Explotación agrícola y organización política. La ocupación del espacio y la imagen del territorio", Miceli, P. & Gallego, J. (eds.), 47-58.

Plácido, D. (2008c), "Las relaciones clientelares en la evolución de la democracia ateniense", *Circe de clásicos y modernos*, 12, 225-42.

Plácido, D. (2009), "Los modos de producción y las transformaciones del mundo clásico", *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, 41, 9-19.

Plácido, D.; Valdéz, M.; Echeverría, F & Montes, M.Y. (eds. 2005), *La construcción ideológica de la ciudadanía*, Madrid.

Polanyi, K. (1994), *El sustento del hombre*, Barcelona.

Pomeroy, S.B. (1994), *Xenophon, Oeconomicus. A social and historical commentary*, Oxford.

Pomeroy, S.B.; Burstein, S.M.; Donlan, W. & Roberts, J.T. (2001), *La Grecia antigua. Historia política, social y cultural*, Barcelona.

Poulantzas, N. (1976), *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, Madrid.

Powell, A. (ed. 1995), *The Greek world*, Londres.

Powell, J.D. (1974), "Sobre la definición de campesinos y de sociedad campesina.", en: Bartolomé, L.J. & Gorostiza, E.E. (comps.), *Estudios sobre el campesinado latinoamericano. La perspectiva de la antropología social*, Buenos Aires, 47-53.

- Price, S. & Nixon, L. (2005), "Ancient Greek agricultural terraces: evidence from text and archaeological survey", *American Journal of Archaeology*, 109.4, 665-694.
- Prieto Arciniega, A.M. (1986), "Prólogo", en: AA.VV., 5-22.
- Pritchett, W. (1953), "The Attic Stelai, Part I", *Hesperia*, 22.4, 225-99.
- Pritchett, W.K. (1960), "Marathon", *University of California Publications in Classical Archaeology*, 4.2, 137-89.
- Pritchett, W. (1961), "Five new fragments of the Attic Stelai", *Hesperia*, 30.1, 23-9.
- Pritchett, W. & Pippin, A. (1956), "The Attic Stelai: Part II", *Hesperia*, 25.3, 178-328.
- Provansal, M. (ed. 1990), *L'agriculture en terrasses sur les versants méditerranéens*, Aix-en-Provence.
- Raaflaub, K.A. (1996), "Equalities and inequalities in Athenian democracy", en: Ober, J. & Hedrick, C. (eds.), 139-74.
- Raaflaub, K.A. (1997a), "Power in the hand of the people: foundations of Athenian democracy", en: Morris, I & Raaflaub, K.A. (eds.), 31-66.
- Raaflaub, K.A. (1997b), "The thetes and democracy: response to J. Ober", en: Morris, I. & Raaflaub, K.A. (eds.), 87-103.
- Raaflaub, K.A. (1997c), "Soldiers, citizens and the evolution of the early Greek polis", en: Mitchell, L.G. & Rhodes, P.J. (eds.), 49-59.
- Rackham, O. (1983), "Observations on the historical ecology of Boeotia", *The Annual of the British School at Athens*, 78, 291-351.
- Rackham, O. (1990), "Ancient landscapes", en: Murray, O. & Price, S. (eds.), 85-111.
- Rackham, O. (1996), "Ecology and pseudo-ecology: the example of ancient Greece", en: Shipley, G. & Salmon, J. (eds.), 16-43.
- Rackham, O. & Moody, J.A. (1992), "Terraces", en: Wells, B. (ed.), 123-30.
- Rahe, P.A. (1994), *Republics ancient and modern. I: The ancien régime in classical Greece*, Chapel Hill.
- Rancière, J. (1996), *El desacuerdo. Filosofía y política*, Buenos Aires.

- Redfield, R. (1956), *Peasant society and culture*, Chicago.
- Rhodes, P.J. (1972), *The Athenian boule*, Oxford.
- Rhodes, P.J. (1980), "Ephebi, bouleutae and the population of Athens", *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 38, 191-201.
- Rhodes, P.J. (1981), *A commentary on the Aristotelian Athenaion Politeia*, Oxford.
- Rhodes, P.J. (1982), "Problems in Athenian *eisphora* and liturgies", *American Journal of Ancient History*, 7, 1-19.
- Rhodes, P.J. (1985), "Nomothesia in fourth-century Athens", *The Classical Quarterly*, 35.1, 55-60.
- Rhodes, P.J. (1986), "Political activity in classical Athens", *The Journal of Hellenic Studies*, 106, 132-44.
- Rhodes, P.J. (1988), *Thucydides. History II*, Oxford.
- Rhodes, P.J. (2000), "Who ran democratic Athens?", en: Flensted-Jensen, P.; Nielsen, T. & Rubinstein, L. (ed.), *Polis & politics. Studies in ancient Greek history*, Copenhagen, 465-77.
- Rhodes, P.J. (2003), *Ancient democracy and modern ideology*, Londres.
- Rhodes, P.J. (2007a), "Democracy and empire", en: Samons II, L.J. (ed.), 24-45.
- Rhodes, P.J. (2007b), *The Greek City States. A sourcebook*, Cambridge.
- Rich, J. & Wallace-Hadrill, A. (eds. 1991), *City and country in the ancient world*, Londres.
- Rihll, T.H. (1991), "Hektemoroi: partners in crime?", *The Journal of Hellenic Studies*, 111, 101-27.
- Rihll, T.H. (1995), "Democracy denied: why Ephialtes attacked the Areiopagus", *The Journal of Hellenic Studies*, 115, 87-98.
- Ribeiro Ferreira, J. (1989), "Os hectêmoros e sua situação social", en: AA.VV., 37-53.
- Roldán Hervás, J.M. (1975) *Introducción a la Historia Antigua*, Madrid

- Roldán Hervás, J. M. (1978), “La comunidad romana primitiva, la clientela y la plebe”, *Memorias de Historia Antigua*, 2, 19-39.
- Roll, E. (1975), *Historia de las doctrinas económicas*, México.
- Rose, P.W. (1992), *Sons of the gods, children of earth. Ideology and literary form in ancient Greece*, Londres.
- Rösener, W. (1995), *Los campesinos en la historia europea*, Barcelona.
- Rosenberg, A. (2006), *Democracia y lucha de clases en la antigüedad*, Madrid.
- Rosivach, V.J. (1992), “Redistribution of land in Solon, Fragment 34 West”, *The Journal of Hellenic Studies*, 112, 153-7.
- Rosivach, V.J. (2002a), “Zeugitai and hoplites”, *Ancient History Bulletin*, 16, 33-43.
- Rosivach, V.J. (2002b). “The requirements for the solonic classes in Aristotle, AP 7.4”, *Hermes*, 130, 36–47.
- Roy, J. (1988), “Demosthenes 55 as evidence for isolated farmsteads in classical Attica”, *Liverpool Classical Monthly*, 13, 57-59.
- Roy, J. (1996), “The countryside in classical Greek drama, and isolated farms in dramatic landscapes”, en: Shipley, G. & Salmon, J. (eds.), 98-118.
- Ruschenbusch, E. (1983), “Zur Wirtschafts- und Sozialstruktur der Normalpolis”, *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, 13, 173-94.
- Ruschenbusch, E. (1985), “Die Zahl der griechischen Staaten und Arealgrösse und Bürgerzahl der ‘Normalpolis’”, *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 59, 253–63.
- Ruzé, F. (2003), *Eunomia. À la recherche de l'équité*, Paris.
- Saïd, S. (1979), “L'Assemblée des Femmes: les femmes, l'économie et la politique”, *Les Cahiers de Fontenay*, 17, 33-69.
- Sakellariou, M. (1979), “Les hectémores”, en: Welskopf, E.C. (ed.), 991-113.
- Sallares, R. (1991), *The ecology of the ancient Greek world*, Londres.
- Sallares, R. (2007), “Ecology”, en: Scheidel, W.; Morris, I. & Saller, R. (eds.), 15-37.
- Sallares, R. (2009), “Environmental history”, en: Erskine, A. (ed.), 164-74.

- Saller, R. (1982), *Patronage under the Early Empire*, Cambridge.
- Salviat, F. (1986), “Le vin de Thasos. Amphores, vin et sources écrites”, en: Empereur, J.-Y. & Garlan, Y. (eds.), *Recherches sur les amphores grecques*. Atenas, 145-96.
- Samons II, L.J. (ed. 2007), *The Cambridge companion to the age of Pericles*, Cambridge.
- Sancho Rocher, L. (1991) “Τὸ μετέκhein τῆς πόλεως. Reflexiones acerca de las condiciones de pertenencia ciudadana entre Solón y Pericles”, *Gerión*, 9, 59-86.
- Sancho Rocher, L. (1997), *Un proyecto democrático. La política en la Atenas del siglo V*, Zaragoza.
- Sancisi-Weerdenburg, H. (1993), “Solon’s hektemoroi and Pisistratid dekatemoroi”, en: Sancisi-Weerdenburg, H.; Van der Spek, R.J.; Teitler, H.C. & Wallinga, H.T. (eds.), *De Agricultura. In Memoriam Pieter Willem de Neeve (1945-1990)*, Amsterdam, 13-30.
- Schaps, D.M. (2004), *The invention of coinage and the monetization of ancient Greece*, Ann Arbor.
- Scheid-Tissinier, É. (2002), “Laos et dêmos, le peuple de l'épopée”, *L'Antiquité Classique*, 71, 1-26.
- Scheidel, W.; Morris, I. & Saller, R. (eds.), *The Cambridge economic history of the Greco-Roman world*, Cambridge
- Schils, G. (1991), “Solon and the hektemoroi,” *Ancient Society*, 22, 75-90.
- Schmitt -Pantel, P. (1992), *La cité au banquet. Histoire des repas publics dans les cités grecques*, Paris-Roma.
- Schumpeter, J. (1971), *Historia del análisis económico*, Barcelona.
- Scott, J.C. (1985), “¿Patronazgo o explotación?”, en: Gellner, E. & Waterbury, J. (eds.), 35-61.
- Sealey, R. (1983), “How Citizenship and the City Began in Athens”, *American Journal of Ancient History*, 8, 97-129.
- Sealey, R. (1987), *The Athenian Republic. Democracy or the rule of law?*, Pensilvania.

- Semple, E.C. (1932), *The geography of the Mediterranean region and its relation to ancient history*, Londres.
- Serghidou, A. (ed. 2007), *Peur de l'esclave - Peur de l'esclavage en Méditerranée ancienne. XXIX Colloque du GIREA*, Besançon.
- Shanin, T. (1971), "Peasantry: delineation of a sociological concept and a field of study", *European Journal of Sociology*, 12, 289-300.
- Shanin, T. (1976), *Naturaleza y lógica de la economía campesina*, Barcelona.
- Shanin, T. (1983), *La clase incómoda. Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo (Rusia 1910-1925)*, Madrid.
- Shanin, T. (comp. 1971), *Peasants and peasant societies*, Harmondsworth.
- Shaikh, A. (2006), *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*, Buenos Aires.
- Shingley, G. & Salmon, J. (eds. 1996), *Human landscapes in classical Antiquity. Environment and culture*, Londres.
- Silverman, S. (1985), "El patronazgo como mito", en: Gellner, E. & Waterbury, J. (eds.), 17-33.
- Sinclair, R.K. (1999), *Democracia y participación en Atenas*, Madrid.
- Skydsgaard, J.E. (1988), "Transhumance in ancient Greece", en: Whittaker, C.R. (ed.) 75-86.
- Snodgrass, A.M. (1977), *Archaeology and the rise of the Greek state*, Cambridge.
- Snodgrass, A.M. (1980), *Archaic Greece. The age of experiment*, Londres.
- Snodgrass, A.M. (1990), *Arqueología de Grecia. Presente y futuro de una disciplina*, Barcelona.
- Snodgrass, A.M. (1991), "Archeology and the study of the Greek city", en: Rich, J. & Wallace-Hadrill, A. (eds.), 1-23.
- Solana Dueso, J. (2000), *El camino del ágora. Filosofía política de Protágoras de Abdea*, Zaragoza.

- Spence, I.G. (1987), "Athenian cavalry numbers in the Peloponnesian War: IG I³ 375 revisited", *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 67, 167-75.
- Spence, I.G. (1993), *The cavalry of classical Greece. A social and military history*, Oxford.
- Schtajerman, E. & Sharevskaia, B. (1986), "El régimen esclavista", en: AA.VV. , 111-91.
- Stalin, J. (1977), "Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico", en: *Cuestiones de leninismo*, Pekín, 849-90.
- Stanley, P.V. (1998), "The *Hektemoroi* and land usage in ancient Greece", *Laverna*, 9, 19-45.
- Stanley, P.V. (1999), *The economic reforms of Solon*, St. Katharinen.
- Stanton, G.R. (1984), "The tribal reform of Kleisthenes the Alkmeonid", *Chiron*, 14, 1-41.
- Starr, C.G. (1958), "An overdose of slavery", *Journal of Economic History*, 18, 17-32.
- Starr, C.G. (1977), *The economic and social growth of early Greece, 800-500 B.C.*, Nueva York.
- Starr, C.G. (1986), *Individual and community. The rise of the polis, 800-500 B.C.*, Oxford
- Starr, C.G. (1990), *The birth of Athenian democracy. The assembly in the fifth century B.C.*, Oxford.
- Storey, I.C. & Allan, A. (2005), *A guide to ancient Greek drama*, Malden.
- Strauss, B. (1986), *Athens after the Peloponnesian war. Class, faction and policy 403-386 BC*, Ithaca.
- Stroud, R.S. (1998), *The Athenian grain-tax law of 374/3 B.C.*, Princeton.
- Struve, V.V. (1974), *Historia de la Antigua Grecia*, Madrid.
- Tandy, D. (1997), *Warriors into traders. The power of the market in early Greece*, Berkeley.

- Terray, E. (1971), *El marxismo ante las sociedades «primitivas». Dos estudios*, Buenos Aires.
- Thomas, C.G. & Conant, C. (1999), *Citadel to city-state. The transformation of Greece 1200-700 B.C.*, Bloomington.
- Thomas, R. (1999), “Cultura escrita y ciudad-estado en la Grecia arcaica y en la Grecia clásica”, en: Bowman, A.K. & Wolf, G. (comps.), *Cultura escrita y poder en el Mundo Antiguo*, Barcelona, 59-85.
- Thomas, R. (2002), “La ciudad clásica”, en: Osborne R. (ed.), *La Grecia clásica, 500-323 a.C.*, Barcelona 63- 94.
- Thomsen, R. (1977), “War taxes in classical Athens”, en: *Armées et fiscalité dans le monde antique*, París, 140-4.
- Thomson, G. (1946), *Aeschylus and Athens. A study in the social origins of drama*, Londres.
- Thomson, G. (1949), *Studies in ancient Greek society. The prehistoric Aegean*, Londres.
- Thompson, W.E. (1970), “The regional distribution of the Athenian pentakosiomedimnoi”, *Klio*, 52, 437-51.
- Traill, J.S. (1975), *The political organization of Attica. A study of the demes, trittyes and phylai, and their representation in the Athenian council*, Princeton.
- Traill, J.S. (1986), *Demos and Trittys: epigraphical and topographical studies in the organization of Attica*, Toronto.
- Trias Vejarano, J. (ed. 1998), *Transiciones en la antigüedad y feudalismo*, Madrid.
- Valdés Guía, M. (2001a), “El proceso de sinecismo del Ática: cultos, mitos y rituales en la «primera polis» de Atenas”, *Gerion* 19, 127-97
- Valdés Guía, M. (2001b), “Espacio político, espacio religioso de Atenas en el s.VI: los cultos de Zeus, Apolo y Deméter y el Consejo-Heliea de Solón”, *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 27.1, 81-108.
- Valdés Guía, M. (2002), *Politica y religion en Atenas arcaica. La reorganizacion de la polis en epoca de Solon. Una revision de la documentacion arqueologica, literaria y religiosa*, Oxford.

- Valdés Guía, M. (2003), “Entre el Consejo de Solón y el de Clístenes: Heliea en época de Pisístrato?”, *Gerión*, 21.1, 73-91.
- Valdés Guía, M. (2004), “Sinecias, basileis y ley de Dracón: preeminencia eupátrida en los cultos políticos y control aristocrático de las fraternidades en el s.VII a.C.”, *Polifemo. Rivista Bibliografica di Storia delle Religioni e Storia Antica*, 4, 62-78.
- Valdés Guía, M. (2005), “El modelo político de Solón: la aplicación de *Dike* y la participación del *demos* en la *politeia*”, *Studia Historica. Historia Antigua*, 23, 57-74.
- Valdés Guía, M. (2006), “La tierra «esclava» del Ática en el s. VII a.C.: campesinos endeudados y hectémoros”, *Gerión*, 24.1, 143-61.
- Valdés, Guía, M. (2007), “Peur et contrainte des dépendants ratifiées par des pratiques judiciaires et religieuses: les paysans *atimoi* de l'Attique archaïque”, en: Serghidou, A. (ed.), 99-114.
- Valdés, Guía, M. (2008), *El nacimiento de la autoctonía ateniense: cultos, mitos cívicos y sociedad de la Atenas del s. VI a.C.*, Madrid.
- Valdés Guía, M. & Gallego, J. (2010), “Athenian «zeugitai» and the Solonian census classes: new reflections and perspectives”, *Historia: zeitschrift für alte geschichte*, 59.3, 257-81.
- Valdés Guía, M. & Plácido, D. (1998), “La frontera del territorio ateniense”, *Studia Historica. Historia Antigua*, 16, 85-100.
- van Andel, T.H. & Runnels, C. (1987), *Beyond the acropolis. A rural Greek past*, Stanford.
- van der Vliet, E. (2005), “Polis. The problem of statehood”, *Social Evolution & History*, 4.2, 120-50.
- van der Vliet, E. (2008), “The early State, the polis and State formation in early Greece”, *Social Evolution & History*, 7.1, 197-221.
- van Wees, H. (2001), “The Myth of the Middle-Class Army: Military and Social Status in Ancient Athens”, en: Bekker-Nielsen, T. & Hannestad, L. (eds.), *War as a Cultural and Social Force: Essays on Warfare in Antiquity*, Copenhagen, 45-71.

- van Wees, H. (2002). "Tyrants, Oligarchs and Citizen Militias", en A. Chaniotis y P. Ducrey (eds.): 61-82.
- van Wees, H. (2004). *Greek Warfare: Myths and Realities*. London.
- van Wees, H. (2006), "Mass and Elite in Solon's Athens: The Property Classes Revisited", en Blok, J. & Lardinois, A. (eds.), 351-89.
- Vernant, J.-P. (1982), *Mito y sociedad en la Grecia antigua*, Madrid.
- Vernant, J.-P. (1983), *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua*, Barcelona.
- Vernant, J.-P. (1991), *Mito y religión en la Grecia antigua*, Barcelona.
- Vernant, J.-P. (1993), "El hombre griego", en: Vernant, J-P (ed.), 9-31.
- Vernant, J.-P. (2008), *Atravesar fronteras. Entre mito y política II*, Buenos Aires.
- Vernant, J.-P. (ed. 1993), *El hombre griego*, Madrid.
- Vial, C. (1983), *Léxico de la antigüedad griega*, Madrid.
- Vidal-Naquet, P. (1977), "¿Constituían los esclavos griegos una clase social?", en: AA.VV. (1977), 19-31.
- Vidal-Naquet, P. (1983), *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo Greigo. El cazador negro*, Barcelona.
- Vidal-Naquet, P. (1992), *La democracia griega, una nueva visión. Ensayos de historiografía antigua y moderna*, Madrid.
- Vilar, P. (1980), "¿Economía campesina?", en: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, 225-311.
- Vilar, P. (1983), *Economía, derecho, historia. Conceptos y realidades*, Barcelona.
- Vincent García, J.M. (1998), "La prehistoria del modo tributario de producción", *Hispania. Revista Española de Historia*, 200.58.3, 823-39.
- Vittinghof, F. (1986), "La teoría del materialismo histórico sobre el Estado esclavista", en: AA.VV., 49-110.
- von Fritz, K. (1940), "The meaning of *hektémoroi*", *The American Journal of Philology*, 60, 54-61.

- von Fritz, K. (1943), "Once more the *hektémoroi*", *The American Journal of Philology*, 64, 24-43.
- Von Reden, S. (2007); "Classical Greece: consumption", en: Scheidel, W.; Morris, I. & Saller, R. (eds.), 385-406.
- Walbank, M. (1982), "The confiscation and sale by the *poletai* in 402/1 B.C. of the property of the Thirty Tyrants", *Hesperia*, 51.1, 74-98
- Walker, D.S. (1962), *The Mediterranean lands*, Londres.
- Wallace, R.W. (1998), "Unconvicted or potential «átimoi» in ancient Athens", *Dike. Rivista di storia del diritto greco ed ellenistico*, 1, 63-78.
- Wallace-Hadrill, A. (ed. 1989), *Patronage in ancient society*, Londres.
- Weber, M. (1961), *Historia económica general*, México.
- Weber, M. (1964), *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva.*, México.
- Wells, B. (ed. 1992), *Agriculture in ancient Greece*, Estocolmo.
- Welskopf, E.C. (ed. 1979), *Terre et paysans dépendants dans les sociétés antiques*, París.
- Whitby, M. (1998), "The grain trade of Athens in the fourth century BC", en: Parkins, H. & Smith, Ch. (eds.), *Trade, traders and the ancient city*, Londres, 102-28.
- Whitehead, D. (1977), *The ideology of the Athenian metic*, Cambridge.
- Whitehead, D. (1981), "The archaic Athenian Zeugitai", *The Classical Quarterly*, 31, 282-6.
- Whitley, J. (1991), *Style and society in Dark Age Greece. The changing face of a pre-literate society, 1100-700 B.C.*, Cambridge.
- Whitley, J. (2001), *The archaeology of ancient Greece*, Cambridge.
- Whittaker, C.R. (ed. 1988), *Pastoral economies in classical Antiquity*, Cambridge.
- Wickham, Ch. (1989), "La otra transición: del mundo antiguo al feudalismo", *Studia Histórica Historia Medieval*, 8, 7-35.

- Wickham, Ch. (1995), "El fin del imperio Carolingio ¿Qué tipo de crisis?", en: Wickham, Ch. *et al.*, *La crisis en la historia*, Salamanca, 11-20.
- Wickham, Ch. (1998), "La transición en Occidente", en: Trias Vejarano, J. (ed.), 83-90.
- Wickham, Ch. (2003), "La singularidad del este", en: García Mac Gaw, C. & Haldon, J. (eds.), 185-218.
- Wiles, D. (2000), *Greek theatre performance: an introduction*, Cambridge.
- Will, Éd. (1954), "Trois quarts de siècle de recherches sur l'économie grecque antique", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 9, 7-22.
- Will, Éd. (1957) "Aux origines du régime foncier grec: Homère, Hésiode et l'arrière-plan mycénien", *Revue des Études Anciennes*, 59, 5-50.
- Will, Éd. (1965), "La Grèce archaïque", en: Finley, M.I. (ed.), *Second International Conference of Economic History, Aix-en-Provence, 1962. Volume I: Trade and Politics in the Ancient World*, París, 41-115.
- Will, Éd. (1997), *El mundo griego y el oriente. Tomo I. El siglo V (510-403)*, Madrid.
- Will, Éd. (1965), "Hésiode: crise agraire? Ou recul de l'aristocratie?", *Revue des Études Grecques*, 78, 542-56.
- Winton, R. (2007), "Thucydides 2.13.6-7: oldest, youngest, hoplites, metics", *The Classical Quarterly*, 57, 298-301.
- Witcher, R. (2009), "The countryside", en: Erskine, A. (ed.), 462-73.
- Wolf, E. (1967), "Types of Latin American peasantry: a preliminary discussion", en: Dalton, G. (ed.), *Tribal and peasant economies. Readings in economic anthropology*, Nueva York, 501-23.
- Wolf, E.R. (1971a), *Los campesinos*, Barcelona.
- Wolf, E.R. (1971b), "On peasants rebellions", en: Shanin (comp.), 264-74.
- Wolf, E.R. (1972), *Las luchas campesinas del siglo XX*, México.
- Wolf, E.R. (1980), "Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas", en: AA. VV., *Antropología social de las sociedades complejas*, Madrid.

- Wolf, E. (1993), *Europa y la gente sin historia*, Buenos Aires.
- Wood, E.M. (1983), "Agricultural slavery in classical Athens", *American Journal of Ancient History*, 8, 1-47.
- Wood, E.M. (1988), *Peasant-citizen and slave. The foundations of Athenian democracy*, Londres.
- Wood, E.M. (1996), "Demos versus «We, the people»: freedom and democracy ancient and modern", en: Ober, J. & Hedrick, Ch. (eds.), 121-37.
- Wood, E.M. (2000), *Democracia contra capitalismo. La renovación del materialismo histórico*, México.
- Wood, E.M. (2002), "Landlords and peasants, masters and slaves: class relations in Greek and Roman antiquity", *Historical Materialism*, 10.3, 17-69.
- Woodhouse, W.J. (1938), *Solon the liberator: a study of the agrarian problem in Attika in the seventh century*, Oxford.
- Worsley, P. (1984), "Economías campesinas", en: Samuel, R. (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, 169-76.
- Yuge, T. & Doi, M. (eds. 1988), *Forms of control and subordination in Antiquity*, Leiden/Nueva York.
- Zelin, K.K. (1979), "Principios de clasificación morfológica de las formas de dependencia", en: AA.VV., 55-92.
- Zelnick-Abramovitz, R. (2000), "Did patronage exist in classical Athens?", *L'Antiquité Classique*, 69, 65-80.
- Zelnick-Abramovitz, R. (2004), "Settlers and dispossessed in the Athenian empire", *Mnemosyne*, 57, 325-45.
- Zimmern, A. (1911), *The Greek Commonwealth. Politics and economics in fifth-century Athens*, Oxford.